

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA BULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 7.º

MADRID: 1848.

**Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encomienda núm. 17.**

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE TERCEIRA.

SERMONES MORALES Y HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS.

TOMO 2.º

Contiene las Dominicas desde septuagésima hasta la quinta de cuaresma; seis para los tres días de Carnaval y los de las ferias cuartas y sextas de las semanas.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGESIMA.

Debemos seguir la voz de Dios que nos llama si hemos de ser de los elejidos.

Multi sunt vocati pauci vero electi. Muchos son los llamados; pero pocos los escojidos. Matth. c. 20 v. 16.

Católicos:

Un Dios solícito y cuidadoso por la salud de los que formados á su imájen y semejanza deben pertenecerle: un Dios de bondad que para premiarnos con la gloria llamó al inocente Abel y á cuantos escojidos han nacido y nacerán en el mundo para trabajar en su viña la iglesia santa: un Dios en fin que lleno de liberalidad y justicia reparte sus dones segun los designios siempre equitativos y adorables de su providencia es el Dios de la paz y de la dilección á quien rendimos cultos en nuestros templos, y adoramos en

todos los tiempos y lugares; es el Dios de la creación, es que nos propone nuestro divino Maestro bajo el similitud de un Padre de familias que sale de mañana á conducir operarios á su viña; que vuelve á salir á buscar mas jente á la hora de tercia, que llama á cuantos encuentra en la de sexta, en la de nona, y en la undécima en que halló muchos ociosos, porque nadie los conducía, y que dispuso trabajo para todos los que habian de recibir el jornal ó denario de que se habla en el evangelio que acabais de oir. Jesucristo de cuyos labios no podian salir mas que palabras de verdad y vida eterna llama hoy nuestra atención hácia el Padre de familias que conduce y llama á los fieles á trabajar en su viña, y es de tanta importancia la doctrina que envuelve esta parábola, tan conducente su enseñanza y de tanto interés el designio que en proponérsela tuvo nuestro Redentor divino que nuestra Madre la Iglesia autorizada para esponder y aclarar el sentido verdadero de las Santas Escrituras nos la recuerda en este dia en que concluidos los regocijos y acabadas las aleluyas, no se ven mas que señales de dolor y penitencia, indicios de que hay necesidad de expiaciones, de que demasiado ociosos en la práctica de las virtudes debemos ocuparnos en labrar la viña de nuestra alma para que adornada y embellecida con la gracia que concede Dios á los que trabajan en su santo servicio nos hallen dignos de recibir el premio que ofrece el Padre universal de los hombres á los que cumplen con sus divinos preceptos.

San Gregorio (Homil 15) dice, que nuestro Dios Criador y conservador de los hombres á quienes dirige al fin para que fueron criados condujo á la viña de su relijion en

la mañana de los tiempos á los fieles que hubo en el mundo desde Adán á Noé: que llamó á su servicio á los que se dejaron ver desde Noé hasta Abrahá; que hizo lo mismo con los que vinieron desde Abrahá hasta Moisés, que iguales diligencias hizo con los que aparecieron desde el conductor del pueblo hebreo hasta la plenitud de los tiempos en que apareció la benignidad del eterno Padre dándonos á su Hijo para salvarnos, redimirnos y enseñarnos, y que hallando en el imperio de Augusto á los mortales ociosos, entretenidos y entregados á sus propios deseos, esclavos de sus brutales pasiones y guiados por sus alucinados sentidos son aquellos á quienes se dice en el evangelio «Id también vosotros á mi viña.» *Ite et vos in vineam meam.*

Hay entre vosotros quien no comprenda que nuestro Dios dirige estas mismas palabras á todos esos idólatras de las diversiones, de los corrillos, de las visitas y concursos licenciosos, de la lubricidad y cinisimo mas escandaloso, y de esos espectáculos en que brilla la profanidad mas cuidadosa, el libertinaje mas desmascarado, y el espíritu del mundo mas á cara descubierta? No conocéis que el mismo Dios, es el que compadecido de vuestros estravios viene hoy, á este santo templo á decirnos «¿qué haceis todo el dia de vuestra vida ociosos: id si quereis la gloria á trabajar en mi viña? Y qué contestamos amados oyentes: qué contestamos á un Dios que nos llama á la escuela de las virtudes, la viña de su religion adorable, á los tabernáculos de los justos á la sociedad de los hijos del Padre celestial y á la participacion de los bienes eternos? Ah! Los ejercicios espirituales, las devociones, los actos públicos de la religion, los ayuno

y penitencias que la iglesia santa prescribe á los fieles en este tiempo aceptable no son del gusto de los mundanos! y *No; no quiero servirte*: parece que dice el impio frente á frente del Dios que le ofrece su salvacion. La delicadeza, el orgullo, la ambicion, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura..... estos, estos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuántos no podremos decir como el apóstol que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambicion, que sus gustos, que sus placeres y su vientre? Pues á todos dice en este día nuestro Dios benigno: *id tambien vosotros á mi viña*. Pero si desprecian esta invitacion, si tenaces insisten en vivir en los conventículos de los pecadores, y la palabra divina es para ellos una voz que se lleva el viento, teman los efectos y consecuencias de la verdad que expresó Jesucristo cuando dijo, «MUCHOS SON LOS LLAMADOS, PERO POCOS LOS ESCOJIDOS» pues que yo en ella me fundaré para demostraros que «siendo corto el » número de los predestinados debemos obrar nuestra justificacion con temor, y seguir la voz del que aunque lleno de piedad y clemencia nos llama á que hagamos frutos de honor y honestidad en su viña, tambien nos advierte que si son muchos los llamados, son pocos los que son fieles á la gracia.» *Multi sunt vocati, pauci vero electi*.

Dios de providencia, que quereis que todos los hombres se salven y ninguno perezca: haced que todos los circunstantes nos decidamos á dejar las vanidades de este mundo para ir á santificarnos en vuestra viña predilecta la igle-

sia santa en que no se halla arruga, mancha, ni imperfección alguna. Infundid en nuestras almas la gracia que nos haga conocer lo que es el reinado del pecado para detestarlo, y correr presurosos hacia vos, Dios verdadero, principio y fin de todas las cosas. Os lo pedimos por medio de la Virgen á quien dijo el ángel inspirado.

AVE MARIA.

Multi sunt vocati, pauci vero electi.

Los justos de la ley natural y escrita, los patriarcas, profetas y santos que enumera san Pablo y se hallaron en el seno de Abrahán, los que participando de la virtud de la cruz pelearon, vencieron y triunfaron del mundo, del demonio y de la carne, todos, todos los que se han salvado y se salvarán han trabajado y tienen que trabajar en la viña á que los condujo y conducirá el padre de familias dueño y Señor de todos sus escogidos. Sin ir á la viña del Señor aunque no sea mas que á la undécima hora á nadie se dá el denario de la gloria prometida. Es necesario ganar el jornal para cobrarlo; así lo ha dispuesto un Dios justo y omnipotente, y así será, digan y hagan lo que quieran los incrédulos. En el evangelio se nos dice que Jesucristo es la vîz y los fieles los *sarmientos* destinados á producir la santidad si permanecen unidos al tronco por la fé y la caridad; pero que si los corta la hoz del pecado y se dejan espuestos al aire pestilencial de los vicios que todo lo agostan, esterilizan, destruyen y acaban, se secarán sin remedio y no servirán

mas que para nutrir el fuego eterno que ha de atormentar á los ociosos, entretenidos y ocupados en las obras de la carne y de la sangre. Vivir unidos á Jesucristo en espíritu y en verdad, trabajar en su viña predilecta la religion divina obrando en ella el bien que nos inspira, y huyendo del mal que anatematiza, sostener la lucha empeñada entre la recta razon y las pasiones desbordadas, y resistir fuertes en la fé al infernal dragon que ruje por devorarnos como nos lo encarga el príncipe de los apóstoles, es á lo que se reduce el trabajo que nos pide el padre celestial para darnos en premio un reino eterno de gloria que ni el ojo del hombre vió, ni su oído oyó, ni su entendimiento puede comprender. Esto es mas cierto que el que estamos nosotros ahora en este templo, porque lo ha dicho Dios y sus palabras no pueden faltar. Pero ¡cosa rara! Aunque Dios nos llama para que vayamos á su viña y ganemos con su gracia la gloria eterna, nosotros, como si desconfiáramos de sus promesas y fueran sus palabras como las de los hombres, las despreciamos, no hacemos caso de ellas, proseguimos viviendo como hemos vivido hasta aqui, y preferimos practicamente la tierra al cielo dando la mano de amigos á Lucifer, desviándonos desdeñosos del Dios que quiere hacernos felices, y dando el escándalo de decir «*Non serviam. No serviré al Señor.*» Se pospone, se sacrifica la posesion de un Dios con todos los bienes infinitos de que es manantial y origen al menor objeto criado: por dos dias de embelesos, por algunos pasatiempos insípidos y aun amargos perdemos el gusto á las delicias inefables de la gloria: como que nos daríamos por muy contentos y satisfechos de no ver á Dios con tal que pudiéramos vivir eternamente

en la tierra entregados á las pasiones que nos ilusionan, que nos fanatizan, que nos corrompen, que nos embrutecen y hacen de una condicion peor que la de los salvajes. ¿Y es esto ser cristianos? ¿Es ser racionales? ¿Es corresponder á la voz del Padre Celestial que nos llama á trabajar en su viña para que en ella ganemos una eternidad de delicias, de felicidad, de dicha, de ventura y de gloria?

No señores. Lo que se lee en la conducta de nuestra vida es: que no suspiramos por el cielo, que estamos muy apegados á la tierra, que el mundo con sus atractivos, pompas y vanidades nos arrastra, que nos hallamos gustosos entre las inmundicias, devaneos, desórdenes, injusticias y excesos de los pecadores, y que no nos resolvemos á dejar el Egipto abominable en que vivimos para ir á trabajar á la viña de las virtudes, de la santidad de la perfeccion evangélica y de la gracia que hace ángeles de pecadores. Nuestras obras vocean, claman y dicen, que somos del número de los llamados: pero no nos certifican, no vemos en ellas indicios de que seamos escogidos; y esto, si tenemos fé y razon, ¿no debe obligarnos á tratar con seriedad el negocio importantísimo de nuestra salvacion librada en la entrada á la viña á que nos llama nuestro Dios para que seamos en ella lo que fueron tantos santos y santas de nuestro estado, de nuestra condicion, de nuestro pais, y de los mismos peligros á que estamos espuestos? Hemos de vivir asegurados sobre el crater del volcan que brama á nuestros pies? Seremos tan insensatos, estúpidos é indolentes que viendo perecerá millares por cada uno que se salva vivamos tranquilos satisfechos y como si no hubiera gloria que esperar ni infierno que te-

mer? Pues si éstas son nuestras máximas, si estas nuestras obras y así se espresan nuestras propensiones, nuestros hábitos y costumbres, seamos francos, claros y explícitos y digamos: que no queremos ser cristianos, que renegamos de Dios, que despreciamos su reino eterno de gloria, que preferimos los deleites terrenos á los celestiales y que para nosotros es la viña de la iglesia santa un cuento fantástico, una fábula, una farsa ó una invencion de curas y frailes como dicen esos hijos de perdicion que tienen escandalizado al mundo entero. Digamos que queremos condenarnos, vivir por una eternidad de eternidades en los fuegos sempiternos hechos el objeto funesto de la indignacion y cólera de un Dios omnipotente, y ser víctimas desgraciadas de nuestros errores, de nuestra impiedad, de nuestro libertinaje é irrelijion en los calabozos infernales. Digamos con Lucifer y los suyos....

Pero Dios mío! No así. No llega á tanto nuestra deprecacion: nos estremecen estas resoluciones diabólicas, y por ser vuestros en la vida, en la muerte y en el cielo, queremos seguirlos y entrar á trabajar en la viña de vuestra religion adorable en que se reunen los escogidos que han de formar la ciudad santa que vió el ángel de Patmos en su apocalipsis. Cristianos católico-apostólico-romanos queremos ser como nuestros padres, y al ver que son muchos los llamados y pocos los escogidos desde hoy nos proponemos vigilar y orar para no caer en la tentacion, para convertirnos á vos, Pastor eterno de nuestras almas, y ser operarios de vuestra viña.

Hagámoslo así, y obremos con temor nuestra justifi-

cacion: porqué al fin, amados míos, ¿no es de fé que solo han de salvarse los inocentes y los penitentes? Y cuántos de unos y de otros se hallan entre nosotros? Fuera de los niños que acaban de bautizarse, difícil nos será encontrar la inocencia en un mundo en que los ejemplos pérfidos, los discursos impíos, licenciosos y seductores, los peligros y continuos obstáculos hacen que los mas inocentes se aparten y desvien de la rectitud en que los educa la piedad cristiana y no se vea mas que lo que se ve: corrupcion, dissipacion, infamia, perfidia, maldad, crímenes y pecados de toda especie. No quiero decir por esto que no se hallen inocentes entre los que trabajan en la viña á que todos somos llamados: Sé que los hay porque la mano de Dios no se ha abreviado y sus miseraciones son sobre todas sus obras; pero un grano de trigo en cien fanegas de cebada no se vé; un vaso de leche en mil arrobas de agua no se percibe; un inocente entre tantos pecadores ciegos, pervertidos, frenéticos, y obstinados en el mal, no llama la atencion.

La inocencia! No se ve entre nosotros mas que la de los niños, y ella los hace tan amables, tan encantadores, tan bellos y llenos de atractivos. Tenemos que recurrir á la puerta de la penitencia para entrar en el cielo, y sin pasar por la viña á que nos conduce el Padre celestial nos es imposible encontrarla. En dónde hallamos esos penitentes destinados á recibir el premio de la gloria que Dios ha prometido á sus escojidos? En la viña de que nos habla el evangelio es en donde se hallan. Entremos en ella dejando al mundo lo que le pertenece, despojémonos de los funestos atavíos del pecado, y no nos queden de él mas que los re-

cuerdos que nos obliguen á espiarlo con las lágrimas penitenciales propias de los escogidos. A la viña del padre de familias á justificarnos con los frutos dignos de penitencia; á la viña de nuestra religion divina á vivir santa y virtuosamente, á la viña de Jesus para llevar la cruz que ha de salvarnos, á la viña de las virtudes evangélicas que nos enseña nuestro divino Maestro y en ella lograremos ser del número de los escogidos á quienes está reservada la dicha de oír de boca del Hijo de Dios. «Entrad en el lugar del gozo de vuestro Señor.»

Pero cuidado, señores: cuidado con tener presente que siendo muchos los llamados y pocos los escogidos debemos temer y hacernos cargo de que hay que huir de la sociedad de los pecadores y no comunicar con los iníquos; que no debemos conformarnos con este siglo, como nos lo encarga el apóstol; que no podemos ser de los escogidos sino imitamos á Noe justo en medio de innumerables pecadores que hicieron que pesase á Dios el haber eriado al hombre, á Lot que no se contaminó con los escesos de los Sodomitas, á Abran que no vivia como los hombres de su tiempo, á Estér que no se conducia como las otras mujeres de la corte de Asnero, y á tantos y tantas como ayudados de la gracia vencieron al mundo, al demonio y á la carne, entraron en la viña á que fueron llamados como nosotros, y en ella consiguieron que Dios los escogiese para recibir el denario de la gloria que ha ofrecido á los que trabajan en su viña cumpliendo con sus divinos preceptos. Penitencia, virtud y gracia en los caminos que nos señala la sabiduría eterna en su evangelio santo, ó perecer eternamente, condenarse y cargarse

con ardor en los fuegos sempiternos aborrecidos de Dios, de María Santísima, de los Angeles y de todos los santos de la Corte Celestial. Escojed, determinaos y contestad al Dios que os llama para que vayais á trabajar en la viña de los escojidos. Si despreciais su voz, tambien él os despreciará y se reirá de vosotros en el dia de vuestra perdicion. Pero si os decidis á dejarlo todo por seguirle, si divorciados con las costumbres mundanales os dedicais á vivir como fieles hijos de la gracia, y dóciles á los llamamientos de Jesús adoptais desde hoy una vida penitencial digna de los escojidos sereis objetos del amor divino y vuestra felicidad será el premio que ha de daros el Padre celestial en la triunfante Jerusalem de la gloria. Amen.

A. M.

DOMINICA

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGESIMA.

El que procure su salvacion, no debe desconfiar de conseguirla.

Simile est regnum cœlorum homini Patri familias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam. Matth. cap. 20.

El reino de los cielos es semejante á un hombre padre de familias que salió muy de mañana á alquilar obreros para su viña; y hecho el ajuste con ellos en un denario por dia, los envió á trabajar. Y habiendo salido cerca de la hora tercera vió otros que estaban ociosos en la plaza y los dijo: Id tambien vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo; y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora sesta y nona, é hizo lo mismo. Salió otra vez cerca de la hora undécima y encontró á otros que estaban allí, y los dijo: ¿cómo estais aqui ociosos todo el dia? Y le respondieron:

porque nadie nos ha alquilado. Pues id tambien, los dijo, id tambien vosotros á mi viña. Habiéndose acabado el dia dijo el Señor de la viña á su procurador: llama á los obreros y págalos el jornal empezando por los últimos y acabando por los primeros. Viniendo los que habían ido á la viña cerca de la hora undécima, recibieron cada uno su denario. Los que habian ido desde el principio del dia reparando que á los postreros daban un denario pensaron recibir mas; pero no recibió cada uno sino un denario, y cuando le recibian murmuraban contra el Padre de familias diciendo: estos últimos han trabajado una hora y los han hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor. El Padre de familias respondió al que habló por los demas: Amigo, no te hago injuria alguna, ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Yo quiero dar á este último tanto como á ti. ¿O no me es lícito hacer lo que yo quiero? ¿O tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Asi los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, porque son muchos los llamados y pocos los escogidos.

He aquí literalmente, hermanos míos, la parábola que se lee en el evangelio de este día. Nuestro Maestro y divino Redentor Jesus atento siempre á nuestro bien y á encaminarnos á su reino, no perdona medio para ilustrar nuestro entendimiento y acabar de inclinar nuestra voluntad. Espone las eternas verdades explicándolas en medio del templo y rodeado de los doctores; obra los mayores milagros en confirmacion de la doctrina que anuncia, intima la venida terrible en que han de ser juzgados todos los hombres con el rigor

de la divina justicia para que teman el mal y busquen el reino de Dios; lleno de amor y de ternura anuncia los bienes y dulzuras inefables de la gloria para que se muevan todos a apctecerlas; no quiere sino que todos se salven y que ninguno se pierda.

Un jóven se acerca á él y le pregunta: ¿Qué haré para conseguir la vida eterna? Le manifiesta el camino recto que es guardar los mandamientos de Dios y le dice: que si quiere ser perfecto venda lo que posee, lo distribuya á los pobres y le siga. Se retira triste el jóven porque tenia muchas posesiones. Jesucristo habla de la dificultad de salvarse los ricos; y alentado san Pedro. He aquí, dice, nosotros lo hemos dejado todo y te seguimos. ¿Cuál será nuestro premio? Os sentareis sobre doce sillas en el reino eterno y juzgareis á las doce tribus de Israel, contestó Jesucristo, y con este motivo dijo: que no solo ellos, sino todos los que le sigan y abandonen por su causa los bienes y comodidades de este mundo recibirán ciento por uno y despues la vida eterna. Que no desconfien ni se desalienten porque no se dará el premio solamente á los primeros sino tambien á los últimos con tal que trabajen. Que muchos que han sido los primeros serán los últimos, porque no se dará la recompensa á medida del tiempo, sino del fruto que cada uno hiciere, y para dar á entender esta celestial doctrina se valió de la parábola ó semejanza del Padre de familias que condujo á todas las horas del dia operarios á su viña y á todos les dió su jornal, como acabais de oir.

En ella se propone el Señor como objeto principal sacarnos del abatimiento y desconfianza, alentarnos á buscar

su reino manifestándonos que podemos trabajar en nuestra salvacion; que el premio que nos espera no ha de corresponder al tiempo que cada uno trabaje, sino al valor de su trabajo; que aunque hayamos estado ociosos todo el tiempo de nuestra vida podemos trabajar en la salvacion de nuestra alma en pocas horas tanto como han trabajado otros en muchos años; que aunque hayamos sido pecadores podemos conseguir la gloria.

¡Qué emociones y sentimientos de tanto consuelo, hermanos míos! La iglesia nuestra madre nos recuerda esta parábola del divino Maestro en este día en que empieza á levantar su voz y llamar nuestra atencion sobre los misterios de nuestra salud y á prepararnos para la santa cuaresma. Venid, aunque hayais estado ociosos todo el año; aunque hayais dejado pasar lo mejor de vuestra vida olvidados de vuestra salvacion, aunque hayais corrido en pos de los desvarios del mundo y de la carne sin recordar que habeis nacido para el cielo, aun teneis tiempo, venid á trabajar. Entrando en los sentimientos de esta piadosa Madre voy en este rato á esponeros con la claridad y brevedad que me sea posible las útiles é importantes verdades que se contienen en esta parábola, los grandísimos consuelos que nos proporciona su doctrina, y á manifestaros que el que proeure y quiera trabajar en el negocio de su salvacion no debe desconfiar de conseguirla.

Pidamos antes los divinos auxilios por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Simile est regnum caelorum.....

Por este reino de los cielos de que habla Jesucristo entienden unos expositores la iglesia militante, y otros la triunfante, y pueden entenderse una y otra, pues en la una se llaman los jornaleros y se trabaja, y en la otra se los paga. Por el día dividido en horas entienden unos el tiempo que hay desde el principio del mundo hasta el fin de cuyo sentir son san Ireneo, Orígenes, san Hilario, Optato Melivitano, san Juan Crisóstomo, san Gregorio y otros muchos; y confirma esta sentencia el llamarse al juicio final la tarde en que se ha de dar el justo jornal á cada uno. Otros entienden por este día el tiempo que hay y ha de haber desde la primera venida de Jesucristo al mundo hasta la segunda en que vendrá á juzgar á todos de cuyo parecer es el padre san Atanasio. Y otros entienden la edad de cada uno de los hombres á cuya vida llamó el mismo Jesucristo, día, y noche á la muerte. «Vendrá la noche y entonces ninguno podrá » trabajar.» De este sentir es san Gregorio y el mismo san Juan Crisóstomo, y en este sentido nos es mas provechoso entender el día de esta parábola, porque no nos importa tanto atender á la edad del mundo en que si bien Dios siempre llamó operarios, no nos llamó á nosotros, cuanto nos interesa atender al tiempo de nuestra edad en que el gran padre de familias nuestro Dios y Señor nos llama.

Salió muy de mañana á alquilar obreros. No solamente muy temprano sino tambien muy de priesa. Grande ansia y codicia tenia de jornaleros cuando los buscaba con tanto esmero. Nuestro padre Adán, hermanos míos, quedó con-

denado por su culpa á ser jornalero y trabajar. El que era Señor del mundo y destinado para el cielo recibió en castigo de su pecado la sentencia del destierro y de haber de trabajar para ganar el sustento, y el Señor despues de haberlo justamente castigado procura al dia siguiente madrugar muy de mañana para llevarle de jornalero á su viña, para hacer su mal mas llevadero, y para que ya que hubiese de trabajar fuese en la heredad de un buen amo donde tuviese buen tratamiento y recibiese un buen jornal; y lo mismo hace con cada uno de nosotros. Apenas llegamos al uso de la razon se nos presenta y nos dice: vé á trabajar á mi viña y yo te pagaré bien.

Dios madruga para buscarnos, hermanos míos, Dios se dá prisa, Dios promete, Dios teniendo infinitos ángeles y justos que le adoren y le sirvan siente que haya un solo pecador que esté ocioso, tiene sed de él y como si estuviera desasosegado é inquieto madruga y sale á buscarle desde muy temprano. Tambien madruga y se inquieta el demonio, se dá prisa, promete, muere digámoslo así por un justo, tiene sed de que se condenen todos de modo que la vida del hombre es una guerra sobre la tierra, no solamente de parte del hombre sino tambien de parte del cielo y del infierno. Dios no fuerza ni violenta al hombre, ni el demonio puede tampoco arrastrarle por fuerza á su partido. Queda á su libertad persuadido del bien ó del mal escójer el trabajo en la viña del buen Padre de familias, ó en el servicio del demonio. El Señor pone á los ojos de su entendimiento el bien y el mal; la vida y la muerte, y el hombre usando de su libertad echa mano de lo que le parece mejor. El demonio

no tiene poder para obligar á su servicio y no ejerce dominio sino sobre aquellos que voluntariamente se le entregan. Si pues queda á nuestra eleccion escojer el dueño á quien servir debemos obrar con consejo y averiguar el trabajo, el interés y el tratamiento que tendremos en la viña de Dios y el que tendremos en la viña del demonio y elejir el que nos fuere mas ventajoso. El Señor trata á los suyos con el amor de un Padre tierno y cariñoso, y el demonio como tirano el mas cruel; el trabajo es mayor y mas insoportable en la viña del demonio que todos los trabajos del mundo; es desigual y desproporcionado á las fuerzas de sus esclavos y servidores: y el de la viña del Señor es suave, leve soportable y ayuda el mismo Dios á llevarle. Preguntad á un lascivo cuantas inquietudes, cuantas malas noches, cuantos afanes, aguaceros, intemperies y privaciones sufre por servir á su passion deshonestas. Preguntad á un avaro, á un vengativo, y un envidioso, á cualquiera de esos hombres sumergidos en la incredulidad y los vicios, y examid la tranquilidad y el semblante imperturbable de un justo que trabaja en la herencia del Señor y en obedecer sus preceptos y hallareis la diferencia que caracteriza al uno y al otro. ¡Dichoso el impío y el pecador si al fin no sacasen de sus trabajos sino el olvido, la muerte y el aniquilamiento como desea, despues de sus deleites y placeres terrenos! Pero ni aun este consuelo le será permitido. Llamará á la muerte y la muerte huirá de él. Recibirá primero la vergüenza, el deshonor, la confusion que lleva consigo el obrar mal aun en esta vida, y despues un juicio y unos castigos eternos y tanto mas crueles cuanto mas se haya abandonado

do al servicio del demonio. ¿Quién quiere servir al que ha de avergonzarse de llamarse su criado? ¿Al que tan inicua-mente le ha de pagar? ¿A quien no dá otra recompensa que la vergüenza, la confusion y los castigos eternos? El trabajo que se emplea en el servicio de Dios es por el contrario recompensado con un premio tan grande que ni el hombre ha visto ni oído cosa mayor ni su corazón puede apetecer mas. El apóstol nos intima que es necesario padecer y trabajar para gozar, pero nos dice al mismo tiempo que todos los padecimientos y trabajos de este mundo, que todas las molestias y tribulaciones que nos ocasione el servicio de Dios no tienen comparacion alguna con la menor parte de gloria que nos espera y que nos ha de durar tanto cuanto dure el mismo Dios. Si pues tal es el premio del trabajo que se emplea en la viña de Dios; si tan su ave es y tan llevadero este trabajo y hallamos un tratamiento de hijos, ¿quién no prefiere ganar el jornal en la viña del Señor á causarse y fatigarse en los caminos y trabajos costosos y difíciles del servicio del demonio? Ten compasion de tí mismo nos dice por esto el Espíritu-Santo, sirviendo y agradando á tu Dios.

Habiendo hecho el Padre de familias el ajuste con los obreros en un denario por día los envió á su viña, dice Jesucristo en la parábola que os voy esponiendo. El ajuste, hermanos míos, es un pacto ó convenio en que las partes contratantes quedan obligadas. En verdad que siendo Dios por su naturaleza Señor y el hombre ninguna otra cosa que una criatura cuya pudiera servirse de él sin premio ni recompensa alguna porque todos los trabajos y sudores del siervo son

de su Señor; pero no quiso consentir en esto la franqueza y benignidad de nuestro Dios, y como si fuera otro hombre quiso hacer pacto con el hombre para asegurar del todo sus esperanzas. He aquí, amados míos, una de las misericordias mas grandes de nuestro Dios: concertarse con el hombre, venir á dar prendas al hombre para que le pueda citar y pedir delante de su justicia: querer obligarse y que le pueda decir el hombre: *pagad lo que debeis*. Se comprende bien que con el rey mas poderoso pueda entrar en juicio un vasallo suyo porque puede tomarle sus bienes y es muy justo que los pague: pero Dios nada puede recibir del hombre y por consiguiente nada le puede deber, y si el hombre puede pedir y demandar á su Dios es porque él empeñó su palabra y se allanó á ser deudor. *Conventione facta ex denario diurno*.

En esto se funda todo el mérito y valor de nuestras buenas obras y de cuanto trabajemos en el servicio de nuestro Dios. Los tormentos de todos los mártires, los trabajos y fatigas de todos los confesores y penitentes, las privaciones y sacrificios de todas las vírgenes no alcanzan para pedir en justicia por ellos un adarme de gloria, pero en virtud de este concierto de Dios con el hombre, un poco de pan á un hambriento, un vaso de agua en su nombre, el mas pequeño trabajo en su viña vale un peso inmenso de gloria y bienaventuranza. Prometiéndolo Dios y así lo ha de cumplir; y esta es la razon porque diciendo el apóstol que no tienen proporcion alguna nuestros trabajos con la inmensa gloria que nos espera, nos dice tambien; que lo leve y momentáneo de nuestras tribulaciones obra y alcanza quintales de gloria.

Nuestro interés y bien particular, el embellecer nuestra alma con la virtud, nuestro propio provecho debe movernos á trabajar como jornaleros la viña del Padre de familias; obramos mas en beneficio nuestro que en servicio de Dios, y sin embargo; ¡O bondad de nuestro Dios! por lo que es tan nuestro se obliga á pagarnos un jornal y premio tan grande. A la manera de un padre que desea mucho la salud de su hijo enfermo para que tome las medicinas amargas le hace promesas y ofrece regalos, no por su salud propia sino por conseguir la de su hijo, así Dios para que el hombre enfermo y débil tome las penitencias y haga los sacrificios que le son amargos, para que tome fuerzas y se aliente á trabajar le ofrece las recompensas eternas y le da tambien sus auxilios y gracias con las que pueda obrar y reclamar en justicia el jornal de la vida eterna.

Envío los operarios á su viña, sigue la parábola. Preciso es trabajar en esta vida y no hay alguno tan dichoso que al fin no haya de trabajar ya con la pobreza, con las enfermedades, con los pleitos, los destierros, persecuciones, con los hijos, ya sea pecador ya sea justo y todo su cuidado debe ser el trabajar en la heredad del Señor. Quiere Dios darnos el cielo, pero quiere que le ganemos para que sepamos estimarle; es mucho su valor y es preciso que sea costoso su logro, le perdimos y es preciso que á fuerza de trabajo volvamos á lograrle. Poco es cuanto el Señor nos pida, y si reflexionamos hallaremos que todo nuestro sudor es para provecho nuestro. Quien repare en lo que Dios madraga, en la priesa que se dá á recojer jornaleros, en el premio que promete, creará que le va el ser y la gloria, y sin embargo

no le interesa pérdida ni ganancia alguna, todo es para el hombre. Tú eres la misma viña, esa alma que el Señor te dió es la que desea que cultives, que arranques de ella todos los vicios, que plantes las virtudes y que así logres el denario de la vida eterna. Por eso sale á buscar jornaleros á todas horas y á todos los envia á su viña ofreciéndolos lo que fuere justo.

En todas las edades del mundo ha llamado el Señor operarios á su viña, y desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abrahá, desde Abrahá hasta Moyses, desde Moyses hasta Jesucristo y desde Jesucristo hasta el fin del mundo ha asistido y asistirá muy particularmente á su iglesia no permitiendo que falten jamás operarios celosos que dirijan á las jentes á su eterna felicidad y al verdadero culto de Dios, pero no es menos cierto que el Señor llama al hombre á que cultive la viña de sus almas en todas sus edades y en todas las horas de su vida. *El sol de justicia no nos alumbró* dicen en su desesperacion los condenados en el infierno. *Sol justitie non illuxit nobis.* Pero mienten estos desgraciados porque no solamente los alumbró, sino que los buscó, los rogó, los salió al encuentro, los prometió el jornal á cualquiera hora que fuesen á trabajar á su viña. A todos nos llama en la niñez, en la juventud, en la vejez con inspiraciones; con buenos ejemplos, á todos nos trae fuerte y suavemente y no podemos quejarnos de no haber sido llamados.

Los jornaleros llamados una vez fueron en seguida al trabajo. *Illi autem abierunt.* A nosotros nos llama á cada hora, y fiando temerariamente en la misericordia de Dios dejamos el trabajar para otro día y ese día nunca llega. Nos

llama el Señor en la mañana de nuestra juventud y respondemos: ahora amanece, el dueño de la viña llamará despues á la hora de nona y á la undécima. He aquí, hermanos míos, el engaño fatal del pecador y el consejo ó sujestion del demonio para perder á las almas. Dificilmente se hallará uno que quiera condenarse; todos quieren trabajar en la viña de su alma, pero mas tarde. Preguntan continuamente cuando se los llama al trabajo: ¿Qué hora es? Reflexionan entre sí, que aun tienen tiempo; dilatan su conversion, se quedan dormidos en los vicios, estas dilaciones endurecen su corazon, mueren al fin sin trabajar ni hacer penitencia y por consiguiente sin esperanza del jornal. No tardeis en convertirlos á Dios, no lo dilateis de dia en dia porque la muerte no tarda. Si habeis de trabajar y convertirlos al Señor empezad luego: empezad desde que el Señor os llama, no dilateis ni os endurezcáis en el mal porque la noche llegará muy pronto.

¿Quid hic statis tota die otiosi? ¿Por qué pasais toda la vida en la ociosidad? Por qué desatendiendo á vuestra alma que es lo que mas os interesa, seguis las vanidades y locuras del mundo y os ocupais en cosas tan frívolas y perecederas como los niños que nada son, que nada valen, si ya no obran vuestra ruina y perdicion y que al fin les habeis de dejar? Reprension que dirige el padre de familias á los que estaban ociosos á la hora undécima, porque si llama á todos y quiere que todos se salven, si no hay uno que pueda decir con verdad *Nemo nos conduxit*. Ninguno nos habuscado para trabajar, si todos son reprehensibles por no emprender el trabajo de cultivar su alma desde la madrugada de su vida, lo son mucho

mas los que estan ociosos hasta la vejez habiendo despreciado tantos avisos y llamamientos; lo son mucho mas los que llenos de años y de canas se están ociosos sin que sirva el tiempo para abrir sus ojos al desengaño. El Señor sin embargo, el Padre de misericordias los llama á su viña; aunque la ociosidad ha sido mucha, aunque es corto el tiempo y el trabajo ha de ser poco, los busca y admite por jornaleros ofreciéndolos el jornal que fuere justo ¡Tan grande es la misericordia del Señor! Es tan poderosa la penitencia que en un momento puede decir el hombre como David: *Pequé Señor*, y cuando no pudiera decirlo con la boca, lo puede decir con el alma y estas palabras solas dichas con verdadero dolor valen un cielo.

Habiéndose acabado el dia dijo el Señor de la viña á su procurador: llama á los obreros y págales el jornal. El mundo y el demonio jamás dicen á sus servidores: Basta de trabajo. El Señor concluido el dia de nuestra vida manda que se nos dé sin parar el jornal; No dice el Señor: llama á los príncipes, á los reyes, á los poderosos, á los nobles y distinguidos del mundo, sino á los jornaleros, porque ni valdrá el cetro, ni la tiara, ni la honra, ni el linaje, ni el dinero, ni otra cosa alguna que el trabajo de cada uno. Pácales el jornal empezando por los últimos y acabando por los primeros. Luego mientras trabajemos en la viña de nuestra alma, mientras tengamos vida podemos volvernos á Dios procurar nuestra eterna salvacion, y si nuestra penitencia y dolor es tan grande como el de los penitentes de muchos años, si ayudados de los auxilios del Señor le servimos y amamos mucho, nos premiará no á medida del tiempo que le sirvamos;

sino á proporcion de nuestros afectos, de nuestras disposiciones, de nuestra penitencia, de nuestro amor, y siendo los últimos podemos aun aspirar á ser los primeros. Hé aquí, amados míos, porque os aseguré y he venido manifestándoos que el que procure y quiera trabajar en el negocio de su salvacion no debe desconfiar de conseguirla, porque á todas horas le llama el Señor al trabajo y le admite por operario, porque aunque haya estado ocioso todo el dia al fin de su vida tiene aun tiempo de convertirse á su Dios y el Señor le dará el jornal que fuere justo. Verdades de eterno consuelo, hermanos míos; verdades que deben despertar nuestra alma de la ociosidad y hacernos comenzar el trabajo y bendecir por su bondad al Padre de familias.

Verdades que no deben fomentar nuestro descuido, nuestra indolencia y confianza temeraria, porque el premio y jornal de la gloria le recibirán todos, pero solos los que hayan trabajado en la viña de su alma. Es preciso trabajar y trabajar desde que el Señor nos llama, es preciso no endurecernos á sus llamamientos y quedarnos en la ociosidad y los vicios. Consolémonos con que tenemos aun tiempo de entrar al trabajo y recibir el jornal; pero temamos de nosotros mismos; temamos la sentencia del Señor que nos dice: *que son muchos los llamados y pocos los escogidos*. A todos nos llama el Señor, pero no basta ser llamados; preciso es trabajar, hermanos míos, para recibir la recompensa y ser del número de los escogidos; alentémonos con la bondad y misericordia de nuestro buen Dios que aun nos admite y nos llama al trabajo, con la consideracion del premio eterno, del jornal inestimable que nos paga, del gozo inefable á que

nos admite en su gloria, por unos sudores y sacrificios tan cortos y poco duraderos. Hoy nos llama el Señor al cultivo de nuestra alma por medio de su iglesia. *Ite et vos in vineam meam.* Demasiado habeis estado ociosos, demasiados años habeis servido al mundo y seguido sus vanidades, se acerca el tiempo de penitencia. Sea la que fuere la edad en queos halleis empezad ya á trabajar en vuestra salvacion, á hacer frutos dignos de penitencia, á ganar el jornal que el Padre de familias ha querido obligarse á daros por vuestro trabajo. Cuidad de ser del número de los escojidos, procurad trabajar en vuestra salvacion, emprended una nueva vida de pureza y santidad, y no desconfieis de conseguir mediante la ayuda de Dios y vuestras buenas obras el jornal de la gloria eterna que el Señor se ha obligado á daros y que á todos deseo. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE SEXAGESIMA.

Sobre la divina palabra.

Qui autem in terram bonam: hi sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent et fructum afferunt in patientia.

Aquellos á quienes cae en buena tierra, son los que oyendo la palabra con un corazon bueno y perfecto la conservan y dan fruto en la paciencia. Luc. c. 8, v. 15.

Católicos:

Las arengas académicas, la sublimidad y brillantez de los discursos humanos, el magnetismo de la elocuencia profana, los Tulios, Senecas y Quintilianos de la época, la filosofía en fin con todos sus descubrimientos y adelantos, ¿han sido ni serán jamás capaces de poner diques á las pasiones, de dar al corazon del hombre un consuelo sólido, de seña-

lar el verdadero origen de los desordenes, de aplicarles remedios eficaces, y de hacer virtuosos á los que aclimatados en el pais del crimen llaman bueno á lo malo y malo á lo bueno, como los inconsiderados de que nos habla Isaías? (Isai. c. 5.^o) Los sabios del mundo: ¿han podido corregir un solo vicio con la fastuosidad de sus preceptos oratorios, ni con sus lecciones de civilizacion, de progreso y de engrandecimiento social? ¿Han producido virtudes morales entre los que han escojido para tipos de la felicidad y ventura que han prometido á los mortales? No señores. Esto solo pertenece á la FE que vence al mundo, á la religion que penetra en los corazones, á la gracia que nos ilumina y fortifica, á la divina palabra que anunciada por pecadores é ignorantes tiene la virtud de convertir á los pueblos, de cambiar las costumbres, de hacer cesar los desórdenes mas antiguos, de poblar la tierra de justos que alaban á Dios en espíritu y en verdad.

Jesucristo me ha enviado á predicar, decia san Pablo á los de Corinto, no en el tono persuasivo de la sabiduría humana, porque no parezca que se evacua la virtud de la cruz, sino con su espíritu y el poder de Dios, para que se entienda que nuestra religion no está fundada sobre la sabiduría de los hombres, sino sobre su divina autoridad. A la predicacion pues de la divina palabra ha vinculado nuestro divino Maestro la virtud de obrar todas las maravillas que forman el carácter divino de nuestra adorable religion, á ella se debe la conversion de todo el universo, ella derribó los altares del paganismo, auyentó los errores, ilustró á los que yacian en la sombra de la muerte, cristianizó á los hom-

bres de todos los paisas, de todos los tiempos, estados y condiciones, hizo amable el evangelio y arrancó de los sabios y prudentes del siglo la confesion de que Jesucristo y su doctrina habian descendido del cielo á la tierra para hacer ángeles de pecadores. La palabra divina... Pero de ella nos habla nuestro Redentor en el evangelio de este dia tan espresa y terminantemente, que basta referir las palabras del divino Maestro para comprenderla en su esencia, en su destino y en sus efectos. Se vale de una parábola que él mismo esplica para que nadie dude de su significacion segun san Gregorio (Homil. 15), y como á lo que dice el eterno Sacerdote, deben arreglarse sus ministros, determinado está ya por la voluntad divina el jiro que debe darse al discurso que estoy obligado á pronunciar con celo santo, y vosotros á oirlo con fé, con humildad y confianza. Las palabras y doctrinas de nuestro Jesus adorable son las que pueden proporcionarnos la gracia y virtudes propias de los fieles y hacernos santos, os las espondré como se hallan en el evangelio, y de ellas deduciremos las consecuencias que de las mismas se desprenden en favor de la justificación de los que tienen la dicha de ser del número de aquellos que oyendo la divina palabra con un corazon sano y perfecto la retienen y hacen fructificar con la paciencia. ¡Quiera Dios que sean de este número todos los que concurren á este santo templo á escuchar las órdenes que comunica el eterno Padre por medio de sus predicadores á los que llama para trabajar en su viña y hacerse en ella dignos de las promesas eternas! A este fin se dirige todo cuanto me vais á escuchar en este breve rato si Dios nos asiste con su gracia.

Concedéndonosla Dios de bondad: para que disponiéndonos con un corazón recto á recibir la palabra de vida eterna que inspirais á vuestros enviados produzcan en nosotros el fruto de las virtudes que forman el carácter de vuestros hijos y nos hagan agradables á vuestros ojos. Que los predicadores que suban á este púlpito imiten á los apóstoles, á los Ambrosios, Crisóstomos, Gregorios y Bernardos, y los oyentes á cuantos deben su santificación á la predicación evangélica. Otorgadnos esta sincera petición por los méritos de Jesús y los de su Santísima Madre la Virgen María á quien decimos con el ángel

AVE MARIA.

Qui autem in terram bonam: hi sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinen et fructum afferunt in patientia.

En el evangelio de hoy se nos dice que anunciando J. C. el reino de Dios, y predicando por las ciudades y aldeas concurrían por todas partes muchas jentes á escucharlo: y que un día habló de este modo á la multitud: «Salió el sembrador á sembrar su grano, y cuando sembraba, una parte de la simiente cayó cerca del camino en donde fué pisada y comida por las aves del cielo. Otra cayó sobre las piedras y nacida se secó porque no tenía humedad. Otra cayó en las espinas y fué por ellas sofocada y perdida. Otra cayó en buena tierra, y habiendo nacido dió en fruto un ciento por

uno.» Le preguntaron los apóstoles, ¿qué quería decir con esta parábola? y el Señor se la explicó diciéndoles. «La simiente es la palabra de Dios. Los significados por el grano que cayó sobre el camino son los que la oyen, pero que dan lugar á que venga despues el diablo y la arranque de sus corazones para que no crean ni se salven. Los representados por las piedras son los que oyen con gozo la palabra divina cuando se predica, pero que no teniendo raices sucumben á los peligros y tentaciones sin producir fruto alguno. Aquellos que son figurados por las espinas, son los que oyeron la divina palabra, pero que la sofocaron y perdieron los cuidados, los afanes, las riquezas, y placeres de esta vida. Finalmente los de la buena tierra son los que oyendo la predicacion evangélica con un corazon bueno y perfecto la retienen y dan un fruto abundante en la paciencia.» Estas son las palabras con que Jesucristo declaró el sentido de la divina palabra, «perdida» para los que la oyen y dejan que el diablo la arranque de sns corazones, para los que no hacen caso de ella en el tiempo del peligro y de la tentacion, y para los que la sofocan con los cuidados, riquezas, gustos y deleites de esta vida: asegurándonos sin embargo que fructifica mucho en los que oyéndola con un corazon bueno y recto la retienen sufriendo con paciencia los trabajos que Dios les envia, y esperando con la misma las eternas recompensas. Pudiera nuestro Redentor ser mas explicito, claro y terminante, ni manifestar mejor todo cuanto pasa en nnestras templos con los que oyen la predicacion evangélica? ¿Y no deberán movernos estas indicaciones del Salvador de nuestras almas para que entremos en

cuentas con nosotros mismos y veamos si pertenecemos á los designados por el grano que cayó en el camino y fué pisado y comido por las aves del cielo, al que cayó entre las piedras y se secó, al que fué á parar en las espinas que lo sofocaron, ó al que tuvo la suerte de caer en buena tierra y produjo frutos copiosos en la paciencia? Pues á este fin habló Jesucristo, por esto mismo propone la iglesia santa á nuestra consideracion en este dia el evangelio que acabais de oir; á que lo reflexionemos y nos aprovechemos de su doctrina se dirijen mis esfuerzos; y ¡Ay de los que sigan despreciando los avisos de la bondad inmensa de un Dios que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva! porque en estos se perderá la divina palabra sin la que es imposible salvarse.

«Predicad mi evangelio á toda criatura,» dijo Jesucristo á los apóstoles: «El que creyere y se bautizare se salvará: pero el que no creyere se condenará. Reprende, exorta, » conjura: hazte inoportuno, si es menester, para que se » salven los hombres,» decia san Pablo á su discípulo Timoteo, y en los diez y nueve siglos que han pasado desde que el vaso de eleccion exortaba de este modo, jamás han faltado en nuestra España discípulos del grande apóstol que han anunciado la divina palabra segun sus instrucciones inspiradas por el cielo. Hoy se predicán entre nosotros las doctrinas que anunciaron los apóstoles; el sembrador celestial siembra por medio de sus ministros el grano que produce la gracia, la virtud y la gloria. Pero ¡qué desgracia! No todo cae en buena tierra. Mucho se pierde, y de aquí esa espantosa relajacion en que se vive, esa jene-

ral disipacion que se nota en la multitud y esa especie de paganismo que vemos entronizado en medio de nuestra nacion católica. Predicamos, en verdad: sembramos las simiente de la divina palabra tomada de la escritura santa, de los cánones, de los concilios, de las reglas de disciplina de los sumos pontifices y de los usos, prácticas y costumbres de la iglesia, apoyados en las máximas de los santos, en las opiniones de los padres y doctores, y en los estatutos de los obispos que ha puesto el Espíritu-Santo para reir su iglesia; pero como muchos la oyen sin prepararse con la oracion, y sin la humildad que debe hacer dóciles á los que oyen los discursos de los ministros del santuario; como hay jentes que vienen á oir nuestros sermones por curiosidad, por ocio, por costumbre y acaso por fines criminales, de todos estos podemos decir que son aquellos en quienes cayó el grano junto al camino, que fué pisado y comido por los demonios solícitos en impedir la fructificacion de la buena semilla para que no haya fieles y se salven como lo esplica san Gregorio, (Homil 15).

Vienen otros á oir á los predicadores para censurarlos con amarga crítica, para abrumarlos con cargos injustos y hacerlos odiosos con el pretesto de que turban las conciencias, de que exajeran la severidad del evangelio para amedrentar, de que sus discursos son rasgos de una elocuencia vana, ó de que son triviales, comunes y aun groseros en la espresion, como si la moral de Jesucristo necesitase de que la hermoseara la imaginacion de los oradores, y no fuera la sencillez evangélica mas sublime que todas las invenciones humanas, mas enérgica y persuasiva

que toda esa algaravía del orgullo humano que no sabe mas que finjir para deslumbrar y engañar. En todos estos sin raíces en la fé, sin humildad ni paciencia ¿cómo ha de fructificar la divina palabra? Son las piedras en que cayó el buen grano y se secó porque no halló la humedad que reciben del cielo los que creen, esperan y aman al Dios de piedad que dá á los que le piden con humildad y confianza, que abre las puertas de su misericordia á los que llaman con perseverancia, y se complace con los que semejantes á los niños son simples, crédulos é inocentes.

Otros muchos vienen á oír la divina palabra; y en efecto, la oyen con gusto y confiesan que Dios les ha hablado por su ministro. Estos gustan de oír explicar la ley del Señor, publican las maravillas de su poder, celebran su amor y misericordia, y no dejan de convencerse de las verdades que anuncian los predicadores cuando presentan al mundo peligroso en sus caricias, cobarde en sus artificios, fulaz en sus promesas, injusto en sus recompensas, criminal en sus compromisos y desapiadado en su tiranía. Recibieron bien la semilla de la doctrina celestial, pero al desarrollarse para fructificar la sofocaron las riquezas, los afares y cuidados del mundo y los deleites de la vida sensual, y se perdió completamente. Estos hacen funciones de iglesia, buscan predicadores, los felicitan por lo bien que han predicado, celebran su celo, los alaban y defienden elogiando la grandeza, sublimidad y virtud de la divina palabra, y nadie al oírlos y verlos tan devotos y compunjidos pudiera decir que no son hombres de fé viva, hijos de la gracia y predestinados para el cielo. Pero la aparente cristiandad de estos es una

cristiandad de farsa y de aparato, un juego de manos, una jenialidad; un capricho y un conjunto de actos ceremoniosos é impíos que tienden á engañar á Dios y á los hombres. Dicen que el evangelio es santo y divino, que su doctrina conduce á los fieles hácia el cielo, que no hay Dios como nuestro Dios, y que todos debemos ser santos y perfectos como hijos del Padre celestial; pero como su boca honra á Dios y su corazon está tan distante de él, como no todo el que dice *Señor Señor* se salvará sino solo el que hace la voluntad del Padre que está en los cielos, y quisieran el imposible de servir á Dios y al diablo, de ser virtuosos entre los vicios y santos en medio de las abominaciones, sucede con estos hipócritas dolosos que si al oir al predicador doblan su cerviz y se prosternan ante la majestad del Dios que les habla, tambien tienen en su corazon un altar en que rinden adoraciones á las riquezas, á las pompas y vanidades de este mundo, á los deleites y placeres de los sensuales y á todo lo que reprueba la misma palabra divina acariciada en el templo, y sofocada, ahogada y perdida por las espinas de los vicios en que cayó, cayendo en los corazones de estos criminales. ¡Cuántos de estos no se ven entre los que se tienen por cristianos piadosos y devotos sin serlo! Al ver los templos llenos de jente al parecer santa y compunjada pulcra creerse que nuestra sociedad es la Jerusalem santa de los hijos de Dios y que los fieles de estos tiempos son como los del primer siglo del cristianismo en que tolos tenían un corazon y una alma porque todos creian en un Dios, en una fô y en un bautismo dando á la palabra divina toda la importancia que le dá su Autor divino. Pero salgamos de la

iglesia, atravesemos esas calles, inspeccionemos esas plazas, internémonos en esos laberintos del mundo en que tan á las claras se defraudan unos á otros, en que con tanta desfachatez se insultan, valdonan, injurian, y provocan, en que se ofrece incienso á las deidades de mil vergonzosas pasiones y en que el interés ejerce su mas absoluto imperio y nos convenceremos, de que los que en el templo parecian cristianos porque oian con gusto la palabra de Dios, en el tiempo de la tentacion son unos criminales, unos perversos, unos renegados que haciendo traicion á sus propios convencimientos dejan á Dios por el diablo, á la virtud por el vicio, á la gracia por el pecado, á la religion por la impiedad y se complacen en sofocar y hacer que en ellos no fructifique la palabra divina.

¡Dios mío! ¿Será cosa de que se pierda la semilla que sembrais en los corazones de los hombres para que fructifique virtudes apacibles, vivan cristianamente y se salven, y todo sea entre nosotros horror, confusion é infierno? Estamos destinados á nacer, á vivir, á morir y á condenarnos sin remedio puesto que sin los frutos de la palabra divina no hay salvacion para nadie? No, católicos. No hay que blasfemar de la bondad inmensa de nuestro Dios grande en misericordias y poderoso para hacer hijos de Abrahá de las mismas piedras. Hay afortunadamente en la viña del Señor, la iglesia santa, muchos fieles figurados en la buena tierra de la parábola que nos ocupa que recibiendo la divina palabra con corazon recto y puro la retienen con constancia, la nutren con la piedad, la fomentan con la paciencia hasta que pululando como los sembrados de los

campos germina con lozanía y produce el fruto de las virtudes que forman el carácter de los justos que aplacan al Omnipotente ofendido para que no castigue á los criminales de la tierra. Van al templo con deseos de aprovecharse de la divina palabra, y estos deseos les mueven á pedir á Dios que les abra los oídos del corazón, únicos que pueden oír la voz del cielo, que imponga silencio á las pasiones que impedirían escucharle, que los radique en la humildad necesaria para oír dóciles los discursos del ministro, y que la perseverancia fije las sensibilidades piadosas hasta que produzcan frutos de salvación. Concurren á los sermones con fé, esperanza y caridad, escuchan del hombre las palabras de Dios, las recogen con cuidado y después las reflexionan como reflexionaba María Santísima las de Jesús divino, y este es el modo de hacer que fructifique la divina palabra, que se vean almas justas y se consuelen los fieles al ver que no se ha abreviado la mano del Señor, que aun hay entre la multitud pervertida muchos que no han doblado su rodilla á los ídolos del siglo, que no faltan verdaderos israelitas que adoran á Dios en espíritu y en verdad, y que el destino de la religión de Jesucristo es el de la eternidad feliz que le prometió su Autor divino. Oyen otros en pecado las palabras de vida eterna, y como David á la voz de Natan se convierten á Dios y dicen arrepentidos: «he pecado contra Dios» y piden perdón implorándolo misericordia como el Publicano, y logran salir del templo justificados y resueltos á conservar en su corazón la divina palabra para que produzca en sus almas los frutos propios de su eficacia y virtud.

De estos, amables oyentes, de estos quisiera yo que fuésemos todos los que hemos pecado y ofendido de mil modos y maneras á nuestro Dios, y para esto ¿no nos puede servir la consideracion de que para nadie puede haber salvacion sin que la divina palabra fructifique en nuestros corazones? Seremos tan insensatos, que despues de lo que nos dice Jesucristo en el evangelio de este dia demos lugar á que el grano de la sana doctrina caiga en nuestros corazones como el que cayó junto al camino, y fué pisado y comido por las aves; como el que cayó en las piedras; y como el que fué sofocado entre las espinas de los intereses mundanos, de los deleites carnales y de los pecados que tanto asean á la sociedad en que vivimos? Reflexionemos sobre nuestros verdaderos intereses que son los de nuestra salvacion, y resolvámonos á oir la divina palabra con las disposiciones debidas para que tengamos la dicha de pertenecer á los que oyéndola con un corazon bueno y perfecto la conservan y dan frutos en la paciencia. *Qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia.*

Que sea así Dios Omnipotente. Dad á la divina palabra aquel atractivo penetrante que li ace oirla con atencion, aquella uncion santa que penetra hasta los corazones, y aquella virtud eficaz que hace triunfar de todos los obstáculos. Infundid en vuestros ministros un celo ardiente por la salvacion de los hombres, una luz viva que nos haga conocer toda la estension de nuestros deberes, y una humildad capaz de hacernos insensibles á los elogios y censuras de nuestros oyentes, para que juntado á la vehemen-

cia divina de los predicadores la docilidad de los que forman el pueblo fiel, seamos todos la buena tierra en que cae el grano de vuestra palabra divina para producir los frutos de la gracia y de la gloria. Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA DE SEXAGESIMA.

El origen del bien ó mal obrar es la disposición con que se oye la palabra de Dios.

Dixit per similitudinem: Exiit qui seminat seminare semen suum..... Luc. cap. 8.

Una de las cosas que con mas frecuencia se nos repite y manifiesta en las sagradas letras es el desco y voluntad que tiene Dios de que ningun hombre perezca, de que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; el que nuestra perdicion es obra enteramente nuestra y que no hay sino auxilios para favorecernos en las manos del Señor, que nos llama y quiere reunirnos á si y nosotros huimos de él y no queremos escucharle.

Una turba grande de jentes de las que abandonaban sus casas y haciendas y salian de los pueblos y ciudades

por oír á Jesus en los montes y desiertos se reunió á él, y volviéndose á ellas las dijo para manifestar esto mismo la parábola que se nos recuerda en el evangelio de este día. Salió un labrador á sembrar y deseoso de que la cosecha fuese próspera y abundante no dejó rincón en sus tierras que no sembrase, pero fué poco venturoso su trabajo, porque un pedazo de semilla cayó á orilla del camino, y parte porque los caminantes la pisaron, parte porque las aves se la comieron, no llegó ni aun á prender: otro pedazo cayó en una tierra pedregosa, tierra que tenia muy poca profundidad de suerte que aunque prendió y nació á los primeros rayos del sol vino á secarse por falta de jugo. Otro pedazo de semilla cayó en una tierra buena de suyo, pero mal limpia, llena de espinas y malezas, y como las hierbas malas crecieron mas, en poco tiempo ahogaron y sofocaron á la semilla buena. Al fin no fue perdido enteramente el trabajo porque otra parte de la semilla cayó en tierra buena y dió el ciento por uno de fruto.

Dicho esto exclamó levantando su voz y dijo: *El que tenga oídos para oír que oiga.* Cesó de hablar el Señor y ¿cómo dejaría de conturbarse al ver el poco fruto que habia de sacar de su predicacion por haber tantos oídos sordos que no quieren abrir su alma á las palabras de vida eterna? ¿Al ver tantas jentes que le seguían y escuchaban y los poquísimos que guardaban y cumplían las máximas saludables que los anunciaba? Accercándose á Jesus despues que quedó solo, sus discípulos y aquellos que eran mas aficionadas á su doctrina le rogaron que los explicase la parábola. Si, los dijo, á vosotros os concede el cielo un bien tan

grande como es el saber los secretos del reino de Dios; pero á los demas se los dá solamente el que oigan en parábolas, para que queden sin entender lo mismo que oyen y que vén, y el Señor se dignó explicarlos por sí mismo y de-clararlos el sentido de la parábola.

Hariamos una injuria al mismo Jesucristo sus ministros si hiciéramos otra cosa que repetir lo que dijo nuestro divino Maestro. La leccion de este evangelio, nos dice con mucha verdad el padre san Gregorio, no necesita de esposicion puesto que la interpretó y esplicó el mismo Jesucristo, y seria una presuncion de nuestra fragilidad humana el discutir-la, y solo es menester nuestro recuerdo y amonestacion. Tomaré en mis impuros labios las palabras del Señor y diriéndome á mi auditorio con el mismo fin que nuestro Salvador á las turbas os haré conocer con el sentido de esta misteriosa parábola: que el origen y fuente del bien ó mal obrar es la disposicion con que se oye la palabra que Dios nos anuncia por medio de sus ministros. Permitidme tambien, hermanos mios, que levantando mi voz clame y os diga: *El que tiene oídos de oír que oiga*. No os contenteis con oír la palabra del Señor que voy á anunciaros, es preciso que la oigais con gusto, con deseo, que la recibais con un alma y un corazon bien preparado para que arraigue y fructifique en vosotros y produzca el ciento por uno; no basta oír, sino se quiere obrar conforme á lo que se oye; no sembremos en todos vosotros y sean poquísimos en los que se logre cojer el fruto.

Ayudadme Señor con vuestra gracia y preparad con ella á mis oyentes para que no trabajemos en vano. Os la

pedimos por la intercesion de aquella criatura dichosísima á quien llenaste de gracia y á quien saludamos con el ángel

AVE MARIA.

Dextt per similitudinem: Exiit qui seminat....

Jesucristo Señor nuestro no nos manifestó en la esplicacion que hizo de esta parábola quien es este sembrador que salió á sembrar y desparramó su semilla con tanto deseo de cojer fruto; pero no debemos tener embarazo alguno en conocer que es el mismo Jesucristo que habiendo sembrado la semilla divina por medio de tantos profetas, pareciéndole que no daba el deseado fruto, que la majestad de Dios no era conocida, servida, ni alabada como pudierá y debiera serlo; que no era amada la virtud ni aborrecido el vicio; que la tierra de nuestro corazon en vez de buen trigo producía malezas y abrojos, y que estando cerrado el cielo se perdian y condenaban cada día muchas jentes determinó salir él mismo en persona; no porque el Hijo Unijénito del Eterno Padre y Dios con el Padre saliese á sembrar por mudanza de lugar como los hombres, puesto que siendo infinito é inmenso todo lo ocupa y nada hay sin él, sino porque tomando un nuevo modo de ser en su encarnacion, uniéndose á la naturaleza humana sin dejar de ser el rey de todos los reyes, salió como un labrador y se dejó ver con vestido conveniente al sol, al hielo, al granizo y á todas

las penalidades de esta vida para sembrar á costa de fatiga y de su misma sangre.

Jesucristo es con toda propiedad el que siembra , porque no solamente sembró todas las criaturas que están esparcidas por toda la anchura del ceilo y la redondez de la tierra, puesto que por él han sido hechas todas las cosas, sino tambien porque tratándose en particular de su doctrina, anúncienla los ángeles, los profetas ó los predicadores; sea en la ley de la naturaleza, en la escrita, ó en la de gracia, él es el sembrador y los ángeles y los hombres no son otra casa que sus ministros. ¡Ay de aquellos profetas necios que anuncian sus sueños y no son órganos de la verdad sino de la mentira, y llaman bien al mal y malo á lo que es bueno! ¡Ay de los predicadores que se predicán á sí mismos y no predicán á Jesucristo! ¡Ay de los que siembran sin reconocer su eminente destino y dignidad, sin corresponder con sus costumbres al oficio que ejercen, y tal vez atribuyéndose á sí mismos el mover los corazones, humedecer los ojos, convertir á los pecadores y desahuciados siendo todo obra del único que siembra y dá el incremento, que es Dios! ¡Ay de los que predicando á los demás se quedan ellos mismos en el vicio y la reprobacion! ¡Ay de los cristianos que no oyen y reconocen al mismo Jesucristo en el predicador que los anuncia su doctrina, bien sea justo y pedador, bien sabio ó ignorante, bien la anuncie con la sencillez y lisura que la es propia, ó con los adornos y las artes de la sabiduría humana! ¿A cuántas reflexiones dan lugar estas eternas verdades, mis amados hermanos? Las dejo á vuestra consideracion por continuar la es-

plicacion de esta parábola, y llegar al objeto que me he propuesto manifestaros con la eminente doctrina que en ella se contiene.

Semen est verbum Dei. La semilla que salió á sembrar el sembrador es la palabra de Dios. Todas las obras y milagros de Jesucristo bien nuestro, dice el padre san Agustin, son palabras suyas que tienen su lengua con que nos hablan si queremos entenderla. El nacer y reclinarse en un pesebre fué palabra suya. La pobreza, la humildad en que nació, la mansedumbre con que trató en el mundo, el amor que siempre manifestó á los pecadores, la paciencia con que sufrió los trabajos, las injurias y los tormentos, la obediencia y resignacion con que soportó la afrenta de la cruz, la gloria de su resurreccion con que fundó todas nuestras esperanzas, la sabiduría con que dejó establecida su iglesia, todas sus obras, en fin, no predicaban y persuadian menos que sus palabras. La semilla es la palabra de Dios, de donde se sigue su excelencia, su dignidad y su virtud; porque dejando á un lado la grandeza del que la siembra, su nombre basta para recomendarla. La palabra de un Dios infinitamente veraz que no puede engañarse ni engañarnos; de un Dios infinitamente sabio, de un Dios que nos ama y tiene palabras de vida eterna, que nos anuncia su ley para que observándola seamos eternamente dichosos ¿qué mas puede decirse para que todos la recibamos con ansia y con interés y conozcamos todo su valor y virtud? Es la palabra de Dios una *medicina que sana*, como dice el real profeta (1),

(1) Psal. 106.

«Una luz que alumbra para dirigir los pasos,» como dice el mismo (1) «mis palabras son espíritu y vida,» dice el mismo Jesucristo (2). Son «como un fuego que enciende y » acrisola, una agua que limpia, una nieve que cae del cielo y fertiliza;» son un juez, porque *ellas son las que nos han de juzgar*, nos dice el mismo Señor (3). La palabra de Dios es la que todo lo cria, todo lo conserva, *dijo y todo fué hecho*. Es la que resucita los muertos, la que quebranta los cedros del Líbano, la que saca hijos de Abrahán de las piedras, la que divide las aguas del mar rojo, y sustenta á un numeroso pueblo en el desierto. Es una semilla del cielo, que sembrada en la tierra, intimada á los hombres y estendida en el campo del Padre de familias, rompe las torres mas soberbias, deshace los castillos mas fuertes y elevados y disipa las humaredas de pensamientos mas vanos poniendo en su lugar frutos de nuevos propósitos y deseos. Anuncie la palabra del Señor y estienda sobre los corazones de los hombres esta semilla celestial el ministro de Dios, justo ó pecador, el apóstol ó el fariseo, el sabio ó el ignorante, su excelencia, su virtud y poder maravilloso es el mismo. Tienen los hombres en la tierra las palabras del Señor que se los anuncian en su ley por la boca de sus ministros, y lo que estas no hicieron no harán los muertos que resucitan ni los condenados que vinieran del infierno á manifes-

(1) Psal 11. 3.

(2) Jean cap. 6.

(3) Joan. cap. 15

tarnos sus eternos castigos; ni el condenado, ni el demonio será tan poderoso, tan veraz y digno de nuestro crédito como la palabra de Dios.

¿En qué consiste que siendo tan fuerte, y poderosa, que recibiendo con frecuencia esta semilla no fructifique en nuestras almas? Consiste en que siendo una misma lá semilla y la mano poderosa que en todas partes la siembra y desparrama, se recibe con distintas disposiciones, ó cae en terrenos diferentes como nos lo esplica Jesucristo mismo en esta parábola.

No hablemos de aquellos que tapan sus oídos por no oír la voz y las palabras del Señor; de los que se hacen sordos por miedo á su fuerza; de tantos como la desprecian, la ultrajan y persiguen. Hombres hay aun en medio de nosotros dispuestos á hacer siempre su voluntad y que no quisieran otra ley superior, á quienes irrita oír la voz de los ministros del santuario y aun la de su propia conciencia, y que quisieran aniquilar y hacer enmudecer para siempre una y otra si los fuera posible. A quienes es dura y repugnante la palabra de Dios, huyen de los que la publican, los tienen por ilusos, engañadores y fanáticos y aun quisieran vengarse en ellos haciéndolos morir entre tormentos. *Quæritis me interficere, quia sermo meus non capit in vobis*, decía Jesucristo á sus enemigos (1). Estais inquietos y nada dejais por mover para lograr quitarme la vida, porque mis palabras no caben en vuestro corazon, porque reprenden

(1) Joan. cap. 8.

esos crímenes que ocultais, porque no quisiérais oír jamás la verdad para vivir mas tranquilos en el error y desenfreno... y pudieran decir lo mismo los sacerdotes á muchos malos cristianos. ¿Qué, extrañaremos que mueran estos infelices si ellos mismos rehusan la medicina? ¿Cómo han de dar buen fruto, si no reciben la semilla y quisieran que desapareciese de entre los hombres? Compadezcámoslos y miremos su mal como una señal de reprobacion. La tierra que no quiere recibir la semilla divina, no se llama tierra de Dios; no porque haya cosa que no lo sea, sino porque Dios no la llama suya, por estar desauiciada de dar fruto. *Qui ex Deo est verba Dei audit, propter ea vos non auditis quia ex Deo non estis*, decía el mismo Jesus á los fariseos (1). «El que es de Dios oye las palabras de Dios: vosotros no » las oís porque no sois suyos.»

Aun entre aquellos que reciben con aprecio y con gusto la semilla de la divina palabra, entre los que se presentan á oírla con frecuencia, obra y fructifica de distinto modo. «Una parte de la semilla cayó en el camino, la pisaron y las aves del cielo se la comieron. Estos, dice Jesus » cristo, son aquellos que oyen, pero que despues viene el » diablo y quita la palabra de Dios de su corazon para » que no crean y se condenen.» Hay corazones que son como los caminos y reunen en sí las condiciones de estos, bien tristes y deplorables para el alma. La primera es el estar francos y patentes á todos cuantos quisieren pasar por

(1) Joann cap. 8 v. 47.

ellos, senn vecinos ó estraños, amigos ó enemigos, aves, animales ó bestias; y asi hay almas que con la larga costumbre de pecar son como camino abierto para todos los vicios, como la nave cascada que por todas partes la entra el agua, como ciudad sin muros que por todas partes la acometen los enemigos, como viña sin vallado que se la comen los caminantes, como casa sin puerta que sirve de posada á todas las bestias. Conciencias hay dice el apóstol (1), que han sufrido tantos cauterios y que tienen hechos tantos callos en pecar que ya no lo sienten. *Cauteriatam habentium conscientiam*. Otra condicion ó propiedad del camino es ser tan duro que no le rompe la reja del arado por ser tierra tan endurecida y pisada de los hombres y las bestias. Estampa de un corazon que por haberse dejado hollar de los vicios está tan duro, que como dice san Bernardo (2), ni le ablandan los ruegos, ni teme las amenazas, ni siente los azotes, ni le obligan los beneficios, ni le acobardan los peligros, ni le rinden los castigos, ni mira lo por venir, ni se acuerda de lo pasado; ingrato á los bienes, rebelde á los males, torpe en los consejos, bruto en los juicios, descarado en las deshonestidades, inhumano en las cosas humanas, temerario en las divinas. San Basilio compara al pecador endurecido al enfermo que tiene una llaga ó enfermedad muy antigua cuya curacion ó ha de ser muy violenta ó muy prolija. Cuando la ponzoña no pasa del estómago con

(1) 1. Ad Timoth. cap. 4.

(2) Lib. 1. de consid.

facilidad se devuelve, pero cuando se ha entrañado en las venas no suele salir sino con la vida. Habiendo continuado mucho tiempo obrando el mal, la costumbre envejecida forma otra naturaleza; podreis hacer el bien; el remedio no es del todo impisible, pero es muy dificultoso. De todos modos, hermanos míos, el tener un corazon la dureza de un camino, es malísima señal. Cuando deseais ablandar alguna cosa dura, la traeis entre las manos, la poneis al fuego ó al sol, si esto no alcanza la poneis en el yunque y descargais sobre ella los golpes del martillo, y si todo esto no basta la abandonais por inútil. De un modo semejante se conduce Dios con el alma endurecida: la regala primero con sus beneficios y favores manifestándola las llagas de sus manos y de su corazon. La hiere con los rayos de su luz, con avisos é inspiraciones interiores. La pone en el yunque de los trabajos y en el crisol de las tribulaciones, descarga sobre ella los golpes del martillo hasta no dejar lugar sano; y si todo esto no basta, la abandona en pena justísima de su endurecimiento. Asi lo vemos en el pueblo de Israel, pueblo de una cara de piedra y un corazon indomable como le llamó Jeremias (1), de un corazon como un diamante como le llamó el profeta Zacarias (2), y lo vemos cada dia en muchos cristianos á quienes ni los beneficios ablandan, ni los castigos corrijen y convierten, y vienen á morir en su obstinacion y dureza.

(1) Cap. 5.

(2) Cap. 7.

Otra propiedad del camino es, que no cubre la semilla que cae en él, queda al descubierto y las aves del cielo se la comen. Hé aquí mis hermanos, el retrato de muchos pecadores en quienes cae la semilla de la palabra de Dios como si no cayese: que la oyen como si no la oyesen; que están tan distraídos cuando asisten á un sermón, que mas bien puede decirse que entretienen su ociosidad que no que recojen y atienden á lo que se les dice. La palabra divina quiere oírse con grande atencion, con ternura, devocion y consideracion. Yo no temo decir que es necesaria mas disposicion para oirla del modo que conviene, que para anunciarla; y la hace un agravio enorme el que la oye como si oyera una comedia; hay quienes asisten á los sermones solamente por oír el donaire y la gracia del predicador, por recrearse en la hermosura y ornato de las palabras, en el arte y el ingenio de la composicion, semejantes á los que miran las imágenes y pinturas piadosas y sin moverse á la devocion y los afectos que inspiran, fijan toda su atencion en el arte con que están trabajadas. El apóstol Santiago compara la divina palabra al espejo, en el que el que se mira con despacio y consideracion halla y conserva memoria de su figura; pero el que se mira solamente de paso es como si no se mirase. Inútil es acudir á los templos en turbas á oír la palabra de Dios, sin ánimo de aprovechar, de mirarse y contemplar en ella como en un espejo que nos pone de manifesto nuestras faltas, inútil es oirla si se oye sin provecho. He dicho mal. Cualquiera que de este modo recibe la divina semilla, que queda endurecido en el mal, que la oye sin alterarse ni abandonar su mal estado, puede te-

mer que es una tierra de maldición, que será presa de sus enemigos porque oyendo la voz de los centinelas que le avisau los peligros no se guarda; que morirá porque alargándole la oportuna medicina los médicos no quiere tomarla.

Aliud cecidit supra petram, et natum aruit. Otro linaje de jentes hay, como nos declara Jesucristo que oye con gusto la palabra de Dios, pero que tienen tan superficiales las raíces de la virtud, que en saliendo los rayos del sol se secan, es decir: que en llegando la tentación dá con ellos en tierra: jentes que tiene buenos principios, malos medios, peores fines; y que reparando en lo mucho que prometen y lo poco que cumplen puede decirse que son unos burladores de Dios, de quienes abomina sobremanera como nos dice el Espíritu Santo (1), *Abominatio est Domino omnis illusor*. Como los hijos de Efren de quienes dice por baldon el profeta David que blasonando de sus arcos y saetas en viendo la cara al enemigo le volvieron las espaldas, son jentes que al oír un sermón ó asistir á un ejercicio piadoso, se conmueven, se humedecen sus ojos, quisieran retirarse del mundo y entregarse de lleno á la virtud, y se entregan y dejan arrastrar con igual facilidad de las impresiones del mal y las provocaciones al vicio. Son como las piedras mojadas que están muy húmedas por defuera y muy secas en su interior: son como Herodes que tenia gusto en oír al Bautista y hacia muchas obras buenas por

(1) Prov. cap. 3.

lo que le oía , y despues viendo bailar á la hija de Hercedias le mandó matar: son como los niños de la escuela que amenazados de los castigos prometen cuanto se quiera y en saliendo de allí no se acuerdan de lo que prometieron.

El demonio; dice el padre san Anselmo, juega y se entretiene con estos miserables, los deja con artificio que lloren y propongan, que se ausenten y arrepientan muy seguro de que todo ha de ser para su mayor mal, como el pescador se entretiene en dar cuerda al pez que ha caído en su anzuelo para que poco á poco se vaya desangrando seguro de que ya es suyo.

Esto es lo que comunmente advertimos entre la mayor parte de los fieles, oyen con atencion y fervor la divina palabra, y oyen con la misma una conversacion indecente, asisten á un baile en que se falta sin reparo al recato y al pudor , alternan digámoslo así entre el vicio y la virtud, entre Dios y el mundo, entre las penitencias y los placeres. ¡Ay hermanos míos! No es menos mal recibir así la palabra divina que recibirla con un corazon obstinado. Menos inconveniente es no echar la mano al arado que dejarle. Es menos mal no haber conocido el camino de la verdad que el no seguirle habiéndole conocido. Recordemos al Señor nuestra fragilidad para inclinarle á misericordia. Que somos una hoja sin fortaleza alguna porque cualquiera viento la arrebatara, y conociendo nuestra debilidad desconfiemos de nosotros, huyamos las ocasiones, meditemos la severidad de la divina justicia, afiancémonos en Dios, invoquémosle, recordemos la brevedad de esta vida, los premios de la eterna y hagamos cuanto nos sea dado con la

ayuda del Señor para que no prevalezcan y se alegren nuestros enemigos y se congratulen diciendo, *Deborabimus eum* (1). Al fin le hemos derribado y de nada le sirvieron sus esfuerzos.

Aliud cecidit inter spinas. Otra parte de semilla cayó entre las espinas y naciendo con la semilla la sofocaron. Estos dice Jesucristo, son los que oyen la palabra de Dios con gusto, pero que la ahogan con la demasiada solitud de las cosas temporales. La sobrada ansia por los bienes del cuerpo ahoga los deseos y pensamientos del alma. Los bienes terrenos, el deseo de atesorar, de gozar comodidades, de allegar una casa á otra casa y un campo á otro campo, ocupa toda el alma y todos los pensamientos y no queda lugar á que crezcan y se extiendan los cuidados del cielo. Estas malezas ocupan todo el jugo, estorban que entre en el alma el sol, el rocío, el aire; porque á la manera que no pueden penetrar en una cueva tapada, así no puede entrar el sol de justicia ni el rocío de su benéfico influjo en una alma llena de cuidados, crecen mas y sofocan la buena semilla por mas que quiera crecer, y de aquí es que el que atiende con ansia á sus aumentos y afanes, al lujo, al interés; á la soberbia, al juego, á las cosas de mundo, ni oye ni atiende á los buenos ejemplos, á las lecturas piadosas ni á las voces y las inspiraciones que le dá el cielo, á la manera que el que está en la ventana con el ruido de lo que pasa por la calle no oye ni hace caso de lo que pasa

(1) Psalín. 44.

en su casa. No tiene corazon para Dios el que le ha entregado ya á su tesoro, á sus placeres, pasatiempos, diversiones y cuidados de este mundo. Cuidemos de las necesidades de nuestro cuerpo, pero hermanos míos, no seamos demasiado solícitos de, que comeremos y beberemos: busquemos primero el reino de Dios, y pidámosle el pan y sustento para cada día. Moriremos, y nuestro bienes ¿para quién serán?

Aliud cecidit in terram bonam et ortum fecit fructum centuplum. Por fin, entre tantos como oyen sin fruto la palabra de Dios no faltan algunos que la oyen con un alma buena, que la conservan en su corazon como un tesoro y que dan frutos abundantes de bendicion. Como el estómago que está sano y bien dispuesto recibe el manjar, le conserva, le dijere y le distribuye por las venas, así el buen corazon recibe el manjar de la palabra de Dios, le conserva sin que el demonio sea poderoso para robársele, le dijere con la contemplacion y meditacion, y con el calor de la caridad le reparte por todas sus potencias y sentidos. *In corde meo abscondi eloquia tua; ut non peccent tibi* dice el real profeta (1). Escondí Señor, vuestras palabras en mi pecho, para que sean freno de mis apetitos y de mi sensualidad. Me parecen mas dulces que la miel y son de mas codicia que el oro y las piedras preciosas.

Concluiré segun esto, hermanos míos, que por mas

(1) Salmo 118 et 8.

que sea fuerte y poderosa la semilla de la palabra de Dios, por mas que haya trastornado el mundo entero, derribado los idolos, convertido á las jentes, y obrado prodijios de todas clases, no será poderosa en nuestra alma sino la recibimos con un corazon puro y bien dispuesto, y podré asegurar con razon que el orijen del bien ó mal obrar es la disposicion con que se oye la palabra de Dios.

El que tenga oidos de oir, que oiga si no quiere perderse para siempre, pero que oiga disponiéndose debidamente para oir. Por el fruto conoceremos si sembramos esta semilla en tierra buena. Aunque la virtud sea amable de suyo, está rodeada de dificultades por nuestra propension al mal, por los enemigos tan poderosos que tenemos en el mundo y el demonio, por los trabajos que nos fatigan en todo el curso de esta vida y necesitamos antes de todo la paciencia porque no hay obra buena ni virtud alguna sin paciencia. Oigamos la palabra de Dios como órdenes que Dios nos intima, como obligaciones justas que nos impone: esforcémonos á cumplirlas con paciencia. Si no recibimos la semilla divina, si la recibimos mal, ¿qué esperanza podremos tener de dar fruto de buenas obras? El desprecio de la divina palabra, el no querer recibir la doctrina del cielo, el resistir al alimento del alma es señal de muerte y reprobacion. Es tierra maldita la que no quiere escuchar á los enviados del Señor. Salios de la ciudad en que no quisiesen oiros y sacudid el polvo de vuestros zapatos, habrá para ellos un juicio mas terrible que para los habitantes de Sodoma dice J. C. ¿A qué decir que nada oireis de nuevo, ni evadiros de escuchar las palabras del Señor con otras vanas es-

cusas? Bien sabia su culpa David, pero no hizo impresion en su alma sino la voz de Natan. Con su palabra acompaña el Señor muchas veces aquellas gracias que necesitamos para salir del vicio y emprender la virtud. Oigamos la palabra de Dios con un alma dispuesta para que fructifique en nosotros, para que sea el principio de todas nuestras buenas obras y el apoyo que nos conserve en ellas, para que al fin seamos bienaventurados para siempre, porque Jesucristo mismo nos afirma que los que oyen la palabra de Dios y la guardan serán eternamente felices. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAGESIMA.

Obligacion que tenemos de implorar la misericordia de Dios.

Jesu fili David miserere mei. Jesus hijo de David ten misericordia de mí. Luc. c. 18. v. 38.

Católicos:

Después de haber instruido Jesucristo á sus discípulos en la doctrina de la verdad, de la felicidad del mundo y de la salvacion de los hombres en medio de los milagros mas estupendos y de las señales mas espresivas de su divinidad: establecida la ciencia del evangelio y convencidos los apóstoles de la necesidad de observar los preceptos é imitar los ejemplos de su divino Maestro, les revela éste su muerte y su resurreccion diciéndoles: «vamos á Jerusalem en donde serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del hijo del hombre: Porque será entregado á los gentiles y

será escarnecido, azotado y escupido. Y despues que le azotaron, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia» ¿puede hablarse con mas precision y claridad? ¿Hay palabras mas terminantes que las que en esta ocasion pronunció Jesucristo para anunciar á sus apòstoles su pasion, su muerte y resurreccion? Pues sin embargo nadie las entendió. Ninguno comprendió el lenguaje que usó la sabiduría eterna en este discurso. «Pero aconteció, dice la sagrada historia, » que acercándose Jesus á Jercio estaba un ciego sentado » cerca del camino pidiendo limosna, el cual oyendo el » tropel de los que pasaban preguntó ¿qué era aquello? » Le dijeron que pasaba Jesus Nazareno; y él principió á » dar voces y á decir á voz en grito» *«Jesus hijo de Da- » vid ten misericordia de mí. Jesu fili David miserere » mei.»* «Nada importó á este ciego el que le mandasen ca- » llar, cuanto mas lo reprendian con mas fuerzas clamaba » y decia: Hijo de David ten misericordia de mí: se paró » Jesus, y mandando que se acercase el ciego le dijo: ¿qué » quieres que te haga? Señor, que vea, le contestó el » desgraciado. Pues vé, le añadió Jesus, tu fí te ha salva- » do: y luego vió y le siguió glorificando al Autor de tan- » tos prodijios y maravillas; lo cual visto por el pueblo dió » loor á Dios.» Estos son los hechos: ellos manifiestan cla- ramente el poder de Jesucristo; pero envuelven ademas misterios de importante significacion, segun san Gregorio (Hom. 2 in evanj.), y de ellos quiere la santa iglesia que nos ocupemos para nuestra justificacion en este tiempo aceptable y en estos dias de salud en que todo en los cristianos debe respirar compuncion, penitencia, virtud

y santidad, como con tanto empeño nos lo encarga el apóstol.

No entendieron los apóstoles á Jesús cuando les habló de su pasión y muerte. Pero ¿por qué? Porque aun eran demasiado carnales; porque el mundo influía en sus ánimos; porque los abatimientos, los azotes, los escarnios, desprecios, ignominias y tormentos de la cruz eran para ellos cosas inconciliables con la grandeza y majestad del Hijo del Altísimo. No lo entendieron: porque imbuidos en ideas contrarias no acababan de comprender que conviene entrar en la gloria por el camino de la tribulación, de las pasiones, conflictos y adversidades que forman los baluartes que oponen los enemigos de nuestras almas á la perfección de la vida cristiana. No lo entendieron: porque así lo permitió Dios para instruirnos y doctrinarnos. Porque valga la verdad señores: si Jesús habló claro y terminantemente á sus apóstoles de su pasión y muerte y no lo entendieron, ¿no es cierto que hablándonos á nosotros después de realizada nuestra redención formamos empeño en no querer entender lo que nos dice y repite Jesucristo por medio de su iglesia santa, por no obrar el bien que se nos manda? Yo os haré ver en este discurso: que desgraciadamente hay mucho de esto entre nosotros: y que si queremos salvarnos, es necesario que á pesar de los gustos del mundo, de las sugestiones del demonio y de los estímulos de la carne no cesemos de decir con el ciego del evangelio: «Jesús Hijo de David ten misericordia de mí.» *Jesu fili David misere-re mei*. Si conociendo nuestros errores é ignorancias confesamos á nuestro Redentor como á un Dios Omnipoten-

tente, y le pedimos que nos ilumine con la luz de su gracia: si sacados por la bondad divina del caos tenebroso del pecado seguimos á nuestro Libertador glorificándolo en sus obras y dando loor á Dios como los que presenciaron el milagro obrado en el ciego del evangelio, la iglesia santa se regocijará en nosotros, nuestros pasos serán tan rectos como los de los justos que forman las delicias del cordero sin mancha; seremos hijos dignos de la gracia, y la santa cuaresma en que vamos á entrar será para nosotros como aquella nave misteriosa en que se salvaron las ocho personas respetadas por el diluvio universal: ella nos conducirá santos puros y virtuosos hasta el puerto de la resurrección gloriosa que esperamos.

Que sea así Dios mío: Haced que imitando al ciego del evangelio en la fe con que os pidió la vista del cuerpo os pidamos arrepentidos la vista de nuestras almas para ver y seguir las cosas santas hasta llegar á uniros con vos por eternidad de eternidades en la gloria. Para que así sea, todos devotos y obsequiosos decimos á la Madre del amor hermoso.

AVE MARIA.

Jesus fili David miserere mei...

Es cierto que los apóstoles no entendieron á Jesús cuando les habló de su pasión y muerte: es verdad que cuando los judíos prendieron al Redentor del mundo todos lo abandonaron, que san Pedro lo negó y que aun después de re-

sucitar Jesucristo afeó la incredulidad y dureza de corazón de los que no habían creído á los que lo habían visto resucitado. Pero católicos; si los apóstoles merecieron las justas reprensiones con que el divino Maestro los conducía por el camino de la vida cristiana y parece incomprensible la ceguera con que nos los presenta la sagrada historia á la vista de los prodigios, de la santidad y doctrina celestial del hijo del Altísimo; si en el evangelio santo forman un contraste maravilloso la sabiduría, el poder y bondad de Jesús, y la recalcitración de unos discípulos reprendidos á cada paso como hombres de poca fé y demasiada propensión á medirlo todo con la vara de la prudencia humana y de los cálculos errados de los hombres apegados á la tierra: de nosotros, ¿qué no podrá decirse? De nosotros que la echemos de católicos negando con las obras los misterios y verdades eternas de nuestra religión adorable; que vivimos tan disipados como los que ignoran á Dios, y rendimos vasallaje á ese mundo reprobado por Jesucristo porque no conoce mas leyes que las de los vicios y pasiones mas abominables: de nosotros que amamos la vanidad, que ambicionamos los bienes y riquezas de los mundanos, y nos engolfamos en esos misterios de iniquidad que tienen assolada la tierra, ¿no podrá aseverarse que estamos mas ciegos que el ciego sentado en el camino de Jericó á quien dió vista el que ilumina á todo el hombre que viene al mundo como lo dice el Evangelista? No pretendo asombraros con ridículas declamaciones; no trato de terrorizar ni quiero que en mis exortaciones tengan lugar los modismos de un fanatismo furioso reprobado por la razón:

pero sin salir del terreno del buen juicio, de la senda recta y del espíritu evangélico que debe dirigirme en este sitio para haceros entender las órdenes del Omnipotente que os quiere para la gloria y no para el infierno: ¿no tendré derecho para deplorar la ceguedad del mayor número de los cristianos que no quieren ver los crímenes y abominaciones en que viven sin contar con que siendo nuestro Jesus divino la verdad, el camino y la vida de los suyos es imposible toda salvación sin seguirlo en sus doctrinas, sin imitarlo en sus ejemplos y sin amarlo y glorificarlo cumpliendo con sus preceptos de vida eterna? A Ezequiel se le manifestaron horribles profanaciones en las interioridades del santuario de Jerusalem (Ezeq. c. VIII): pero nosotros las vemos y palpamos no en secreto y oculto, sino en público; en las calles, plazas y caminos mas concurridos, en las casas, en los teatros y lugares destinados á toda especie de prevaricaciones. Vemos, que invirtiendo las nociones comunes de las cosas llaman bien al mal y mal al bien, poniendo á las tinieblas por luz y á la luz por las tinieblas, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce como en tono de lamentacion se quejaba Isaías de los impíos de su tiempo. Vemos.... pero hablad por mí hombres y mugeres que ahora mismo estais pensando en las máscaras, en los regocijos jentílicos, y en esas obras de abominacion reprobadas por el buen sentido, anatematizadas por la iglesia, prohibidas por las autoridades y tenazmente promovidas por el Príncipe de las tinieblas para cegaros y llevaros por los caminos que conducen á la perdición eterna. Decid si vuestra conducta es parecida á la de los apóstoles que no entendie-

ron á Jesus cuando les habló de su pasion y muerte, ó á la de los Fariseos que se burlaban de las doctrinas del Salvador del mundo, que lo escarnecian y blasfemaban; y en nada pensaban mas que en comer, en beber y vivir como los necios de que nos habla el Sabio (Sapient. c. 2.º) Decid... No dignais ya cosa alguna: porque creo que no hay en este auditorio un solo racional que no confiese que somos mas inescusables que los apóstoles, que el carácter de cristianos se halla en nosotros horrorosamente desmentido por las obras, que pertenecemos mas bien al bando de los profanadores de las cosas santas que al número de los hijos de Dios, y que estamos mas ciegos que los que no tienen ojos para ver. Si no teneis franqueza para confesarlo así, haced la defensa de las virtudes públicas, demostradnos que somos todos tan santos como los apóstoles aun en el tiempo en que no entendieron á Jesus cuando les anunció su pasion y muerte, alegad la sobriedad, la justicia y la piedad con que debemos vivir segun el apóstol, y argüidme de exagerado cuando trazo el cuadro lastimoso que presenta nuestra sociedad con los desórdenes, crímenes y escesos que la hacen tan odionable; que yo siguiendo en mi propósito os diré con san Gregorio, que significando el ciego del evangelio al jénero humano lanzado del paraíso en que tenia la vista de la gracia, para vivir en la ignorancia del pecado, no le fué posible ver con claridad sin la venida de un médico celestial que lo iluminase y pusiese en disposicion de seguirlo y glorificarlo.

Esto es lo que se verificó con la aparicion de la benignidad y bondad de nuestro Señor Jesucristo dispuesto á sa-

carnos de las tinieblas del pecado y á iluminarnos con su gracia para que seamos justos, sobrios y piadosos en este siglo y aspiremos á la gloria prometida á los santos que imitando al ciego del evangelio no se dejaron vencer de las voces de las pasiones ni de los gritos de los enemigos de sus almas, sino que confiados en el poder y misericordia de Jesus jamás dejaron de decirle, «Jesus hijo de David, ten misericordia de mí.» *Jesu fili David miserere mei.* A hacer otro tanto nos convida la iglesia santa en este día. Ella nos propone el evangelio que me ocupa para que entendamos, que si los apóstoles no entendieron á Jesus cuando tan clara y terminantemente les habló de su pasión y muerte, nosotros somos mucho mas torpes, estúpidos y necios en no entender prácticamente las cosas santas que se nos anuncian en estos días de santidad y expiación para nuestro aprovechamiento y justificación. Añade el milagro que obró Jesucristo con el ciego: para que convenciéndonos de la ceguera en que vivimos entregados á la vanidad y á los deseos de la carne demos de mano á todo lo que puede manchar nuestras almas, nos decidamos á no hacer caso de las voces y ejemplos escandalosos de los lascivos, intemperantes, ambiciosos, soberbios, orgullosos y arrogantes que se empeñan en que no llamemos á nuestro buen Jesus, y nos ocupemos en decir con la boca, con el corazón, con las obras y con el ejercicio de todas las virtudes «Jesus hijo de David ten misericordia de mí. *Jesu fili David miserere mei.*

¿Podiera la iglesia dirigida por el Espíritu-Santo escoger un tiempo mas oportuno que el presente para exortarnos de este modo? Despojada de sus adornos de solemnidad,

sin sus aleluyas, sin sus cánticos de rogocijo ; sin consuelo ni alegría para nada, oye que su divino esposo dice: que «después de azotado, escarnecido y escupido le quitaran la « vida» y no piensa ni puede ocuparse mas que de la pasión y muerte que se le anuncia. Ya está disponiendo la cena con que va á señalar á sus hijos para la penitencia; ya vá á dar principio á la santa cuaresma que ha de purificar á los fieles, ya en fin nos voca para que clamemos como el ciego del evangelio y digamos á nuestro Redentor amable, Jesus hijo de David ten misericordia de mí.

Pero, hijos míos, ¿cómo escuchamos nosotros á nuestra piadosa Madre tan interesada en nuestra salvacion y felicidad eterna? ¿Nos prestamos á seguirla por los caminos penitenciales que nos señala para tener la dicha de incorporarnos con Jesucristo y formar con él aquella ciudad de santos que vió el ángel de Patmos en su Apocalipsi? ¿No rechazamos mas bien las amonestaciones de esta Madre sin pensar mas que en nuestros devaneos, en nuestros deleites, en nuestras criminales diversiones y en ese flujo y reflujo de pecados con que ofendemos al Señor que nos ha criado, salvado y redimido para hacernos compañeros de los ángeles en el cielo? Nuestra conducta no es semejante á la de los gentiles qua ignoran á Dios, á la de los impíos que le blasfeman, á la de los ateos que lo niegan, y á la de los que no viven sino para ofenderle? No nos cansemos en buscar excusas á nuestros pecados ni agucemos el ingenio para alucinarlos hasta el estremo de desconocer la ceguedad en que vivimos sin dar un paso hácia la salvacion que tanto nos interesa. Convengamos en la necesidad que tene-

mos de que Dios nos ilumine para conocer y entender sus justificaciones, y unámonos al ciego del camino de Jericó para rechazar como él á los que nos impidan llamar en nuestra ayuda al que puede hacer de las piedras hijos de Abrahá, para confiar en la bondad de nuestro Salvador y para decirle «Jesus hijo de David, ten misericordia de mí. *Jesu fili David miserere mei.*»

Si así lo hiciésemos no hay que dudar de nuestra justificación: porque nadie se humilla delante del Señor sin que sea salvo; porque jamás aparta su rostro el Dios de la paz y de la consolacion de los que contritos y humillados le piden misericordia; porque Jesucristo nos anuncia aquella pasion y muerte que abrió los cielos á los hombres, y porque no hay pecado que no pueda borrarse con la sangre derramada a torrentes por redimir á nuestro primer Padre y á todos sus descendientes. Acallemos pues con nuestra decision, con nuestra fé, con nuestra esperanza y con nuestra caridad las voces de los que quieren apartarnos de Jesus valiéndose al efecto de esa bacanales escandalosas enemigas de la modestia, de la inocencia y del pudor, y resueltos á no juntarnos con los pecadores digamos llenos de confianza en la bondad divina «Jesus hijo de David, ten misericordia de mí.» Hacedlo amados míos, aprovechaos de las gracias que concede la iglesia santa en estos dias á los fieles que apartándose de las licencias y escándalos del carnaval acuden á los templos á conversar en la oracion con el Dios de la misericordia, y no seais como los gentiles que no tienen mas Dios que su vientre. Huid del pecado como del aspecto del infernal Dragon, y no; no ameís el peligro; porque pe-

recereis en él. Nada de disfraces, de máscaras, de bullas, bailes y cauciones indignas de la gravedad cristiana, y sea todo entre vosotros digno del carácter de santidad con que fuisteis reengendrados en el bautismo: porque de lo contrario, una voz de trueno resonará desde este púlpito contra los escandalosos, y Dios se armará contra los que provocan sus venganzas.

Dios mío: iluminadnos para que entendamos lo que es el ir á padecer y morir por nosotros, y nos deridamos á pedirnos como el ciego de Jericó la misericordia que usasteis con él cuando le dijisteis «Pues vé, tu fé te ha hecho salvo.» Decidnos otro tanto para que os sigamos glorificando tu santo nombre y dando loor á nuestro Dios en esta vida y en la eterna de la gloria. Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAJESIMA.

De la malicia, de la ceguera de nuestra alma y de su remedio.

Cum appropinquaret Jericho, cæcus quidam sedebat secus viam mendicans.... Es clamavit dicens: Jesu fili David miserere mei. Luc. cap. 18.

Hé aquí que vamos á la ciudad de Jerusalem y en ella van á tener cumplimiento todas las cosas que están anunciadas por los profetas del Hijo del hombre. Será entregado á las jentes, le burlarán, le escupirán, lo azotarán y despues le harán morir, y al dia tercero resucitará. Asi hablaba Jesucristo á sus apóstoles, y estos nada entendieron: les parecieron oscuras y misteriosas sus palabras, de modo que nada percibieron de cuanto los decia. No alcanzaban á conciliar lo que oían con los gloriosos vaticinios y el comun

sentir de la gloria y majestad del Mesias prometido. Acercándose Jesus seguido de las turbas hácia Jericó, un ciego que estaba pidiendo limosna á orilla del camino preguntó oyendo el ruido y le dijeron que pasaba Jesus Nazareno y empezó á clamar diciendo: Jesus Hijo de David, ten misericordia de mí. Los que iban delante le reprendian y mandaban callar; pero él levantaba mas la voz implorando misericordia: Hijo de David, compadécete de mí. Jesucristo le mandó aproximarse y le dijo: ¿qué quieres que yo te haga? Señor, le respondió, que me concedais el que vea. Pues bien le dijo Jesus, te lo concedo: tu fé te ha hecho salvo, mira. Y en el momento abrió los ojos y vió y siguió á Jesus alabándole y magnificándole, y toda la turba que presenció este milagro dió gloria y alabanza á Dios.

Tal es la relacion que se nos hace en el evangelio de este dia. Unos discípulos á quienes Jesucristo habla de sus padecimientos y su muerte y no le entienden; un ciego que clama á Jesus deseando ver, y recobró su vista, ofrecen á nuestra consideracion una ceguera de alma mas temible y desoladora que la del cuerpo, y el medio de salir de ella implorando como el ciego de Jericó la compasion y misericordia del Hijo de David.

Nada más oportuno puede recordarnos la Iglesia nuestra madre en este dia de abandono y licencia; en este dia de desenfreno en que se avisa en vano al comun de los cristianos sus deberes; sus promesas, su destino y se ponen á su consideracion los trabajos, las irrisiones, las burlas, los tormentos y la muerte de Jesus, y se hacen los desentendidos y los sordos, no pueden conciliar estos recuerdos y

amonestaciones santas con la costumbre de divertirse, de entregarse á los excesos de la comida y la bebida, á los bailes y demas recreos en que no se respeta el pudor ni la honestidad, á la relajacion y los vicios que autoriza un mundo corrompido y engañador. Nada, digo, puede recordarnos mas oportunamente nuestra madre la iglesia que la deplorable ceguedad de nuestra alma y ofrecernos el modelo para recobrar nuestra vista y los medios con que debemos hacerlo.

Señalado está, hermanos míos, el asunto de que debo hablaros en este rato. No voy á declamar contra la gula y la embriaguez; contra los espectáculos y bailes, contra el abandono de nuestros templos en estos dias, contra esas voces y palabras indecentes que forman el ruido obsceno de las calles y las plazas, contra tanta impureza y libertinaje que como si fuera lícito y permitido, no se repara cometer por todo sexo y toda edad: todos son efectos de una alma engañada y ciega que no quiere ni procura entender. O voy á descubrir la malicia de esta ceguedad y á manifestaros su remedio.

Pidamos antes los auxilios divinos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Cum appropinquaret Jericho....

La falta de la vista corporal es el origen de infinitos tro-

piezos, peligros y desgracias. ¡Cuál será mi gozo, dijo el anciano Tobías al anunciarle que recobraría su vista! cuál será mi gozo después que estoy viviendo en tinieblas y sin ver la luz del sol! Si llamaremos miserable y tendremos por desgraciado á un ciego, aun cuando sea poderoso y se sienta todos los días á una mesa espléndida, ¿tendremos por dichoso, dice el padre san Agustín, al que tiene ciega su alma y no vé á Jesucristo que es el pan con que debe alimentarse? Solo podrá decirlo el que sea igualmente ciego. Los que carecen de la vista del cuerpo, no ven el sol, que al fin es un bien común á los hombres, á los animales y á los insectos; á los buenos y á los malos; pero los que han perdido la vista de su alma no ven al sol de justicia con que se manifiesta y se hace perceptible á los hombres la eternidad de los bienes del cielo, la vanidad de las cosas terrenas, lo amargo de los placeres, y lo intenso y duradero de los divinos castigos y venganzas. Hábleseles en el nombre del Señor, procúrese encaminarlos por sus sendas, ni oyen, ni entienden ni quieren entender, se mofan del que los corrige y amonesta, padecen un mal incurable, son ciegos y guías de otros ciegos, y cuando tarde ya conocen su miseria, cuando se presentan en el tribunal del justo juez y son convencidos de sus extravíos, entonces se lamentan en vano y se quejan de que erraron y se apartaron del camino de la verdad, de que no los alumbró la luz de justicia y que no nació para ellos el sol de la inteligencia. La ceguera del cuerpo hace á los hombres miserables, pero no los hace reos y delincuentes como la del alma. Sin embargo no hallamos quien se lamente de la ceguera de su alma y de-

see salir de ella. Hallamos muchísimos en una ceguedad de corazón y entendimiento tanto mas perjudicial y deplorable, cuanto que no se reconocen y estando en el error y las tinieblas se creen ilustrados, sabios, perspicaces y que obran con acierto y seguridad. Comun es en el mundo quejarse de la ceguedad del cuerpo; pero no es por desgracia menos comun despreciar y reputar por cosa de poco momento la ceguedad del alma, de que resulta que no nos examinamos ni conocemos á nosotros mismos, que respecto de la suma y eterna verdad, de los bienes del cielo, de todo lo que se ordena y contribuye al bien espiritual de nuestras almas somos ciegos, ignorantes, miserables, sin guía y que caminamos extraviados siguiendo por el camino ancho que lleva al precipicio.

¿De dónde nace nuestra ceguedad y el que sea tan grande el número de los ciegos ilustrando é iluminando el Señor con su divina luz á todo hombre que viene á este mundo? No consiste en que tienen ausente la luz, sino en que no quieren verla y ellos mismos ponen en el alma los estorbos para que no la reciba. Los hombres por los pecados, dice san Agustin (1), son tinieblas y la luz brilla entre las tinieblas, pero las tinieblas no la reciben. Como el ciego que se pone al sol tiene presente al sol, pero ni le ilumina, ni le alumbra, y puede decirse que está ausente de él, así todo necio, todo inicuo, todo impio es ciego de alma y corazón. Presente está la sabiduría y la luz que dá la inteli-

(1) Tract. 1 in Joann.

jencia, pero está muy ausente de sus ojos, porque él mismo pone los estorbos para recibirlos. El que se venda la vista, la tiene sucia, enferma ó envuelta en el polvo, necesita quitar el vendaje 'ó limpiarse del mal para que sus ojos puedan ver la luz. Nuestras iniquidades y pecados son el polvo con que cegamos á nuestra alma para que no pueda ver. Quitémoslas y veremos la sabiduría que tenemos presente, porque Dios es esta sabiduría y escrito está: «bienaventurados » los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.»

Luego preciso es limpiar nuestro corazón del amor de las criaturas con que está manchado; preciso es quitar á nuestra alma el vendaje de las cosas terrenas en que está envuelta para que apetezca, conozca y vea la verdad y la sabiduría. Manchas é inmundicia del alma son, dice el mismo san Agustín, el amor de cualquiera otra cosa que no sea nuestro Dios y nuestra misma alma, y cuanto mas limpia esté el alma de estas manchas; tanto mas facilmente conoce la verdad. Luego si son tantos los ciegos de alma y corazón en este mundo, no es porque Dios no los alumbre ni deje de ilustrarlos la luz de la verdad, sino porque aman desmedidamente á las criaturas, corren y se envuelven en la vanidad y buscan la mentira, siguen y apetecen los bienes temporales y perecederos. *No se proponen á Dios delante de la vista.* ¿Cómo ha de proponerse á Dios delante de su vista el que ni ve, ni desea, ni busca sino los placeres, la vanidad, las locuras y los pasatiempos del mundo? Si somos ciegos, si no queremos entender para no vernos precisados á obrar el bien; si aunque no sea por desprecio y no querer, sino por una flojedad y pereza culpable dejamos de

recibir la luz que debe ilustrar nuestras almas para que sigan el camino que ha de conducir las al cielo y de instruirnos en las verdades que el Señor quiere que todos confesemos y abracemos, nuestra ceguedad es voluntaria y digna de los eternos suplicios; nace, no de Dios, sino de nuestra propia culpa, somos nosotros mismos los autores de nuestra desgracia. Preciso es acercarse á Dios para ser iluminados, preciso es limpiar nuestra alma para que pueda recibir la luz; apartándonos de Dios que es nuestra luz, nuestra alma queda en tinieblas, y por el pecado, no solamente nos apartamos de Dios, sino que oprimimos nuestra alma con la inmundicia de los bienes terrenos para que no pueda ver, nos adormecemos y cegamos en el goce de nuestros apetitos y deseos.

Durmiéndose Sanson en el regazo de Dalila le cortó las siete trenzas de sus cabellos, le quitó la fuerza admirable con que destrozaba á sus enemigos, le entregó á los filisteos, estos le sacaron los ojos, le amarraron con cadenas, le cerraron en una cárcel, le hicieron trabajar y se tomaban la diversion de reirse y burlarse de él. Hé aquí hermanos míos, la imájen de la ceguedad de nuestras almas y el camino por donde nos entramos en las tinieblas. La concupiscencia, nuestros deseos viciados y la propension que nos arrastra á los placeres y deleites nos lleva y hace que consintamos gustosos en el pecado, nos despoja de las gracias y dones del Espíritu-Santo, nos entrega á nuestros enemigos los demonios y estos arrancan los ojos interiores del hombre, trastornan todas sus ideas y sus deseos, le cargan de cadenas y sumerjiéndole en una torpeza, ignorancia y

estupidez inconcebible, le reducen á la condicion de los brutos y le hacen semejante á ellos y despues se burlan y mofan insolentemente de él. Reducido el hombre á este miserable estado queda en tinieblas y ni sabe, ni entiende, obra sin consejo, sin prudencia. Tal vez se reputa por mas ilustrado, mas sabio, mas perspicaz y prudente y se atreve á llamar ignorancia y obscuridad, ridiculeces y cuentos á las verdades que antes adoraba y creia; pero esta es su mayor ceguedad, este es su delirio y su mayor desgracia, el no conocer el mal que padece y la condicion á que se ha reducido. Es mas prudente, pero con una sabiduria y prudencia carnal propia de los hijos del siglo y para obrar el mal con mas desembarazo, pero no para mirar por sí mismo, para conocerse á sí mismo, para contemplar su fin y su destino y proveerse de modo que pueda conseguirle. *Acuti ad vana, hebetes ad æterna, dice el P. S. Ambrosio. ¡Utinam saperent et intelligerent et novissima providerent* (1). Entregados por el pecado al dominio y esclavitud del demonio no nos priva de la ciencia carnal y terrena, de la vista con que podamos atender á los asuntos é intereses temporales; pero nos priva de la vista de la prudencia cristiana, de la sabiduria y ciencia celestial con que debemos considerar todo lo que se ordena á nuestra salvacion; y caminando á ciegas en el camino de la eternidad llega el término y el desconsuelo de lamentar nuestra torpeza y de que se burlen insolentemente de nosotros nues-

(1) Barach, cap. 5.

tros enemigos. *Ergo erravimus á via veritatis.* Ved aquí toda la miseria y la malicia de la ceguedad del alma: malicia que reúne todos los males y priva é imposibilita dar un paso en el bien. Enfermedad deplorable y que sin embargo no se siente, ni se llora, ni se desea salir de ella. Entended ya en qué consiste que haya tantos ciegos, y como en medio del cristianismo hay tantos incrédulos, tantos libertinos, tantos hombres peores que los gentiles y judios. Ved por que corren tantos con un lamentable desenfreno en busca de los placeres y de todo jénero de escesos como si todo fuera lícito en estos dias de disoluciones, escándalos, glotonerías y otros crímenes que el pudor prohíbe señalar. La Iglesia nuestra madre llama la atención de sus hijos en estos dias de costumbres gentílicas, abre sus templos y recuerda por boca de sus ministros los trabajos y los tormentos y pasión de Jesús, las burlas, las irrisiones y la muerte que le dieron los judios y á que se ofreció voluntariamente por nosotros. *Ecce ascendimus Jerosolymam et consumabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis. Tradetur gentibus, et illudetur, et flagelabitur, et conspuetur, et postquam flagelaverint occident eum.* Pero estos miserables no quieren oír, no entienden nada de cuanto se les dice, ¿por qué? Porque está ciega su alma y habita en las tinieblas de la muerte; porque han amontonado pecados sobre pecados en su alma, y la estorban que vea y reciba la luz del sol de justicia; porque el pecado los ha adormecido y despojado de todo bien y entregado á la esclavitud del demonio que les hace que teniendo ojos no vean y teniendo oídos no oigan ni se preparen para su

novísimos; porque están ciegos por su maldad y la ceguedad del alma, no solamente es un pecado, sino un castigo y pena justísima del pecado y causa de muchísimos pecados como asienta san Agustín (1).

Cristianos hermanos míos, en vano buscaremos excusas porque ninguna podemos alegar de nuestra ceguedad cuando tanto y con tanta fuerza se nos llama la atención sobre las verdades eternas para que abramos los ojos. ¿Qué remedio aplicaremos á nuestra ceguedad puesto que no podemos excusarla y no nos queda otro camino que curarnos de ella? El que se nos presenta en el ciego del evangelio de este día. Ciegos y mendigando estamos al lado del camino. Jesucristo pasa cerca de nosotros. Recordad y ved, os diré con san Agustín (2), tantas obras con que Jesucristo llama nuestra atención. Nació de una Virgen, predicó el reino de Dios y su justicia, obró milagros, fué crucificado, resucitó, subió á los cielos: cuántas veces se leen y se nos anuncian estos hechos misteriosos, cuántas veces se nos recuerdan y ofrecen á nuestra contemplación, ¿qué es sino acercársenos Jesús? El mismo Señor nos sale al encuentro, nos llama, nos convida, nos mueve con avisos é inspiraciones interiores, con ejemplos que nos recuerdan lo que debemos ser, con castigos y con remordimientos que nos atormentan por lo que somos y hemos sido. Clamemos al Hijo de David que tenga misericordia de nosotros. Nues-

(1) Lib. 5. cont. Julian, cap. i

(2) Sermon. 88 de Verb. Dom. cap. 10 et seq.

tras voces deben ser la expresión de nuestro corazón y del fervor de nuestra caridad. Clamemos con confianza esperando todo de la bondad y misericordia de Jesús, confesando nuestra miseria y reconociéndonos por indignos de sus gracias. ¿Quién es el que clama á Jesucristo para que cure la ceguera de su alma cuando pasa cerca de nosotros dispensándonos los sacramentos temporales con los que nos exorta y prepara para los bienes eternos? El que desprecia al mundo, responde san Agustín (1), este es el que clama á Jesucristo. El que huye de los placeres y deleites, y menosprecia las vanidades de este mundo; el que dice, no con su lengua sino con su vida y sus costumbres: «el mundo » está crucificado y muerto para mí y yo para el mundo» este es el que clama á Jesucristo. El que desparrama y dá á los pobres para que su justicia dure por los siglos de los siglos, este es el que clama á Jesucristo. Preciso es, si queremos recobrar la vista de nuestra alma, que clamemos á Jesús con una oración fervorosa, con un ánimo recto, con una fé viva, con una voz que salga por cima de las turbas, y con una perseverancia incansable hasta conseguir ser oídos. Preciso es desatender las increpaciones de los mundanos y de nuestros mismos apetitos que nos mandan callar.

Qui præibant, increpabant eum ut taceret. Ipse vero multo magis clamabat, Fili David miserere mei. Los que iban delante reprendían al ciego y le mandaban que calla-

(1) Ibid.

se; pero él levantaba mas y mas su voz sin dejar de decir: **Jesús Hijo de David ten misericordia de mí.** Las turbas de nuestros apetitos y deseos carnales, el tropel de nuestros vicios son los que se anticipan é interponen entre Jesús y nosotros y nos quieren obligar á que callemos para que Jesús no nos oiga. Disipan nuestros buenos pensamientos y deseos con repetidas tentaciones; nos ponemos á orar, y perturban las voces y gemidos de nuestro corazón. Por lo comun, cuando tratamos de convertirnos á Dios despues de una mala vida, cuando nos esforzamos á detestar nuestros vicios, á llorarlos y á formar nuevos propósitos, vienen sobre nosotros los lazos del pecado, la memoria de los placeres, la alegría de la vida mundana, lo sombrío de la vida retirada y virtuosa, la edad en que todavía nos encontramos y todo confunde nuestro ánimo, oprime la voz de nuestro corazón y se empeña en desmentirnos y hacernos callar. Desde fuera tambien nos mandan callar tantos malos ejemplos; tantos cristianos tibios y malos que no tienen otra regla que lo que ven obrar á la multitud, tantos compañeros y cómplices de nuestros delitos que al ver que los abandonamos nos insultarán, nos despreciarán, nos pondrán en ridiculo y se mofarán de nosotros. Levantemos la voz sobre todos estos clamores si queremos sanar. Clamemos como el ciego de Jericó, hasta que lleguen nuestras voces á los oídos de Jesús. Cuanto nos oprima mas la turba de los pensamientos torpes y carnales deseos, cuanto el demonio nos recuerde mas las amistades y placeres pasados y nos convide con la gloria del mundo, insistamos en nuestra oración con tanto mayor fervor y constancia. Estimemos en

mas nuestra salud que los débiles esfuerzos de los que nos mandan callar y quisieran que siguiéramos el camino de la muchedumbre y no los ejemplos y las inspiraciones de Jesucristo que se acerca y pasa junto á nosotros.

Cuanto mayores sean los estorbos de nuestra conversión y las dificultades que hallamos para enderezar nuestra voluntad, tanto mayor debe ser el fervor de nuestra oración. Las contradicciones y la guerra interior cesará y al fin con la ayuda de la gracia recobramos la vista del alma, glorificaremos á Dios tranquilamente, y esa misma turba, ese tropel que nos increpa y se obstina en hacernos callar reconocerá nuestra mudanza hecha por la mano del Excelso y dará gloria también á Dios. «Cuando un cristiano
» comienza á vivir bien dice el padre san Agustín (1),
» cuando encendido en el fervor divino se ejercita en buenas obras y apartándose de su mala vida halla sus delicias
» en menospreciar al mundo y entregarse á las prácticas
» religiosas, halla al momento censores de sus obras y muchos que desaconsejan y reprenden su mudanza y que
» desean apartarle del camino comenzado. No solo los
» hombres relajados é incrédulos, sino los mismos cristianos tibios se declaran en censores y reprensores; pero
» si no desiste, si persevera con constancia en el bien sin
» miedo á los respetos de los hombres, estos mismos imitarán su ejemplo, se unirán á él, ó por lo menos dejarán
» de perturbarle. Tanto durará el zaherirle y molestarle

(1) Serm. 88.

» cuanto dure su esperanza [de retraerle de sus propósitos;
» pero si se vieren vencidos de su constancia, volverán en
» sí y confesarán que es dichoso aquel hombre á quien el
» Señor concedió sus favores y asistió con su gracia.»

Una oracion humilde, fervorosa, perseverante, sin que nos dejemos arrastrar del mal ejemplo, ni de los placeres con que nos brindan los mundanos; sin que desistamos de invocar á Jesus en nuestra ayuda cuanto mayores sean los peligros y los estorbos, nos volverá propicio al Señor. Jesus que es la luz verdadera se convertirá á nosotros y nos alcanzará lo que pedimos. Acerquémonos á Jesus; él nos oirá y nos mandará allegarnos á él, nos espera lleno de misericordia, nos consuela, nuestra oracion sube y baja sin parar sobre nosotros su piedad. Su primera gracia es abrir los ojos de nuestra alma para que conociendo la miseria de nuestras enfermedades imploremos el auxilio del que es nuestro médico y nuestro libertador. El explora nuestra voluntad y nuestros deseos. Nos oye y por entre el bullicio de las turbas, se nos acerca, nos manda llegar á su presencia y nos dice como al ciego de Jericó, *quid tibi vis faciam?* ¿Qué quieres que haga yo contigo? *Domine ut videam.* Señor haced que yo vea y salga de las tinieblas en que vivo. Ni el oro, ni la plata, ni las riquezas falsas y molestas, ni los dones de la tierra, ni los honores que son tan poco duraderos, nada pide el ciego sino la luz, porque la luz le es mas apreciable que todos los bienes, porque la falta de la luz es su mayor necesidad y miseria, porque sin vista no puede gozar aun de los bienes que posee. ¡Ay hermanos míos! El que se acerca á Dios empieza ya á cono-

cerse, á palpar su ceguedad y miseria, á suspirar por salir de su mal, por iluminar su alma. No pidamos esos bienes y honores terrenos que en nada pueden aliviar el estado de nuestra alma; pidamos al Señor la luz, aquella luz que solo podemos conseguir con la pureza de corazón, que nunca cesa, que nunca se acaba ni altera con las tinieblas. Tenemos ojos y no vemos, ni somos dignos de ver tu luz y tu incommutable verdad, ¡oh Dios mío! Decid á nuestras almas que ven, *Respice* y se abrirán sus ojos al momento, porque tú solo eres su Dios, tú solo eres digno de su adoración, de su amor, de su servicio y todo lo demás no es sino vanidad y aflicción de espíritu. Hermanos, el camino para llegar á esta luz dichosísima es la fé. *Fides tua te salvum fecit*. Sin esta, ni nos conoceremos jamás, ni conoceremos á Dios, ni podremos agradarle. Haced Dios mío que veamos, que se abran nuestros ojos con la luz que dá la fé; que no perdamos nunca el don inapreciable de la fé. Pero no basta Señor que veamos y lleguemos á conoceros y á conocernos á nosotros mismos, es preciso que salgamos del mal, que oremos conforme nos enseña la fé, que os sigamos, imitemos y alabemos como el ciego de Jericó; por eso Señor, dadnos no solamente ojos para conoceros, sino también pies para seguirnos, lengua para alabaros, corazón para amaros sobre todas las cosas. Lo diremos todo de una vez suspirando como el mendigo del evangelio, *Jesu Fili David miserere mei. Jesus Hijo de David tened misericordia de nosotros*.

Este es amados míos, el remedio eficaz y seguro que tenemos para salir de nuestra ceguedad, de la obscuridad en

que tenemos sepultada á nuestra alma. Y siendo el remedio tan fácil, siendo la ceguedad del alma un mal mas deplorable que la ceguedad del cuerpo, ocasionándonos desgracias y llevándonos á pricipicios mucho mas terribles y espantosos, ¿dejaremos de aplicárnosle? ¿Apeteceremos vivir ciegos y morir en nuestra ceguedad y locura? ¿Apeteceremos ya las tinieblas? ¿Quién dejará ya de clamar á Jesus en tantas ocasiones como pasa cerca de nosotros; hoy mismo que os habla por mi boca: Señor dadme vuestra luz? Si lo pedimos con fé el Señor nos alumbrará en el momento y conseguiremos nuestra vista como el ciego del evangelio. Sea este nuestro ejemplar para conseguir y buscar la luz de nuestra ceguera espiritual, y séalo tambien para dirijirnos despues de conseguirla. *Vidit, et sequebatur illum, magnificans Deum.* Despues que logró la vista siguió á Jesus alabando á Dios. Seguir á Jesus, hermanos míos, es imitarle, es emprender una vida digna de aquel que nos llamó y sacó de las tinieblas á su admirable luz y conocimiento. No solo con las palabras sino tambien con las obras debemos alabar y glorificar á Dios. *Omnis ples ut vidit dedit laudem Deo.* Hé aquí donde deben llegar nuestros esfuerzos. No debemos ser solos á dar gloria y alabanzas al Señor, debemos incitar á otros, alentar á otros, contar á otros las maravillas que ha obrado en nosotros el Señor, la alegría de nuestra alma desde que le conoce y le sirve, debemos anunciar á todos la paz del justo y lo dulce y amable que es el Señor. Debemos resarcir nuestros escándalos, nuestros malos ejemplos, y ganar á tantos hermanos como hemos perdido con nuestra vida desarreglada con

nuestros vicios y acaso con nuestros malos ejemplos, con las obras de un celo santo y verdadero por la honra de Dios deseando que todos le sirvan, le alaben y bendigan. Asi lograremos dar vista y luz á nuestras almas y que el Señor nos premie despues con la luz de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMONES

PARA LOS TRES DIAS DE CARNAVAL SEGUN SE ACOSTUMBRAN PREDICAR EN LAS TARDES DE ESTOS DIAS.

SERMON I.

Los que se entregan á los desórdenes del carnaval son idólatras de sus pasiones , traidores á Jesucristo y ajentes de Satanás.

Beatus vir cujus est nomen Domini spes ejus: et non respexit in vanitates et insanias falsas.

Feliz el hombre que pone su esperanza en el nombre del Señor, y no fija sus ojos en las vanidades y necedades engañosas de este mundo. Ps. 39. v. 5.º

Católicos:

En nombre de la virtud, de la razon, y del buen juicio: en el de vuestro porvenir eterno , en el de la moral pública, en el de la iglesia santa y sobre todo, en el de aquel divino Señor sacramentado que hace la gloria de cuanto

existe, vengo hoy á hablaros palabras de reconciliacion, de dicha y de ventura si dóciles á las impresiones de la gracia os dejáis guiar por el que vino al mundo á llamar, á salvar y redimir á los pecadores. Vengo á proponeros de parte del Dios de la creacion y Salvador de nuestras almas el bien ó el mal, la paz ó la guerra, la vida ó la muerte, la gloria ó el infierno. Si resueltos á amar á Dios sobre todas las cosas formais un propósito firme de vivir en su santo servicio decidulos á perder vuestros bienes, vuestra fortuna y vuestra vida antes que ofenderle: si por amar y servir á un Dios tan digno de ser amado os divorciais con el mundo, sus pompas y vanidades, y aficionándoos á tratar con la suma bondad teneis vuestras delicias en alabar, bendecir y glorificar su divina omnipotencia: y si escudados en la fê resistis al infernal dragon que ruge por devorarnos como lo dice el Príncipe de los apóstoles: aquel Redentor glorioso que para nuestra felicidad permanece en aquella Hostia sacrosanta me ordena deciros: que habitará en vuestros corazones; que será una misma cosa con vosotros; que comiendo su propia carne y bebiendo su misma sangre sereis confortados y vivireis eternamente; que andareis sobre el aspiz y el basilisco de la corrupcion del mundo sin recibir daño alguno, y que con la gracia que os ofrece es imposible que perezcan vuestras almas. Me manda añadir y aseguraros: que si quereis ser su pueblo, él será vuestro Dios y Señor para protejerlos, ampararlos y defenderos contra los enemigos de vuestras almas; que si escuchais su voz con atencion para obedecerla, como Samuel, él os mirará con los ojos de misericordia con que miró á Natanael bajo la higuera, á

Zaqueo sobre el árbol , á Mateo en el telonio y al Buen-Ladron en la cruz; y por último, que si sois buenos cristianos su divina Majestad ratifica los pactos de paz que hizo con vuestros padres, y os colmar á de gracias, de favores y beneficios como á ellos , haciendo entender á todas las naciones de la tierra que él solo es el OMNIPOTENTE.

Pero cuidado señores: porque tambien tengo orden del Hijo del Altísimo para deciros: que si lo desechais, tambien él os desechará; que si sus leyes y preceptos os fastidian, él os oborrecerá; que si despreciando las cosas santas os agradan y satisfacen los vicios, crímenes y excesos de los pecadores hará descender sobre vosotros plagas mas terribles que las que aflijeron al obstinado Egipto; que si á imitacion de los jentiles os burlais del evangelio y pasais vuestra vida como los lascivos, adúlteros, crapulosos, avaros y jente de barullo mundano, vosotros perecereis con el infinito número de necios que no saben obrar el bien, y el infierno será vuestra morada. Esto dice la sabiduría eterna: ahí están sus cartas las santas escrituras, leedlas y vereis en ellas que es exacto cuanto acabo de intimaros de parte del que me envia á vosotros en esta tarde.

Ahora solo resta que contesteis y respondais al Dios que os habla tan espresa y terminantemente; que escojais entre la feliz dominacion del que nos ha criado y redimido, y el tiránico imperio de los enemigos de vuestras almas; y os pronuncieis en favor del amor que debeis al que os ha criado conserva y destina para el cielo, en cuyo caso sois eternamente felices; ó digais claramente si estais re-

suelos á seguir á los bulliciosos hijos de la carne en sus delirios, desórdenes y excesos abominables, cantando, bailando y regocijándose como los israelitas que hicieron y adoraron un becerro; porque si os resolveis amar á Dios cumpliendo con sus preceptos sereis modestos, virtuosos y justos, aquel divino Señor sacramentado habitará en vuestras almas y nada habrá que reprenderos. Pero si descontentos con el suave yugo del evangelio os acomoda tener una vida licenciosa entre la disipacion y desenfreno de las pasiones como los que no creen ni esperan en el Dios verdadero y estais decididos á burlaros de la sobriedad, compostura y morigeracion de los que se dirijen por las inspiraciones del cielo, en este caso es preciso que sepais, que concitais la ira del Omnipotente contra vosotros y que vuestra suerte será como la desastrosa de los de Sodoma Gomorra. Es necesario en una palabra que tengais entendido, que esta tarde firméis la sentencia de vuestra condenacion eterna si como los paganos y gentiles os entregais impiamente á los desórdenes del carnaval: porque en ellos «os haceis idólatras, » vendeis alevosamente á Jesucristo y os declarais afiliados en las banderas de las potestades infernales» como os lo voy á probar en este breve rato si aquel Dios de clemencia me favorece con su gracia.

Pidamos todos á este dispensador elementísimo de sus misericordia y supliquémosle humildemente que nos inspire ideas de virtud, deseos de amarle y servirle, y pensamientos dignos de los que se han formado en la escuela evangélica para que su nombre sea nuestra esperanza y para que las necedades engañosas del mundo no nos alu-

cinen. Recurrámos á la Reina de las virtudes María Santísima y digámosla con el ángel.

AVE MARIA.

Beatus vir cujus est nomen Domini spes ejus.

Si son idólatras los que adoran y sirven á los Dioses falsos: si venden alevosamente á Jesucristo los que lo entregan en manos de sus mas feroces enemigos, y pertenecen á las lecciones de Satanás, los que dóciles á sus infernales sugestiones impugnán con impiedad y descaro los dogmas, máximas y doctrinas de la religion santa que bajó del cielo á la tierra para hacer felices á los hombres: ¿no podrá decirse que los que se entregan á los desórdenes del carnaval son los desventurados que reniegan del Dios verdadero, se burlan del Redentor que vino á salvarlos y se asocian con Lucifer para blasfemar contra el Altísimo? Nada mas lógico, cierto y verdadero. La idolatría de los bulliciosos de nuestros dias consiste en que adoran al espíritu de impureza al cual se sacrifican ahora mas que en ningún tiempo, al demonio del orgullo que dirige sus adornos, al de la sensualidad que los arrastra á los excesos de la intemperancia, al de la vanidad y á todos los que presiden á las pasiones mas vergonzosas y á los vicios mas detestables. Los licenciosos que como los gentiles en sus bacanales se apoderan del público en estos dias de desenfreno y libertinaje se declaran abiertamente contra Dios, manifiestan un odio implacable

á las virtudes y una decidida afición á los vicios, se alimentan con los desórdenes, indecencias, libertades escandalosas y toda especie de excesos, se asocian con el infinito número de necios que infestan la sociedad, y «comamos, di-» cen, comamos, bebamos, coronémonos de flores, no ha-» ya prado de delicias que no recorra nuestra lujuria, por-» que al fin nada mas hemos de sacar de esta vida.» (Sapient. c. 2.) ¿Y no es esto idolatrar, servir y adorar á los dioses falsos de las pasiones con desprecio del Dios verdadero, y hacerse reos de alta traición de lesa majestad divina á quien mil y mil veces han ofrecido los fieles amarla y servirla con propósito firme de nunca mas ofenderla? Pueden llamarse cristianos los que quieren legalizar los crímenes, esponerse, al menos á peligro de pecar, despreciar la justa severidad del evangelio, negar prácticamente las verdades contenidas en los libros santos, y vivir como las bestias que no tienen inteligencia? Si, esto seria un sarcasmo, confesad que los que se entregan á los desórdenes del carnaval son unos idólatras, y decid si quereis serlo.

Tienen ademas esas jentes destempladas la osadía de herir, atormentar y aflijir á nuestra Madre la Iglesia que las atrae al templo santo para colmarlas de favores y beneficios, prevenirlas de los peligros que corre la virtud en estos dias de pública disipacion y presentarlas á su celestial esposo que á voz en grito no cesa de decirnos desde aquel sagrado tabernáculo «venid á mí que soy el pan vivo que descendió del cielo, y yo os alimentaré: acercaos, y yo os haré gustar la suavidad y dulzura del manjar divino que tengo para vosotros: comed

mi cuerpo y bebed mi sangre, divinizaos, vivid en mí, y yo os haré inmortales en la gloria.» Desprecian esos alborotadores los cuidados afanosos de la Madre que tanto se interesa por su salud, tienen por una vaciedad todo lo que se les predica, dicen que nuestro lenguaje es indigno de la ilustración de nuestro siglo, y ufanos, orgullosos, altivos y llenos de elación y soberbia se engolfan en los cenagales de las inmundicias y ediondeces en que se revuelcan los sensuales, lascivos y lujuriosos, y no; no quieren ser cristianos; han renegado de Dios y de su religión santa; son unos apóstatas infames, unos pecadores de oficio, unos idólatras indignos de vivir al lado de los que alaban y bendicen á aquel divino Señor sacramentado, y el escándalo de nuestra religión dolorable. ¿Os agradan estas jentes insensatas? ¿Queréis ser de su infernal gremio para ser demonios en carne humana, vivir en el cieno de los vicios y pecados mas abominables, y descender al lugar de los horrores sempiternos? Reflexionad y escojed.

También venden alevosamente á Jesucristo los que se entregan á los desórdenes del carnaval: porque usando en este tiempo de disfraces escandalosos quebrantan esta ley que puso Moisés en el deuteronomio (c. 22. v. 5.) «La » mujer no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre » usará de vestiduras de mujer, porque el que hace esto » es abominable á Dios.» Venden y maltratan á Jesus los que son mas favorecidos y regulados de su amor inmenso, pues que por salvarlos bajó del cielo y encarnó en el seno de una Virgen: por inclinarlos á la virtud sufrió tantas penas y privaciones, ayunó cuarenta dias y oró con tanto

fervor: *por iluminarlos*. Predicó, instruyó á sus apóstoles y los inspiró para que anunciásen su evangelio á toda criatura: *por hacerlos humildes y penitentes* padeció ignominias, sufrió tormentos, angustias y baldones y murió crucificado en un árbol afrentoso: *por fortalecerlos y consolarlos* se encarna todos los días en las manos de los sacerdotes, habita de día y de noche en nuestros templos para recibir nuestros homenajes y bendecirnos, se nos dá en aquel santísimo sacramento del altar para ser una misma cosa con los que lo reciben dignamente y llama *amigos, hijos, padres, madres, y hermanos* á los que le aman cumpliendo con sus divinos mandamientos; sin que todos estos motivos de amor hácia nuestro Redentor tengan importancia alguna en el corazón pérfido del idólatra que adora á sus vicios y pasiones entregándose á los desórdenes del carnaval. Estos pecadores de raza diabólica prefieren los deleites, algazaras y diversiones del mundo á la parsimonia de la virtud prescrita por el Lejislador del evangelio, desechan con indignación á Jesucristo, lo entregan á sus enemigos con quienes se asocian para maltratarlo y hacerle morir en un patíbulo, blasfeman de su Salvador siendo ingratos á sus beneficios, y no hay hombre de razón que no vea que ellos son *injustos* dando á los vicios los honores de la virtud, *orgullosos* despreciando á los superiores y autoridades que prohíben sus excesos, *insensibles y desapiadados* con los indijentes, y *malignos* contra la reputación de los que no aprueban, siguen y celebran sus máximas de seducción, sus escándalos y modismos jentílicos contrarios á la piedad y virtud de los hijos de la gracia. Y estos, señores: ¿hábrá quien no diga que

venden á Jesucristo como el traidor Judas? No lo insultan y vienen á decir con su escandalosa conducta que la ley santa y vivificante es una quimera, la redencion del jénero humano una fábula, el evangelio un cuento, y toda la religion de los cristianos un *enredo de cabezas mareadas*, como lo han dicho los impíos que han formulado los programas diabólicos á que deben arreglarse los encargados de dar al carnaval la fisonomia infernal que tanto repugna á la santidad de los hijos del Padre Celestial..?

San Pablo decia á los de Corinto. «Bien sen que comais, » que bebais ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlas todas » en honor y gloria de Dios» y de aqui la obligacion de evitar el pecado, de huir de sus ocasiones, de aborrecer sus obras, de vivir en la presencia de Dios y de obrar en todo con el fin de agradarle. Pero ¿hay visos de nada de esto en esas reuniones de cínicos destemplados que no piensan mas que en pervertir á sus semejantes, en deshonar la sociedad, en satisfacer sus brutales apetitos, y en hacer un infierno del pueblo cristiano? Ellos se disfrazan y enmascaran para mejor hacer el papel de demonios y poder con mas facilidad sorprender á la inocencia, engañar á la simplicidad, y hacer amable el vicio. Se mofan de los santos padres que con tanto celo y enérjia condenaron los espectáculos del carnaval, dicen que su lenguaje es un eco despreciable de la preocupacion y fanatismo de las jentes místicas, y si se alegan las santas escrituras, las decisiones de la iglesia, las tradiciones y sagrados oráculos de que se sirve el Espíritu-Santo para comunicarnos las órdenes del cielo, al momento se ensañan contra elijusto porque es con-

trario á sus obras, venden á Jesucristo porque es el autor de la fé, de la gracia y de la santidad y en nada mas piensan que en militar bajo las banderas del ángel rebelde que se atrevió contra el Omnipotente que lo habia criado en su gracia.

¡Cosa rara! Esos hombres tumultuosos que se proponen seguir las infernales sugestiones de Lucifer sabiendo que sus pasos van derechos hácia la perdicion eterna rechazan la ley santa del Señor, se entregan en manos de su propio consejo, se forman en una escuela contraria á la de Jesucristo, y en ella aprenden los misterios de iniquidad que tienden á pervertir al mundo, á inutilizar la redencion del Salvador, á establecer entre los hombres el imperio del pecado, y á llenar la tierra de horribles abominaciones. Ellos son como los fariseos que concitaban al pueblo con el Dios que vino á salvarlo, son guías pérfidos que conducen á las gentes por los precipicios mas terribles, espíritus diabólicos que exponen al Autor de la naturaleza y de la gracia á los insultos del libertinaje, y á las burlas mas amargas de los que todo lo profanan con sus blasfemias, licencias, desacatos y desórdenes anatematizados por la iglesia condenados por la razon, prohibidos por las autoridades y sugeridos por ese genio del mal que llena de desastres todos los pueblos de la tierra. Son agentes del demonio para inducir á pecar á todos los fieles, y derribar al Omnipotente de su escelso trono, y su destino no puede ser otro que el del fuego eterno preparado para el diablo y los que lo siguen en su infernal maldicia.

Ved pues, si quereis ser del número de estos réprobos,

y declaraos definitivamente; porque una de dos: ó en esta tarde os resolvéis á entregaros á los desórdenes del carnaval, en cuyo caso sereis idólatras de vuestras pasiones, traidores á Jesucristo y sectarios de Satanás como os lo he manifestado: ó tratais de dar de mano á las obras del mundo, del demonio y de la carne para vivir con la vida de Jesús, y entonces yo os diré como san Pablo á los filipenses (c. 4. v. 4.) «Alegraos siempre en el Señor: otra vez os digo » que os regocijéis. Manifiéstese vuestra modestia á todos » los hombres porque el Señor que ha de juzgar nuestras » acciones, está en medio de vosotros.» Gozaos amados míos, en aquel Dios que quiere habitar en vuestros corazones; buscad los placeres, los deleites, la paz verdadera y la mas pura alegría en aquel divino Señor sacramentado y no dudeis de que este es el único medio de hallar la felicidad que anhelan nuestras almas como pienso probároslo en el sermón de mañana con los auxilios de la gracia para que haciendo comparacion entre los carnavalistas enemigos de la virtud, y los fieles adoradores de aquel Redentor de nuestras almas, acabeis de decidiros y forméis nuevos propósitos de amar, de servir, de acatar y respetar á nuestro Dios, cumpliendo con sus preceptos para merecer las promesas hechas á los justos. Pero como sin vuestra gracia, Dios de bondad, nada puede hacer el hombre que os sea agradable....

Concededla á todos los que reunidos en este santo templo han resuelto ser vuestros en la vida, en la muerte, y despues de ella. Inspiradnos ideas justas, haced que el Espíritu Santo nos posea, dadnos el don de inteligencia en lo

concerniente á nuestra salvacion para que no nos apartemos una línea de vuestra ley santa , y haced que todos bu-quemos nuestro consuelo, nuestra dicha y felicidad en Vos que sois la gloria de los bienaventurados.
Amen.

A. M,

SERMON II.

EN LA ESCUELA DE JESUS SE ENCUENTRA LA FELICIDAD.

Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete.

Alegraos en el Señor siempre: otra vez os digo que os alegréis. Philipens. c. 4. v. 4.

Dicen que exajeramos señores: dicen que exajeramos los predicadores evangélicos cuando describimos los desórdenes del carnaval. Nos acusan de fanáticos terroristas, de hombres duros baciados en las formas de un obscurantismo cioso y degradante, de enemigos de la ilustración, de intolerantes y de perniciosos á la sociedad culta en que vivimos porque perturbamos las conciencias de las personas virtuosas y timoratas que en estos dias de disfraces, de máscaras y de desahogos inocentes se divierten sin faltar á las leyes de la decencia, de la honestidad y de la honradez que forman su mérito y adorno. Dicen tambien que con nuestras furiosas declamaciones hacemos irresistible é insoportable el yugo suave de Jesucristo, que reprobamos las costum-

bres admitidas entre jentes de probidad en las naciones católicas, que nos trasmitamos torpemente al pretender que los que viven en el mundo se gobiernen por las leyes de austeridad que el fanatismo habia introducido en los claustros, y que si hubieran de atenerse á nuestras doctrinas todos morirían desesperados, porque segun ellas nadie puede salvarse. Todo esto y mucho mas dicen los que entregándose á los desórdenes del carnaval son idólatras de sus pasiones, traidores á Jesucristo y pérfidos agentes del Lucifer como os lo manifesté ayer desde este sitio. Pero este ruido estrepitoso de dictérios producido por la pasión cojida en su mismo lazo, este lenguaje decretorio en boca de los apolojistas del vicio, ¿ha merecido llamar la atención de los sensatos, de los juiciosos y hombres de virtud? Porque los pecadores hablen necedades, ¿será cosa de que digamos, que erró la sabiduría eterna cuando dijo por Moises «La muger no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre usará de vestidos de muger, porque el que hace esto es » abominable al Dios de la santidad?» Porque los hijos de este siglo, con quienes no debemos conformarnos segun san Pablo, digan que en los carnavales se divierten las jentes con decencia, con honestidad y honradad: ¿hemos de despreciar los gritos de la iglesia que nos advierte de los peligros que corren los fieles en semejantes diversiones, la voz elocuente y enérgica de la historia que nos presenta víctimas á millares, y el común sentir de los santos Padres que inspirados por el Espíritu Santo nos dirigen por los caminos trazados en el evangelio á la perfección cristiana en donde está la puerta del cielo? San Gerónimo dice, que no se.

puede asistir á los espectáculos del carnaval sin declararse enemigo de Jesucristo, de su ley, de su evangelio y de su divinidad: lo mismo repiten san Agustín, san Basilio, el Crisóstomo, san Cipriano y otros muchos, y seguros estamos de nuestra fé al lado de estas estrellas fijas que ha puesto Dios en el firmamento de su iglesia para que por ellas dirijan los fieles su rumbo hácia el puerto de la felicidad eterna.

Sin embargo, como la caridad es tan ingeniosa, y el amor de nuestro Dios á los hombres no tiene límites, hoy vengo decidido á deciros de su parte que ayenteis de vuestros corazones la tristeza y escuchéis al apóstol que os dice como á los filipenses «alegraos siempre en el Señor: os repito que os alegréis.» *Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete.* Si quereis placeres, deleites, gozos, satisfacciones y delicias inesplicables, buscad á Dios por el cumplimiento de sus divinos preceptos; acercaos al manantial de felicidades que teneis en aquel altar santo; gustad del pan de ángeles que se os ofrece en aquella sagrada mesa; y ved cuán suave, dulce y agradable es nuestro Dios. Dejad las reuniones de los pecadores; vivid unidos en caridad con los justos; conversad con vuestro Jesus divino y vosotros mismos experimentaréis que con su gracia serán vuestras diversiones como las de David, llenas de decencia, de honestidad, de honradez y de virtud, y que en la escuela de nuestro Redentor es en donde infaliblemente se encuentra la felicidad que tanto anhela el corazón humano, como os voy á manifestar en este breve rato en cumplimiento de compromisos contraídos en favor de vuestras almas.

Divino Señor Sacramentado: haced que todos nos alegremos como David en la meditacion de nuestra ley santa, y no permitais que busquemos la felicidad en donde no hay mas que miseria, vanidad y alliccion de espíritu. Que no seamos víctimas del espíritu engañador, que halagando nuestras pasiones quiere alucinarnos y perdernos. Infundidnos el don de inteligencia de las cosas del reinado de la gracia, para que vivamos siempre alegres en vuestro santo servicio. No despreciéis las súplicas de los que recurren á vuestra Santísima Madre diciéndola con el ángel:

AVE MARIA.

Gaudete in Domino semper; iterum dico gaudete.

Jesucristo ha dicho que pasarán los cielos y la tierra pero que sus palabras eternas é infalibles jamás dejarán de cumplirse. Siglos hace que la filosofía carnal y terrena está retada para que nos diga en qué ha faltado la palabra de Dios, en qué contradicciones ó falsedades se la ha encontrado, en qué inconvenientes pueden inducirnos los dogmas, máximas y doctrinas de nuestra religion adorable, y qué es lo que en ella no está en perfecta relacion con la felicidad del hombre: pero nunca ha podido contestar sino como contesta la impiedad que no sabe mas que obrar el mal. Risas, denuestos, ironias, desdenes, aire despreciativo, tono desdenoso, altivo, petulante y lleno de insolencia con todos los modismos y maneras del disfraz y de la men-

tira. Ved aquí los trenes y aparatos en que acostumbran atrincherarse los que no pueden resistir la fuerza de la verdad invulnerable de la religión que nos trajo del cielo el Hijo del Altísimo para nuestra dicha y felicidad. Descienda de los cielos á la tierra el Hijo del Eterno Padre para salvar y redimir el género humano, y al verificarse este gran suceso un ángel se aparece á los prestores y les dice: «Os evangelizo un gozo grande estensivo á todo el pueblo, porque hoy os ha nacido el Salvador.» Una multitud de la celestial milicia, dice la sagrada historia, alababan á Dios entonces y decían: gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad, esto es, á los hombres de virtuosa conducta ó de costumbres cristianas, como dicen los santos padres. Y por ventura, ¿no han salido ciertos estos anuncios celestiales? ¿No es verdad que el pueblo cristiano tiene un gozo inefable con su Redentor y Maestro, y que con la gracia gozan los justos de una paz interior en que vislumbrando aquel torrente de delicias con que serán inundados del gozo de su Señor en la ciudad eterna, suspiran por él teniendo por suaves los trabajos, por deliciosos los padecimientos, por dulces las prácticas evangélicas, por ganancias los quebrantos de esta vida, y por lucro el morir por Jesucristo? Cojed el calendario; echad la vista por la multitud de santos que venera la iglesia, y en todos ellos vereis, que habiendo sido modestos, virtuosos, penitentes, adoradores en espíritu y en verdad de aquel divino Señor sacramentado y favorecidos por su bondad inmensa, no conocieron otro gozo que el celestial y divino con que son recreados los que siguen los caminos de la santidad cumpliendo

con la ley santa del Señor. Preguntad á vuestros padres; oid á vuestros mayores; consultad la tradicion, y en estos depósitos de la verdad encontrareis, que no hay placer, gusto, satisfaccion, ni verdadera alegría sino en las obras de la virtud, en el amor de aquel Dios que es todo caridad segun el evangelista.

Bien sé que los voluptuosos hijos de la carne no son capaces de comprender las cosas espirituales, y que los carnalistas se mofan de los hijos de la gracia cuando inspirados por el Espíritu-Santo aseguran, que de la piedad, de la oracion, de la penitencia, del recojimiento y demas virtudes cristianas se saca la esencia de esa alegría interior con que convidaba el apóstol á los fieles de su tiempo. Pero porque los cínicos del siglo no conozcan esta filosofía del cielo, ¿hemos de negarla los que sabemos que ella es la única que puede proporcionarnos la verdadera alegría en esta vida, y la gloria en la eterna? En donde está Dios: en donde preside, reina é impera Jesus, ¿puede dejar de haber felicidad? Esperimentallo todos. Dejad hombres del mundo, dejad los hábitos y costumbres de los pecadores, buscad á Jesucristo que no quiere la muerte del pecador, ahogad el pecado en la piscina de la penitencia, adornaos con las vestiduras de la gracia, entrad purificados en el templo santo, contemplad la gloria de aquel Dios cuya carne es para vosotros una verdadera comida y su sangre una verdadera bebida, tomad el gusto á la virtud, y si inebriados con el vino celestial del amor divino que letifica los corazones no esperimentais la paz interior y la alegría de que habla el apóstol no nos creais, renegad de nosotros, decid

que triunfó el infierno. Pero no hay que temer este imposible; porque ¡Dios mio! Con Vos, en Vos, y por Vos ¿no es feliz toda criatura? Decidlo vosotras almas justas. Decidnos lo que sentis y experimentais con ese Dios á quien adorais como fieles hijos de la iglesia santa, y haced entender á los mundanos que solo son dichosos los que se sacian en la mesa de la felicidad que se nos ofrece en aquel santísimo sacramento del altar. No haya quien no comprenda que la felicidad en esta vida consiste en conocer á Jesucristo verdadero Dios y hombre y á su eterno Padre, como se dice en los libros santos, y no se vean ya entre los fieles esos estravios que tanto han afligido á la purísima esposa de Jesus.

Ademas amables oyentes: si la verdadera alegría y felicidad no se halla en su propia causa; si no la produce el autor de ella; y si no la encontramos en donde tiene su asiento, ¿formaremos la resolucion de buscarla entre los que se entregan á los desórdenes del carnaval? ¿tienen gozo verdadero los criminales? ¿son felices los pecadores? Decidnoslo hombres bulliciosos, libertinos y descompuestos: decidnos lo que producen en vuestras almas los excesos, desórdenes y pecados con que escandalizais al mundo, y veremos si vuestra suerte es preferible y envidiable. Los remordimientos que os inquietan y consumen, vuestra conciencia que os acusa, vuestra deprabacion infamante que os arrastra, y esa infernal agitacion que no os deja un momento de reposo ¿son los indicantes de vuestra felicidad, ó de vuestra miseria é infierno? Estudiad vuestro interior, reflexionad, y no aguardeis como los insensatos del libro de la sabiduria á

oir de la boca del mismo Dios la sentencia de salvacion en favor de los fieles que cumplieron con los preceptos del Señor, y la de condenacion contra los que como vosotros no conocen mas Dios que su vientre, ni mas alegría que la fúgax de los vicios y pasiones. Teneos por insensatos ahora que todavía podeis corregiros con la gracia de aquel Dios que no vino á llamar justos, sino pecadores: dejad los caminos de la iniquidad, y consolaoos con la seguridad de que en el momento en que os arrepintais y hagais frutos dignos de penitencia Dios será vuestro, vosotros sereis de Dios, y aquí en la tierra experimentaréis un destello de aquella felicidad que tiene preparada el Omnipotente en la gloria para premiar á los que lo aman, sirven y obedecen como fieles hijos de la gracia. Sean vuestras obras informadas por la caridad; renunciad á todo lo que no se avenga con el Evangelio, sed virtuosos como conviene á vuestra fé, y contando con la proteccion divina confiad en aquel Dios de amor que os quiere para sí, y alegraos siempre en el Señor como os lo encarga san Pablo; *Gaudete in Domino semper.*

Tenemos pues amados míos: que los que se entregan á los desórdenes del carnaval son idólatras de sus pasiones, traidores á Jesucristo y agentes de Satanás: y que los fieles que se forman en la escuela de Jesus siendo benéficos, pacíficos y virtuosos encuentran su felicidad en aquel divino Señor sacramentado que lleno de amor hácia sus adoradores infunde en sus corazones la paz interior, el gozo espiritual y una alegría incomprensible que nadie puede explicar porque es una derivacion de aquella que percibirán los justos cuando les diga el Salvador del mundo: «Entrad en el gozo

eterno de vuestro Señor.» Hemos sacado en líquido que los bulliciosos hijos del siglo encuentran inquietudes , desasosiegos , horrores y remordimientos en esas diversiones ilícitas á que se lanzan instigados por sus vicios y pasiones ; y que los justos fieles observadores de la ley santa del Señor son los que recojen por fruto de sus virtudes la alegría y gozo espiritual que experimentan los que viven bajo la influencia y proteccion de aquel divino Señor sacramentado. Queda determinada la suerte de condenacion eterna de los unos, y la dicha y feliz de salvacion de los otros; y solo resta que os resolvais y elijais entre el bien y el mal , entre la paz deliciosa de Jesus y la guerra desastrosa de Lucifer , entre la vida y la muerte , entre el cielo y el infierno. Ya podeis hacer comparaciones y escoger con conocimiento lo que mejor os acomode. Si os dejais arrebatar de los atractivos de las pasiones , del aliciente de los vicios , de los compromisos del mundo y de todos esos trenes y aparatos con que el demonio suele engalanar sus obras para engañar y seducir á los incautos , y al salir de esta iglesia os apresurais para profanar el carácter de cristianos disfrazándoos como los gentiles para hacer los oficios del demonio y derramar el veneno del escándalo por todas partes , el Omnipotente me manda decir os que vuestro porvenir eterno será como el de los infelices á quienes dirá algun día el juez de vivos y muertos: «Id malditos al fuego eterno.» Pero el mismo Dios que os amenaza con su justicia os convida tambien con su misericordia y me ordena que os diga de su parte lo que Natan á David : que se os perdonan vuestros pecados si entrando en cuentas con vosotros mismos os convenceis de que los desór-

denes del carnaval os infaman y conducen al infierno: si arrepentidos, contritos y humillados con firme propósito de nunca mas pecar os acercais á aquel divino Señor sacramento pidiendo perdon y misericordia: si os unis á los fieles hijos de la gracia para hacer la corte al Rey de los Reyes y Señor de los Señores ocupándoos en alabarlo, bendecirlo y glorificarlo con espíritu compungido y corazón humillado. Escoged pues y acabad de decidiros: porque conviene saber si vosotros mismos entraís voluntariamente á servir en las banderas de Satanás para ser atormentados con él en los fuegos sempiternos, ó si imitando á los Ciprianos, Agustinos, Norvertos y otros muchos formais la heroica resolucion de divorciaros con el mundo para vivir cristianamente y disfrutar aquí en la tierra de un destello de la felicidad eterna en la paz interior y alegría espiritual que proporciona la virtud á los que se alimentan de aquel pan de ángeles que tenemos en aquella mesa celestial. Necesitaré acaso escitaros á que dejeis á Lucifer y os inclineis hácia aquel Jesus divino que hace la gloria de cuanto existe? El estado degradante de los que se entregan á los desórdenes del carnaval con todas las funestas consecuencias que pesarán sobre ellos en los fuegos eternos; y la vida deliciosa que tienen los justos con aquel divino Redentor de nuestras almas: ¿no tienen sobre vosotros mas fuerza, poder y eficacia que cuanto pudiera yo esponeros? Ademas señores: es preciso que tengais en cuenta que no se trata de confundiros, de aterraros y hacer vuestro último estado peor que el primero. Se quiere vuestra salvacion eterna, y para conseguirla se os han espuesto clara y sencillamente las verdades,

doctrinas, prácticas y costumbres evangélicas que pueden asegurar vuestra virtud, y los escollos en que puede naufragar vuestra inocencia, los precipicios á que os conduce el enemigo del género humano para perderos, y la falsa posición en que os coloca la sabiduría y prudencia de los sábios y prudentes reprobadas por Jesucristo. Suficiente conocimiento teneis para escoger con calma el camino de los virtuosos, ó el de los criminales. Advertid que vuestra elección es de vida ó de muerte y que para hacerlo con acierto conviene que os unais conmigo para decir á aquel Dios de amor que no quiere mas que arrebatarnos hácia su reinado eterno de la gloria.

Dios de bondad que habeis dicho que el reino del cielo padece violencia; fortalecednos con vuestra virtud Omnipotente para que sin estraviarnos de los caminos de vuestra ley santa, arrollemos á los enemigos de nuestras almas y triunfe vuestra gracia en nuestra pequeñez. Romped las ataduras con que las pasiones nos tienen aprisionados, é infundidnos tal amor hácia vuestra santidad que no tengamos placer, gusto ni satisfaccion mas que en vuestro servicio. Haced que os conozcamos, que os amemos y sirvamos como verdaderos hijos de la gracia que aspiran por unirse con Vos en la gloria. Amen.

SERMON III.

LOS PECADORES: O TIENEN QUE CONFESAR PARA SU DI-
CHA Y VENTURA SUS PECADOS EN ESTA VIDA, O LOS CON-
FESARAN EN LA ETERNA PARA SU MAYOR TORMENTO Y
CONDENACION.

Ergo erravimus à via veritatis,

*Luego hemos errado del camino de la verdad. Sapient.
c. 5.º v. 6.º*

Nada católicos: nada se adelanta con las jentes de pe-
sado y duro corazón. Los idólatras del mundo y de sus pla-
ceres, los voluptuosos hijos de la carne, los traidores á Je-
sucristo y agentes de Satánás se empeñan con asombrosa
tenacidad en buscar la vanidad y la mentira, y en racha-
zar con indignacion las promesas hechas por el Hijo del
Altísimo á los que practican la virtud. Se han decidido por
el partido de las pasiones afiliándose en las banderas del
pecado. Siguen pronunciados contra aquel Dios cuya ma-
gestad alaban los ángeles, adoran las dominaciones y tien-

blan al contemplarla las potestades. Prefirir en el error á la verdad, las apariencias á las realidades, los placeres vanos al gozo del espíritu santo, la guerra del corazón á la paz interior, y el infierno á la gloria. Mejor quieren beber las aguas turbias en las cisternas cenagósas de Babilonia, que las saludables en las piscinas de Hesebon. Andan mendigando por las plazas de Samaria revosando la abundancia en Jerusalem. Pretenden encontrar la felicidad en los manantiales de la miseria y del horror, y por mas que se les predique no acaban de creer que todo lo bueno, útil y deleitable se halla en aquel pan consubstancial que ha bajado del cielo para dar la vida al mundo. En una palabra, á los hijos de este siglo se les figura que no hay mas bienes positivos que los que afectan á los sentidos; que son estúpidos y desacordados los que creen lo que no se ve y se palpa, que en gozar consiste la felicidad de esta vida, y que todo lo demás es ilusion, fanatismo, preocupacion, ó delirios de las jentes místicas.

No siendo así: ¿cómo se habrian de haber atrevido á renovar en estos dias aquellos sacrificios repugnantes de embriaguez, de disolucion, de impureza y de libertinaje con que el fanatismo de un pueblo ciego creia honrar la memoria del incontinente Baco? Sin un furor satánico propio de los enemigos declarados de nuestra religion santa: ¿podrían esos hombres de cerviz indomable despreciar las intimaciones del Omnipotente entregándose á los desórdenes del carnaval y teniendo á la inmodestia, á la destemplanza, á la gula, á la licencia, á los bailes y festines lúbricos por un influjo necesario de la estacion, ó por un desahogo de

la naturaleza compatible con la ley santa del Señor, como si el gentilismo pudiera hermanarse con el Evangelio? Los santos padres no pueden explicar la conducta de los que obran de un modo tan contrario á la doctrina de Jesucristo sin suponer perdida la fé, establecida la impiedad y pervertido el corazón. Ellos son, dicen, los que creen haber nacido para vivir como los brutos que no tienen inteligencia; los que se proponen andar coronados de rosas y de flores; ser los propietarios exclusivos de los placeres, de las delicias y de cuanto el mundo tiene de mas valor y precio, y los que presentándose con erguida frente y tono impio pretenden ser los dominadores de la tierra y recibir en ella las adoraciones de los humildes pacíficos y virtuosos que se forman en la escuela de Jesus. Ellos son.... Pero escuchad y confundios hijos de perdicion: vosotros pasais la vida en los deleites como el epulon del Evangelio; llamais miserables é insensatos á los discípulos del Redentor del mundo porque sufren, padecen y esperan: os reis de los que adoramos con sumision y respeto la magestad de aquel Dios que se ha dignado habitar entre los hombres para tener con ellos sus complacencias, y hasta os compadeceis desdeñosos de nuestra fé como si fuéramos dignos de lástima. Pero vosotros sois los que vais errados; y esto muy pronto lo vais á ver: porque acercándose aquel momento decisivo en que el Dios verdadero escogerá para su reino de felicidad eterna á los que humildes y respetuosos cumplieron con los divinos preceptos condenando á los fuegos sempiternos á los que tuvieron su religion divina por una farsa despreciable, os vereis precisados á decir: luego hemos errado en el

camino de la verdad.» *Ergo erravimus á via veritatis,*

Y entonces!!! Entonces cuando vosotros mismos confeséis que vuestros pasos fueron errados, y que los de los fieles fueron ajustados á la ley santa; cuando veáis á los que ahora despreciáis como fátuos, enumerados entre los hijos de Dios, y que su suerte es la de los santos: ¿qué conflicto será el vuestro? Al ver que ya se acabó el tiempo del remedio, y que una condenación eterna viene á ser en último resultado el término de vuestra carnal filosofía; ¿cuál será vuestra rabia y desesperacion? Consideradlo y advertid, que siendo todavía tiempo de misericordia, aquel divino Señor sacramentado por vuestro amor os convida con su gracia si fieles á su llamamiento confesáis arrepentidos vuestros delirios, locuras, errores y desaciertos, y decís llenos de dolor con firme propósito de vivir cristianamente: «Señor: hemos errado el camino de la verdad apartándonos del que nos señalais. Perdonadnos; concedednos vuestra gracia, y os seguiremos.» Este señores es el único medio de evitar el bochornoso compromiso de confesar á la faz de todo el mundo los errores de vuestra vida licenciosa y disipada; y de parár el golpe de la divina justicia convida por vuestros pecados; como para vuestra justificacion, inteligencia y gobierno os voy á probar en este breve rato.

Ilustradme divino Señor sacramentado. Dad direccion á mis palabras y no permitais que de mis labios salgan otras que las que conduzcan á vuestra gloria y á la conversion de los pecadores. Así os lo pedimos por intercesion de vuestra

madre y señora nuestra Maria Santísima á quien saludamos con las palabras del angel diciendo.

AVE MARIA.

Ergo erravimus à via veritatis.

En el capítulo quinto del libro de la sabiduría dice así el espíritu Santo: «En el día de la cuenta estarán los justos
» llenos de seguridad y constancia contra los que los an-
» gustiaron y oprimieron. Viéndolos los impíos tan confia-
» dos, serán turbados con temor horrendo y se maravilla-
» rán de la repentina salud que ellos no esperaban diciendo
» dentro de sí pesarosos y llenos de angustia. Estos son los
» que en otro tiempo tuvimos por escarnio , y como ejem-
» plo de oprobio. Nosotros insensatos teníamos su vida por
» locura y su fin por una deshonra. Ved como han sido
» contados entre los hijos de Dios , y como su suerte es la
» de los santos. Luego hemos errado del camino de la ver-
» dad y la luz de la justicia no nos ha alumbrado ni el sol
» de la inteligencia ha nacido para nosotros. Nos hemos
» causado en el camino de la iniquidad y de la perdición,
» hemos andado por caminos ásperos , hemos ignorado el
» camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó la soberbia?
» ó qué nos ha traído la jactancia de las riquezas? Todas
» las cosas pasaron como la sombra , como un mercader
» que va corriendo , como la nave que pasa por el agua
» undulante , como el ave que vuela atravesando el aire , ó
» como la ac'a d' spe lida contra lugar señalado. Así nos-

» vosotros; luego que nacimos dejamos de ser : y á la verdad
» ninguna señal de virtud pudimos mostrar , pues que nos
» consumimos en la malicia. Estas cosas dijeron en el in-
» fierno los que pecaron , porque la esperanza del impío es
» como la pelaya que lleva el viento. Mas los justos para
» siempre vivirán ; su recompensa está en el Señor y su
» penamiento en el Altísimo. Por tanto recibirán de la
» mano del Señor un reino de honra y una corona de her-
» mosura ; porque su derecha los cubrirá y con su santo
» brazo los defenderá. » Hasta aquí amados oyentes el orácu-
lo sagrado. Sus palabras son eternas é infalibles, tienen que
cumplirse , y no hay remedio : los pecadores tienen que
decir para su dicha y ventura , ó para su eterna confusion:
« luego hemos errado del camino de la verdad. » Si lo dicen
humillados y arrepentidos como la Magdalena, san Pedro,
san Pablo, los Ciprianos, Agustinos, Brunos y otros ma-
chos modelos de penitencia, aquel Dios de clemencia los
perdonará y hará que su suerte se halle entre la de los san-
tos. Pero si tenaces en su malicia insisten en vivir sin Dios,
sin religion y sin virtud caminando de abismo en abismo
hasta llegar al de la impenitencia final, en este caso ellos
serán los señalados en el sagrado testo que acabo de espo-
neros, y siempre, por todos los siglos de los siglos confesa-
rán llenos de confusion que han errado en el camino de la
verdad. Ved pues á qué bando quereis pertenecer, puesto
que aun no estais fuera de la ley de la infinita misericordia.
Por el amor de aquel divino Señor sacramentado os suplico
que mireis por vosotros mismos; que procureis evitar los
compromisos eternos de los impíos, y que no aguardeis á

confesar vuestra iniquidad para cuando no tenga remedio.

Hoy es honroso, laudable, noble, justo, provechoso y digno de hombres de juicio, de cordura y de virtud el decir con corazón contrito y humillado como el real profeta: «Señor, he pecado contra tí, y he cometido la maldad delante de tus ojos. Aparta, Dios mío, tu rostro de mis pecados y borra todas mis iniquidades. Porque reconozco mi maldad, y mi pecado siempre lo tengo delante de mí. Cread, Dios de misericordia infinita, cread en mí un corazón puro y renovad en mis entrañas el espíritu de rectitud para amar tu ley santa y cumplir con tus divinos mandamientos.» (Ps. 50.) Esta confesion dictada por aquel espíritu de penitencia que convierte á los hombres haciéndolos justos, virtuosos y gratos al Dios de la santidad, es la única que puede salvaros y hacer que de idólatras del mundo y de sus placeres os convirtais en fieles adoradores del Dios vivo, que de traidores á Jesucristo paseis á ser, no siervos sino sus mas íntimos amigos, y de agentes de Satanás, ministros, hijos y confidentes de aquel divino Señor sacramentado. Esta confesion es de tanto interés para los que tienen la dicha de hacerla, que con ella puede asegurarse que ya dominan en el pecador arrepentido, el espíritu, la religion y la virtud; y que la carne, la impiedad y el crimen han dejado de poseerlo. Porque el hombre convertido aspira á la posesion de la verdad, alimento noble de su inteligencia, y camina con ansia invencible á unirse con el Dios de piedad que busca, llama y abraza á los mismos que lo han ofendido, si confiesan humillados sus delirios, sus desaciertos, escándalos y desórdenes. De aquí su inclina-

cián hacia las creencias sublimes por las doctrinas rijidas y elevadas de la religion verdadera: el asombroso dominio que ejerce sobre sí mismo, sobre sus sentidos y pasiones: el desprecio de los placeres frívolos y fruiciones materiales; el tédio insuperable á todo lo transitorio y caduco; el amor á la virtud y la disposicion constante de sacrificarse por sus prójimos, origen precioso, manantial fecundo é inagotable de todo lo grande, tierno y amable que se encuentra en la vida humana. Por la confesion sincera de sus pecados consigue el pecador el perdon de ellos y se rehabilita para tratar con los ángeles santos, para comunicar con todos los miembros de la iglesia, formar con ellos el cuerpo místico que escogió el cordero sin mancha para desposarse eternamente con él, y alabar, bendecir y glorificar en espíritu y en verdad la majestad de aquel Dios que todo lo llena con su gloria. Por la confesion en fin de sus culpas y desaciertos deja el criminal de serlo, pues que demostrando con ella que sus pasos lo conducian á la perdicion, se horroriza al contemplar el precipicio á cuyo borde llegó con sus pecados, y vuelve su vista hacia el camino recto de las virtudes para seguirlo y decir continuamente: «*Ergo erravimus à viâ veritatis.*» Luego hemos errado en el camino de la verdad.

Felices mil veces los que arrepentidos y humillados confiesen de este modo sus errores en esta vida: porque estos serán objetos dignos de la divina clemencia y se verán enumerados entre los hijos de Dios para reinar eternamente con él en la gloria. Pero tiemblen los impíos endurecidos y obstinados en el mal, confúndanse y no se escriban sus nombres en el libro de los justos, porque resistiéndose á

confesar sus extravíos en este siglo los confesarán para su mayor condenacion en el futuro. Si hombres frenéticos: vosotros que esclavos de vuestras pasiones os forjais una religion á medida de vuestros deseos, y en vuestros delirios haceis venir dioses falsos que autoricen vuestros placeres y justifiquen vuestra impiedad sacrilega, comed, bebed, hartaros en las bacanales de vuestra lujuria, dad rienda suelta á vuestros desordenados apetitos, danzad y no haya prado de delicias en que no se sacie vuestra brutal lascivia porque este es vuestro tiempo y para todo, la medida es vuestro gusto. Adorad en hora buena á los dioses que han practicado la maldad y la patrocinan: á un Júpiter defensor de los adúlteros; á un Mercurio que ampara á los ladrones; á Marte que protege á los homicidas; á Venus que justifica á los lujuriosos, y á Baco que se complace y deleita con los borrachos. Imitad al epulon del evangelio, parodiad al hijo pródigo emancipado de la potestad paterna y continuad haciendo lo que haceis: pero entendid: que no hay un cuadro mas degradante para el hombre que el que presenta vuestra conducta, que el materialismo bajo y grosero de vuestra religion ofende á la razon y al buen sentido, que manifestando una aversion tan marcada á las doctrinas que se ordenan á elevaros sobre los sentidos y á espiritualizar vuestros pensamientos debeis estremeceros con la idea de que caminando por las sendas torcidas del crimen á la impenitencia final caigais por último en el lugar de los horrores sempiternos para decir desesperados, «*Ergo erravimus a via veritatis.*» Luego hemos errado del camino de la verdad, y la justicia no nos ha alumbrado. Nosotros insen-

santos tuvimos la vida de los justos por locura, y su fin por una deshonra; pero ellos acertaron; porque son contados con los hijos de Dios y su suerte es la de los santos. Merecida tenemos nuestra condenacion; se nos anunció mil veces y jamás quisimos creer. Se nos predicaron las verdades eternas y las despreciamos. Ahogamos los gritos de la razon que nos reprendia en nuestros desórdenes; tuvimos la religion por una mentira y el ruido de los vicios por una felicidad. Negamos á Dios, y hemos caido bajo su mano poderosa. Nos reimos y mofamos de su misericordia, y su justicia omnipotente se ha encargado de atormentarnos por infinidad de siglos que jamás tendrán fin. Hemos errado en el camino de la verdad y somos tan infelices como nos lo anunciaron los ministros del Dios que nos castiga en su furor. Esta señores, esta será la confesion desesperada que harán los licenciosos condenados en el infierno para su eterna confusion y tormento. Allí verán la facilidad con que pudieron salvarse, su insensatez y locura, su orgullo y altiva arrogancia, su impiedad, sus vicios, sus desórdenes y escandalosos excesos: y su desesperacion, rabia y furor se aumentarán hasta mas allá de lo que podemos imaginar y comprender. Aun mayor tormento les causará la evidencia de que los hijos del evangelio fueron dignos de ser grandes en el reino de los cielos; que los joiciosos pacíficos y virtuosos merecieron el dictado de verdaderos sabios; que los que se alimentaron con aquel pan de ángeles lograron ser los confidentes del Altísimo, y que ellos por su impiedad habian vinculado su suerte con la de los demonios para ser eternamente desgraciados, infelices y sobre toda ponderacion mi-

serables. Abrasados por un fuego devorante, víctimas del furor de un Dios vengador de sus ofensas, entregados á los tormentos mas atroces, y al gusano roedor de su conciencia que los acusará con eterna constancia para hacer su infierno insoportable... Dios mío! ¿qué imaginación no se pierde en la consideración de estos efectos del pecado? ¿quién puede comprender la enormidad de las penas que afligirán en el infierno á los impenitentes que no quieren confesar sus pecados por vivir en la disolución entregándose á los desórdenes del carnaval? Y si estas cosas son mas ciertas que nuestra propia existencia ¿será posible que no influyan en los corazones de los pecadores para que dejen sus vicios, practiquen las virtudes, confiesen arrepentidos sus culpas y pecados y eviten por este medio el caer en los infiernos para decir eternamente en ellos: ¿luego hemos errado del camino de la verdad?

Dios de amor; de piedad y misericordia: los que os venden, desprecian y persiguen tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, entendimiento y no entienden ni perciben las cosas de vuestra adorable religión. Están endurecidos y obstinados en el mal, y no pueden obrar el bien. Sin un milagro de vuestra gracia el mundo se va á incendiar con los escándalos de los pecadores, y todos van á arder como en las ciudades nefandas de Pentapolis. Caiga divino Señor vuestra sangre preciosísima sobre todos los que han concurrido esta tarde á vuestro santo templo, y haced que salgan justificados como el publicano que confesándose culpado mereció vuestra divina gracia. No siendo así: siguiendo la muchedumbre infatuada con los alicientes del vicio: siendo las

gentes víctimas del desenfrenado amor á los placeres , y socubando esta pasión funesta el edificio de las virtudes cristianas ¿qué será de nosotros? Con ese gusano de la impiedad que corroe y deseca el delicado gérmen de la fé ¿no llegará á apagarse entre nosotros el espíritu de religión que nos reúne hoy en esta santa iglesia? Y sin creencias religiosas ¿qué sociedad hay subsistente?

Contestad hombres de razon , y no olvideis que os he propuesto dos verdades de fé, capaces de inclinar vuestro corazón hácia la práctica de las virtudes. En la primera he llamado vuestra atención sobre la eterna y consoladora verdad de que el pecador que se arrepiente y confiesa sus errores, pecados y maldades es perdonado por el Dios que ha ofrecido su gracia á los arrepentidos, y logra tener su suerte entre la de los santos. En la segunda he procurado que entendais el destino preparado á los que no queriendo confesar sus culpas en esta vida para su dicha y ventura, tendrán que confesarlas oprobiosamente en la eterna para su mayor desesperacion y tormento. Ved pues , si teneis bastante impiedad para negar lo que para nuestra justificacion se ha escrito en los libros santos, y si sereis tan osados como Lucifer para decir, «no quiero servir al Omnipotente.» No os supongo tan depravados; pero si vuestra audacia llegase á tanto, y aun despues de lo que os he espuesto como ministro de un Dios justo quereis ser víctimas del desenfreno de vuestras pasiones, y cargándoos con una condenacion eterna abrazais la iniquidad para perderos con ella, yo os repito con toda la energia de que es capaz el hombre que ya que no quereis confesar esa maldad pública y notoria

que os deshonra y os empeñais en insistir y continuar por los caminos de la disipacion escandalosa que tiene horrorizada á la sociedad vuestro destino eterno será el de los que viven y mueren como idólatras de sus placeres, traidores á Jesucristo y agentes de Satanás: que una vez que no queréis buscar la felicidad que se os ofrece en la escuela de Jesucristo y os fastidian los usos, prácticas y costumbres de nuestra santa y adorable religion, encontrareis infaliblemente la desdicha, y el desconsuelo eterno: y en fin, que si hoy teneis por declamaciones de fanáticos las verdades infalibles que os predicamos, muy pronto vais á ver que habeis sido unos necios é insensatos, que las sombras y apariencias os ilusionaron y engañaron, que los hijos de la gracia siguiendo las doctrinas evangélicas lo acertaron, y que pronunciábamos una verdad cuando os decíamos que los malos dirán aflijidos, angustiados y llenos de rabia y desesperacion: luego hemos errado en el camino de la verdad. *Ergo erravimus á via veritatis.*

No deis lugar á que seais del número de los desgraciados condenados á confesar eternamente en el infierno sus errores en el camino de la salvacion. Confesad mas bien vuestras culpas en este momento, acudid á aquel Dios de piedad que os convida con su gracia, resolveros á vivir como verdaderos arrepentidos y yo os aseguro en nombre del Señor, que sereis eternamente felices en la gloria.

A. M.

OTROS TRES SERMONES

PARA LOS MISMOS DÍAS.

SERMON I.

Insensatez de los cristianos que se entregan á las diversiones del carnaval.

Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis. Todos los que habeis recibido el bautismo de Jesucristo, os habeis vestido de Jesucristo. San Pablo en la epístola á los Galatas, cap. 3 ver. 27.

El vestido es la señal de la dignidad y por lo que conocemos la clase y elevacion de las personas. Por nuestro origen y nacimiento vestimos la imájen del hombre terreno, y la prevaricacion y la muerte en que incurrimos con la generacion de la carne; pero en virtud de la rejeneracion espiritual que se nos ha concedido por el mediador entre Dios y los hombres Jesucristo, vestimos ya la imájen del hombre celestial, y estamos adornados de la vestidura de la gracia y de la vida eterna. Si, pues, estamos vestidos de Jesucristo, ninguna otra cosa debe verse en nosotros sino á Jesucristo. La caridad, la humildad, la pureza, la modestia, la

miansedumbre, las mortificaciones de Jesucristo y todo lo que se ordene á la santidad y pureza de sus costumbres. Jamás debemos desnudarnos de esta vestidura divina é incorruptible para que estando cubiertos de ella nos reconozca el Padre Eterno; y como á hijos suyos nos admita á su herencia.

Si se diera oídos á la razon y se hiciera justicia á la verdad ¿necesitaria yo mas reflexiones en esta tarde para reducir á su deber á tantos cristianos que olvidados de su carácter, de su dignidad y de su destino se entregan escandalosamente en estos días á los excesos mas brutales; á las diversiones mas ilícitas y á todo jénero de desórdenes? ¿No me bastaria el decirlos como el apóstol á los Galatas: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis?* Todos los que habeis recibido el bautismo de Jesucristo os habeis vestido de Jesucristo?

Bien sé que hay pecados de debilidad y flaqueza, que hay almas que pecan y se avergüenzan de su pecado, que le cometen con repugnancia y violencia, que le lloran al tiempo mismo de cometerle, y estos dice el padre san Gregorio (1) se han de reprender con lenidad y blandura, con estos se ha de evitar toda aspereza y se ha de atender á instruir y consolar mas bien que á reprender y castigar; pero hay tambien pecados de malicia que se cometen sin temor, sin repugnancia y con cierta alegría; hay almas atrevidas que han perdido el pudor y pecan gloriándose de su pecar-

(1) Hom. 2 in Ecceh.

do ; y á estas si se las reprende con blandura , esta blandura misma las alienta á continuar cometiendo y aumentando los pecados. Hay almas tan duras y obstinadas, que si no son reprendidas con todo rigor , con toda claridad y aspereza, no conocen el mal que han cometido. Por lo comun tanto sienten haber pecado , quanto mas ágridamente son reprendidas y reputan por mayores ó menores sus culpas segun ven que se las reprenden y castigan mas ó menos. Estan muy de asiento y viven con tranquilidad en el mal , y es necesaria una voz aterradora , una voz fuerte que las hiera y las despierte.

Cuando vemos en estos dias al pecado en triunfo por las plazas y las calles , en las diversiones , en los bailes , en las glotonerias , en los juegos y en tantos escesos como se cometen con descaro y sin pudor , cuando vemos á tantas clases de personas correr al vicio y arrastrar á los demas en pos de sí , que no solo pecan sin temor y sin escrúpulo sino que son el peligro , el tropiezo y la ocasion para que otros pequen con sus gestos inmodestos , con sus palabras obscenas , con sus trajes y modales indecentes y libres ¿habrémos de contentarnos con levantar una voz de blandura, habrémos de adular al pecador y ser unos falsos profetas que probamos la mentira y lisonjemos al mundano teniendo sus escesos por unos desahogos y entretenimientos inocentes , ó habrémos de usar de la voz del terror y de las amenazas, habrémos de hacer ver los errores y precipicios para escitar á que sea oida la verdad y se reconozca y detenga el pecador que corre desenfrenado? La voz del que clama , hiere y descubre las llagas de la conciencia no es la voz de la ira

y del desprecio; es la voz del amor y la caridad, es la voz de la compasion, la voz del sabio que tiene su aguijon como dice el Espíritu-Santo (1), no es voz del que injuria sino del que corrige movido de la caridad de sus hermanos. El que perdona, el que adula y contemporiza y condesciende, es un cruel y tirano, y el que hiere y reprende con aspereza y fervor es caritativo y piadoso. Os engañan hermanos míos, os engañan los que os llaman felices y dichosos en vuestros excesos:

Bien sé que molesta la voz del ministro de Jesucristo que reprende en estos días, que nuestras exortaciones se miran como efectos de una falta de civilizacion y cultura, de un gusto estragado por la educación infatuada, y que nuestra doctrina se tiene por una moral rígida y demasiado austera, nuestras declamaciones por exceso de fanatismo y por desaliños del genio áere y oscuro que nos hemos formado en los libros místicos, y por la temeridad con que queremos que todos obren y piensen como nosotros. Estoy muy distante de declamar en esta tarde contra semejantes delirios, y no pienso descubrir la fealdad y reprender con toda la vehemencia y horror que se merecen esos desenfrenos y licencias á que se entrega la multitud. ¡Ojalá acertára yo á haceros conocer toda su odiosidad, su malicia, y el término fatal á que os conducen! Vivimos en el siglo que se precia del discurso, de la convicción y del razonamiento; se quiere someter todo al exámen de la razon; pues yo ape-

(1) Eccles. cap. 12, v. 11.

lo al mismo exámen y razonamiento ; yo rechazo los anatemas y declamaciones , las amenazas y el terror , y voy á recordaros solamente que sois cristianos , vuestra dignidad , vuestro carácter , vuestras promesas y vuestros deberes ; no intento sino deciros con el mayor amor y ternura , al mismo tiempo que con la mayor propiedad y verdad como el apóstol á los Galatas : hermanos míos : todos sois hijos de Dios por la fé que habeis recibido por medio de Jesucristo. Todos los que habeis recibido el bautismo de Jesucristo , os habeis vestido de Jesucristo , y ó habeis de renunciar al discurso y razonamiento de que os gloriais , ó habeis de confesar que es una insensatez y locura en los cristianos entregarse á los excesos y diversiones escandalosas en los días del carnaval.

¡O Señor ! todo sois amor y bondad , y en los días de vuestros ultrajes quereis estar entre nosotros para consuelo de los justos , y para llamar y convidar á los pecadores. Para conocer el error y miseria , la torpeza y vanidad de los entretenimientos que ofrece el mundo en estos días á sus adoradores , basta venir á contemplaros en ese adorable sacramento y experimentar las dulzuras con que favoreceis á vuestros siervos y á las almas puras que congratulan con Vos y meditan vuestras finezas. La iglesia nuestra madre abre gustosa en estos días las puertas de sus templos á todos sus hijos , se viste de gala , entona los cánticos de alabanza y honor y espone á nuestra veneracion lo que tiene de mas santo y augusto , al mismo Dios que quiso quedarse con nosotros en ese adorable sacramento. Dadme Señor el que yo defienda vuestra causa y acierte á convencer á mis oyen-

tes. Favorcednos con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de María Santísimo.

AVE MARIA.

Quicumque enim in Christo baptizati estis....

No podemos negar sin faltar á la fé que por el bautismo hemos renacido á la vida espiritual y hemos sido hechos hijos de Dios y afiliados en el servicio de Jesucristo tomando su vestidura. Digo hermanos míos con el apóstol, que los que hemos sido bautizados en Jesucristo nos hemos vestido de Jesucristo, hemos sido injeridos en Jesucristo, y de hijos de Adán y de maldicion cortados ya de este tronco estéril, por el santo bautismo y la uncion del Espíritu-Santo hemos sido agregados á Jesucristo, de modo que como una vara injerida en el tronco se une con él tan apretada, tan estrecha y tan íntimamente que de su jugo se sustenta, vive de su aliento, crece de su sustancia, fructifica de su vigor y se hace una misma cosa con él, así un cristiano unido á injerido al mismo Jesucristo por el bautismo, vive, alienta y goza el jugo de la gracia por el mismo Cristo con quien se une y hace una misma cosa. Que por el bautismo de siervos y esclavos del pecado hemos sido hechos libres y justos, hemos muerto al pecado, hemos renunciado al servicio del mundo, hemos resucitado á una nueva vida; en una palabra somos hijos de Dios, y es tanta nuestra dignidad que estamos vestidos de Jesucristo y somos los herederos de su gloria. Decid si os agrada así estas verdades eternas; mo-

faos de nuestra creencia y tened por ilusion y locura lo que forma nuestras esperanzas y consuelos; quejaos si os atreveis á tanto, de que vuestros padres os llevasen en vuestros primeros dias á recibir la fé y á marcaros con la señal de cristianos; inculcad que el hombre es libre y debe permitirsele vivir en la religion que se le antoje elegir, ó decid colmando vuestra impiedad y manifestando de plano vuestra falta de fé, que ni hay premios que esperar ni castigos que temer, ni otra vida que la presente, ni mas leyes ni mas Dios que vuestros antojos y deseos: nosotros compadecéremos vuestra miseria, y esa obcecacion á que os ha conducido y precipitado vuestra malicia, lloraremos vuestra desgracia como la del desventurado que ha padecido naufragio, ó la del que padece una enfermedad incurable, y pediremos al Señor que os conceda el remedio. Nada mas haremos, porque no estais en disposicion de oir ni entender, porque no es capaz el hombre animal y terreno de percibir las cosas que son del espíritu, y que el Señor ha querido revelar á los humildes y sencillos; porque manifestais que sois ramas cortadas que no tienen otro destino que secarse y ser arrojadas al fuego. Pero si confesais que sois cristianos y conservais alguna gratitud al Señor por este beneficio, detengámonos á considerar al cristiano y veremos su insensatez en entregarse á los desvarios y locuras del mundo; y habremos de confesar que ese bullicio y diversiones del carnaval, esos excesos que se permiten en estos dias, son ajenos de su dignidad y carácter, son impropios del hombre que está vestido de Jesucristo. *Quicumque in Christo baptizati estis Christum induistis.*

Nos hemos vestido de Jesucristo en el bautismo, y con el nombre y dignidad de cristianos nos hemos despojado del hombre antiguo, del hombre de pecado y corrupcion, y adornado con la vestidura de la gracia y adopcion de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; luego nada debe verse en nosotros sino la imájen de Jesucristo, nada debe cubrirnos sino la vestidura de Jesucristo, la sinceridad, la verdad, la mortificacion y penitencia, la virtud. Nos hemos vestido de Jesucristo; ¡tal es nuestra dignidad y grandeza! ¡tan grande como lo es la señal y carácter con que estamos marcados! Luego nada debemos obrar que desdiga y deshonre el hábito que nos cubre y la señal que nos distingue. Luego no debe el cristiano desnudarse de la vestidura de su Dios y su Señor por vestirse la indecente librea del demonio y del pecado. No debe manchar su vestidura de adopcion y de gloria con los borrones de la inmundicia y la iniquidad que le hagan mas criminal y digno de mayores suplicios en el infierno.

El cristiano es injerido en Jesucristo como nos dice el apóstol (1). No una sino cinco son las heridas por donde Jesucristo nos une á sí mismo como mantiales para comunicarnos sus gracias é introducirnos en su corazón. Luego debemos dar frutos dignos de Jesucristo, dignos del árbol de vida á que estamos injeridos. Luego debemos decir con el apóstol: vivo yo, yo por mi naturaleza frágil, por mi carne y mis pasiones, yo soy el que vivo; pero ya no soy

(1) Rom. cap. 6 v. 5.

yo, soy otro sin dejar de ser el mismo: ya no soy yo porque unido á mi cabeza Jesucristo, injerido en este árbol de la vida, él es el que vive en mí, porque los frutos de mi vida son suyos; él me los dá, él los produce. *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus*. Luego aunque seamos frágiles y de una carne propensa al mal, no tenemos excusa si no damos buenos frutos, porque unidos ya é injeridos por el bautismo en Jesucristo, nuestra fragilidad y nuestra carne tiene ya otro vigor, otro jugo, otro aliento, á la manera que el árbol estéril injerida en él, la rama secunda no le excusa su propia naturaleza para dar frutos sazonados. *In carne ambulantes non secundum carnem militamus* dice el mismo apóstol (1). Luego si estamos injeridos y complantados en Jesucristo, preciso es que el padre que es el labrador nos limpie y nos pade como sarmientos de la verdadera vid para que demos un fruto abundante. Luego el eterno labrador cortará y arrojará al fuego á todo sarmiento que no lleve fruto. Luego el cristiano que no produce frutos de justicia y santidad, no está unido á Jesucristo, es un sarmiento seco y cortado ya de la vid, y por consiguiente no será participante de su resurrección; no procederá á la resurrección de vida sino á la resurrección de juicio.

Por el bautismo tambien, de siervos y esclavos del pecado hemos sido hecho libres, y perdonándose todos los que llevamos á las aguas salutables, fueran cometidos por nuestra voluntad propia ó el contraído en nuestro origen y

(1) 2.^a Cor. cap. 1).

heredado de nuestros primeros padres, nos hicimos siervos de Dios y su justicia. ¡Feliz servidumbre que nos somete á Dios; que nos pone en estado de que seamos gobernados y dirigidos por el espíritu de Dios, que nos sujeta voluntaria y gustosamente á la ley de Dios! ¡Feliz y libre servidumbre dice san Agustin (1) en que no sirve la necesidad sino el amor! ¡Gloriosa servidumbre que hace santos en el tiempo y reyes en la eternidad! Luego siendo libres del pecado no debemos oprimirnos con sus cadenas. Luego siendo ligados á la libertad de hijos de Dios debemos avergonzarnos de servir á los vicios. Luego como siervos de Dios debemos reconocer y servir á nuestro Dios y Redentor, hacer su voluntad y cumplir sus preceptos; debemos servir á la justicia y renunciar á toda obra de iniquidad. *Si no quisieres dice san Agustin (2) entiende que no es necesario para el servicio de la casa de Dios el que le sirve contra su voluntad.*

En el bautismo hemos muerto al pecado, de modo que nuestro corazon y nuestra alma, nuestras potencias y sentidos no deben moverse al pecado, vivir al pecado ni aficionarse mas al pecado, así como los que mueren no se inclinan ni añicion mas á las cosas de este mundo. En la fuente del bautismo consagrada con la sangre preciosa de Jesucristo, quedaron sumerjidos nuestros pecados como Faraon y los Egipcios que perseguian á los Israelitas quedaron su-

(1) Sermon. 45 de Divers.

(2) Ibid.

merjidos en el mar rojo. Hemos muerto al pecado por el sacramento de la regeneracion , y á la manera que los muertos no vuelven mas á la vida , tampoco debemos volver nosotros al pecado. A todas las pompas y vanidades de este mundo, al amor de los honores y alabanzas de los hombres , á todos los placeres y deleites terrenos á que renunciáramos en el bautismo debemos estar enteramente muertos. Morir al pecado, renunciar al mundo y sus vanidades es no seguir ni obedecer los deseos del pecado , huir las ocasiones , apartarse de los peligros , evitar las concurrencias , los espectáculos , las diversiones y todo lo que pueda ser ocasion de que se renueve y renazca en nosotros el pecado. El que sigue los deseos y las inclinaciones del pecado , vive al pecado ; el que se deja arrastrar de su concupiscencia y se entrega desmedidamente á la bebida y la comida , el que pone toda su dicha en el libertinaje y desahogo de sus pasiones brutales , en el goce de los deleites de la carne ; el que siguiendo el ejemplo de la multitud poco cauta y poco cristiana se envuelve en las concurrencias y espectáculos , en las conversaciones libres , se ocupa en cauciones y bailes poco honestos , en todo lo que es obra y vanidad del mundo , no ha renunciado al mundo ni ha muerto al pecado , ó si murió y renunció , es un perjuro á Dios que ha vuelto á la vida del pecado y á las pompas y vanidades que renunció. El cristiano debe olvidar las cosas de la tierra , suspirar por las del cielo , mirar este mundo como un tránsito ó un destierro de corta duracion , debe morir enteramente al mundo con la preparacion de su ánimo y el afecto de su corazon , y sepultarse con Jesucristo como dice el apóstol. Si en el bau-

tismo ha muerto al pecado, debe permanecer siempre muerto para el pecado. El que peca despues de estar libre del dominio del pecado, despues de haber muerto al pecado por el bautismo mancha el don de Dios, se hace infiel á Dios, y da bien á conocer la poca estimación que hace de lo que hay mas amable y apetecible en este mundo y en el otro, que es el vivir con Jesucristo y conservar la vestidura de Jesucristo.

Muriendo al pecado en el bautismo y sepultándonos con Jesucristo, resucitamos tambien con Jesucristo á una vida nueva. Muertos al mundo y al pecado debemos vivir solo para Dios. Ved hermanos míos en lo que consiste esta resurreccion: mortificando al pecado no debe verse en nosotros sino la justicia, y dejando la mala vida solo debemos vivir una vida de ángeles, de pureza y santidad, debemos vivir una vida ejemplar, y si al ver los demas nuestras obras buenas glorifican á nuestro Padre que está en los cielos, entonces diremos con razon que hemos resucitado con Jesucristo y que caminamos en una vida nueva. Luego las costumbres y buenas obras son las que deben acreditar que resucitamos con Jesucristo y que seguimos en la vida nueva que comenzamos. Luego por esta resurreccion y como efecto de la nueva vida de santidad y justicia, el deshonesto y lascivo debe ser puro y casto; el avaro, misericordioso; el iracundo y áspero, manso y benigno; el gloton, templado... Esta espiritual resurreccion es el principio de la resurreccion gloriosa en que resucitaremos para nunca mas morir. Pero no es bastante renovar nuestra vida resucitando una sola vez; siempre y por cada dia la debemos renovar. Asi como

el hombre viejo y pecador siempre y cada día se va envejeciendo y empeorando, así el hombre nuevo siempre debe renovarse y no debe haber día que no consiga aumento y perfección. Luego debemos aparecer y presentarnos cada día nuevos, adelantar en la vida nueva, perfeccionarnos; todos los días debemos pasar de virtud en virtud hasta llegar á ver en su reino al santo de los santos; no hay hora, no hay momento en que debamos dejar de caminar. El detenerse en el camino de la vida nueva es retrasar, el dejar de aumentar y crecer es perderse. No conviene volver la vista al camino andado, sino mirar siempre á lo que falta que andar.

Por último, hermanos míos, y por no abusar de vuestra atención y paciencia, no dejareis de confesar que por el bautismo nos llamamos y somos hijos de Dios, que por su bondad y misericordia sin límites nos adapta por suyos, nos admite á su herencia, nos viste de Jesucristo para reconocernos por hijos y nos hace participantes de su eterna é incomprensible felicidad. Contemplad y ved cuál es la caridad inmensa del Señor, y si hay alguna dignidad ó prerogativa mayor que podamos desear.

Luego no tendrá nombre, ni habrá espresiones con que reprender nuestra maldad si somos hijos desnaturalizados, hijos ingratos y rebeldes; si siendo hijos de Dios vivimos como hijos y servidores del mundo y renunciando á nuestra dignidad, emancipándonos de Dios, nos afiliamos entre sus enemigos. ¿Qué aprovecha el nombre cuando no se tienen las cualidades? ¿Qué sirve el título de médico al que no sabe curar? ¿Cómo se podrá llamar vigilante y centinela el

que se queda dormido? Pues del mismo modo es inútil llamarse cristianos, gloriarse de hijos de Dios y no vivir como cristianos y según los preceptos de Dios. La vida, las costumbres, la fé, la esperanza, la caridad es lo que distingue á los cristianos verdaderos é hijos de Dios de los hijos del diablo.

No pretendereis que toda esta doctrina es una ilusion, un delirio, una invencion descabellada, ó relaciones sin crédito para engañar á los incautos y sencillos; no direis tampoco que lleno de acrimania he vomitado amenazas y declamado con furor sin apoyo ni fundamento en cuanto he dicho. He querido recordaros verdades eternas, y no he hecho otra cosa que manifestar la doctrina del sacramento del bautismo que todos debeis creer y confesar como cristianos. Concordad y componed ahora esta doctrina, la dignidad y los deberes de cristianos que habeis contraído, y las promesas que hicisteis, con esas costumbres y esa vida de estos dias en que se abandona la razon, la ley de Dios, la vergüenza, la honestidad, y se vive peor que los idólatras por muchos cristianos. Con esas embriagueces y glotonerías, esas voces y canciones deshonestas, esos excesos que conocéis demasiado y que yo no debo referir. ¿En qué conoceremos que sois cristianos y que vivimos entre cristianos? ¿En vuestro vestido? ¿En vuestra modestia y compostura? ¿En vuestras conversaciones y concurrencias? ¿Cuál de vuestras costumbres está en armonia con la profesion de cristianos? ¿Qué obra es la que hacéis que nos dé á conocer que tenéis fé?

Entrad en vuestro corazon y examinad si conservais la

vestidura de Jesucristo; si como ingeridos en Jesucristo hacéis obras y producís frutos de Jesucristo; si conserváis la libertad del pecado y estáis fuera de su esclavitud, siendo libres con la libertad que os ganó Jesucristo; si esas obras en que os ocupáis y esos pasos que lleváis dan testimonio de que habéis muerto al pecado, de que habéis renunciado al mundo y habéis resucitado á una vida nueva; si caminais á la perfección y adelantáis de virtud en virtud; examinad si vuestros pensamientos, si vuestros deseos, si vuestras palabras y todo cuanto hacéis y deseáis es propio de niños hijos de Dios y dedicados á su servicio y conducente á conseguir sus promesas; y si así no es, confesad que sois locos ó insensatos; que sois imprudentes y necios en entregaros á esas costumbres del carnaval que son contrarias y opuestas á vuestra profesion y sugeridas por los enéimigos de vuestras almas. Yo no os he propuesto austeridades estrordinarias; yo no os aconsejo caminos nuevos y difíciles; yo no he pretendido llevaros á las soledades ó á los claustros. Deberes generales y comunes á todos son los que he recordado y no puede ser sino una insensatez, por lo menos, el no cumplirlos por entregarse á las diversiones del carnaval.

Si teniendo presente nuestro bautismo, las gracias que recibimos en él y la dignidad á que fuimos elevados conservamos la inocencia, refrenamos nuestros apetitos y deseos, evitamos con todo el cuidado posible las ocasiones del pecado, si hacemos penitencia de las faltas leves que casi sin advertirlo cometemos cada dia; si nos apartamos de las malas compañías; si renunciamos á nuestras concupiscencias y deseos que son los que nos inclinan al mal; si con una

cristiana vigilancia tenemos refrenados nuestros sentidos que son las puertas por donde entra el pecado á nuestras almas, diremos con verdad que somos cristianos, que estamos vestidos de Jesucristo, y que muertos al pecado vivimos la vida de hijos de Dios que recibimos en el bautismo: pero si despues de haber renunciado al imperio de la muerte y del pecado, despues de haber entrado en el reino de la vida y la justicia volvemos á someternos nosotros mismos á la servidumbre y esclavitud del pecado con tanta osadia y tanta insolencia, con tan poco pudor y tan sin escrúpulo ni remordimiento como se advierte en los escesos públicos de este tiempo, esto es lo que el apóstol llama haber naufragado en la fé, *naufragium fidei*; porque no puede explicarse este modo de obrar de otro modo que suponiendo perdido el don precioso de la fé, y yo me he contentado con llamar una insensatez y locura.

Alegad las razones que os quiera sugerir la prudencia humana y el espíritu de mentira; escusad por cuantos modos podais vuestros escesos y costumbres, disculpad y disminuid el horror con que aparecen á los ojos de la religion que profesais; mientras vuestras obras no se compongan con los deberes y la vida de un cristiano, mientras en vosotros vestidos de Jesucristo se vea otra cosa que á Jesucristo, todos vuestros pretextos y excusas no servirán sino para haceros mas reprehensibles y criminales, para dar á conocer que estais mas arraigados en el mal y que sois acredores á mayores castigos y suplicios; que es mas digno de lástima vuestro mal, puesto que no queriéndole conocer jamás aplicareis el remedio.

Hermanos míos: hasta aquí he hablado á vuestro entendimiento; ¡Quiera ese divino Señor que haya conseguido persuadirlos y convencerlos! Voy á concluir dirigiéndome á vuestro corazón con las palabras del apóstol san Pablo á los fieles de Roma (1). «Considerad hermanos que si vivis, » vivis por Dios que os ha resucitado por su gracia, lo que » debe someteros enteramente á él. Vosotros habeis sido » criados para el cielo; pues no seais tan viles que renun- » cieis á tan alto destino haciéndoos esclavos del pecado y » obedeciendo á vuestra concupiscencia. No reine mas » tiempo esta concupiscencia en vuestro cuerpo mortal, ni » se sirva de vuestros miembros como de armas para co- » meter toda suerte de iniquidad. Entregaos enteramente » á Dios y ofreced vuestros miembros á la justicia y santi- » dad que deben dirigir todos sus movimientos y valerse de » ellos para hacer obras justas y santas.... Yo me acomodo » á vuestra flaqueza y debilidad y me contento con suplica- » ros: que así como vuestros miembros han servido á la » iniquidad para obrar el mal; sirvan en adelante á la jus- » ticia en favor de vuestra justificación.»

Buena fuera hermanos míos, permanecer siempre en la gracia recibida y que el reino de la justicia fuera en nosotros eterno sin tener necesidad de recobrarle despues de perdido y de renovarnos por la penitencia despues de nuestras caídas en que hemos crucificado de nuevo á Jesucristo en nosotros; pero ya que nos hemos dejado vencer del pecado, la justi-

(1) Cap. 6, v. 12.

cia que debemos á Dios exige que no sea menor nuestra penitencia que nuestros crímenes; que nos dediquemos á servir á Dios con nuestras potencias y sentidos con tanto fervor y esmero como hemos servido al pecado y al demonio. Han corrido nuestros pies á los espectáculos, á las diversiones, juegos y reuniones en que ha peligrado nuestra inocencia, pues que nos sirvan ahora para asistir á la iglesia, para frecuentar los divinos oficios, visitar á los enfermos y encarcelados. Hemos corrido á los alborotos y pendencias, corramos ya á arrancar al huérfano y á la viuda de las manos del poderoso que los oprime. Extendimos nuestras manos para apropiarnos lo ajeno con fraudes, usuras y tratos ilícitos, abrámoslas para socorrer con lo que poseemos á los pobres. Nuestros ojos se han detenido á mirar objetos deshonestos, pues miremos donde hay necesidades que atender, enfermos y menesterosos á quienes ayudar. Se han deleitado nuestros oídos y nuestra lengua con las canciones impuras, las murmuraciones injuriosas, las torpezas y palabras vanas, pues dediquémonos á oír la palabra de Dios, á la lectura santa, á las conversaciones piadosas, á bendecir y á abar á Dios en todo tiempo.

Tengamos siempre presente que somos cristianos y que debemos vivir y morir como cristianos; que desdice de la dignidad de hijos de Dios todo lo que no mira y conduce al cielo. No, hermanos míos, no busqueis vuestro gozo y felicidad en las comidas y bebidas, no en esas bacanales indecentes, en esos deleites torpes, en esas libiandades desenfrenadas que no son sino pecados y no pueden daros sino la ignominia, la confusión y la muerte eterna; buscad

vuestros bienes en Jesucristo, conservad la vestidura de Jesucristo, recobradla si la habeis perdido y el Señor al fin os reconocerá por hijos suyos y admitirá á las delicias de su gloria, á la vida eterna que es la recompensa de los que viven conformes con Jesucristo, viviendo y muriendo como buenos cristianos. Amen.

F. L. G.

SERMON II.

En el carnaval tienen los cristianos mayor obligación de velar sobre sí mismos, de mortificarse, huir de los peligros, y dedicarse á las prácticas de la religión.

Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis. Todos los que habéis sido bautizados en Jesucristo, os habéis vestido de Jesucristo: Galat. cap. 3, ver. 27.

En señal de la dichosa libertad que conseguimos en el bautismo saliendo de la esclavitud del demonio y del pecado; en señal del triunfo glorioso conseguido de los enemigos de nuestra alma; como símbolo de la pureza é inocencia y de la vestidura de Jesucristo y su divina gracia que nos cubre interiormente; en representación de los dones del Espíritu-Santo que se nos infunden, nos pone el sacerdote inmediatamente después del bautismo una vestidura blanca dirigiéndonos estas palabras, que jamás deberían apartarse de nuestra memoria y habian de formar la meditacion

continúa de nuestra vida : *Recibe la vestidura blanca que has de llevar sin mancha ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para que consigas la vida eterna.*

¿A qué intento recordar este aviso y esta sagrada ceremonia en un tiempo de desahogos y diversiones , de placeres y pasatiempos , en que no se oyen sino las voces de la alegría y los ecos de las canciones festivas en todas las calles y las plazas? Para conteneros en esos escesos ; para que mireis por vosotros mismos, para intimaros que estais vestidos de Jesucristo y haceros entender que para conseguir la vida eterna no basta haber recibido en el bautismo una vestidura tan pura, tan limpia y tan cándida , sino que es necesario llevarla despues de nuestra muerte con la misma blancura y sin mancha alguna cuando nos presentemos al tribunal de Dios. Para que aprendais que es necesario trabajar, mortificarse y estar vijilantes para no ser sorprendidos de los enemigos que nos rodean para perdernnos ; que nunca debemos descuidarnos, y que mas que nunca , en el tiempo de carnaval debe el cristiano velar sobre sí mismo , mortificarse , evitar las ocasiones y peligros y dedicarse á ejercicios y prácticas piadosas.

Bien sé que no es esta la doctrina del mundo ; que contra esta doctrina claman las pasiones , las costumbres , los hombres bulliciosos , y se resienten los apetitos ; pero esta es la doctrina de la razon , la doctrina del Evangelio , la doctrina de nuestra conveniencia y provecho de nuestras almas. Apartad vuestros oidos de las voces del mundo , escuchad la voz de la religion que voy á ununciaros , dejaos gobernar por la prudencia y la razon. Señor , mis débiles

esfuerzos serán inútiles y el eco de mi voz pasará sin hacer impresion alguna en mis oyentes. Solo vos podeis penetrar y mover los corazones é ilustrar los entendimientos comunicando vuestra divina gracia. Dignaos dispensárnosla por la intercesion de vuestra Santísima Madre.

AVE MARIA.

Quicumque enim in Christo....

Es verdad que en el sacramento de la rejeneracion recibimos el ser de la divina gracia y se nos infunden las virtudes y dones del Espíritu-Santo.... Digo, hermanos míos, que al adoptarnos por hijos suyos nuestro benignísimo Dios, y separarnos de la masa de corrupcion y de pecado, nos enriquece como á hijos y nos da la nobleza de la gracia, nos infunde las virtudes, nos adorna con los dones del Espíritu-Santo y recobramos mucho mas que lo que perdimos por la culpa de nuestro primer padre. Quedamos vestidos de Jesucristo y semejantes á Jesucristo, vestidos de la vestidura blanca de pureza é inocencia que debemos conservar sin mancha hasta presentarnos con ella al tribunal del Señor y despojados del pecado entramos en la vida de la gracia: pero tambien es verdad que quedan en nosotros la concupiscencia que nos inclina al pecado, las pasiones que quieren dominarnos y sujetarnos al pecado, las inclinaciones que nos arrastran y llevan casi sin sentirlo al pecado; queda en nuestros miembros una ley que repugna y contradice á lo que nos manda la ley de nuestro entendimiento y que

trabaja sin descanso por cautivarnos á la ley del pecado. Fuera de nosotros tenemos al demonio que envidioso de nuestra dicha nos rodea buscando las ocasiones del pecado para precipitarnos en él y volvernos á su esclavitud gloriándose de nuestra caída; al mundo que con sus costumbres viciadas, con sus ejemplos de depravacion, con sus espectáculos, con sus bienes y con sus males nos ofrece sin cesar ocasiones y peligros. Poderosa es el alma ayudada de la gracia para triunfar de todos sus enemigos; y no permite jamás el Señor que seamos tentados sobre aquello que podemos resistir, él nos dá su ayuda y proteccion. Nada pueden contra nosotros nuestros enemigos, si nosotros no nos sometemos á ellos, y esas inclinaciones y apetitos al mal no son pecado, así como tampoco las tentaciones de nuestros enemigos si no consentimos en ellas, si se resiste la razon y se opone el espíritu. Mientras vivamos en este mundo quiere el Señor que no se apaguen los ardores de nuestra concupiscencia, que tengamos estos enemigos interiores y exteriores con quienes pelear, que vivamos en esta guerra para que peleando y venciendo consigamos la corona del triunfo.

Segun esto, nuestra vida debe ser una vida de vigilancia, una vida de continua lucha con nuestros enemigos y tanto mas, cuanto mayores son los peligros y los enemigos mas fuertes. Acordémonos ahora que el hombre no es mas que una hoja lijera que arrebatá el viento, como nos dice el santo Job: que llevamos el tesoro precioso de la gracia en vaso de tierra que rompe y hace pedazos el mas pequeño golpe, como nos dice el apóstol: que el espíritu es pronto;

pero que la carne es frágil, como nos dice el mismo Jesucristo. Unamos nuestras propias luces á los oráculos sagrados, entremos dentro de nosotros mismos y reflexionemos sobre lo que experimentamos en nuestro interior, y reconoceremos to a nuestra miseria y flaqueza, ¿qué venimos á ser por nosotros mismos sino un barro corrompido casi desde su origen? No solamente tenemos pocas fuerzas para defendernos del mal, sino que todo conspira á vencernos sin resistencia: la ceguedad de nuestro entendimiento, nuestra voluntad viciada, la depravacion de nuestros apetitos, esa ley imperiosa del pecado que reina en nuestros miembros á disgusto nuestro y trabaja sin cesar para someter el espíritu á los deseos de la carne; combatidos, fatigados y casi ya vencidos por este enemigo interior antes aun de que nos acometan los enemigos exteriores, ¿qué falta ya para nuestra ruina? Sobre esto, tantas ocasiones y peligros como nos presenta el mundo y el demonio; un encuentro casual, una mirada sin consideracion, una conversacion que oímos sin querer, un convite á que nos obliga la decencia, una nada, la mas pequeña circunstancia basta algunas veces para derribar la virtud, y para hacer en un instante de un justo y temeroso de Dios un delincuente y pecador.

Demasiados ejemplares pudiera traer en comprobacion de esta triste verdad. ¿Qué deberemos inferir de aquí hermanos míos? Que por lo mismo que somos tan débiles y flacos, porque podemos ser derribados con tanta facilidad, porque nuestros enemigos son tan poderosos y temibles, porque tan facilmente se mancha la blanca vestidura que recibimos en el bautismo, porque se rompe al primer soplo el

vaso frágil en que llevamos el tesoro de la gracia, debemos evitar las ocasiones, huir los encuentros, velar, orar, no exponernos ni empeñarnos en la pelea, prevenir los peligros con el silencio, el retiro, la mortificación, hacer pacto con nuestros ojos, como el paciente Job, para no abrirlos jamás para ver objeto alguno que pueda ofender la pureza de nuestro corazón. Y si esta obligación es de todo tiempo y de toda vida, si en el carnaval son los peligros mas fuertes, las ocasiones mas frecuentes y repetidas, si el mundo nos convida con los malos ejemplos, con sus bacanales reprobados, con sus costumbres anticristianas, si el demonio domina y nos franquea los espectáculos, la licencia, si en fin, en el carnaval son mas fuertes y mas multiplicados nuestros enemigos y mayor el riesgo de nuestra caída, con razón pueda asegurar que en este tiempo tiene el cristiano mas obligación de velar sobre sí mismo, de ponerse á salvo de los ataques de sus enemigos, y que lejos de mezclarse en esas diversiones gentílicas en que pelagra la virtud mas robustecida, debe dedicarse con un particular esmero á las prácticas de la virtud y piedad.

Hermanos, si nuestras resoluciones mas santas y que nos parecían tan firmes hallan tantos escollos en la inconstancia de nuestro corazón mismo; si hallamos tanta pena y dificultad en defendernos de los temores que nos acobardan, de los humores que nos poseen, de las desigualdades que nos arrastran; ¿podremos vivir seguros contra las ocasiones peligrosas que nosotros mismos buscamos y en que nosotros mismos nos ponemos cuando no podemos estarlo de nosotros mismos? Vosotros, decia san Juan Crisóstomo,

vosotros sois como un leño seco y os arrojais en medio de las llamas, ¿habeis olvidado por ventura, la sentencia terrible del Espíritu-Santo: que aquel que ama el peligro hablará en él su perdición? Al correr á esas ocasiones y cercos de esos peligros, en un tiempo en que los pueblos se convierten en una Babilonia, en que no se ven sino descomposturas é inmoolestias, no se oyen sino palabras provocativas, en que las gentes ocultando su rostro y sus propios trages con la máscara y el disfraz se creen autorizadas para vomitar torpezas, invectivas y todo género de iniquidades, en que la gula camina en triunfo, se honra y venera á la lascivia, se ofrece incienso á la deshonestidad y no se respira sino el ambiente de la corrupcion y el pecado, ¿cómo os atreveis á estar tranquilos? ¿En qué fundais esa presuncion é indiscreta confianza con que parece que insultais á los riesgos con tan poco temor? ¿Cómo os atreveis á pasar unos caminos tan enlodados y resvaladizos sin miedo de caer y manchar la blanca vestidura con que debeis comparecer ante el supremo tribunal? Muchas almas grandes se han perdido por haberse espuesto indiscretamente á un solo peligro, ¿y vosotros no temeis perecer arrojándoos ciegamente á esas ocasiones peligrosas, si ya no es á mezclaros y confundiros con los que obran públicamente el mal y van sembrando el pecado, la disolucion y el escándalo como ministros de Satanás? Un simple soplo derriba los cedros mas elevados y vosotros cañas débiles, ¿os atreveis á insultar á los vientos y huracanes? Temerarios, ¿qué puede inspiraros confianza? ¿Es porque sois poco sensibles al mal, y naturalmente propensos al bien? Pero no tendreis inclina-

ciones mas dichiosas que la primera muger recién formada por la mano de Dios. ¿Es la inocencia en que habeis vivido hasta ahora? Pero no sereis mas santos y virtuosos que David antes de su caída? Es la rectitud de vuestras intenciones? Pero no serán mejores que las del Principe de los apóstoles conducido por el amor á su Maestro al atrio del pontífice. No hermanos míos, mientras que confiados neciamente en vuestras fuerzas os espongaís, como lo haceis á esos peligros tan fuertes, aunque fuéreis unos santos, unos apóstoles, aunque fuéreis unos ángeles no hay seguridad para vosotros, y no extrañéis que esos peligros os lleven á la mayor infelicidad.

Pero si hemos de gobernarnos por esa doctrina; si hemos de evitar todo lo que sea ó pueda ser peligroso á nuestras almas será preciso vivir en un continuo tormento, privarse de tantas cosas como aficiona nuestro corazon y pasar una vida retirada, triste y alejada del mundo. ¿Y quién duda que esta debe ser la vida del cristiano por mas que á los ojos del mundano aparezca triste y melancólico, como que no conoce otras alegrías y placeres que las sensuales y reprobadas? ¿De un cristiano que ha renunciado solemnemente al mundo, á sus pompas y vanidades, y prometido vivir en Jesucristo y para Jesucristo? ¿Quién duda que tiene necesidad de velar sobre sí mismo, medir exactamente todos sus pasos, obrar con temor como aconseja el Espíritu-Santo, y huir y abstenerse hasta de las apariencias de lo malo como encarga el apóstol á los Tesalonicenses? ¿Quién duda que el cristiano debe temer el mal hasta en su origen, detenerse, temblar, retirarse con horror á la vista del mas

pequeño peligro de ofender á Dios? ¿No lo encarga así el mismo Espíritu-Santo cuando nos advierte que huamos del pecado como se huye de una serpiente? ¿Quién duda que no sea necesario á todo cristiano privarse ó moderar todo lo que sea aparato de adornos y trajes superfluos que no se apelecerian tantos si no hubiese tanto deseo de agradar; prohibirse las lecturas y la asistencia á esos espectáculos que no sirven sino para pervertir el alma y corromper el corazón; abstenirse de las comidas escesivas que sepultan al espíritu bajo la robustez de la carne y anegan la razón en los vapores del vino; y acostumbrarse á ocupaciones honestas y á prácticas piadosas de modo que sirvan de un preservativo contra la ociosidad, que franquea la entrada á todos los vicios? Luego en estos dias de mayores peligros, en que se fomentan las acasiones del pecado, se pierde la modestia y la templanza, en que los enemigos aumentan sus fuerzas, cuentan con muchos recursos á su favor, nos sitian mas de cerca y están mas orgullosos con sus repetidas victorias el cristiano fiel y temeroso de su Dios, el que recuerda que ha prometido perder todas las cosas antes que ofender á su Dios, el que mira la vestidura blanca con que está vestido, y la facilidad con que puede mancharla y perderse debe redoblar su vigilancia, huir del peligro, evitar el contagio, no meterse en los precipicios, clamar mas y mas á Dios y dedicarse á ejercicios religiosos.

Pero bien podemos ser cristianos y no privarnos de algunas diversiones y recreos licitos y honestos; tiempo hay para todo, y además hay ocasiones que no podemos evitar aunque nosotros no las busquemos, y porque tratemos de

divertirnos no dejamos de creer en Dios y desear nuestra salvacion. Verdad es que hay diversiones honestas y licitas, ¿pero lo serán esas públicas inmodestias y trajes indecentes, esas conversaciones atrevidas y deshonestas? ¿Lo serán esos bailes y concurrencias, esos espectáculos y teatros en que se regocija y entretiene la que se llama la parte culta y escogida de la sociedad? Que, ¿habrémos de llamar lícito á todo lo que es público? Si asi juzga el mundo, la religion nos dice todo lo contrario. «Hierras, cristiano, dice san Pedro Crisólogo si tienes á las comedias, espectáculos y otras diversiones semejantes por unos recreos honestos, no son unos juegos inocentes, son unos crímenes y se engaña demasiado el que siente lo contrario.» San Juan Crisóstomo llama á los espectáculos: «peste de las ciudades, fuente de todos los males, cátedras de pestilencia.» Tertuliano habla de este modo á los fieles: «verdad es que no se nos dice: no irás al circo, no irás al teatro, asi como se nos dice en la ley de Dios no matarás, no robarás; pero se nos dice que es bienaventurado el varon que no se mezcla en las juntas de los impíos, que no anda por los caminos de los pecadores, ni se sienta en las cátedras de la pestilencia. Huid los asientos de los enemigos de Jesucristo, de las cátedras de la inmundicia y no queráis respirar un aire corrompido en las voces deshonestas y las músicas y canciones provocativas.» San Cipriano llama á los teatros: «peste de las buenas costumbres, fomento de maldades, y alimento de los vicios.» «Nada hay tan perjudicial, decia el mismo Séneca, que el sentarse á ver un espectáculo; con el deleite se introducen mas fácilmente los vicios. Cuando

» viéiseis el circo donde concurre con tanta ansia la mayor
» parte del pueblo , sabed que allí hay tantos vicios cuantas
» son las personas.» En los teatros se representan los adul-
terios , las venganzas , los engaños y todo género de vicios,
y es tanto mas perjudicial el presenciar tales representaciones,
cuanto que no solamente se aprende el mal , sino què se
aprende con gusto , se imprime en la memoria , y se con-
serva con mas tenacidad. Importa poco que los sucesos sean
verdaderos ó finjidos ; el mal se hace. Si la lectura sola de
un libro obsceno perjudica ¿qué será la presencia de un ob-
jeto que enciende la llama de la impureza , que escita y se
insinúa en el corazon , que sirve de ejemplo vivo para ar-
reglar las costumbres , que se aplande por la multitud? De-
masiado frágiles somos sin asistir á las escuelas del pecado y
esponernos á tan fuertes peligros. Esas diversiones del car-
naval que el mundo llama honestos recreos y diversiones lí-
citas son , dice san Carlos Borromeo : el gérmen de los adul-
terios mas escandalosos , de las mas torpes deshonestidades,
de los robos y pendencias , los que destierran la paz de las
familias y llenan las casas de males y disgustos sin número.
Demasiado vemos nosotros que esas fiestas son pecaminosas
en sí mismas , dan ocasion de pecar , llevan consigo el es-
cándalo y son contra la ley divina y humana , contra la ho-
nestidad y las buenas costumbres , y pudiera manifestarlo
por las disoluciones y ofensas de Dios , por los tristes y fa-
tales resultados que se siguen á las bacanales de estos días.
Son entretenimientos y placeres lícitos ; séanlo y no pasen
adelante ; pero esos placeres y diversiones lícitas son las es-
pinas y malezas segun nos enseña el mismo Jesucristo , que

sofocan en el alma del cristiano la semilla de la palabra de Dios y estorban el que crezca y dé fruto, ellas se llevan todo el jugo, todos vuestros afanes, ciudades y deseos, no os dejan tiempo ni voluntad para las prácticas de devoción, se seca en vosotros el temor de Dios y la memoria de su ley, no hay quien asista á los templos, los caminos de la iglesia están desiertos y sin sentirlo quedais sin fruto alguno y solo servireis como plantas secas para ser arrojadas al fuego. Esto es lo que enseña la religión, y así piensa de las diversiones y espectáculos que el mundo llama recreos inocentes y pasatiempos honestos. Juzgad ahora vosotros á quien os conviene seguir y acomodaros.

Hay tiempo para todo. Y qué del tiempo del carnaval es el destinado para pecar? Hay tiempo de llorar y tiempo de reir, pero no es por cierto el tiempo de esta vida el de las alegrías y placeres; es el de los trabajos y la cruz, el de la guerra y vigilancia y es preciso sembrar entre lágrimas para recoger con gozo. La alegría está reservada para la otra vida en que la tristeza del justo se convertirá en placer, y los placeres del pecador se convertirán en tormento y desesperación. Pero si es lícito alegrarse en este mundo, no lo puede ser con ese género de diversiones que ofenden á Dios y quitan la vida del alma, y aunque fuera con obras de suyo indiferentes, el tiempo del carnaval no es el tiempo de las alegrías.

El tiempo que antecede á la cuaresma después de epifanía dice san Carlos Borromeo, es tiempo consagrado por la iglesia muy particularmente á la devoción, á la penitencia y á las mortificaciones y tristezas, ya por los recientes

misterios que nos acaba de recordar del nacimiento de Jesucristo y los beneficios innumerables de su venida; de la epifanía y llamamiento de los gentiles á su ley, y ya porque este es el tiempo que despues de su bautismo estuvo Jesucristo en el desierto ayunando, porque en estos dias nos recuerda la iglesia la caída de nuestros primeros padres con las calamidades que se siguieron á su descendencia, los setenta años que estuvo cautivo el pueblo de Dios en Babilonia, se viste de luto y entona los cánticos de tristeza. ¿Y en estos mismos dias, dice este santo arzobispo, se entregan los hombres mas que en el resto del año á la vanidad, á las locuras y á beber pecados como agua? ¿Y en estos dias se desenfrenan, dan rienda suelta á sus deseos y todo lo tienen por lícito aunque sea abiertamente contra la ley de Dios? ¡O esceso digno de llorarse con lágrimas de sangre! ¡O miseria digna de toda lástima! ¡Los cristianos se abandonan á comer y beber sin medida en el tiempo que Jesucristo ayunó! ¡A las diversiones, recreos y espectáculos cuando Jesucristo peleó por nosotros contra Satanás! ¡Se regalan con delicadeza cuando Jesucristo allí jó su carne en el desierto! ¡Abren todas las puertas de sus sentidos al demonio cuando se arma de todo su poder contra el reino de Cristo y contra el mismo Cristo! ¡Los cristianos rien sin medida, se entregan á los convites inmoderados, cuando la iglesia llora amargamente, nos pone á la vista la ruina y calamidad de nuestros primeros padres por haber gustado el manjar prohibido, lo que debería conmover nuestro corazon si quedase en él alguna piedad cristiana! Ved al mundo entero entregado al juego, las disoluciones y bucanales en el tiempo

mismo en que las voces de Dios y de la iglesia le llaman al llanto, al luto, al saco, al cilicio y la ceniza. Ved aquí de lo que se lamenta el Señor por boca de Isaías cuando dice (1): «en aquel día llamará el Señor Dios de los ejércitos » al llanto, á la penitencia y al saco y ceniza, y estos se » entregarán al gozo y placer, á matar becerros, degollar » carneros, á comer carnes y beber vino.» Los llama el Señor y no parece sino que en estos dias se animan entre sí con estas execrables palabras: *comamos y bebamos que mañana moriremos.*

Con razon pues, os he asegurado que en el tiempo de carnaval debe el cristiano entregarse mas que nunca á la mortificacion y las prácticas piadosas. ¿Y qué razon hay para entregarse en estos dias á las destemplanzas y revolcarse en los vicios? ¿Es porque se aproxima el tiempo de la penitencia y del ayuno? ¿Con que si no fuésemos á entrar en la cuaresma no se cometerian semejantes escesos? ¿Y es disposicion para lavarse el llenarse antes de todo? ¿Es disposicion para ayunar el comer sin tasa; cometer pecados sin medida para hacer penitencia, asistir á las comedias y espectáculos para oir con fruto la palabra de Dios? El que ha de pelear dice san Basilio, se ejercita antes, y el que ha de ayunar debe prepararse con la templanza; no es la entrada para el ayuno la embriaguez, ni para la sobriedad la lascivia.

Porque somos demasiado frágiles y manchamos con fa-

(1) Cap. 32, v. 12.

civilidad la blanca vestidura de la gracia, porque siendo los peligros frecuentes y los enemigos poderosos, debemos pelear y precavernos mas cuando son los peligros mayores y los enemigos mas atrevidos, porque el tiempo de carnavál es tiempo en que el Señor nos llama por su iglesia á penitencia y mortificacion y nos recuerda verdades terribles, porque es el tiempo en que debemos prepararnos y ejercitarnos para la cuaresma, tenemos obligacion como cristianos á vijilar mas sobre nosotros mismos, á ejercitarnos en la virtud y á mortificarnos mas contra el sentir engañoso del mundo.

Temo abusar de vuestra paciencia, pero no quiero dispensarme de haceros otra pequeña reflexion antes de acabar de responder á los pretextos de los mundanos y es. Que aunque las diversiones y pasatiempos del carnaval no tuvieran malicia alguna, aunque fueran como quiere decirse, recreos inocentes y honestos que no nos pudiesen en la ocasion y peligro de pecar, no puede dejarse de confesar que nos ocupan; nos distraen, nos privan de hacer el bien. Ved aquí otra razon por que debemos evitarlos, puesto que habremos de responder á Dios, no solo del mal que hicimos, sino tambien de lo bueno que dejamos de obrar; nos pedirá cuenta de la administracion de los bienes que nos dió, y si no los hemos aumentado con nuestros trabajos é industria como á siervos perezosos nos mandará arrojar á las tinieblas exteriores. Pues en el tiempo de carnaval es en el que podemos negociar, aumentar nuestras buenas obras y merecimientos y justificarnos mas y mas. La iglesia nuestra madre al mismo tiempo que abomina las bacanales de estos días, opone

á ellas con todas sus fuerzas ejercicios de piedad contrarios á las torpezas del mundo, llama y exorta á sus hijos con mas fervor á la práctica de buenas obras, manda clamar á sus ministros y anunciar á su pueblo sus desvios y traiciones, abre el tesoro de sus indulgencias con mas liberalidad que en otros tiempos, nos recuerda los trabajos y muerte de Jesus, y nos convida á venir á adorar á ese Soberano Señor sacramentado que espera y se complace en nuestras súplicas y acciones de gracias. Luego siendo en estos dias tan continuas las ocasiones de obrar bien, seremos mas culpables si abandonamos el cuidado de enriquecer nuestras almas por entregarnos á los placeres del mundo. Luego en estos dias estamos obligados mas que en otro tiempo á vigilar, mortificarnos y huir de las concurrencias mundanas, porque son mas las prácticas religiosas, mas fuertes las voces de los ministros del santuario que nos llaman, mayores las indulgencias que nos dispensa la iglesia, porque el Señor nos aguarda y quiere conversar con nosotros y llenarnos de beneficios; y nos privamos de mayores bienes si todo lo abandonamos por seguir las diversiones que no dejan en el alma sino vacío, vanidad y aflicción. ¿Cómo tendrá hambre de Jesucristo el que está lleno del alimento de los puercos, dice san Bernardino de Sena? Pero decís que hay ocasiones que no se pueden evitar, que hay consideraciones que guardar y no es posible desentenderse de todas. Yo os diré solo, que todas las evitariais, que desde ahora mismo os desentenderiais de todas y seriais bastante fuertes para resistirlas y abandonarlas si de ello dependiese el aumento de vuestra fortuna, si por ello lográseis algun interés, la salud

ó alguna otra comodidad temporal. ¿Y no merecen ningún sacrificio los bienes éternos y el engrandecimiento del alma? Pero porque tratemos de divertirnos, no dejamos de creer en Dios y de desear nuestra salvacion. Sea así, y no permita el Señor que en esas diversiones y á fuerza de habituarnos á la corrupción y el pecado abomineis de vuestro Dios y de la ciencia de sus caminos. Pero no basta creer y esperar, es preciso amar á Dios y amarle sobre todas las cosas: es preciso llevar la cruz en pos de Jesucristo, seguirle por el camino estrecho, renunciarse á sí mismo, mortificarse por la penitencia, sin que sea suficiente el decir Señor, Señor: porque el Señor os dirá *nunquam novi vos*, no os conozco. ¿Descáis vuestra salvacion? Pero el camino ancho de las diversiones y deleites lleva á la perdicion y la muerte. ¿Descáis vuestra salvacion? Pues en el reino de Dios no puede entrar nada manchado. Si presumis entrar en las bodas del esposo del cielo sin tener la vestidura nupcial, sin llevar nuestras almas blanqueadas y limpias, el Señor mandará á sus ministros que ligandoos de pies y manos os arrojen á las tinieblas eternas. Acordaos de la vestidura blanca que recibisteis en el bautismo y que teneis que presentar sin mancha ante el tribunal de Jesucristo. Huid de esos peligros y ocasiones en que se ennegrece y desfigura, de esas concurrencias en que se rasga. Venid á ese divino Señor siempre compasivo, benigno y misericordioso, y os dará su gracia para que la laveis en las aguas de la penitencia, para que vengais á los enemigos que tan sin compasion quieren derribaros en la inmundicia; y ya que no podais presentar la vestidura de la inocencia y

santidad del bautismo, podreis vestiros la estola blanca de los penitentes y vencedores, y cantar las alabanzas al cordero inmaculado por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

SERMON III.

Las costumbres mundanas del carnaval están en oposición con la fé que profesan los cristianos.

Quicumque enim in Christo baptizati estis. Christum induistis. Todos los que habeis recibido el bautismo de Jesucristo, os habeis vestido de Jesucristo. Galat. cap. 3., v. 27.

Ya que abandonando el bullicio y las diversiones con que os convida el mundo habeis destinado este rato á venir á este templo y esperais oir de mi boca la palabra de Dios, os suplico que entreis en vosotros mismos y considereis lo que erais y lo que habeis llegado á ser por la bondad de nuestro Dios. Hijos de ira y maldicion, envueltos en las tinieblas, ni hubiérais conocido á Dios, ni le hubiérais servido, ni adorado, ni hubiérais tenido otro destino que la condenacion y muerte eterna como hijos de un padre pecador y escluidos del paraiso del cielo para siempre; pero el Señor os ha escogido entre millares, os ha hecho los hijos de su amor, os ha marcado con la señal de hijos suyos, Jesucristo

os ha comprado con un precio grande , se ha entregado por vosotros á la muerte para redimir os de toda iniquidad y hacér de vosotros un pueblo aceptable y de buenas obras. Sois luz en el Señor; os habeis vestido de Jesucristo en el bautismo, y habeis sido alumbrados con la fé para que podais obrar como hijos de la luz , y dirijais vuestros pasos alumbrados de esta luz divina. Habeis tenido la dicha de ser cristianos, de educaros en la fé que recibisteis en el bautismo, de conocer y adorar al verdadero Dios y saber su ley y el modo de servirle y agradarle para merecer y lograr sus recompensas. *Christum indu istis.*

¿Por qué os disimulais otros de los que sois? ¿Por qué se han apegado vuestras semblantes mas que los carbones? ¿Por qué os vestis de los semblantes de los pecadores y apareceis como idólatras y gentiles con los rostros cubiertos y en formas ridiculas y deshonestas para que os sea mas libre el hablar impurezas, hacer gestos impúdicos, arruinar el pudor y modestia propio de un cristiano , perder la razon y la fé, entregaros á los excesos de la gula y la lascivia y no tener otro Dios que á vuestras desenfrenadas pasiones? ¿Por qué encubriendo con la máscara el pudor y vergüenza, y libres por este medio infernal del freno que la naturaleza misma ha puesto para detenernos en cometer los pecados dejais el camino recto, os alegráis en vuestras malas obras, y saltáis de gozo en vuestras mismas iniquidades? ¿Por qué en fin no quereis llevar la imágen de Jesucristo y conservar la luz que habeis recibido para caminar y dirijiros como hijos de la luz en la bondad , la justicia y la verdad?

¿No debo yo ser un nuncio duro, clamar y anunciar estas maldades y pecados á los mismos que los cometen, intimarlos los castigos del Señor. ..? En estos dias en que desertando tantos cristianos de las banderas y servicio del mismo Dios y teniendo á mengua ser sus hijos se alistán sin temor ni vergüenza en el servicio del demonio, y se dan públicamente á conocer por su presencia, por sus palabras y sus obras, porque encubren sus rostros, mudan de trages, hablan un tono y lenguaje fingido é impropio de un cristiano y se estiman en mas entre sí cuanto mas saben finjir, cuanto son mas desenfrenados y petulantes, cuanto mas se abandonan á la locura y desenfreno. En estos dias en que se corre á los bailes y espectáculos, á las comidas y bebidas y como si fuera lícito hacer treguas con Dios y juntar con su servicio las obras de iniquidad, se vive en todo el ensanche de las pasiones y toda la licencia del mundo, ¿he de dejar de anunciar sus iniquidades á mi pueblo? Si habeis sido alumbrados con las luces de la fé, ¿por qué habeis de caminar entre tinieblas? Si sois hijos de Dios, ¿por qué habeis de llevar el yugo con los infieles? ¿Qué tiene que ver Cristo con Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con los que no tienen fé? ¿Cómo han de poder estar los ídolos en el templo de Dios?

Acordaos que habeis recibido la fé de Jesucristo; que sacándoos el Señor de entre las tinieblas os ha alumbrado con la divina luz de su fé que recibisteis en el bautismo; que vistiéndoos de Jesucristo en el sacramento de la regeneracion y nueva vida recibisteis la fé, é hicisteis profesion de cristianos; pues huid, hermanos míos, huid y detestad

esas costumbres mundanas del carnaval porque están en una abierta oposicion con lo que habeis hecho.

Hé aquí soberano Señor, lo que intento manifestar á mis oyentes en esta tarde. Dadme vuestra gracia y moved con ella á todos para que ya que os conocen como á su Dios, os busquen, alaben, sirvan y bendigan como á su Dios, y huyendo de la vanidad y placeres engañosos del mundo se glorien solo en Vos que sois el bien verdadero; estudien y aprendan en vos que sois el camino, la verdad y la vida, y suspiren y anhelan por Vos en quien está la felicidad y el descanso de sus almas. Oid Señor nuestras súplicas por la intercesion de vuestra madre á quien saludamos con el ángel.

AVE MARIA.

Quicumque enim...

¿Qué es lo que nos enseña la fé de Jesucristo que nos gloriamos de profesar?... Digo hermanos míos, que la fé que recibamos en el bautismo no solo nos enseña á creer en Dios y sus adorables misterios, sino tambien la necesidad que tenemos de cumplir la ley del Señor, nos enseña cual es el camino que conduce al cielo y que no hay otro para llegar á él; que nada sirve que conozcamos á Dios si no le honramos y glorificamos como á Dios, que no sirve confesarle con las palabras si lo negamos con las obras, que de-honramos á Dios siendo prevaricadores de su ley; que tenemos necesidad todos los que hemos sido bautizados y

nos hemos enriquecido con la vestidura de Jesucristo, de vivir una vida nueva y digna de Jesucristo, de ser enemigos del mundo para ser amigos de Dios, porque no es posible servir á dos señores tan opuestos, ni dividir nuestro corazón; porque debemos entregarle todo entero á Dios, toda nuestra alma, nuestras potencias y sentidos; de imitar á Jesucristo como hijos amados de Dios y tener pre-ente el pacto que hicimos con nuestro Dios en el bautismo de renunciar al mundo, al demonio y á sus obras. La fé es una luz, pero una luz que tenemos necesidad de conservar siempre encendida nutriéndola con el aceite espiritual, con la caridad, para que cuando en el día de nuestra muerte venga el celestial esposo, entrémos con él á las bodas de la felicidad eterna. Es una luz que debe lucir delante de los hombres y que vean á ella nuestras buenas obras y glorifiquen al padre comun que tenemos en los cielos. Es una luz, pero una luz en el Señor,

No es bastante que estemos alumbrados con la luz de la fé, si no nos servimos de ella para caminar y adelantar en el camino de la salud, de otra suerte seremos semejantes á los caminantes que se entregan al sueño durante el día, y los coge la noche antes que puedan llegar al fin de su jornada, ó se estravian, ó caen en los precipicios, ó encuentran con ladrones que los roban, los maltratan ó quitan la vida. El caminante con sola la luz no llega al término de su viaje; y del mismo modo el cristiano con sola la fé que le ilustra é ilumina no llega al reino de los cielos sino con los frutos de la fé, con las obras buenas, dando frutos de bondad, de justicia y de verdad; de bondad obrando rectamente

para consigo mismo , de justicia siendo recto con sus prójimos , y de verdad conociendo , confesando , defendiendo á Dios y procurando su honra ; dando frutos de luz en su corazon , en sus palabras y en sus obras. Frutos de bondad , opuestos á la ira y á la soberbia ; de justicia , opuestos á la avaricia y todo género de fraudes ; y de verdad , opuestos á todos los placeres engañosos y á las mentiras con que alucina el mundo y las pasiones. Con la fé debe examinar lo que es del agrado de Dios , saber y conocer lo que Dios le manda , cual es su voluntad y debe aplicar todas sus fuerzas á cumplirla. Esta es toda la prudencia y sabiduría del cristiano ; saber la voluntad de Dios y cumplirla. Cumplirla en medio de tantos enemigos y contradicciones , en medio de la persecucion y la angustia , en la elevacion y la pobreza , en la vejez y en la juventud , consintiendo perderlo todo por salvar su alma , antes que faltar á su fé ó al cumplimiento de lo que manda la fé y la caridad. No buscar con ansia los regalos y comodidades de esta vida , no ser demasiado solícito de los honores y glorias del mundo , no entregarse á los placeres y concupiscencias de la carne : celo para edificar á los demás , prudencia para no cogerse ni precipitarse á si mismo , ser constante en la elevacion y en el abatimiento , en la persuasion y en el favor ; en la fortuna y en la adversidad en el propósito de agradar siempre á Dios , hé aquí hermanos míos lo que la fé nos enseña y la luz que debe alumbrar en el camino del Señor al que tiene la profesion de cristiano. Conservar la misma sumision y obediencia á Dios como el patriarca José , y ser siempre el mismo y siempre justo entre la envidia de sus hermanos , en la escl-

vitud y servidumbre , en la edad de los peligros , entre las
 promesas de su Señora , en los horrores de la cárcel y las
 glorias del poder. Ser siempre resignado y justo sin dejarse
 derribar por las tentaciones como el santo Job , á quien ni
 el verse en la riqueza , ni las multiplicadas pérdidas , ni
 quedar sin hijos , ni el verse en un muladar lleno de llagas ,
 ni los insultos de sus amigos , ni su soledad , ni el recobrar
 sus bienes y su salud pudieron hacer que blasfemase de su
 Dios. En una palabra hermanos míos , revestirnos de Jesu-
 cristo y seguir por los caminos de Jesucristo , imitar á Jesu-
 cristo esto es ser cristianos , á esto nos obliga la profesion
 de cristianos , esto nos enseña la fé , y en señal de esta luz
 y de esta obligacion se nos dá una vela encendida en el
 bautismo símbolo de la fé que debemos conservar siempre
 viva con nuestras buenas obras y nos dice el ministro de
 Jesucristo estas palabras : «recibe esta candela encen-
 » dida que te dice, que con una vida irrepreensible
 » has de cumplir las obligaciones que has contraído en el
 » bautismo, y los divinos mandamientos, para que así,
 » cuando el Señor venga á celebrar las bodas puedas salir
 » con tu luz á recibirle en compañía de los santos, y con
 » ellos puedas entrar á gozar la vida eterna por los siglos
 » de los siglos.» Guardar los mandamientos y cumplir la
 voluntad de Dios; como la vela encendida conservar la luz
 de la fé y obrar como hijos de la luz y dirigir con la luz de
 la fé todos nuestros pasos; elevar nuestras almas y dirigir
 todos nuestros deseos y esperanzas al cielo como la llama
 camina siempre hácia arriba; arder en la caridad, abra-
 sarnos en los incendios del amor de Dios que tan infinita-

mente nos ama , y consumir con este ardor nuestra vida como se consume la vela , esto es á lo que nos obligamos y lo que se nos intima en esa ceremonia augusta , en esa ceremonia símbolo de la union íntima del alma purificada y sin mancha con su Dios. Debemos aparecer limpios en nuestros cuerpos con la pureza de la castidad y en nuestras obras con la luz de la verdad. Entonces , dice el padre san Gregorio llevaremos la luz encendida en nuestras manos , cuando por nuestras buenas obras demos á los demas ejempl'os de luz , se muevan con nuestro ejemplo y glorifiquen al Señor. Como almas desposadas con Jesucristo , como unidos con Jesucristo , como discípulos de Jesucristo estamos todos los cristianos obligados á imitarle y seguir en pos de él. A todos nos dice Jesucristo que aprendamos de él , no á curar enfermos , á resucitar muertos , á andar sobre las aguas con pié enjuto , á obrar maravillas ; sino á ser humildes y mansos de corazon , á vivir sobria , pura y santamente en este mundo ; á todos nos' manda que tomemos sobre nosotros el yugo de su ley , que seamos perfectos así como lo es nuestro padre celestial , y que si queremos ser tan allegados á él como el padre , la madre ó los hermanos , es preciso que nos renunciemos á nosotros mismos , á nuestros apetitos y deseos carnales , que aspiremos al cielo y nos ocupemos en obras dignas del cielo , que hagamos la voluntad del padre celestial. De otro modo ni podremos ser discípulos suyos , ni nos oirá ni reconocerá cuando le llamemos , ni conservaremos encendida la lámpara de nuestra fè con el aceite de la caridad y amor de Dios ; ni esturemos puros en nuestros cuerpos y nuestras almas , y

no podremos esperar entrar en las bodas celestiales.

Segun esto, hermanos mios, yo debo deciros con san Pablo (1): no seais temerarios ó imprudentes; nos os de-
jeis engañar y seducir con las vanas palabras y las malas
artes de los mundanos; no apetezcais vosotros mismos vues-
tro engaño oyendo con placer á tantos hombres que han
perdido la fé, que no tienen piedad ni religion, á tantos fal-
sos doctores y corruptores de la moral cristiana que des-
pues de haberse estraviado y corrompido á sí mismos, tie-
nen la ocupacion diabólica de perder á los demas con sus
burlas, sus conversaciones y críticas impías, como si pu-
dieran prevalecer contra el Señor ó como si dejaran de
condenarse porque consignieran que se condenasen los de-
mas. Huid de esos maestros de la maldad que llaman ma-
lo á lo bueno y bueno á lo malo, tinieblas á la luz y luz á
las tinieblas, amargo á lo que es dulce, y dulce á lo que es
amargo. Sobre estos y sobre los que los oyen con gusto
ansiosos de dar rienda suelta á sus apetitos, sobre los que
buscan ó no se guardan de los falsos profetas y apetecen
mas las tinieblas que la luz ha de recaer la ira y los castigos
de Dios sin misericordia; porque aborrecen el reino de la
verdad, aman y se congratulan en la mentira y el error, y
en cuanto está de su parte le tratan de afianzar y estable-
cer. Quanto las palabras vanas y fraudulentas de los seduc-
tores son mas lisongeras, quanto mas halagan á los pecadores
y los hacen concebir mas confianza, tanto mas los llevan á

(1) Ad Ephes. cap 5.

los suplicios eternos dice san Gerónimo, porque no hay cosa que irrite mas al Señor que un pecador erguido y soberbio que hjos de dolerse, llorar, arrepentirse y pedir misericordia de su pecado, le desconoce y se deleita y regocija en él.

No os dejéis engañar y aunque un ángel del cielo, si esto fuera posible, os propasiese otra doctrina y otra moral que la de Jesucristo y su evangelio no le creais. Acabad de entender y persuadiros que la herencia del cielo ganada con la sangre de Jesucristo se ha prometido solamente á los hijos de Dios, á los que son miembros vivos de Jesucristo y están eschuidos de ella los que dejando de ser miembros de Jesucristo se hacen miembros de una meretriz y profanan y corrompen el templo de Dios en que fueron consagrados con sus torpezas, sus deshonestidades y sus vicios. Es nuestro Dios el autor de pureza y santidad y como esposo de nuestras almas se aparta y abandona con exaceracion á las que son infieles y se entregan á la inmundicia y la impureza. ¿Habré de recorrer las historias para presentaros los castigos del Señor sobre los licenciosos y libertinos, sobre los que obran con descaro la maldad molándose de los ministros del santuario que los reprenden, sobre los que viven sin temor revolcados en el cieno de sus pasiones? Pero qué, ¿no debe llorarse su desgracia al oír su terrible sentencia promulgada por el apóstol: ningún licencioso, ningún inmundo, ningún adúltero, ningún avaro tiene parte alguna en la herencia del reino de Dios? ¿Esperamos ver mayor castigo? Ved porque se nos encarga tantas veces que huyamos de estos vicios; que la fornicacion, la impu-

reza, la avaricia ni aun se nombre entre nosotros como conviene á los que deben ser santos. El cuerpo contaminado con las inmundicias carnales y placeres terrenos, el corazón corrompido con el apego y codicia de los bienes y riquezas, son indignos de unirse con el cuerpo y el corazón purísimo de Jesucristo y presentarse en sacrificio á Dios como una sola víctima, un solo cuerpo, que es el deber de un cristiano que se ha incorporado á Jesucristo y hecho miembro de Jesucristo. Por nuestra profesion debemos ser santos y debemos por consiguiente aborrecer los vicios y en particular los pecados de la carne no solo con nuestro ánimo y nuestro cuerpo, sino tambien con nuestras palabras. *Nec nominetur in vobis.*

Debeis ser enteramente puros. Las palabras abren el camino á las obras, y si habeis de ser santos, es preciso que vuestra lengua sea santa, que una castidad muy vijilante defienda de toda mancha á vuestros ojos, vuestros oídos, vuestra boca y á todos vuestros sentidos. El profanar los vasos sagrados destinados al culto y servicio de Dios y aplicarlos á los usos y convites profanos como el rey Baltasar es un sacrilegio horrendo que castiga Dios con gravísimas penas. ¿Cuánto mayor es manchar y profanar la boca y los oídos consagrados á Dios de un modo mas santo con conversaciones impúdicas, cantares escandalosos, palabras obscenas y todo lo que pueda escitar á la liviandad y lascivia? Ni las torpezas, ni palabras jocosas y envueltas en la necesidad, ni el hablar demasiado y lo que no viene al caso es propio de un cristiano que debe tener por ocupacion continua la accion de gracias á su Dios. Las chocarrerías y las

chanzas dice el padre san Juan Crisóstomo, son el vehículo de la fornicación. El cristiano elegido para ser santo por el Dios que le sacó de las tinieblas nada más debe oír, nada más debe hablar sino lo que le es conducente para llegar á la santidad. ¿Qué tiene que ver la penitencia con las diversiones y entretenimientos? ¿Qué tiene que ver el que está en pelea con las chanzas y chocarrerías? ¿Cómo se ha de juntar la acción de gracias con los cuentos, las burlas y las palabras ridículas? No es el tiempo de esta vida de risas y de chanzas, sino de llanto y de pelea. El enemigo anda furioso al rededor de tí ¿y tú juegas y escitas á otros á reír? Es difícil vencerle peleando fuertemente ¿cuánto más te será si juegas?

El cristiano debe huir también de otro género de peligros no menos temible y reprobado; de las comidas y bebidas con exceso, de la gula que lleva consigo á la lujuria. *Nolite inebriari vino, ni quo est luxuria.* Después que el pueblo de Dios se sentó á comer y beber se levantó á jugar, nos dice la sagrada historia. Así como por no poder servir á dos señores, no podemos servir á Dios y á la avaricia, así tampoco por la misma razón podemos llenarnos de Dios y del vino. No puede juntarse la prudencia, la mansedumbre, la vergüenza y la castidad, con la estupidez, el furor, la procacidad y la lujuria. La gula da al cuerpo unas fuerzas perniciosas, un ardor impuro, un gozo y alegría carnal, produce el olvido de Dios y anula la razón y los sentidos, y de aquí es se deleitan y complacen los que se embriagan con los cantares impuros, en las fiestas mundanas, en locuras ajenas hasta de la misma razón.

Y bien, amados míos, si tal es la ley y las obligaciones de un cristiano, si tan pura debe ser su vida, si sus pasos deben ser dirigidos por la luz de la fé que profesa, si no hay otro camino para la gloria que imitar á Jesucristo, si esos placeres sensuales y esas glotonerías en que hallan todo su delcote los inmundos, no deben ni aun nombrarse entre los cristianos, si deben alumbrarse unos á otros con la luz de sus buenas obras, si deben conservar siempre viva la luz de la fé y esta no se alimenta sino con el amor verdadero de Dios, si en fin no podemos entrar en el cielo sin cumplir los mandamientos del Señor y hacer su voluntad deseando y procurando ser santos ¿qué habremos de decir de esas diversiones y pasatiempos del carnaval? ¿No se vé que están en abierta oposicion con la fé que profesamos y la ley que prometimos cumplir? ¿No se vé que no son sino glotonerías, necedades, chocarrerías y fiestas que llevan á la intemperancia y la lujuria, á los alborotos y pendencias, á los insultos, deshonestidades, á la pérdida del pudor, de la vergüenza, de la paz de....? ¿No se vé que no son de hijos de la luz, porque aborrecen el ser conocidos y no tienen valor para obrar sus necedades y vomitar sus torpezas á cara descubierta? Si no hay parte en la herencia del reino de Dios para los inmundos, para los lascivos, para los avaros ni glotones ¿qué pueden esperar los que forman y se ocupan en esos desahogos que no vienen á ser á la luz de la fé sino grandes liviandades, grandes embriagueces ó por lo menos grandes peligros, huracanes fuertes para apagar la luz de la fé, la llama de la caridad y dejarnos en tinieblas?

¿Quién podrá llorar bastantemente, dice san Juan Cri-

«sótomo; la locura de los que se convierten y hacen de sí mismos unos simulacros? ¿No es verdad que pierden la imagen de Dios, que se despojan de la vestidura y la semejanza de Jesucristo? No quiere llevar la imagen de Dios, dice el mismo santo, el que quiere cubrirse con la figura de un ídolo, el que quiera divertirse con el diablo no podrá alegrarse con Jesucristo. Como nos dice san Efrén: si estamos formados á la imagen de Dios no deshonremos la imagen de Dios, sino sigámosle y sirvámosle como soldados de Jesucristo. Llevando muchos cristianos en estos dias las señales del demonio que son los disfraces, la mentira y el escándalo ¿no manifiestan estos miserables que han desertado de Jesucristo, y que militan bajo las banderas de Satanás, que son sus hijos, sus secuaces, sus ministros y adoradores? ¿No podemos lamentar tambien con el apóstol la perdicion eterna de tantos cristianos enemigos de la cruz de Cristo, entregados sin moderacion ni freno alguno á los placeres, á las comidas y bebidas, que no conocen mas Dios que su vientre y cuyo fin será su eterna muerte? Donde están los bailes, las músicas, los palmoteos y aclamaciones dice un santo, allí están las tinieblas y obcecacion de los hombres, la perdicion de las mujeres, la tristeza de los ángeles y la fiesta y alegría del diablo. «No son las diversiones y placeres dice san Juan Crisóstomo, de los que han sido llamados al reino de los cielos, de los que están escritos en la ciudad celestial, de los que llevan las armas espirituales, son propias de los que sirven al diablo: este enemigo de los hombres es el que ha reducido á artes las chanzas, bailes y juegos para atraerse á los soldados de Jesucristo»

» to, y sepultándolos en la molicie dejarlos sin fuerza ni
» virtud para pelear y defenderse.» «¡Ay de aquellos, dice
» el Señor por Isaías (1), que beben el vino en fiestas con
» panderos, cítaras y flautas! ¡Ay de los que os levantaís de
» mañana y ocupáis el día en comer, beber y divertir os en
» vuestros convites y ni siquiera os acordáis de las obras de
» Dios! Pasáis vuestra vida en los regocijos, vais pasando
» de pecado en pecado, y cuando menos penséis caeréis á
» los infiernos. Por esto tiene que ensanchar el abismo su
» seno y abrir su boca sin límites.»

Hermanos, no solamente evitemos tales excesos que nos
degradan, envilecen, nos pierden y son ajenos del nombre
de cristiano de que nos debemos gloriarnos, sino que como nos
dice san Pedro Grisólogo (2). «Si tenemos aun entrañas de
» piedad; si conservamos algun sentimiento de humanidad,
» si tenemos algun amor á nuestros hermanos procuremos
» apartar y socorrer á los que así corren á su perdición;
» se abalanzan á la muerte eterna, son arrastrados al in-
» fierno y se precipitan á arrojarse entre las llamas.» ¿Có-
mo? Con nuestra sobriedad, modestia, compostura y tem-
planza, llevando en nuestras manos la luz de nuestras bue-
nas obras para que todos las vean y glorifiquen á nuestro
Padre celestial, vistiéndonos de Jesucristo.... Hermanos
míos, he dicho poco, debo decir mejor, alimentándonos de
Jesucristo. Si, porque ha querido conservarse entre nos-

(1) Cap. 5.

(2) Serm. 405.

otros este Señor hasta la consumacion de los siglos. Presente está en ese adorable sacramento para oir nuestras súplicas, recibir nuestros cultos, franquearnos sus misericordias y llenarnos de consuelos. En la mesa sagrada se nos dá en comida bajo los misticos accidentes, se une á nosotros, alimenta nuestras almas, es nuestra vida y la prenda de nuestra inmortalidad. *Qui manducat hunc panem vivet in eternum*. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de ser duros é inflexibles de corazon? ¿Hasta cuándo habeis de amar la vanidad y correr sin freno en seguimiento de la mentira? Venid, gastad y ved. Acercaos al Señor, él os iluminará, alimentaos del manjar de su cuerpo y todas esas bacanales, esos espectáculos y esos regalos del mundo os parecerán desabridos y molestos. Conversad con ese adorable Señor, franqueadle vuestro corazon, no cerreis vuestra alma á sus dulces inspiraciones, amadle y adoradle y tendreis en nada las cosas todas del mundo. ¿Por qué mendigais placeres teniendo aquí la fuente de todo bien? ¿Por qué andais entre el estiercol pudiendo estar puros y ricos? ¿Qué fruto habeis sacado de esas comidas y bebidas, de esos placeres en que habeis consumido los mejores años, de andar corriendo por esos caminos dificiles que llevan á la perdicion?

La voz de la religion, hermanos mios, la voz del interés propio; la de la razon y conciencia, todo nos dice que si somos cristianos debemos vivir como cristianos, que ya que nos hemos vestido de Jesucristo y estamos iluminados con la fé de Jesucristo, debemos vivir conformes con nuestra fé y que nada verse en nosotros sino á Jesucristo.

Huyamos de las locuras y vanidades del mundo, detestemos esas bacanales del mundo que no son sino pecados, origen de pecados y causa y ocasion de la ruina de nuestras almas. Y si hemos desfigurado en nosotros la amógen de Jesucristo, si hemos manchado la blanca vestidura con que debemos presentarnos al tribunal de Jesucristo, si hemos dejado apagar la luz por falta de caridad y amor de Dios y por no tener nuestras lámparas encendidas no podemos entrar á las bodas de Jesucristo, si nos hemos dejado arrastrar de los ejemplos, de las ocasiones, de los placeres y alisándonos en las banderas del demonio y del pecado hemos desertado del servicio de Jesucristo, Jesucristo nos llama, nos convida y nos aguarda. Venid todos, lavad vuestras vestiduras en las aguas de la penitencia, el Señor nos ofrece el olvido y el perdon, nos dá en alimento su alma, su cuerpo, su sangre, su divinidad, nos viste de nuevo, nos une, nos incorpora á si mismo, nos hace una misma cosa con él. Comamos y bebamos de este divino manjar que quita el hambre y la sed para siempre, que llena de un gozo santo á las almas, que hace olvidar los placeres del mundo y de la carne, que nos alimenta del mismo Jesucristo y unidos con él somos enteramente suyos, y nos admite á los gozos de su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

La ceremonia religiosa de la ceniza debe escitarnos á hacer penitencia.

Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris.
Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir. Palabras de la iglesia en este día tomadas del
Genesis cap. 3.

Acabamos hermanos míos, de postrarnos á los pies del sacerdote, de recibir la ceniza sobre nuestras cabezas y de oír la sentencia de muerte que se nos intima con las mismas palabras que la intimó el mismo Dios á nuestro primer padre después de su pecado: *eres polvo y en polvo te has de convertir*. No es esta una ceremonia puramente exterior, vacía, indiferente y estéril; es una práctica religiosa que trayendo á nuestra memoria la sentencia formidable pronunciada contra nosotros por el supremo Juez, viene á ser el símbolo de nuestra mortalidad y un aviso para que hagamos penitencia. Poniendo la ceniza sobre nuestras cabezas, hacemos lo que hizo Josué y los ancianos de Israel para

apacar al Dios de los ejércitos y reparar la ofensa cometida en el hurto que contra la voluntad de Dios hicieron sus gentes; lo que repetidas veces encargaba Jeremias á los príncipes de Judá en la desolacion de su patria, advirtiéndoles que iban á completarse sus dias; lo que hizo Ester, Judit, Mardoqueo y el rey de los Niniyitas y su pueblo; hacemos en fin, lo que Jesucristo mismo nos dice que hubieran hecho los habitantes de Tiro y de Sidon si hubiera obrado delante de sus ojos las maravillas que obró á la vista de los de Corozain y de Bethsaida, y lo que han hecho todos los santos que reinan en la gloria.

Las palabras humillantes que pronuncia el sacerdote sobre el hombre que se arrodilla á sus pies al tiempo de imponerle la ceniza, son los propios términos de la sentencia dada por Dios contra el primer hombre en pena de su pecado; y el fin de la iglesia en esta terrible ceremonia es: llamarnos y escitarnos á penitencia, al desprecio hasta de nosotros mismos con la vista de lo que podemos esperar de este mundo, con el polvo y la nada á que muy pronto han de reducirse todos los bienes, todos los placeres, las glorias y los honores del mundo, y á lo que nosotros quedaremos reducidos con la muerte. Las oraciones con que la iglesia bendice estas cenizas dan á esta religiosa ceremonia una virtud maravillosa con que inspira y lleva á la penitencia á los que se llegan á recibirlas con un corazon cristianamente dispuesto. ¿Qué efectos tan saludables no debe producir esta práctica de nuestra religion? ¿Qué menosprecio de este mundo? ¿Cuánto fastidio de los bienes criados? ¿Podemos dejar de reconocer en ese puñado de polvo la imájen ver-

dadera de lo que tenemos que llegar á ser? ¿Podémos oir la sentencia tan terrible cuyo cumplimiento y verdad habremos de experimentar muy pronto en nosotros mismos, la sentencia de nuestra muerte, sin que se aniquile nuestra ambicion, se apague el ardor de nuestra carne, se confundan nuestros consejos y proyectos de vanidad y soberbia, sin que nos avergoncemos de haber apetecido tanto los vanos placeres, comodidades y regalos de nuestro cuerpo, y sin que nos resolvamos á hacer penitencia? Ese puñado de ceniza ¿no es un remedio eficazísimo para mitigar la inchazon del corazon humano? ¿No es el remedio mas á propósito para aclarar nuestra vista y que distinga con perfeccion el falso resplandor y la mentira de las cosas y placeres mundanos? ¿No sirve para mitigar y llevar con paciencia todas las adversidades y trabajos que nos puedan venir en esta vida?

Muchísimos, hermanos míos, muchísimos son los buenos efectos y los pensamientos santos que puede producir en nosotros la ceniza que se pone sobre nuestras cabezas si la recibimos con espíritu de religion, con un corazon puro, contrito y humillado, con aquellas disposiciones que exige esta santa ceremonia; pero el recuerdo y pensamiento de la muerte es el efecto primero é inseparable de esta práctica. Aunque fueres el hombre mas feliz y poderoso del mundo, morirás. *Eras polvo y en polvo te has de convertir.* Sin embargo, nuestra piadosa madre la iglesia no intenta precisamente humillarnos poniéndonos delante lo que somos, lo que fuimos y lo que hemos de ser, esto toca solamente á nuestro cuerpo que es la parte que menos nos

interesa y de que menos debemos cuidarnos; intenta principalmente imprimir en nosotros el pensamiento de lo que ha de ser de nuestra alma que fué criada de la nada, que ha de vivir para siempre, y ha de permanecer en el estado de gracia ó de pecado en que se halle al haber de separarse del cuerpo y dejar este mundo, que ha de ser eternamente dichosa ó eternamente desgraciada y que la muerte será la puerta para entrar á su felicidad y desdicha. Intenta la iglesia con la sagrada ceremonia de imponernos la ceniza y como una consecuencia natural del recuerdo de la muerte, llamarnos á penitencia, á abandonar nuestros pecados, á prepararnos á la muerte, á que emprendamos una vida santa y enteramente cristiana, para que podamos esperar tranquilamente la muerte y nos sea el principio de nuestra gloria.

Entrando en los sentimientos de nuestra madre la iglesia, voy á procurar manifestaros que la ceremonia sagrada de la imposición de la ceniza debe escitarnos á la penitencia á volver sobre nosotros y á mirar á la eternidad que nos espera después de la muerte.

Pidamos los auxilios de la gracia por la intercesión de María Santísima.

AVE MARIA.

Memento homo...

Cuando no hiciéramos otra cosa que entrar en nuestros templos en este día, ver el adorno lúgubre de sus altares y

las vestiduras de tristeza de sus ministros, oir el cántico de los salmos penitenciales y las voces de su evangelio que nos llaman á la austeridad, á la abnegacion propia y al ayuno, conoceríamos que aunque toda la vida del cristiano debè ser una penitencia continua, y que no ha nacido, ni vive en este mundo sino para hacer penitencia como dice el santo concilio de Trento, en el tiempo de cuaresma, que nos anuncia desde hoy, quiere y nos manda una penitencia mas continua, mas pública, que nos dediquemos con mas especialidad á satisfacer al Señor por nuestras ofensas; que la iglesia consagra este tiempo esclusivamente á la penitencia, que la hace y la pide al Señor en comun y que quiere que la hagan todos sus miembros. Pero cuando vemos que el ministro del Señor se dirige á cada uno de los que se le acercan á tomar la ceniza y llamando su atencion le dice: *acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir*, no podemos dudar que nos llama á la mortificación y penitencia de un modo mas eficaz y persuasivo, de un modo que no puede dejar de interesarnos y de imprimirse altamente en nuestro corazon. Verdad es que las palabras de que se vale la iglesia son las mismas que las que pronunció Dios contra el primer hombre y toda su posteridad; pero hoy las dirige nuestra Madre á sus hijos en un sentido muy distinto. Entonces habló un juez justamente irritado que castigaba á los pecadores y rebeldes; ahora habla una madre compasiva que desea sacar la medicina mas segura del mismo mal. Entonces habló el Señor Supremo que con voz aterradora pronunciaba una sentencia irrevocable, ahora habla una mediadora que intercede por nuestra reconcilia-

cion y nos alcanza el modo de dar la muerte al pecado que es el que atrajo sobre nosotros la sentencia de muerte. Entonces se oyó una sentencia de condenacion intimada con toda potestad, hoy se nos propone como un motivo de consuelo, para que nos apliquemos á mitigar la ira del Señor y con la memoria de la muerte volvamos en nosotros y hagamos una sincera penitencia, que es el único medio de librarnos de la eterna muerte que nos han merecido nuestros pecados añadidos con demasiada abundancia al que contra-jimos de nuestro primer padre. Y en verdad que nada mas propio, ni eficaz puede darse para escitarnos á una verdadera penitencia que las palabras de la iglesia nuestra madre unidas á la ceremonia de imponernos la ceniza,

Si hemos de morir, necesario es que hagamos penitencia. Jamás podremos formar un discurso mas lejítimo; jamás hallaremos una deducccion mas conforme á la conciencia y rectitud de nuestro juicio; jamás hablaremos mas cristianamente. Comamos y bebamos, dice el impío, porque mañana moriremos y el infeliz no quiere reñocer su error hasta que á la muerte queda sepultado en el infierno. Hemos de morir, dice el cristiano, luego es indispensable hacer penitencia porque despues de la muerte hemos de ser juzgados y pereceremos si no hemos aplacado antes al juez que nos ha de tomar estrecha cuenta de nuestras obras. La idea y pensamiento de la muerte está unida en el cristiano con la de la penitencia. Si pues la ceniza bendita de este dia nos recuerda tan vivamente la muerte, habremos de convenir en que á ser cristianos y conservar la conciencia y juicio de cristianos, debe escitarnos á llevar nuestros

pensamientos mas allá del sepulcro, á examinar nuestras obras y á hacer una sincera penitencia.

La penitencia verdadera consiste en dejar el pecado no volviéndole mas á cometer y en espiarle con el ayuno y las mortificaciones que la misma penitencia nos inspira, y para uno y otro es efficacísimo remedio el recuerdo de la muerte que tan vivamente se nos imprime en la imposición de la ceniza. Con ella dice á todos sus hijos que todos tienen su origen de polvo, que cualquiera que sea su nacimiento, su fortuna, sus honores y privilegios, todo y hasta ellos mismos han de convertirse en ceniza, que todo el fausto de que se rodean ha de enterrarse con ellos en el sepulcro, ha de ser trofeo de la muerte y un ejemplo de la vanidad de las cosas humanas. ¿De qué modo mas persuasivo puede hablarnos para darnos á conocer la nada de las cosas de la tierra, para que despreciemos los bienes y placeres que al fin hemos de dejar acaso cuando menos lo pensemos, para que dejemos el pecado y no le volvamos á cometer?

La muerte, dice el padre san Juan Crisóstomo, es una palpable demostración de la nada de las cosas que tan ciegamente amamos. Todo lo demás conspira en este mundo á alucinarnos y engañarnos, pero la muerte nos desengaña y nos instruye, es un espejo fiel que nos representa con toda claridad lo caduco y perecedero, la inestabilidad y miseria de los bienes de esta vida, es lo que destruye todos nuestros errores, destierra todas las ilusiones de los placeres del mundo, y lo que hace de las mismas tinieblas del sepulcro una fuente de luces con que se ilustran nuestra alma y nuestros sentidos. Allí, dice la escritura sagrada hablando

de los hijos de este siglo que se abandonan sin medida á la satisfaccion de sus placeres, perecerán todos sus pensamientos y deseos.

El polvo con que se nos recuerda la muerte, seca todas las fuentes de los vicios. Cuanto hay en el mundo dice san Juan en su epístola primera (1) no es sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Pues todo el que medite seriamente sobre la muerte, abandonará con facilidad y hasta con gusto los corrompidos deseos de la carne, las riquezas que se han de perder, y la vanidad y gloria del mundo. Hombre lascivo y entregado á los amores profanos, que no tienes otro Dios ni rindes otras adoraciones que las que prodigas á esa mujer de que te has formado un ídolo: mujer mundana, entregada á la molicie, á la delicadeza y el regalo, que despues que has abandonado á tu Dios y el cuidado de tu alma te ocupas solamente en los adornos y atavios de tu cuerpo, tú cualquiera que seas, que amas con tanto exceso tu carne y sigues y apeleces con furor sus apetitos y placeres, piensa bien que no eres sino una parte muy pequeña de la sustancia de tus padres, rama de un tronco que ya se ha convertido en ceniza y que no tardando mucho y antes que tú pienses se convertirá en polvo tambien; piensa que no hay dia en que no perezca alguna parte de ese cuerpo que tanto estimas, y reconocerás que es una locura adorar al polvo, que en la ceniza se halla el remedio contra la concupiscencia y apetitos de la carne.

(1) Cap. 2, v. 16.

No se halla menos para preservarse y curarse de la avaricia, porque con facilidad desprecia los bienes y riquezas de este mundo el que piensa que ha de morir, dice san Gerónimo. Por eso la iglesia después de la ceremonia de la ceniza lee á sus hijos en el evangelio de este día las palabras de Jesucristo en que prohíbe á los suyos congregar tesoros en la tierra, y encarga que los amontonen en el cielo donde ni el gusano roe, ni el ladrón los roba, ni la polilla los destruye, ni hay cosa que pueda corromperlos, para que con la palabra de Dios y la memoria de la muerte nos separemos del amor de las cosas terrenas. Demasiado vemos que jamás satisface el hombre sus deseos, que cuánto mas posee y consigue, mas busca y apetece, que nunca dice basta. Todas las cosas las tenemos como mortales, y todas las deseamos como si jamás hubiéramos de morir: pues hombres avarientos y ricos, los que os gozáis con la posesión de unos bienes adquiridos con la opresión del pobre, de las viudas y los huérfanos; los que sois los magnates y opulentos y pensáis en destruir vuestros graneros para hacer otros mayores, en juntar una casa á otra casa y un campo á otro campo hasta que seáis dueños de todo, hoy os intimina la iglesia la sentencia de muerte. *Acuerdate que eres polvo y en polvo te has de convertir.* Oyendo esto ¿podréis dejar de restituir los bienes mal ganados? ¿Conservaréis deseos de atesorar en la tierra? ¿Dejaréis de empezar á dar limosnas para enviar delante de vosotros vuestros tesoros al cielo? ¿No pensaréis que acaso en esta misma noche os llame á cuentas el Señor y que no sabréis para quién será lo que con tantas ansias habeis atesorado? ¿Que nada

trajisteis á este mundo y que na la sacareis de él sino vuestras buenas ó malas obras ?

La inchazon y soberbia , el espíritu de orgullo y vanidad se destruye tambien pensando en la muerte. ¿Qué es lo que tienes hombre que no hayas recibido? Y si lo has recibido todo ¿por qué te glorías como si fuera tuyo propio? ¿En qué fundas tu vanidad y por qué piensas sobresalir y distinguirté? ¿Acaso en tus riquezas , en la fuerza de tu cuerpo , en tu saluz ó hermosura , en tu poder , en los honores , en el favor , en la sabiduría y buena reputacion que te has granjeado? Pues por sólido que te parezca , todo desaparecerá y quedará destruido como la estátua que vió Nabucodonosor con el golpe de una pequeña piedra , con el golpe de la muerte , porque todo está edificado sobre el polvo que eres y el polvo en que te has de convertir. ¿Por qué pues te ensoberbeces si no eres nada mas que polvo y ceniza? ¿Un hombre nacido de mujer y por lo mismo cargado con el reato de la culpa , destinado á vivir un corto espacio de tiempo , y por lo mismo siempre con miedo , lleno de penas y miserias en el alma y en el cuerpo , y por lo mismo siempre en el llanto y siempre esperando la muerte?

Luego esas cenizas recordándonos la muerte , nos dan á conocer lo poco que hemos de vivir , la vanidad de las riquezas y placeres , la nada de las glorias de la tierra ; y conociéndolas nos es mas fácil y aun gustoso abandonarlas , dejarlas antes que nos dejen , que es el primer acto de la penitencia ; dejar el pecado y todo lo que nos conduce al pecado.

Dije y repito ahora , hermanos mios , que la penitencia

verdadera consiste en dejar el pecado, en no volverle á cometer y además en espiarle con los ayunos y demás mortificaciones que sabe inspirar esta misma virtud á los verdaderos penitentes; y á esto tambien nos escita la ceremonia de la ceniza. La ceniza nos representa una destruccion total y completa del pecado, de modo que no vuelva á reproducirse ni revivir mas, así como lo que se ha convertido en ceniza no vuelve á repararse ni volver á su anterior estado. Mi anjélico doctor santo Tomás enseña (1) que es propio de la penitencia obrar para la destruccion del pecado pasado en cuanto que es ofensa de Dios. El pecado y los afectos viciosos debèn destruirse enteramente, de modo que ya no sea moralmente el mismo hombre, sino un hombre nuevo. El espíritu y los afectos del hombre deben convertirse en el espíritu de Dios, amándole y adhiriéndose á él con un amor santo. *Qui adhæret Domino, unus spiritus est, dice el apóstol (2)*. Por esto se llama á la penitencia: conversion, sacrificio, holocausto, muerte del pecado. Una conversion á Dios de todo corazon, un sacrificio de justicia, y de un corazon lleno de dolor y arrepentimiento, un holocausto en que el alma nada reserva para si y todo lo ofrece á su Dios; una muerte en que se destruye el cuerpo del pecado. El corazon del pecador todo debe consumirse con el fuego del amor divino, no debe quedar en él en virtud de la penitencia, ningun afecto de pecado, ninguna adhe-

(1) 3 p. q. 83, art. 2.

(2) 1 Corinth. cap. 6, v. 17.

sion á las funestas ocasiones del pecado, debe destruirse en él enteramente el pecado, como se destruye un cuerpo que se reduce á cenizas. La penitencia es una muerte mística, es una espada para quitar la vida al pecado. Al lascivo y voluptuoso, al avaro, y al orgulloso y soberbio le parece amarga y terrible esta muerte mística del pecador, esta destruccion del pecado que no solo debe apartar su corazon de los deleites, de los espectáculos, juegos, conversaciones y delicias mundanas, de las riquezas, del fausto y vanidad, sino tambien armar su brazo del látigo y castigar su cuerpo y reducirle á servidumbre con austeridades, ayunos, mortificaciones, con el látigo de la justicia para castigar por sí mismo y en sí mismo sus rebeldías, para destruir el cuerpo del pecado, purificarse y satisfacer en cuanto esté de su parte á un Dios ofendido; pero la memoria de la muerte, la ceniza que hoy se nos impone por la iglesia debe hacernos dulces las mortificaciones, austeridades y castigos. Nos descubre un infierno en donde ha de ser eternamente atormentado el que no espia sus pecados con la penitencia, una gloria en que no tendrán entrada los que no paguen hasta el último cuadrante, un Dios justo, infinitamente bueno y digno de ser amado; y por evitar los castigos, por conseguir la gloria, por gozar del amor de Dios, debemos llorar continuamente nuestros pecados, vivir en guerra con nuestras pasiones, tomar con el mayor placer la cruz y gozarnos en la mortificacion por ganar á Jesucristo. Si mil años viviera el penitente, mil años debe llorar su pecado, mortificarse y allijirse por su pecado como David; y en nada hallará mayor placer y complacencia que en espia y satis-

hacer á Dios por su pecado. Hé aquí hermanos míos , lo que la religion nos enseña y á lo que , como veis , nos escita eficazmente la terrible ceremonia de la ceniza.

No , no nos llama hoy la iglesia imponiéndonos la ceniza á una penitencia condescendiente y que perdona demasiado á nuestro cuerpo que ha de reducirse al polvo de que fué formado , sino á una penitencia enemiga de la compasion, de la condescendencia y la molicia , á una penitencia que no sabe perdonar los extravíos pasados , que los castiga y que destina al cuerpo á un género de muerte anticipada por una continua y severa mortificacion. Bien sé que la naturaleza se resiste y que le es contraria toda austeridad, que el espíritu es lá pronto muchas veces , pero que la carne está débil y enferma , y que por lo comun perdonamos demasiado á nuestro cuerpo que es con quien deberíamos tener mayor rigor. Esto es lo que hace inútiles casi todas nuestras penitencias. Sacrificamos sin repugnancia algunos de nuestros bienes, asistimos á algunos ejercicios piosos , rezamos algunas oraciones , nos privamos de algunas diversiones ó negocios que nos son indiferentes , pero perdonamos á nuestro cuerpo á quien como cuerpo de pecado nos manda Jesucristo perseguir con un odio irreconciliable , amamos y fomentamos la causa y raiz del pecado , no pensamos en espiar el pecado ni castigarle en nuestro cuerpo mortal. Este es el error, diré mas bien , la ceguedad de casi todos los cristianos; creen que lo han hecho todo con confesar su pecado y no volver á cometerle , y que los ayunos y mortificaciones no son sino para los que quieren ser perfectos y santos , creen que despues de sus pecados pueden vivir tranquilos en el re-

galo, las comodidades y placeres, y no piensan sino en pasar la vida sin ninguna incomodidad y con todo el gusto posible. ¿Queréis renunciar á este error? Pues pensad en la muerte que ponen á vuestra vista esas cenizas y abandonaréis esa molicie y regalo criminal, abrazaréis gustosos los ayunos y mortificaciones, y aborrecereis á un cuerpo que ha de convertirse en ceniza y que acaso se levantará de las cenizas para ir al fuego eterno si ahora no le castigais.

Segun esto, hermanos, si paramos nuestra consideracion en solo lo que hoy ven nuestros ojos, poco es, porque poco ó nada es un puñado de ceniza; pero no hay cosa mas grande que lo que nuestra madre la iglesia quiere hacernos entender por medio de esta ceremonia: quiere sacarnos de la servidumbre del pecado, de la cautividad del demonio y desposarla de nuevo con Jesucristo por medio de una verdadera penitencia, y no pueda darse cosa mas admirable ni mas grande. Quiere enseñarnos á morir supuesto que esta es una necesidad y un paso inevitable, á que no temamos la muerte y á que aprendamos á hacer de ella la entrada para una dichosa eternidad muriendo antes al pecado y escapando el pecado.

Recibamos pues la ceniza, y practiquemos esta ceremonia terrible de nuestra religion con aquel espíritu y con todas aquellas disposiciones que pide el grande objeto á que está designada. En vano nos humillamos á recibir la ceniza en nuestra cabeza, si queda reinando la soberbia en nuestro corazon. Dios aborrece la soberbia. *Nolite fieri sicut hypocritæ tristes*. Si el alma no está contrita y penetrada de los sentimientos que la iglesia nos pide y nos inspira, esta

humillacion exterior, será una mera farsa, una representacion teatral. No cometamos esta irreverencia, hermanos míos; recibamos la ceniza con un corazon contrito y humillado, oigamos la sentencia de nuestra muerte con una perfecta sumision, hagamos á Dios gustosos el sacrificio de nuestra vida, recibamos la muerte en satisfaccion de nuestros pecados, y como una pena merecida justamente. Ahora puede ser un sacrificio grato á Dios y mas meritorio para nosotros, que si aguardamos á hacerle en los momentos últimos y en que no sabemos si podremos hacerles. No apartemos jamás nuestra memoria y consideracion de la muerte, de que la ceniza es un símbolo natural y muy significativo. Esta memoria nos escita con mucha eficacia á la penitencia, y asi como nada nos perdona, mitiga y hace suaves y dulces los mayores rigores y austeridades. Empecemos la cuaresma con este espíritu de penitencia. ¿Para cuántos será acaso la última de su vida? Y ¿qué consuelo será para estos el haberla observado segun el espíritu cristiano que nos manda la iglesia? Unamos nuestro ayuno con el de Jesucristo para que nos sea mas meritorio. Es una astucia y tentacion muy temible del demonio el inclinarnos á recibir las prácticas y ceremonias de la iglesia como una cosa indiferente y sin el espíritu y consideracion que nos pide la iglesia. Acompañemos á esta ceremonia de la ceniza un espíritu cristiano, y al empezar todas nuestras obras digámonos á nosotros mismos en toda ocasion: *Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir.*

OTRO SÉRMON

PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

Sobre la muerte del que teme á Dios.

*Timentu Dominum bene erit in extremis; et in die defunctiō-
nis sue benedicetur. Al que teme al Señor le irá bien en
las postrimerías, y en el día de su muerte será bendito.
Eccl. c. 1 v. 13.*

Católicos :

¿Conque somos polvo y ceniza, y en polvo y ceniza nos hemos de convertir? Y diciéndonos el Espíritu-Santo que tengamos esto presente para no pecar, se vale hoy la iglesia santa de una de sus mas augustas ceremonias para que jamás olvidemos lo que somos, y nos decidamos á atesorar para el cielo como nos lo encarga Jesucristo en el evangelio de este día...? Asi es: y asi nos lo certifica la fé aunque lo vemos y palpamos todos. Porque ¿quién vive entre nosotros mil años que son como el día de ayer que pasó, ante los ojos del Señor? ¿Qué digo mil años? ¿No

se tiene por un prodigio de longevidad al que llega á vivir ciento? El Salmista dice que la vida del hombre es de sesenta años, que lo demas es trabajo y dolor, y así lo estamos viendo. Nacimos pues para vivir un momento sobre la tierra, para morir muy pronto y pasar á un destino de eterna felicidad ó de desdicha perdurable segun nuestras buenas ó malas obras. Esta es una verdad terrible, aflictiva y angustiosa para los que nos han atronado con sus festines gentilicios y escandalosas bacanales; debe acibarar los placeres de los mundanos y reducirlos al estado de un Cain fratricida, de un Saul vengativo, de un Antioco desesperado ó de un furioso y atrevido que inspirado por Lucifer declara guerra al Omnipotente para que el Omnipotente lo confunda en el lugar de los horrores sempiternos. Pero es una verdad consoladora para los que creyendo que somos peregrinos en la tierra caminan hácia la patria permanente y desean como el apóstol sacudir las cadenas de la mortalidad de su cuerpo para vivir eternamente con Jesucristo en la gloria. Es una verdad en que se encierra el secreto de morir en la gracia del Señor, y esto solo vale mas que todos los tesoros del Universo, que todas las prosperidades de la vida, que todas las grandezas del mundo: porque el morir en la gracia y amistad de Dios es morir rico, poderoso, lleno de honor y colmado de gloria.

En esto, amados míos, debemos ocuparnos en este tiempo aceptable, en estos días de salud y en esta época de santidad destinada á los ejercicios de la penitencia. Diez meses largos hemos vivido en la disipacion y en ellos nos hemos ocupado en las cosas de la tierra, en los negocios del

siglo, en los intereses terrenos y en los afanes tumultuosos de los que viven como si nunca hubieran de morir. ¿No será justo y razonable que nos dediquemos en esta santa cuaresma á meditar sobre el polvo de que fuimos formados y en que nos hemos de convertir, y á prepararnos para celebrar con dignidad los misterios de nuestra redencion? Escuchad la voz de vuestra recta razon, atended á vuestra propia conciencia, consultad vuestros instintos religiosos y decidme si no es justo y conveniente el dejar la griteria de las pasiones, que quieren alucinarnos y perdersenos, para entrar en los caminos penitenciales que nos señala en este día la iglesia nuestra madre inspirada por su celestial esposo. Que yo en cumplimiento de mis deberes sagrados vengo resuelto á demostraros para vuestra santificacion que: «al que » teme al Señor le irá bien en las postrimerias: y en el día » de su muerte será bendito:» *timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defuntionis suæ benedicetur.* Si acierto á convenceros de la obligacion que tenemos de temer á Dios, y consigo inspirar en vuestros corazones ideas justas acerca de la necesidad de prepararnos para una buena muerte, se habrá llenado el objeto que me propuse al subir á este púlpito y nuestro Dios será loado, la iglesia santa regocijada y nosotros todos justificados. Para no ser defraudado en mis esperanzas

A Vos recurro sumiso y humillado Dios omnipotente. Moved mi lengua, inflamad mi corazon, ilustrad mi entendimiento y haced que inspirado por vuestra gracia sepa yo dirigir á mis oyentes por el camino de la virtud, y hacerlos dignos de tener una muerte preciosa á vuestros ojos. Esto

Señor: no acostumbrais negarlo á los que con ternura, afecto y devoción dicen como nosotros á la Reina de los ángeles.

AVE MARIA.

Timentí Dominum bene erit in extremis.

Al hablaros del santo temor de Dios origen y principio de la sabiduría segun el Salmista, ni aun mencionar quisiera el *temor* llamado entre los teólogos *servilmente servil*; porque dejando este temor en el corazon una aficion criminal al pecado que se cometería si se pudiese evitar el castigo, es vicioso é indigno por lo mismo de un cristiano. Dominaba entre los judios cuya mayor parte se absténian del crimen por temor á los castigos temporales consiguientes á la infraccion de la ley, y de él dice san Pablo que es el carácter de los esclavos. Os hablo del temor *simplemente servil* que destierra el pecado y toda aficion á él, á fin de evitar la pena. De él, trata el santo Concilio de Trento cuando decide, que el temor que escluye la voluntad de pecar y encierra la esperanza del perdon, no solo no hace al pecador hipócrita y criminal como lo decia Lutero, sino que es un don de Dios y un impulso del Espíritu-Santo que dispone al pecador á la justificacion, (Ses. 14, c. 4. y can. 5.) Ni precisamente hablo de este santo temor de Dios para que nos estacionemos en él: sino para que apoyándonos en su virtud nos elevemos al temor filial inseparable del amor de

Dios. A este amor quiero conducirlos por medio del temor que pedía el real profeta al Señor cuando le decía, «penetradme del temor de vuestros juicios.» (Ps. 118, v. 120.) Este temor nos inspira la confianza en la divina bondad, la esperanza en su misericordia, y el amor hacia un Padre que nos amenaza porque no desea castigarnos. Nos aparta de los vicios y pecados, nos inclina á la práctica de las virtudes, hace suaves los trabajos, adversidades, aflicciones, dolores y penitencias de esta vida, y por él dice el Espíritu-Santo, «al que teme al Señor le irá bien en las postrimerias, y en el día de su muerte será bendito.» Ved pues si es necesario, provechoso, útil y conveniente el temer á Dios con un temor que escluya la voluntad de pecar y encierre la esperanza del perdón, que es el que yo quisiera inspiraros para que emprendiendo con espíritu religioso las penitencias y mortificaciones de la presente cuaresma lleguéis á tener el amor que es propio de los hijos de Dios, segun el apóstol (Rom. c. 8, v. 15) y tengais la dicha de alimentar vuestras almas con aquella caridad perfecta que escluye todo temor segun el evangelista (1.^a Joan. c. 4, v. 18.)

Porque señores: si somos polvo y en polvo nos hemos de convertir: si por una ley indefectible del Eterno se ha establecido que el hombre muera una vez, y tras la muerte hay una infamia eterna y un infierno sin fin para los malos: ¿no hemos de temer que esta sea nuestra suerte siendo como somos pecadores? Cuando el pecador vea de frente á la muerte que enviada por el Omnipotente venga á arrancarlo con mano fuerte y poderosa del número de los vivos para presentarlo al tribunal supremo del Juez de

vivos y muertos, ¿qué quisiera haber sido? Vicioso, criminal y malvado: ó virtuoso, penitente y temeroso de Dios? Fiestas mundanas, diversiones multiplicadas, placeres esquisitos, prosperidad sin intermision, suntuosidad, magnificencia, deleites, riquezas y cuanto el mundo aprecia: á los ojos de un moribundo apareceréis lo que sois, fantasmas, puras quimeras, engaños, ilusiones, vanidad y afliccion de espíritu como os ha calificado el sábio. El santo temor de Dios es el único que puede consolar al hombre que teniendo fé sabe: que si la muerte es pena del pecado, es tambien su espacion. Con este temor santo el cristiano que está para morir pone su confianza en la sangre, satisfaccion y méritos de Jesucristo, desea unirse para siempre con su Redentor, y entregado á los actos de contricion y amor de Dios, á la oracion y súplicas á María Santísima, á los ángeles y santos de la corte celestial, y á la ternura de la iglesia santa pronta á socorrerlo con los santos sacramentos y gracias especiales, llega á desear como los primeros fieles y los mártires esclarecidos el golpe que descarga la muerte sobre los que mueren en el Señor, y experimenta con gozo incomprendible que «al que temé á Dios le va bien en las postimerías» previendo con satisfaccion que en el día de su defuncion, será bendito como se dice en los libros santos. ¿Puede el hombre tener en esta vida mayor consuelo que el que se halla en una muerte preciosa en los ojos del Señor? San Juan en su apocalipsis dice que oyó una voz del cielo que le dijo: «escribe y nota con cuidado en tu libro,» bienaventurados los que mueren en la fé, y en la confesion de Jesucristo: bienaventurados los que han muerto al mun-

do y al pecado, y llevan en su cuerpo la mortificación de su divino Redentor y Maestro. A estos dice el ángel del Señor que reposarán alegres, descargados de sus trabajos, por toda la eternidad. (Apocalip. c. 14. Scio). Y no es apetible y digna de procurarse esta dicha en que principia la felicidad eterna que Dios tiene prometida á los fieles por sus buenas obras? Pues si la quereis, temed á Dios y apartaos de todo mal, obrad el bien, obedeced la voz del cielo que os prescribe el tenor de vida que debéis tener en esta santa cuaresma, y apreciad las cosas como se aprecian en la hora de la muerte que está ya muy cercana, porque «so-
» mos polvo y ceniza y en ceniza y polvo nos hemos de
» convertir.»

No hay que alucinarse en el negocio mas importante para nosotros, señores : en morir virtuosa y cristianamente consiste nuestra eterna felicidad, y en esto debemos pensar con preferencia á todo si nos estimamos á nosotros mismos. A tener la muerte de los santos debemos aspirar entrando en los caminos que pueden conducirnos á ella. A morir bien, amados de mi alma : á morir bien, porque lo demas es vanidad que tiene que sepultarse en el infierno. Pero mirad que morir bien, es morir despues de haber borrado con la penitencia todas las manchas de la culpa : es morir en estado de gracia : es morir llenos de una fé viva, de una esperanza firme y de una caridad ardiente : es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama y con un amor de Dios sobre todo lo criado : y para asegurar todas estas cosas son necesarias otras muchas que no nos son posibles sin temer á Dios. *Velad, porque no sabéis á que*

hora ha de venir el Señor, se dice en el evangelio. (Math. c. 25, v. 13). *Estad aparejados porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el hijo del hombre*, se añade en el mismo. (Luc. c. 12, v. 40). Y podrán velar, ni estar aparejados los que no temen á Dios, los que no cumplen con sus divinos preceptos, los que se niegan á obedecer á la iglesia despreciando las prácticas penitenciales que nos prescribe en este santo tiempo para prepararnos á bien morir, los que se hallan bien con los usos y costumbres de los mundanos, los que en vez de reprimir sus pasiones las halagan y satisfacen, y los pecadores que por no pensar en la muerte, dicen que somos terroristas, declamadores y verdugos de los espíritus débiles, porque arreglándonos al evangelio decimos, que solo los que temen á Dios y le aman son los que no deben temer la muerte como lo dice san Ambrosio? (De penit. l. 1.º c. II, in psalm. 118, v. 175). Reflexionad, y si por lo comun, *como es la vida así es su fin*; en sentir de los santos padres comprobado por la experiencia; concluid para vuestro gobierno, que sin una vida virtuosa, penitente, edificante, crucificada y arreglada al evangelio, no puede morirse bien.

El reino del cielo, se os ha dicho mil veces, *padeca violencia*: es necesario ganarlo á costa de trabajos, mortificaciones, penitencias, vijilias y victorias sobre los enemigos de nuestras almas: hay que pelcar y vencer: pero el triunfo es tan importante y de tan inmensas consecuencias, que en su vista parece nada todo lo demas. Aunque mil desgraciados contratiempos hayan hecho la vida desgraciada: aunque el corto número de dias que se han vivido haya

sido una perpétua cadena de infortunios, de desgracias y de pesadumbres: aunque los trabajos hayan escedido el número de los días, y la carne con las pasiones, el demonio con la tentacion y el mundo con sus influencias hayan tenido al hombre temeroso de Dios en continua tortura y pelea: si muere en el Señor todo le parece un sueño. De sus padecimientos no le queda mas que una memoria superficial: en el momento de la muerte comienza para él una felicidad llena y colmada; una alegría pura y eterna: está ya para ser inundado de una avenida de gustos y de consuelos; va á entrar en el país en que eternamente se gozan días serenos y de calma, y esta grata perspectiva le es tan dulce, tan deliciosa, tan llena de gozo y felicidad que tan apenas se acuerda de los días borrascosos y turbulentos que pasó en este valle de lágrimas. Entonces es cuando convenido con el apóstol de que no estan en proporcion los padecimientos de esta vida con la recompensa de la gloria que Dios ha prometido á los que le temen y aman cumpliendo con sus preceptos, se tendrá por dichoso en haberse preparado á bien morir con una vida empleada en ayunar, en derramar lágrimas, en orar y obedecer á su madre la iglesia que lo condujo á la victoria mas interesante que puede alcanzar el hombre ayudado de la gracia. Entonces bendecirá á los que le han enseñado el arte de bien morir; podrá decir con san Pablo que lleva en su cuerpo las señales de Jesucristo y todos sus padecimientos se convertirán en consuelos inefables, en gozo eterno, en alegría interminable, en gloria sin fin. Entonces.... pero ¿no será esto bastante para escitarlos á temer á Dios, á emprender el estu-

dio práctico de bien morir haciendo y obrando lo que nuestra madre la iglesia prescribe á sus hijos en esta santa cuaresma para que apreciando la redencion del Salvador del mundo mueran con Jesus y resuciten con su divina majestad para reinar eternamente con él en la gloria como lo dice el apóstol? (1.^a ad Tesalon c. 4, v. 12). Si lo espuesto no basta; si la felicidad de los que mueren en el Señor no os mueve; si ninguna impresion os hace la verdad infalible de que *al que teme á Dios le irá bien en sus postrimerias, y será benito en el día de su defuncion*, como os he demostrado, prestadme atencion, escuchadme, para que oyendo como será la muerte del pecador os lleneis de un justo pavor y os decidais á temer á Dios y á cumplir con su ley santa aunque no sea mas que por evitar la eterna desgracia que amenaza á los que no quieren prepararse para morir santa y cristianamente.

La muerte del justo es la portadora de los consuelos eternos, la encargada de sacarlo del pais de las tribulaciones y miserias para trasportarlo al de los gozos inefables de la gloria, la mensajera de la sentencia de su salvacion, la que le trae la orden de entrar en el reino celestial para ser en él eternamente feliz. Pero la muerte del impio acompañada de las furias infernales y revestida con toda la indignacion de un Dios Omnipotente ofendido y despreciado; será para el injusto lo que fué para el sacrilego Baltasar la mano que escribia su condenacion en la pared de la sala del festin en que se profanaban los vasos sagrados del templo de Salomon: sorprenderá al criminal en el camino de sus vicios, le presentará la historia de sus prevaricaciones, lo entregará á

sus propios remordimientos y al furor de los demonios, y viéndolo en situación tan congojosa lo tratará como á enemigo del Dios vivo, y descargará por último inexorable el golpe que ha de precipitarlo en los fuegos sempiternos para jamás salir de ellos. Si señores: esta será la muerte de los que no quisieron aprender la ciencia de morir cristianamente: en este terrible lance van á verse muy pronto los que no quieren creernos; los que se niegan á entrar en la senda recta de la penitencia en que deben ejercitar las virtudes de los justos; los que apegados á los bienes caducos y transitorios de esta vida pensaron que en ellos habian de encontrar la felicidad. Estos adoradores de las riquezas, de los placeres, pompas y vanidades de este mundo pasarán desde una cama blanda, ostentosa y regalada á los profundos infiernos: desde los palacios suntuosos á las llamas eternas; desde la compañía de los cómplices de sus pecados á la de los demonios y condenados, y desde el teatro de sus crímenes al espantoso lugar de los horrores, de los tormentos, de la desesperacion eterna y de aquella confusion sin fin en que se vengarán los desacatos, culpas y ofensas con que despreciaron los beneficios de su redencion, las gracias del Dios que les ofreció mil veces sus auxilios para que aprendiesen á morir bien, y los cuidados y solicitudes maternales de la esposa del cordero sin mancha. Esta será la suerte de los insensatos que sabiendo que son polvo y ceniza y que en ceniza y polvo tienen que convertirse, se obstinan en no querer prepararse para una buena muerte y en no acabar de comprender que *al que teme á Dios le irá bien en sus postrimerias y será bendito en el dia de su defuncion.*

No seamos nosotros del número de estos desgraciados. Procuremos mas bien pertenecer al de aquellos justos que temiendo á Dios huyen del pecado , que ejercitándose en las virtudes se sacrifican , y que vigilando sobre su salvacion tienen la dicha de que los coja la muerte adornados con la gracia que ha de introducirlos para ser eternamente felices en la patria de los gozos inesables que Dios tiene preparados á los justos en la gloria. Amen.

A. M.

OTRO SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

De lá obligation de ayunar.

Cum autem jejunatis nolite fieri sicut hypocritæ tristes.
Cuando ayuneis no os manifesteis como los hipócritas
macilentos y tristes. *Math. cap. 6.*

Todo el mérito de las buenas obras se pierde y desvirtua cuando no es recto el fin y la intencion con que se hacen. Pierde su merced y no puede esperar recompensa alguna de Dios el que en sus buenas obras no se propone por objeto agradar á Dios, sino agradar á los hombres, su vanagloria, el ser visto y alabado de los demas, su fama, su reputacion, su interés y provecho particular. Defecto demasiado comun y que Jesucristo hacia observar á sus discipulos en los Fariseos para que le evitasen y no se hiciesen criminales con las mismas obras de virtud, ó al menos quedasen sin mérito ni recompensa despues de haber obrado el bien.

No seais como los Fariseos hipócritas, los decia Jesu-
TOMO VII. 14

cristo, cuidan mucho de ser vistos cuando obran bien, hacen sus oraciones y limosnas en público y hasta sus ayunos quieren que los salgan á la cara aparentando languidez y tristeza, se esmeran en parecer virtuosos de lante de los hombres, porque obran solo por agradar á los hombres, porque los saluden con respeto y miren con veneracion, por vanidad y por interés de que todos los alaben, y como nada obran por agradar á Dios, nada los debe Dios, en el mundo reciben su merced. Vosotros no obreis asi: obrad por agradar á Dios y no por complacer á los hombres y servir á vuestra vanidad. Ocultaos para hacer vuestras oraciones y penitencias, no toqueis una trompeta cuando vais á dar una limosna, si la alarga vuestra mano derecha que no lo sepa la izquierda, guardaos de apetecer y buscar con vuestras buenas obras los elojios de los hombres, cuando ayuneis no esteis macilentos y tristes para que los hombres conozcan y alaben vuestro ayuno, al contrario manifestaos alegres, solo Dios y vosotros sepa que ayunais y como Dios es el que os ha de premiar, como Dios vé al descubierto lo que pasa en vuestro corazon, tendreis segura la recompensa.

Cuidadosa la iglesia nuestra madre del bien espiritual de sus hijos, al empezar el tiempo destinado para el ayuno y penitencias los dirige en el evangelio de este dia las mismas palabras de Jesucristo los recuerda la doctrina del divino Maestro para que en los ayunos y mortificaciones que van á comenzar, no pierdan el fruto, ni queden sin merced por una vana ostentacion, por manifestar tristeza y buscar que los hombres los elojien. *Cum jejunatis nolite fieri sicut hypocritæ tristes.*

¡Quisiera el cielo, hermanos míos, que esta fuera la

única advertencia sobre que yo debiera llamar hoy vuestra atención y el único vicio que tuviera que corregiros! Los cristianos de nuestros días han cambiado la tristeza de la hipocresía en un desprecio formal, en una mofa insultante ó por lo menos en una negligencia y abandono del ayuno como si fuera cosa que nada los interesase, ni se los mandase, ni tuvieran necesidad de él, ni los preceptos del ayuno se entendiese con ellos. El enemigo con in que por tantos medios procura la ruina de los hombres se vale ya de escitarle á la soberbia para que refiriéndolo todo á sí mismo y gloriándose de sus obras buenas pierda tu mérito, y ya de la gula y la lascivia para que no teniendo otro Dios que su vientre anteponga su regalo y sus placeres á las prácticas virtuosas y á la ley del mismo Dios. Hí aquí el medio por donde consigne sus victorias el enemigo de nuestras almas en este siglo carnal, de placeres y deleites. El ayuno hermanos míos, es enemigo de los regalos y destemplanzas, de los deleites y placeres del cuerpo, de los apetitos y deseos de la concupiscencia; y como hay tantos cristianos que corren sin freno en pos de sus antojos, como hay tantos licenciosos y libertinos, ved por qué profanan el ayuno, desprecian el medio de triunfar de su carne, no quieren armarse del arma que nos dejó Jesucristo para vencer al demonio, no quieren verse afrentados viéndole en los demás y le escarnecen, le miran como locura y falta de juicio, como una invención del fanatismo y... bien sabidos son los dictários y espresiones groseras con que denigran y se burlan de este precepto dictadas por el espíritu tentador que ha logrado desarmarlos para apoderarse de sus almas.

El abandono y descuido que otros tienen de su salvación, la flojedad y pereza de la mayor parte de los cristianos, el poco interés con que miran por su alma, el apego á las cosas y los intereses terrenos, á sus placeres y comodidades, y el olvido de las cosas del cielo, es la razón porque muchos tiemblan, se acobardan al oír el nombre de ayuno, buscan pretextos para excusarse, ó viven tranquilos sin pensar en este deber como si solo le recordase la iglesia á los que quisieran ser santos. La falta de fé es la causa en todos de ese fatal abandono y desprecio del ayuno, así como de los demás preceptos de Dios y de la iglesia. Oprimidos de los placeres y pensamientos terrenos, han venido á sepultarse en un sopor de muerte. Despertad hermanos míos, con las voces que os da en este día la iglesia: *acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir*. Sacad vuestras cabezas del cieno de los bienes de la tierra, acordaos, que se os acerca la muerte y os espera una vida eterna. Avivad vuestra fé y por débiles que sean mis razones os convencereis todos de la obligación que teneis de ayunar, que es el asunto sobre que he dispuesto hablaros.

Pidamos antes la asistencia del Señor por la intercesión de María Santísima.

AVE MARIA.

Cum autem jejunatis.....

El ayuno es el alimento de nuestras almas, el tesoro de todas las virtudes, la medicina de todos los vicios, el ene-

migo de la lascivia , el que desvanecere todos los malos apetitos y destruye las malas inclinaciones de nuestro cuerpo. «Grande es la virtud del ayuno dice el padre san Ambrosio (1). Es tan delicioso el ayunar , que agradó al mismo » Jesucristo ; es tanta su fuerza que eleva los hombres al » cielo. Elias con el ayuno resucitó al hijo de la viuda , con » el ayuno hizo caer la lluvia después de una larga sequía , » con el ayuno mandó bajar fuego del cielo y fué obedecido , y con el ayuno de cuarenta dias llegó á la cima del » monte Horeb y mereció conversar familiarmente con » Dios. Entonces mereció mas , cuando mas ayuno. ¿Qué » es pues el ayuno sino una sustancia é imájen celestial, un » alimento del alma , una vida de ángeles , la muerte de la » culpa , el destierro de los delitos , el remedio para lograr » la salud , la raíz de la gracia , y el camino por donde se » llega con prontitud al cielo?»

El ayuno , dice Tertuliano , aplaca la ira de Dios y reconcilia con él al hombre. Los israelitas en Maspha orando á Dios y humillándose con el ayuno vencieron á los filisteos. Dieron muerte los que estaban ayunos á los que estaban hartos , los desarmados á los que tenían armas. Tales serán las fuerzas de los que ayunan en obsequio de su Dios. El cielo pelea por ellos. Ved aquí una reseña y ejemplar del auxilio que da el cielo á los que ayunan en las peleas espirituales. Ninive siendo ciudad pecadora , por el ayuno se libró de la ruina que se la predicó iba á venir sobre ella. So-

(1) Lib. de Elia et Jej. cap. et. 2.

doma y Gomorra no hubieran sido abrasadas con fuego del cielo si hubieran ayunado. El rey Acab apartó de sí la venganza de Dios con el ayuno. Por el ayuno Ana siendo estéril consiguió del Señor concebir en su vientre al mayor de los hombres que ha nacido de mujer; Daniel con el ayuno mereció comprender los misterios de Dios. San Leon nos dice que: los ayunos en todos los tiempos y en todos los dias de nuestra vida, nos hacen mas poderosos y fuertes contra los pecados, vencen nuestras concupiscencias, rechazan las tentaciones, abaten la soberbia, mitigan la ira y enderezan todos los afectos de nuestra alma á la madurez de la virtud. El ayuno dice san Basilio, restringe el fuego de la carne, cierra las bocas de los leones como lo vemos en Daniel, transmite las oraciones al cielo y sirve de alas para que lleguen con prontitud á la presencia de Dios; es el incremento de las casas, madre de la salud, el mejor maestro para los jóvenes, adorno para los ancianos, buen compañero para los caminantes y la mejor salvaguardia para los casados. Me dilatara demasiado, hermanos míos, si me detuviese á indicar los elogios que todos los santos padres hacen del ayuno, los beneficios que los hombres han conseguido por él, y sus muchas utilidades y virtudes. La iglesia nos las recuerda hoy diciéndonos que el Señor por el ayuno y mediante los méritos de nuestro Señor Jesucristo comprime nuestros vicios, eleva nuestras almas á Dios y nos da la virtud y los premios. «¿Queráis saber cuál es la dignidad del » ayuno? pregunta el mismo san Basilio, y yo puedo » preguntar con él en este mismo dia, ¿Queréis convencer- » ros de qué es el adorno de una ciudad, la defensa de

» una plaza , la paz de las familias , lo que tienen libres y es-
» peditas nuestras facultades y hace que obremos con
» juicio? Pues comparad la mañana de hoy con la tarde de
» ayer y hallareis á una ciudad llena de tumulto , embria-
» guez y locura , mudada por el ayuno en una ciudad tran-
» quila , pacífica y en un profundo silencio y quietud
» agradable.»

Si pues todos estamos obligados á practicar las virtudes , á reprimir y contener los vicios , á elevar nuestras almas á Dios , si todos estamos obligados á procurar nuestro bien y salud espiritual , á nutrir santamente nuestras almas , y el ayuno es el medio que tenemos para conseguir estas ventajas , claro es que todos estamos obligados á ayunar y que solo desconocerán esta obligacion los que quieran renunciar á obrar la virtud , los que quieran alimentar los vicios y fomentar sus pasiones , los que no reconozcan otro Dios que su vientre y tengan todo su corazon y sus afectos apegados á la tierra. Es pues una obligacion el ayunar para obrar bien , para lograr por medio del ayuno la práctica de las virtudes.

Sube mas esta obligacion y no temo decir que es una necesidad indispensable el ayunar para poder contener nuestros apetitos y moderar nuestras pasiones. Palpamos todos con demasiada claridad que despues del pecado del primer hombre nacemos en una miseria lamentable , con una fuerte inclinacion á los placeres de los sentidos , sujetos á la ley de nuestros miembros , que como dice el apóstol , repugna á la ley de nuestro entendimiento y nos cautiva á la ley del pecado. En una palabra , experimentamos todos de-

tro de nosotros los efectos de nuestra concupiscencia que nos impele al mal y que nos hace cometer tantos extravíos. Por esta razón llama el mismo apóstol á nuestro cuerpo, cuerpo del pecado, es decir: un cuerpo sujeto al pecado y que se inclina con tanto peso al pecado, que lleva consigo al espíritu, si este no se pone en guerra continua y reprime por todos los medios el curso de sus desordenados apetitos. De aquí se sigue, que cuanto es necesario sujetar esta ley de nuestro cuerpo á la razón y al espíritu, tanto es necesario pelear á toda costa para desarmar á este enemigo doméstico, tanto es necesario no perdonar medio por costoso que sea para vencer en esta cruel y continua guerra del hombre del pecado con el hombre de la virtud. Pues á este enemigo se le debilita y desarma con el ayuno, y cuanto mas se le quita la comida y la bebida, tanto mas se le sujeta á la razón. Con el ayuno se le vence, así como con la gula, con la comida, bebida y manjares regalados se le robustece y alienta. Luego por una necesidad, por una obligación natural y aunque ninguna ley nos lo mandase, todos tenemos obligación de ayunar tanto y con tanta frecuencia, cuanto es el peligro de sucumbir á las inclinaciones corrompidas de nuestra carne que nos inducen á obrar contra la voluntad de Dios.

Nuestro cuerpo, hermanos míos, es semejante á los jumentos indómitos que cuanto mas descansan y mas bien se los alimenta se hacen menos tratables. De temer es, que despues de muchas privaciones, austeridades y penitencias sucumbamos á la primera tentación y no alcancen todos nuestros esfuerzos. ¿Cuánto mayor será el peligro, cuánto

mayor su atrevimiento y sus fuerzas para rebelarse contra el espíritu si le alimentamos con regalo, con manjares y bebidas esquisitas con el descanso y la molicie? Con dificultad, dice Tertuliano se halla la gula sin la lujuria, porque los manjares la fomentan y la nutren, así como la lujuria sin la gula *es un monstruo*, es cosa poco común y de que casi no hay ejemplo. Luego por obligación natural, por la necesidad que tenemos de sujetar á nuestro cuerpo y reducirle á la servidumbre del espíritu, debemos ayunar todos á no ser enemigos de nosotros mismos y estar tan abandonados que estemos resueltos á vivir según la ley de la carne.

Si á esto añadimos que el ayuno es el que en cierta modo repara al hombre en la justicia original, y que reprimiendo los deseos de la carne es el mejor antídoto contra el pecado, y produce unas inclinaciones semejantes á las del hombre en el estado de la inocencia; que por el ayuno se consigue fácilmente la práctica de todas las demás virtudes, así como la gula y destemplanza abre la puerta á todos los vicios, que se corrobora el espíritu tanto mas cuanto mas aflijimos al cuerpo con el ayuno: si contemplamos con el padre san Leon (1) que con la oración se busca el hacer propicio á Dios, con el ayuno á apagar la concupiscencia de la carne, con las limosnas redimir nuestros pecados, y que por estas obras se renueva en nosotros la imagen de Dios, si estamos dispuestos siempre para alabar al Señor, solícitos para purificarnos y atentos á socorrer á nuestros prójimos.

(1) Serm. 2 de Lejua

Que en la oracion , el ayuno y la limosna están comprendidos los efectos de todas las virtudes. Que estas son las obras que nos elevan á ser semejantes á Dios y á unirnos con el Espíritu-Santo , porque en la oracion manifestamos tener una fé viva y verdadera , en el ayuno una vida inocente y en las limosnas una caridad propia de un alma benigna; acabaremos de conocer y confesar con la iglesia que el ayuno comprime los vicios , eleva nuestras almas y nos da las virtudes y hace dignos de los premios ; y como una consecuencia natural , diremos que estamos obligados á ayunar y mortificar nuestra carne por precepto natural y divino , por una ley impresa por el mismo Dios en nuestros corazones , por las mismas palabras del Señor que nos manda ser puros , sobrios , castos , negarnos á nosotros mismos y esforzarnos á entrar por la puerta angosta y llevar nuestra cruz en seguimiento de Jesucristo.

Tan fuerte é imperiosa es hermanos míos , la obligacion de ayunar , tanto como nos obliga aspirar á conseguir la gloria , porque atendida la naturaleza de nuestras pasiones y el estado de corrupcion á que quedamos reducidos por el pecado de nuestro primer padre , el ayuno es un medio indispensable para dominarnos , vencernos y entrar por la senda de la virtud. La iglesia nuestra madre no ha hecho sino señalarnos el modo y tiempo en que debemos ayunar para que cumplamos mas fácilmente este deber natural y divino , y nos manda en uno de sus preceptos ayunar en la cuaresma y en otros días del año que ha tenido por conveniente , inspirada y asistida por el Espíritu-Santo. Justo es , observa mi anjélico doctor Santo Tomás , que así como da-

mos ó debemos dar al Señor la décima parte de los bienes de la tierra, le demos tambien el diezmo de los dias del año consagrándolos con el ayuno, justo es que habiendo de celebrar la pascua y purificar nuestras almas con el sacramento de la penitencia y la comunión, nos preparemos antes con las mortificaciones y el ayuno, justo es que sigamos el ejemplo de nuestro divino maestro cuyo ayuno de cuarenta dias imitaron sus discípulos y ha continuado la iglesia general desde su oríjen.

Dejemos á los impíos que nos burlonen y se mofen de esta práctica religiosa. Dejemos á los que desprecian abiertamente el ayuno y como hombres sin pudor ni respeto se glorian de profanarle á la vista de las gentes, dejemos en su réprobo sentido á todos aquellos en quienes se cumplen las palabras del profeta rey; no entran en el trabajo de la penitencia, ni se unen con los demas hombres para mortificarse con los ayunos; por eso están poseidos de la soberbia y cubiertos de su iniquidad é impiedad; pero ¡ay de ellos! Hablaré á los cristianos perezosos, á los que se cuidan poco de esta obligacion, á los que se afligen y entristecen por haber de ayunar y buscan pretextos para escusarse y diré: *Nolite fieri sicut hypocritæ tristes*. No os desolenteis ni seais tan tibios, no os entristezcais cuando se trata de daros la medicina y volveros á la salud que perdisteis. Comparad el rigor de los ayunos de los primitivos fieles con el método de vida á que ha quedado reducido en nuestros dias y os avergonzareis de no ayunar y dar estos dias de tristeza á la iglesia. Comparad la malicia de vuestros pecados, las penas que merecen y con qué serán castigados si no los espiais, y

decid despues si os alzeis á tanto, que es costoso y afflictivo el ayunar. Mirad á la gloria que os merece y oid al apóstol que os dice que las pequeñas penitencias y momentáneas aflicciones de esta vida no tienen comparacion alguna con la retribucion que las espera. A todos diré: que ayuneis. Que sea comun á todos los cristianos el ayuno de Jesucristo. Que, dice san Bernardo, ¿no deben seguir los miembros todos á su cabeza? ¿Queremos separarnos en las tristezas y estar unidos en los gozos? Si así es, nos manifestamos indignos de participar de la union con Jesucristo. No es gran cosa el pedir que ayune con Jesucristo el que ha de sentarse á la mesa del Padre con Jesucristo; no es gran cosa que padezca un miembro unido á su cabeza con la que tambien ha de ser glorificado. ¡Feliz el miembro que se une en todo á su cabeza y la sigue donde quiera que fuere! Si sucede el que se separe de ella preciso es que quede desde luego sin vida.

A todos diré: no solo que ayuneis, sino que santifiqueis el ayuno. Dejando de hablaros del modo de ayunar para cumplir el precepto de la iglesia en que debéis oir á vuestra razon y sujetaros á la prudencia de un confesor, mas bien que á vuestros apetitos, os digo soamente con la iglesia en este dia con las palabras del profeta Joel (1), *santificate jejuniū*. Santificad el ayuno. No os dejéis llevar de las mofas con que se burlan los hombres carnales y licenciosos, no os mezeleis en esas conversaciones en que impiamente

se dice que Dios no se cuida de que comamos ó bebamos, de que tomemos este ó el otro alimento. Dóciles á las sábias y santas disposiciones de la iglesia atendamos al fin que ésta se propone en mandarnos ayunar que es, mortificar nuestra carne y satisfacer á la justicia divino, y si reflexionamos sobre esto, aumentaremos gustosos nuestros rigores á lo que nos ordena nuestra madre lejos de escusarnos y ser demasiado laxos en la observancia del ayuno.

Santificad el ayuno, uniéndoos con el espíritu de la iglesia y tomándole como una verdadera penitencia, añadiendo la práctica de las demás virtudes que deben sostener y acompañar al ayuno, y última y principalmente emprendiendo en este tiempo de pública penitencia una vida mas cristiana y religiosa, absteniéndoos de todo pecado que corromperia todo el mérito de vuestros ayunos delante de Dios. Ayunemos pues, hermanos míos, y ayunemos con devoción en esta santa cuaresma, pero sin dejar de conocer que nuestra cuaresma no son los cuarenta dias solamente sino todos los dias que vivamos en esta vida miserable en que tenemos que sujetar nuestras inclinaciones y ser fieles á la ley de Dios. Seria un error el creer que estos pocos dias bastan para hacer penitencia y que todo el resto del año puede ocuparse libre y licitamente en diversiones y pasatiempos: todo el tiempo de nuestra vida es tiempo que se nos concede por el Señor para hacer penitencia. *Buscad al Señor*, nos dice el real profeta, no solo en el espacio de cuarenta dias, «sino mientras podais hallarle, invocadle cuando le tenéis cerca de vosotros.» Luego mientras no le poseamos, mientras no estemos unidos con él, debemos buscarle é in-

vocarle; y como en la cuaresma le tenemos mas cerca, como en este tiempo se nos recuerdan los misterios de nuestra redencion y se nos franquean con abundancia los auxilios del Señor, debemos dedicarnos á la penitencia y las obras de piedad de un modo mas eficaz y determinado, é implorar con mayor fervor la ayuda de la gracia.

Ayunemos dice el padre san Bernardo, y si sola la gula ha pecado basta que ayune la gula y castigemos nuestro vientre; pero si han pecado los demas miembros, ¿por qué no han de ayunar tambien? Ayunen los ojos absteniéndose de las miradas curiosas y soberbias: ayunen los oidos apartándose de las conversaciones inútiles y perjudiciales y aun de todo lo que es ocioso y no toca á la salud eterna: ayune la lengua de toda murmuracion, detraccion y palabra mala condenándose al silencio para mortificarse: ayunen las manos dejando toda obra mala y los pies separándose de todos los pasos que no se encaminen á la rectitud, y sobre todo que ayune la misma alma absteniéndose de todos los vicios y renunciando á su propia voluntad; porque el Señor «en el» dia de nuestros ayunos buscará nuestras voluntades» como nos dice por Isaías. Sean estas puras, rectas, encaminadas á Dios para que el Señor reciba nuestros ayunos y merezcamos con ellos la virtud y los premios eternos. Amen.

F. L. G.

HOMILIA

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

Del precepto de amar á los enemigos.

*Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Yo os digo:
Amad á vuestros enemigos. Math. cap. 5.*

Amar á los enemigos. Ved aquí hermanos míos lo que el mundo no oye sin repugnancia, lo que el vengativo tiene por imposible, lo que rechaza la ira y las falsas ideas de honor y reputación, lo que no pudieron comprender los sábios legisladores de los gentiles, lo que es propio y peculiar de los cristianos. El amar á los amigos es general á todos, es una de las inclinaciones más gratas de nuestro corazón, pero amar á los enemigos, á los que nos odian y persiguen, á los mismos que nos hacen mal y son la ocasión de nuestras desgracias, es peculiar de los verdaderos discípulos del Dios de paz, del que vino á reconciliar á los hombres y á formar de todos ellos una escuela que tuviese por distintivo la caridad. No puede decirse á los judíos ni á los gentiles lo que el apóstol encargaba á los fieles: que tuviesen paz con todos los hombres, porque estos apenas

amán á los suyos. A los cristianos no es lícito dejar de amar á alguno y á todos incluye en su amor el que no escluye á sus enemigos. Tan lato y estenso es el precepto de la caridad, el mandamiento de Dios.

Mandamiento de Dios, porque Dios es el que nos manda y nos dice espresamente que amemos á nuestros enemigos, que hagamos bien á los que nos aborrecen, que oremos por aquellos mismos que nos persiguen y calumnian como vemos en el evangelio que la iglesia pone á nuestra consideracion en este día. Nada mas era necesario para que cumpliésemos fielmente este deber todos los que nos gloriamos de ser cristianos, porque no lo será con toda verdad y perfeccion el que no cumple la ley y preceptos de Jesucristo. El mandárnoslo el mismo Dios debería ser suficiente para someter nuestra voluntad, sacrificar nuestras contrariedades, inclinaciones y rendirnos humildemente y conformarnos con sus disposiciones siempre justas y santas. *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.* Pero no quiere el Señor que le obedezcamos de valde, no quiere dejarnos sin una merced y recompensa que escede sin comparacion al sacrificio que nos pide; nos concede por premio hacernos hijos y hercaeros del padre celestial. *Ut sitis filii patris vestri, qui in caelis est,* y nos alienta y esfuerza con el ejemplo del mismo Dios que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y derramar su lluvia sobre los justos y los injustos. *Qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.*

Ved hermanos míos, en el mismo evangelio las razones poderosas que debeti movernos al cumplimiento del deber

cristiano de amar á nuestros enemigos y á procurar ser perfectos, así como lo es nuestro padre celestial, distinguiéndonos de los gentiles y de los malos cristianos que no siguen el ejemplo del divino maestro. La autoridad de Dios que nos lo manda, los premios tan grandes que se nos ofrecen en recompensa, y la eficacia de los ejemplos que se nos proponen: Nada mas puedo yo añadir, sino esponeros con la posible claridad cada uno de estos poderosos motivos que deben producir una resolución firme de cumplir el precepto que nos parece imposible y demasiado duro, el precepto que es propio de los cristianos y sin cuyo cumplimiento no podemos prometernos el perdón de nuestras culpas y la entrada en la mansion de los justos y pacíficos, el precepto de Dios, amar á nuestros enemigos.

Recurramos antes al Señor que dá la virtud y la gracia pidiéndola por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Ego autem dico vobis....

¿Quiénes son nuestros enemigos, ó qué ventos en los demas hombres para que no los amemos? Detengámonos un momento para responder y hallaremos el error con que generalmente se procede en esta materia. Has contraido una enemistad, y fomentas en tu corazon un rencor y deseo de venganza contra una persona. ¿Por qué? Porque movida de celo por tus verdaderos intereses no te perdona tus vi-

cios y en cumplimiento de su deber te reprende y amonesta oportuna é importunamente; porque ha descubierto tu conducta y ha impedido el que consigas un destino que no mereces, que contraigas un matrimonio en que no buscas servir á Dios y que habia de ser origen de escándalos y pesares; porque te ha puesto pleito sobre una herencia que querias usurpar; por una sospecha, por una conjetura, por un informe falso, por una injusta presuncion; porque te recibió una vez con menos atencion que lo que acostumbra acaso sin advertirlo; acaso por una chanza que te dijo prevalido de la amistad. Estás en enemistad con tu prójimo, y lejos de amarle maquinás su ruina y perdicion; pero ¿de qué nace esa mala voluntad? De una envidia secreta, de unos celos rabiosos que no te permiten mirar el bien ajeno sino como un mal propio, de que no puedes sufrir ver alabado el mérito de un grande hombre sin creerte ofendido y tratar de rebajarle; no puedes mirar la prosperidad y fortuna de tu hermano sin intentar derribarle de ella; nace de tu natural feroz é insufrible que te hace recibir los obsequios y las atenciones como injurias, de tu jénio melancólico, de tu espíritu inquieto y turbulento que trastornando tu quietud te hace estar descontento y disgustado de todos. Si analizamos las discordias y enemistades que vemos y subimos á su orijen, ¿no hallamos que es así? Luego no está en nuestros prójimos, ni hay nada malo en los hombres que tengamos que aborrecer; está el mal en nuestro corazon que nos hace hallar enemigos donde no los hay, en ese orgullo que nos hace mirar con desprecio á todos los que tenemos por menos que nosotros, en esa ambicion, en

ese deseo de dominar que nos arma y sobresalta contra todo lo que puede hacernos la menor sombra, en esa altivez y soberbia que nos persuade que nos faltan al respeto y desprecian nuestra autoridad, en vuestra avaricia que todo quisiera hacérselo propio, en los vicios de vuestro corazón, que os descomponen con Dios, con vuestros prójimos y con vosotros mismos. Poneos en paz con vosotros; desarraigad los vicios que crecen en vuestro corazón y no tendréis enemigos ni hallaréis en los demás nada que os provoque al rencor, al odio, ni á la venganza.

Sin embargo, yo confieso que no deja de haber algunas enemistades fundadas y verdaderas, que hay afrentas, y calumnias, y que los hombres dan motivos demasiado ciertos con sus feas ingratitudes, con perfidias detestables, con insultos, afrentas, malos tratamientos, persecuciones y perjudicándonos en el honor, en la hacienda, en la salud y la vida. Confieso hermanos míos, que el hombre aunque sea puro y recto puede tener enemigos; y que acaso tendrá mas cuanto sea mayor su integridad y pureza. El cristiano ¿qué ha de hacer con los que le injurian y persiguen, con los que le maltratan é insultan, con los que le despojan y atormentan, de una vez, con sus verdaderos enemigos? Cumplir el precepto de Jesucristo que terminante le dice: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Yo os mando que améis á vuestros enemigos.* Debe distinguir entre el pecado y el pecador, entre la maldad y el malo, aborrecer la iniquidad y malicia del corazón, y no mirar sino al hombre que es un hermano suyo, un alma redimida con la sangre de Jesucristo, un hombre que acaso está pre-

destinado para ser un santo y amadle como á hermano, como á prójimo con aquella caridad con que Jesucristo quiere que se amen todos los que son sus discípulos. Verdad es que es duro y humillante al orgullo que nos domina, á las inclinaciones que nos arrastran, á las ideas del mundo que nos llamará débiles y fátuos; pero sobre el mundo, sobre nuestras inclinaciones, nuestro orgullo y soberbia debe dominar la voz del Señor que nos dice: *Yo os mando que ameis á vuestros enemigos.*

El mismo Dios cuyos mandamientos no son pesados, Jesucristo cuyo yugo es suave y cuya carga es ligera, nuestro Padre que nos ha criado, Jesucristo Señor nuestro que nos ha redimido nos manda amar á nuestros enemigos, ¿nos atreveremos á no querer obedecer á nuestro Dios, á nuestro Padre y nuestro Salvador? El que nos crió, el que nos redimió, el que nos santificó, á quien lo debemos todo, que es nuestro Señor, nuestro legislador, nuestro Maestro es el que nos manda amar á nuestros enemigos, ¿necesitamos mas para confesar que estamos obligados á cumplirlo? Si tanto pueden con nosotros los ruegos de un amigo, de un protector, de un poderoso, si nos anticipamos á cumplir las insinuaciones de los que pueden sernos útiles, ¿despreciaremos los preceptos del mismo Dios?

Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen. Grave es el precepto, dice san Agustín; pero tambien es grande el premio. Habcis oido la obra que el Señor os manda, esperad á oir la merced y recompensa que os ofrece: *ut sitis filii Patris vestri qui in cælis est.* La dignidad de hijos de Dios y por con-

siguiente el ser herederos de su eterna gloria es lo que el Señor ofrece y tiene preparado para los que aman á sus enemigos, y es otro motivo que debe inclinarnos á cumplir, este precepto tan espreso de nuestro evangelio.

En nuestra potestad está el que nos llamemos y seamos hijos de Dios por la gracia y misericordia de Jesucristo que nos dió la potestad de poder ser elevados á la dignidad de hijos de Dios; pero no podemos ser hijos de Dios sino por la gracia y la caridad; no podemos ser hijos de Dios sin que se nos perdonen nuestros pecados y no podemos pedir el perdón sin que perdonemos antes: perdonad y sereis perdonados, nos dice Jesucristo, «perdonanos nuestras deudas, así » como nosotros perdonamos á nuestros deudores» nos encargó que dijésemos cuando nos enseñó á orar. Lejos de perdonarnos, lejos de tenernos por hijos, ningún obsequio ni sacrificio acepta de nuestras manos; si no perdonamos antes á nuestros enemigos, no podemos prometernos merced alguna. Si vienes á ofrecer tus dones y poniéndolos sobre el altar, nos dice también nuestro divino maestro: te acuerdas que tienes enemistad con tu prójimo deja tu ofrenda sobre el altar, vé primero en busca de tu hermano, reconcíliate con él, y vuelve despues á ofrecer tus dones á Dios. Desprecia el Señor los sacrificios de los que están en discordia, no se digna mirarlos, como no quiso mirar las ofrendas de Cain. No puede aplacar á Dios, el que no tiene paz con su hermano; no puede ser amigo de Dios el que es enemigo de sus hermanos; su oracion se le convertirá en pecado, traerá sobre sí la maldiccion y pronunciará contra sí su sentencia pidiendo que Dios le perdone así como él perdona á sus ene-

migos. La culpa grave é inesplicable de la discordia dice san Cipriano, ni aun con el martirio se purga, porque no puede ser mártir el que no ama de corazon á todos sus hermanos. Doctrina que enseña el apóstol diciéndonos que sin caridad nada somos y de nada nos aprovechan las obras que hagamos aunque llenos de celo y penitencia entregásemos nuestro cuerpo á las llamas. La caridad es paciente, benigna, no se irrita, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sostiene. Luego sin perdonar á nuestros enemigos; sin reconciliarnos con nuestros hermanos, sin amarnos todos unos á otros no podemos tener la gracia y la amistad de Dios: *qui non diligit manet in morte* dice el discípulo amado. El que no tiene esta caridad y amor con sus hermanos que nos manda Jesucristo está sepultado en la muerte. Y si no tenemos vida, si no tenemos la gracia y amistad de Dios, mal podemos ser y llamarnos sus hijos que es el medio para llegar á tan alta dignidad. Luego perdonando á nuestros enemigos, amándolos, conseguiremos la gracia, aceptará el Señor nuestros dones, perdonará nuestras culpas y nos elevará á ser hijos amados suyos, *Ut sitis filii patris vestri qui in cœlis est.*

Hombres que todo lo sacrificais al logro del mas vil interés, que no dudais sacrificar vuestras inclinaciones y cometer hajezas indignas de vuestra clase y que os avergonzariais que el mundo las supiese por conseguir un pequeño aumento de vuestra fortuna, de vuestro destino, por subir un escalon mas sobre la altura en que os hallais, por ser hijos de Dios y herederos del cielo, ¿no hareis el sacrificio de amar á vuestros enemigos?

Si la contemplacion de tan inmensa merced y recompensa no acaba de movernos, los ejemplos que nos propone el mismo Jesucristo deben inclinar nuestro corazon. Jesucristo nos convida y nos alienta con el ejemplo de su Padre celestial, *qui solem suum oriri facit super bonos et malos*. Hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y quiere que caiga su lluvia sobre los campos de los justos y de los injustos. El que se obceca y deja arrastrar de la ira y del furor de la venganza, no repara la conducta del Señor, que le sufre, le espera, suspende sus castigos y le ama; no contempla la bondad del Señor que si tomase venganza de sus enemigos no quedaria en este mundo quien le adorase; no reflexiona sobre la paciencia, y misericordia de Dios con el pecador que le dá tiempo para que satisfaga, a quel cariño y sentimiento por la oveja perdida que le hace abandonar á las noventa y nueve que le quedan por buscarla y traerla en sus hombros para unirla á las demas. El que no ama á su enemigo no quiere ser perfecto asi como lo es nuestro Padre celestial. ¿Qué gloria, hermanos míos, qué gloria y qué felicidad es dice san Cipriano, el ser semejantes á Dios y obrar de un modo digno de las divinas alabanzas? Pues esta perfeccion, esta divina semejanza la consiguen los que despues que han sido reparados con un nacimiento celestial por el bautismo, tienen la paciencia de Dios, los que obran como Dios, los que aman á sus enemigos, hacen bien á sus perseguidores y oran por los mismos que los calumnian y maltratan. Jesucristo nos dá repetidos ejemplos de amor á sus enemigos; toda su vida fué una prueba de su grande caridad; su evangelio no respira sino caridad y no

hay ocasion que no aproveche, ni similitud de que no se valga para inspirar á sus discípulos su mandamiento, su primero y último mandamiento, el que se amasen todos los unos á los otros, que fuesen distinguidos entre todos por el amor entre sí, que no fuesen como los demás, como los gentiles y publicanos que aman á los amigos y saludan y favorecen solamente á los suyos, ni como los fariseos que aman á los amigos y aborrecen á los enemigos porque entonces no tendrían mereced delante de Dios, pero confirmó su doctrina en el árbol de la cruz. Oró por los mismos que le crucificaban, los escusó, los amó borrando sus pecados y convirtiendo en sus amigos. «Padre mio, perdónalos que no saben lo que hacen.»

Pero, ¿quiénes somos nosotros, direis, para que podamos hacer obras que son propias del hijo de Dios? Si crees que es demasiado para tí el imitar á tu Señor, responde san Agustín, atiende á tu consiervo, oye á Esteban pedir por los que arrojan piedras sobre él hasta quitarle la vida. Ha nacido como tú; ha nacido del mismo origen que tú, ha sido reenjuendrado con el mismo bautismo que tú, tiene el mismo evangelio y el mismo testamento y herencia que tú. Era un hombre, y un hombre tambien eres tú. Pero no tuvo fuerza para tanto por sí, la recibió del mismo Dios. Y que, recibéndola ¿la agotó ó cerró su manantial para tí? La fuente es comun para todos, bebe tú donde él bebió. No se acaba la abundancia de la virtud de Dios. Píde y recibirás.

Ejemplos de muchísimos santos se nos ofrecen á cada paso que han seguido la doctrina y el ejemplo del divino maes-

tro, manifestándonos y convenciéndonos de que debemos hacer lo mismo todos los cristianos. Los ejemplos tan luminosos, la grande merced y recompensa que el Señor siempre fiel en sus promesas ha ofrecido, la necesidad tambien de amar y perdonar á nuestros enemigos para conseguir el perdón y la gracia de nuestro Dios, el cumplir la voluntad del mismo Dios, el agradar á Dios que quiere y nos manda espresamente que amemos á los que nos hacen mal, debe movernos á cumplir este mandamiento desoyendo los gritos del mundo y de la carne. No, hermanos míos, no es esta una leccion de puro consejo, ó una práctica de perfeccion que no es absolutamente necesaria, es un precepto que estamos obligados á cumplir no solo con nuestra boca sino con nuestro corazon y con nuestras obras, con un amor sincero, verdadero y real. *Diligite inimicos vestros.* Y debiendo amar á nuestros enemigos, claro está que nos está prohibida la venganza, el odio, el rencor, la mala voluntad, claro está que debemos perdonar las injurias, olvidar los agravios, volver bien por mal, orar por ellos, hacerlos bien, socorrerlos en sus necesidades, en una palabra, amarlos con el amor de la caridad cristianna. ¿Hay que sacrificar para esto el amor propio, el honor mundano, los intereses, y mas que todo, las inclinaciones viciadas de nuestro corazon? Pero Dios nos lo manda, Dios nos dá en cambio y recompensa la vida eterna, Dios nos dá el ejemplo, la asistencia y la gracia para que podamos obedecerle, y debemos querer antes perder todas las cosas que ofender á Dios.

Hermanos: entre tantas enemistades y rencores como

nos asaltan á cada paso , examinemos primero si la causa está en nuestros prójimos ó en nuestro corazon ; si nos toca perdonar ó ser perdonados ; si nuestros resentimientos son justos ó mas bien hijos de nuestra soberbia y corrupcion. Si hemos dado motivos con nuestra conducta para ser perseguidos , odiados y tenidos en menos de nuestros superiores ó de nuestros iguales , y empecemos por corregirnos por desistir de nuestras pretensiones injustas , y de nuestros descos arrogantes y temerarios , por quitar el escándalo con que nos hacemos odiosos por nuestras palabras indecorosas , nuestras acciones ruines , nuestro génio destemplado y nuestras obras de iniquidad , por procurar la paz con todos y desaparecerán luego nuestros enemigos consiguiendo así ser amados de Dios y de los hombres. Si vuestros enemigos os persiguen de valde , si os calumnian , maltratan y aborrecen sin haberles dado ocasion ni motivo , si os conturban y contristan vuestros enemigos injustos , no os abandoneis á la ira , al deseo de la venganza , no deis entrada en vuestro corazon al odio : acudid á la oracion para que no perdaís el amor ; acordaos que el mismo Dios os manda amar , que os dá el ejemplo vuestro Señor y vuestro redentor , no temais á los que os puedan quitar los bienes del cuerpo y no tienen poder sobre el alma , temeos á vosotros mismos si no amais , llamad al Señor en vuestro socorro. *Exaudi Deus deprecationem meam , intende mihi.* Amad y alegraos por vuestro logro , porque así sereis hijos de vuestro padre celestial y vuestra merced será copiosa en el cielo. Amén.

SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA,

Imitando á Jesucristo en las tentaciones de que nos habla el evangelio de este día, venceremos al demonio de la gula, al del amor propio ó vanagloria, y al de la avaricia,

Ductus est Jesus in desertum ut tentaretur à diabolo, Jesus fué llevado al desierto para ser tentado del diablo, Math. c. 4.º v. 1.º

Nada católicos: nada son los hombres sin las doctrinas y ejemplos de Jesucristo: nada sin su evangelio santo. Sin éste nuestra vida es un pesado yugo que convierte los momentos de nuestra existencia en un foco de aflicciones y desgracias, en una sentina de vicios, en una academia de errores presidida por la soberbia, por la codicia y por los deseos de la carne y de la sangre. Preciso nos es vivir en el mundo: pero el mundo es una escuela de vanidades, un teatro en donde se representan las escenas mas funestas pa-

ra nuestra salvacion, una plaza de engaños, un laberinto de intrigas y decepciones, un campo de confusion lleno de serpientes venenosas, un jardin florido y ameno que encanta y embelesa á primera vista, pero que sus frutos no son otros que los del veneno, los de la muerte, los del pecado cargado de hacinar réprobos en el infierno. ¿Habéis hallado acaso en el mundo bienes que no sean falsos, deleites y placeres que no causen sentimiento y tristeza, grandezas que llenen y satisfagan vuestros corazones, ó una dicha que merezca el nombre de felicidad? Aunque el miserable hijo del hombre atravesase los mares y penetre hasta las estremidades de la tierra; aunque llegue al punto culminante de la humana dicha: en do quiera se encuentre, siempre le rodearán densas tinieblas, será asediado por enemigos domésticos y estraños que lo combatirán con tenacidad, y arrastrarán por la corriente de la muchedumbre, le obligarán á entonar himnos de regocijo á las fementidas deidades de la vanidad, y le harán creer que es feliz en la esclavitud del tirano del universo.

Y siendo este el terreno destinado á la batalla y al combate de cuya victoria pende nuestra felicidad eterno: siendo este el taller en que debemos labrar la corona que ha de ceñir nuestras sienes en la gloria: ¿podremos obrar con acierto sin la direccion de aquel Dios que no quiere que perezcamos; que nos suministra armas eficaces para triunfar y vencer; y nos asegura que él es el camino, la verdad y la vida de los suyos? Orgullosa razon humana: contesta y humíllate ante la sabiduría eterna; préstale homenaje, alaba al Redentor del mundo y confiesa que sin Jesucristo

son nada los hombres, nada el mundo, nada todo cuanto existe. Este es el único medio que tienes para salvarte de los peligros que te rodean; con él vencerás, triunfarás, y conseguirás la felicidad que anhela el corazón: pero sin este recurso perecerás. Recapacitad amables oyentes, echad una mirada sobre vuestras miserias; comprended la situación lastimosa á que os ha conducido el pecado, y si quereis sacudir su pesado yugo y gustar las dulzuras de la gracia, venid, oid las lecciones del divino Maestro, jurad de nuevo por vuestro Capitan al hijo del Altísimo, y puesto que es el primero en la batalla, seguidlo y conseguireis con él, el triunfo y la victoria de que nos habla el evangelio de este día. Yo me ocuparé de él para vuestra santificación y felicidad.

Jesucristo, nos dice el sagrado testo, fué conducido al desierto para ser tentado del diablo; ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, y acercándosele el tentador y acometiéndole primero por la gula, despues por el amor propio y en seguida por la avaricia, fué vencido en todas direcciones y descendieron los ángeles del cielo á celebrar y aplaudir al Redentor de los hombres; á servir y obsequiar al Dios de las virtudes; á significar que la victoria contra las tentaciones nos conduce á la fruicion de las delicias celestiales, como nos lo enseña nuestro Jesus divino, y experimentaréis todos si imitándolo, venceis con su gracia *al demonio de la gula, al del amor propio y al de la avaricia* que es lo que quiere nuestra madre la iglesia, y yo os voy á manifestar para que seais agradables á Dios y podais llegar por medio de los ejercicios penitenciales de esta cuaresma á la gloria

ria de la resurreccion término feliz de la vida cristiana.

Para que así se verifique, y nuestro Dios sea bendito, alabado y glorificado, y nuestras almas salvas, limpias y perdonadas imploramos la proteccion de María Santísima y digámosla con el ángel.

ÁVE MARÍA.

Ductus est Jesus in desertum ut tentaretur á diabolo.

El hombre salió de las manos de Dios con rectitud, con justicia y gracia santificante. En tan dichoso estado no estaba sujeto á los movimientos de la concupiscencia, al vicio, al pecado, al dolor ni á la muerte. Era hijo de la gracia, presidiale la inocencia, y á su lado abundaban todos los bienes sin mezcla de mal alguno. Pero el ángel rebelde que miró con envidia la felicidad del Omnipotente no pudo ver sin ella en el hombre tanta dicha y ventura. Lo tentó por la gula presentándole el fruto del árbol prohibido, hermoso á la vista y deleitable al apetito; lo condujo con infernal sagacidad al quebrantamiento del precepto que le impuso la divinidad; comió la manzana ponzoñosa, y el que un momento antes era el objeto de las complacencias del eterno, oyó su voz de justicia en medio del paraíso, y se escondió lleno de temor y sobresalto avergonzado de su desnudez. Preséntase el Dios de la santidad en el lugar de esta escena lamentable, maldice á la serpiente anunciándole su destruc-

cion por medio de María Santísima y del fruto bendito de su vientre, condena á nuestros primeros padres al trabajo y al dolor, y desde entonces una providencia de consuelo y misericordia se encarga de regular los destinos de los mortales fíando su suerte en la virtud de un Redentor benéfico, de un médico celestial, de un maestro infalible y todopoderoso capaz de convertir en bienes todos los males producidos por el pecado. Nuestro primer padre repuesto de su caída con las promesas de un gran libertador, habla á sus hijos el lenguaje consolador de una redencion infalible, les enseña á creer y esperar en el prometido, les señala el rumbo cierto de la revelacion y los alecciona en el arte de agradar á Dios. Siguen los sucesos y vicisitudes de que nos certifica la historia. Las libaciones, holocaustos y sacrificios; las profecías, figuras, misterios, sacramentos, solemnidades y fiestas; la libertad del pueblo hebreo, la reedificacion del templo santo; la paz de Augusto... todo, todo simboliza, figura y anuncia al deseado de las gentes, á la iglesia santa, á la santificacion del hombre. Todas las profecías al fin se cumplen. Nace en Belen de una vírjen el hijo del Altísimo; conversa con los hombres, los ilustra, les enseña el arte de vencer á los enemigos de su salvacion, muere por ellos en una cruz y el mundo queda redimido.

Los hombres en virtud de esta redencion tienen un derecho á ocupar las sillas que dejaron vacías en el cielo los ángeles rebeldes; su destino es el de la gloria. Vamos pues á ella por los caminos que nos señala nuestro Redentor amable en el evangelio de este día. Por la gula fué tentado y vencido el primer Adán terreno formado de la tierra, y

la gula fué destruido, vencida y aniquilada por el segundo Adán celestial bajado del cielo por la salud de los hombres. Ayuna Jesucristo cuarenta dias y cuarenta noches, apura el amargo cáliz de la mortificacion y penitencia, ora sin cesar, y fortalecido con estas armas poderosas se pone frente al tentador mas terrible, astuto y sagaz que hay en el infierno. «Si eres hijo de Dios, le dice Lucifer, convierte estas piedras en pan: haz un milagro y el hambre que te oprime se acabará. Que convierta las piedras en pan y haga un milagro! Pues qué es el pan tan absolutamente necesario que sin él no pueda vivir el hombre? ¿No fueron alimentados los israelitas en el desierto con el maná, y Moises en la montaña con solo tratar con Dios? El diablo engreído con el triunfo que consiguió por medio de la gula de nuestros primeros padres, creyó sacar partido del Dios de las virtudes, y hasta llegó á confiar en que el deleite, el placer y satisfaccion que perciben los sentidos con la concupiscencia de la carne, hiciesen fluctuar á Jesucristo y ponerlo en un compromiso. Pero la mentira fué cojida en su mismo lazo, Lucifer vencido y el primer vicio que se vió en el mundo relajado á los abismos infernales. *Escrito está*, dice la sabiduría eterna al padre de las tinieblas, *que no solo con el pan vive el hombre, sino con toda la palabra que salga de la boca de Dios*. Es decir segun san Hilario y el venerable Beda. No basta el alimento material del cuerpo para la vida del cristiano; es necesario además que no perjudique al espíritu, que la carne lo reciba de la razon y de la fè á que debe estar sujeta; que el comer, el beber ó el abstenerse de la comida y bebida sea regulado por las virtudes; y que

en todo caso se verifica que la razon domina á la passion, el espíritu á la carne, Dios al hombre. Conduciéndonos por estos preceptos ¿qué fuerza ni valor tendrá contra nosotros el vicio de la gula? ¿Qué mella podrá hacer en nuestras almas la concupiscencia de la carne? Ninguna. Porque fijos en Jesucristo, protegidos con su gracia y anhelando siempre por el cielo, reduciremos nuestros cuerpos á la servidumbre como san Pablo, y no comeremos, no beberemos, no nos divertiremos, ni nos permitiremos otros gozos, placeres y deleites que los que se hallan en toda la palabra que sale de la boca de Dios. Así oyentes míos nos lo enseña Jesucristo; imitémoslo en el triunfo que consiguió del demonio de la gula, y dando por vencido este vicio capital de que se derivan tantos otros perniciosos á nuestra salvacion, regocijémonos en nuestras penitencias y mortificaciones seguros de que ellas atraerán sobre nosotros á los ángeles del cielo, y no hagamos caso de los clamores y discursos falaces con que la infernal serpiente engañó á nuestros primeros padres proponiéndoles como ventajoso el fruto prohibido que los emponzoñó. Abstengámonos de las comidas y bebidas nocivas al espíritu que debe alimentarse con la virtud observemos exactamente los rigores saludables de la santa cuaresma sin perder de vista los ejemplos de nuestro Jesus divino, y contemos con la victoria que con su gracia consiguen los que viven mortificados.

Vencido el demonio de la gula, é instruidos los hombres en el arte de triunfar de las exajeradas exigencias de la carne, permitió Jesucristo que el diablo lo tentase por el amor propio y la vanagloria: para que teniendo ocasion de

vencer este vicio y fortalecer á los hombres contra sus perniciosas consecuencias, les quedase espedito el camino del cielo y pudiesen arribar con facilidad al puerto de la gloria. Cojió pues el tentador á Jesus y lo puso en la eminencia del templo de la ciudad santa y le dijo: «arrójate desde esta altura:» porque escrito está que Dios mandó á los ángeles cuidar del justo y recibirlo en sus manos para que ni aun su pié reciba lesion alguna de la piedra en que pudiera caer.» Como si dijera segun san Buenaventura.» Precipitate, y haz que la multitud del pueblo te vea volar por los aires, y admirada merezcas sus aplausos.» Ya se vé, dice santo Tomás: el diablo acostumbra conducir á las alturas á los que quiere precipitar en los abismos. Las altas dignidades, los puestos elevados, la ostentacion, la magnificencia, suntuosidad y grandeza, son del gusto de las gentes del mundo; y por estos derrumbaderos es fácil llevarlas alucinadas y engañadas hasta la cúspide del precipicio en que deben perecer. Tentemos por este lado al justo que tanto nos inquieta, dice Lucifer, y veamos si es superior á esta tentacion. Así lo vió el tentador infernal, pues que la sabiduría encarnada le contestó con majestad. «Tambien está escrito, no tentarás al Señor tu Dios. *Non tentabis Dominum Deum tuum.* Quiere decir, católicos, que no deben pedirse ni hacerse milagros sin necesidad, por ostentacion y vanagloria como obligando al poder divino á intervenir, á aprobar y elojiar uno de los vicios mas funestos contra el cristianismo, como lo es el amor propio padre de la vanidad, del orgullo y de la soberbia misma. Jesucristo nacido en un establo, reclinado en un pesebre, postrado á los pies de sus discipu-

los y muerto en una cruz afrentosa, es el ejemplar y modelo de la humildad que debe servir de base y fundamento á todas las virtudes cristianas. Bajó de los cielos á la tierra para destruir el imperio de la soberbia con las armas de la humildad, y venciendo en este día al diablo de la vanagloria con el ariete de la escritura santa, quebrantó el poder orgulloso y arrogante de los soberbios, y solo dejó en su iglesia humildes, suaves, pacíficos, piadosos y fieles caritativos. Sedlo vosotros como os lo enseña vuestro divino maestro; tened presente que Dios da su gracia á los humildes, y procurad ejercitar esta madre de las virtudes cristianas en esta santa cuaresma para triunfar de la tentación mas terrible que se conoce, y conseguir los bienes de la resurrección gloriosa que esperamos.

Desesperado el demonio por no haber hecho vacilar á Jesus en su virtud y santidad, trató de hacer el último esfuerzo para vencerlo por el lado de la *aváricia*. Lo colocó al efecto en un elevado monte, y mostrándole todos los reinos del mundo con sus glorias y riquezas; se atrevió á decirle: «yo te daré la corona y cetro de estos reinos y monarquías con todas sus grandezas y atractivos, si postrándote á mis pies me adoras como á tu Dios.» Impostor infame, dicen los santos padres; fraudulento engañador en quien se halla personificada la mentira ¿cómo tienes la osadía de ofrecer lo que no es tuyo al Señor y dueño de la tierra y su plenitud, del órbe y de todos los que en él habitan? Padre de los ambiciosos; Dios falso de las riquezas frívolas y engañosas del mundo: ¿has podido creer en tu demencia infernal que el justo á quien no has podido vencer por la gula y la van-

gloria habría de hacerse idólatra con solo oír tus falaces ofertas? ¿Ha podido figurártese que Jesus es del número infinito de necios que dejan engañarse por tus promesas falsas, por tus perspectivas fantásticas y por tus felicidades infelices? Pues en justo castigo de tu infernal audacia, el vicio de la *avaricia* va á quedar vencido y estrañado del pueblo cristiano: la pobreza de espíritu reinará en todos los fieles, y la de la perfeccion evangélica en infinitos héroes de la relijion que han de confundirte. Apártate Satanás; dice Jesucristo al tentador; marcha á tu destino de condenacion eterna porque así está escrito: *adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.*» En las tentaciones de la gula y del amor propio, sufrió nuestro Redentor las injurias é insultos con que el enemigo del jénero humano lo tentó para ensañarnos á sufrir las ofensas personales, dice el cardenal Hugo: pero cuando oyó una horrenda blasfemia contra Dios, se indignó nuestro divino maestro, y reprendiendo al infernal Dragon lo despidió de sí con dureza y dejó confirmada la verdad de que solo á Dios debe adorarse y servirse. ¡O si todos nos dejásemos conducir por este principio eterno de moralidad y perfeccion cristiana! ¡O si imitando á nuestro divino Maestro nos convenciésemos de que nada aprovecha al hombre el ganar á todo el mundo con sus glorias y riquezas si en esto padece detrimento su alma, como se dice en el evangelio! (Math. c. 16, v. 26). En este caso todos los fieles nos ocuparíamos en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, y dejaríamos cumplida toda la ley segun san Pablo. En este caso toda la vida del cristiano sería una continuada cuaresma, y la iglesia

santa no tendria que lamentar los extravios de sus hijos; ni tendria que atenderlos en sus enfermedades; ni se veria en la necesidad de prescribirles remedios para curarlos de las heridas del pecado,

Pero como somos frágiles, y es necesario que en el mundo haya escándalos, caídas y defecciones atendida la maldad humana, Jesucristo dejó en su iglesia sacramentos para perdonar pecados y limpiarnos de sus reliquias, y su esposa maestra de la verdad nos propone, aconseja y manda que en la cuaresima nos ejercitemos en los actos de las virtudes que deben facilitarnos la victoria mas completa contra los enemigos de nuestras almas, y miremos para esto al vencedor del mundo, del pecado y del infierno para que imitándola triunfe Jesus en nosotros y nosotros en Jesus, y logremos con su gracia precipitar á Satanás en los infiernos y quedar dueños de las virtudes en los campos del Señor.

Estamos pues instruidos. La gula se vence con la mortificacion y penitencia; «el amor propio, la soberbia, el orgullo, la arrogancia y la vanagloria» con la humildad; y la avaricia con el amor á Dios y á los bienes eternos que ha prometido á los que cumplan con sus divinos mandamientos. Nada mas falta que nuestra decision, nuestra voluntad sincera, real y verdadera de imitar al Dios que para nuestra enseñanza permitió ser tentado del modo que se espresa en el evangelio que acabo de esponeros. Nuestro Redentor se preparó con un ayuno de cuarenta dias y cuarenta noches para sufrir los combates del tentador y vencerlo. Ayunemos nosotros lo mismo, sujetemos como san Pablo la rebel- dia de la carne; espiritualicémonos en la oracion; aprenda-

mos en las lecciones prácticas de Jesús á ser humildes, y digamos como él á los que quieran apartarnos de nuestra santa y adorable religion, «Adorarás al Señor tu Dios y á » él solo servirás.» De este modo aun podremos salvar nuestras almas y ser eternamente felices: aun podremos sacudir las cadenas del pecado que nos tienen tan opegados á la tierra, y elevar nuestro espíritu hácia el cielo en donde está la patria de los gozós eternos que han de disfrutar por infinidad de siglos los que imiten á Jesucristo, los que obedezcan á la iglesia santa, los que vivan mortificados y penitentes, los que sean humildes y adoren á Dios en espíritu y en verdad, los que sabiendo que viven en un valle de lágrimas conocen que deben pelear y vencer, como peleó y venció Jesús conducido al desierto para ser tentado por el diablo. *Ductus est Jesus in desertum ut tentaretur á diabolo.*

Haced Dios mio, que todos los que os adoramos en este santo templo seamos del número de los que pelean y triunfan con Vos de los enemigos de nuestras almas. Infundid en nuestros corazones un espíritu de mortificacion y penitencia que sujete la rebelion de nuestra carne, que nos haga humildes y encienda nuestras almas en el amor que viniste á echar en la tierra para hacer á todos los hombres hijos de la gracia. Consumid con vuestra piedad omnipotente todo lo terreno y carnal que nos impide llegar á la perfeccion de vuestra ley eterna, y ayudadnos, protegednos dadnos vuestra gracia en la vida y en la muerte para ser eternamente felices con Vos en la gloria. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA I DE CUARESMA:

Del retiro del mundo.

Ductus est Jesus in desertum á Spiritu. Jesus fué llevado por el Espíritu Santo al desierto. Matt. cap. 4.

Treinta años había vivido Jesucristo en el retiro y la obscuridad de su estado humilde y en la compañía de sus padres, y era ya llegado el tiempo de manifestar al mundo su misión celestial, de dar principio á la empresa que había puesto sobre sus hombros el mismo Dios y de abrir los cielos á la obra de la redención y reconciliación de los hombres con su Dios y Criador. Deja la casa de María y de José y el Espíritu-Santo le lleva, esto es, como explican los sagrados espositores: el mismo Jesucristo libre y voluntariamente encendido en los deseos y el amor del bien de los hombres y de aplicar el remedio á sus males, se encamina al bautismo que en la ribera del Jordán hacia su precursor para disponer los ánimos de los hombres á otro bau-

tismo mayor que él había de instituir y que nosotros gozamos ahora; y cuando el Padre Eterno le dá á conocer por su hijo único, cuando el Espíritu-Santo dá testimonio de él presentándose en figura de paloma sobre su cabeza, cuando se abrieron los cielos descubriéndole su gloria como rindiendo el debido homenaje á su Criador, cuando el Bautista le reconoce por Dios y lo anuncia como el cordero que quita los pecados del mundo, en medio de tanta prosperidad y de tantos favores, se encamina al desierto para ser tentado por el demonio.

Convenia que así como tuvo principio nuestro daño en una tentación, así le tuviese nuestro remedio, para que como quedamos vencidos en un hombre, en otro quedásemos victoriosos. Hoy nos recuerda la iglesia nuestra madre en el evangelio que acabamos de oír la historia de la tentación de Jesucristo y la completa victoria que adquirió sobre el demonio valiéndose de las armas poderosas del retiro, la oración y el ayuno. Hoy nos llama y nos enciende con su ejemplo el mismo Jesucristo en deseos de pelear y vencer con sus armas. Hoy, dice san Pedro Crisólogo, habla Jesucristo nuestro Rey desde su trono evangélico á todos sus soldados, declara la guerra á todos los enemigos, promete las recompensas y premios á los que pelean, pone de manifiesto los engaños, los fraudes y astucias de los contrarios, y con su triunfo nos señala dónde, cuándo y cómo los hemos de vencer.

Bien patente es, hermanos míos, que la victoria depende por lo común del lugar, del tiempo, del modo con que se pelea, de saber elegir las armas y hacer el uso oportuno.

tuno de ellas. Jesucristo nos enseña con su ejemplo en dónde se ha de pelear; cuándo se ha de pelear, cómo y con qué armas se ha de pelear contra nuestro común enemigo el demonio. ¿En dónde? En el retiro y soledad, en el desierto. ¿Cuándo? Todo el tiempo de nuestra vida que debe ser una milicia continua sobre la tierra. ¿Con qué armas? Con el ayuno, la abstinencia y la oracion. De modo que siendo nuestra vida el tiempo destinado para la guerra espiritual con los enemigos de nuestra alma, si queremos conseguir el triunfo debemos armarnos del amor de la soledad y retiro cristiano, de la observancia del ayuno y mortificacion, de una vigilancia continua y una oracion frecuente. El demonio se vale para tentarnos así como lo hizo con Jesucristo, del mundo, sus glorias y placeres; y contra esto debemos oponer el retiro del mundo y menosprecio de sus pompas y vanidades. De nuestra carne con sus pasiones y malas inclinaciones; y á esto debemos oponer la mortificacion y el ayuno. Y nos tienta por sí mismo con sugeriones, pensamientos malos, escitando en nosotros la soberbia, la vanagloria, la presuncion, la desesperacion y todos los vicios, y para esto debemos armarnos de la vigilancia y la oracion como nos enseñó con su ejemplo Jesucristo nuestro Rey y nuestro Cefe.

¿Segun esto será indispensable el amor de la soledad cristiana y del retiro del mundo? Sí hermanos míos, tanto como lo es el ayuno y la oracion, si hemos de vencer y conseguir el premio de alabar á Dios con los ángeles. El mundo es uno de los enemigos mas terribles de nuestras alma, es uno de los medios mas poderosos de que se vale el de-

monio para perdersenos; y ya que no pueda estenderme á tanto como quisiera y ofrezco la materia que dejó indicada, voy á ocuparme en este rato en recordaros la necesidad de huir al desierto con Jesucristo, de buscar la soledad y el retiro, de abandonar al mundo y vencerle para no ser sus esclavos y quedar sin los premios de los que libres de sus cadenas sirven con todo su corazon á su Dios y no se dejan arrastrar de los ejemplos de corrupcion de la inmundada Babilonia.

Ayudadme á pedir antes los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los ángeles María Santísima.

AVE MARIA.

Ductus est Jesus...

La soledad y retiro del mundo es el lugar mas á propósito para pelear contra el demonio. Es semejante al sepulcro de Jesucristo, dice san Basilio, que le recibió muerto y le devolvió vivo, y la soledad recibe á los que están muertos por el pecado y los hace revivir y resucitar para Dios por medio de las inspiraciones y gracias con que los ayuda y favorece el Espíritu-Santo. La soledad es una habitacion terrible para los espíritus malignos, en ella se une el cristiano á su Dios y se hace superior á sí mismo. En ella escucha á Dios y Dios le habla al corazon y le fortalece y de-

fiende de las sugeriones del demonio. ¡Dichosas las almas que saben desprenderse y retirarse del mundo y entregarse enteramente al servicio de su Dios! ¡Las almas que lejos de entristecerse como el jóven del evangelio renuncian á cuanto tienen, lo reparten á los pobres y siguen sin peso ni estorbo á Jesucristo!

¿Creeis que intento apartaros de vuestras familias, de vuestras haciendas, de vuestros esposos y vuestros hijos, y que busqueis los lugares desiertos ó las casas religiosas para encerraros en ellas? Si este es un género de vida perfecto para aquellas almas á quienes Dios llama á él, no es para todos, ni se nos manda á todos, y yo os íntimo un retiro del mundo que es necesario á todos, que puede tenerse en medio del mundo y en todos los estados y condiciones, y sin el que de nada vale huir á los montes ó sepultarse en los claustros. ¿Quién es el mundo? Son los hombres mundanos malos y perversos dice el catecismo de la doctrina cristiana. Pues de este mundo, de estos hombres mundanos malos y perversos es necesario huir y retirarse. El mundo dice san Agustín, son los amadores y seguidores del mundo, los impíos y los inicuos del mundo, el mundo son los que viven según las leyes y vanidades del mundo y no están en la suerte de la gracia; el mundo y los mundanos son aquellos cuya vida esta ocupada en servir al mundo, cuyos deseos, cuyo amor, cuyos deleites están unidos al mundo y se pueden llamar los habitantes del mundo porque no le miran como un destierro y peregrinacion, sino como su patria. Este es el mundo que no quiso reconocer á Jesucristo. *Et mundus eum non cognovit.* Este es el mundo de que es

príncipe el demonio y rector de las tinieblas. *Venit princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam.* Este es el mundo del que el Señor saca y escoge á los suyos. *Ego elegi vos de mundo.* Este es el mundo al que se nos prohíbe amar y del que todos tenemos necesidad de huir: *Nolite diligere mundum.* No améis al mundo, si alguno le ama no está la caridad del Padre celestial en él; se hacen enemigos de Dios los que son amadores de este siglo. El mundo es y cuando nos se llaman los que ponen todo su amor y su corazón en las cosas de la tierra, se sumergen en sus placeres, piensan y buscan satisfacer sus apetitos y gozar de esta vida, y se cuidan muy poco ó nada de la otra. Mundo es esa inclinación y propensión á pecar. Mundo es el seguir todo lo que es contrario á la naturaleza y al destino para que fuimos criados. El cuidarnos mas del cuerpo que del alma; el gloriarnos y poner toda nuestra afición en las cosas caducas y perecederas: ese torrente en que los ciegos mortales corren y se envuelven en sus riquezas, en sus honores y en sus vanos apetitos; ese horno encendido con el fuego de todos los vicios capitales: esos hombres carnales y sometidos voluntariamente al demonio, envueltos en los vicios, encendidos en el fuego del amor impuro, esó de quienes dice el Real Profeta: que todos se han hecho inútiles, todos se han apartado del verdadero camino, sin haber uno que obre bien. Esos juramentos, esas maldiciones, homicidios, robos, mentiras y adulterios que han inundado la tierra como dice el profeta Oseas.

Este es el mundo que no ha sido criado por Dios, el mundo que está sujeto al imperio de Satanás, el

que es enemigo de nuestras almas, al que todos estamos obligados á aborrecer y del que tenemos necesidad de huir: ¿Tendré necesidad despues de esto, de daros á conocer los bienes pasajeros y engañosos, las esperanzas frustradas, las inquietudes continuas, las molestias y trabajos en que empuña el mundo á los suyos, los falsos placeres con que brinda, la amargura de sus deleites, la vanidad de cuanto ofrece y cuanto tiene para que le abandoneis y os deliquéis á agradar al Señor que vive para siempre? ¿Tendré necesidad de decir que nunca sacia los deseos, que jamás da un contento puro, que sus bienes no llenan el corazón; que jamás están contentos los mundanos con lo que el mundo los da y que se burla el mundo con frecuencia de los que le siguen; ó apelaré á vosotros mismos, á vuestros desengaños, á las veces que habeis sido la presa del odio, del resentimiento, de la burla ó habeis quedado frustrados cuando mas seguridades contábais? Os diré solo que así como el amor de Dios es la fuente de todas las virtudes, así el amor del mundo es la fuente de todos los vicios. Del amor del mundo dice san Agustín, nacen los remordimientos, las perturbaciones, las tristezas, las alegrías torpes, las discordias, los pleitos, las guerras, las venganzas, las enemistades, la adulacion, el engaño, el fraude, la perfidia, la soberbia, la ambicion, las crueldades, los homicidios, la lujuria, los escándalos que es torpe y repugnante el nombrar, los sacrilejos, las herejías, las blasfemias, las opresiones de los inocentes, los falsos testimonios, las calumnias, los juicios iníquos, las violencias y todo género de males. Os diré con san Bernardo que el amor del mundo es un amor torpe, que no se halla

seguridad ni confianza en él, porque todo está conminado con la soberbia; con la avaricia y con la lujuria, y que no hay estado ni clase donde pueda hallarse la virtud. Con el pontífice Inocencio tercero: que no hay un palmo del mundo que esté limpio y esento del mal; porque en todas partes la soberbia inchó; la envidia roe; la avaricia estimula; la ira enciende; la gula oprime; la lujuria disuelve; la mentira enreda; los homicidios manchan y no se ven sino vicios y desórdenes que son para el hombre ocasiones de pecar; y para Dios instrumentos de castigar. ¿Quién, dice el mismo pontífice (1), ha pasado un solo día sin que se haya turbado su conciencia ó con los ímpetus de la ira, ó con los movimientos de la concupiscencia? ¿A quién no ha atormentado el veneno de la envidia, el ardor de la avaricia; ó el tumor é inchazón de la soberbia? ¿Quién es el que no ofende ó con sus ojos, ó con sus oídos, ó con sus obras? Os diré con el apóstol Santiago (2): que los que aman al mundo son *adúlteros*. Dios crió al alma para unirse á ella como á esposa suya en la bienaventuranza eterna, y como esposa quiere que le ame con todo su corazón; con toda su alma, con todas sus fuerzas, y que no ame á otro sino á él. Todo el que entrega su corazón y su amor al mundo, es por consiguiente un adúltero contra su esposo celestial, le falta á la fe y amor prometido y se vende y entrega á otro esposo enemigo del suyo. Es, pues, un adulterio espiritual el amor

(1) Lib. 4.º cap. 49 de Contempl. mundi.

(2) Cap. 4.º v. 4.º

del mundo, y tanto mas grave y reprehensible que el carnal; cuanto Dios que es el despreciado y ofendido, es mas noble y escelente que los esposos de la tierra.

Luego habrémos de convenir en que todos debemos huir del mundo, retirarnos del mundo y amar la soledad. Habrémos de convenir en que el trato y frecuencia con el mundo es perjudicial á la inocencia y la salud. La virtud de Abran no estaba segura entre los caldeos, y Dios le mandó salir cuanto antes de entre ellos. La simplicidad de Isaac peligrosaba en la compañía de Ismael. Lot hubiera perecido con los de Sodoma, si no le hubiera socado de la ciudad un ángel. Faltó poco para que pereciese el rey Josafat por haber hecho alianza con el impío Joran rey de Israel. Zorobabel reusó prudentemente edificar el templo de Dios con los ídolatrás. Tobías en la cautividad huía de la compañía de los impíos por no contaminarse y pervertirse. David deseaba con ansia la soledad, y á todos nos dice el Señor por Jeremías: huid de en medio de Babilonia, y cuide cada uno de salvar su alma.

Si el que toca la pez se manchará con ella, el que frecuenta la compañía de los hombres iníquos no podrá menos de suceder el que se pervierta con ellos. ¿Cuántos motivos y ocasiones de pecar, cuántos incentivos de la concupiscencia se hallan en medio de las ciudades? En ellas está la iniquidad y la contradicción, de día y de noche anda alrededor de sus muros la maldad, en su centro se encuentran la opresion y la injusticia, y no faltan de sus plazas la usura y el engaño. El mundo entero arde en el fuego del mal. Quanto hay en él no es sino concupiscencia de la carne,

renunciencia de los ojos y soberbia de la vida. Todo es vanidad, todo es tinieblas; todos son lazos en que peligran las almas, todo es aflicción de espíritu. Si experimentan gran les tropiezos y gravísimas dificultades en el camino de la salud, aun los varones santos que viven en la santidad y el retiro; si aun los que frecuentan el mundo solamente por necesidad, ó por ejercer la caridad reciben heridas y contraen manchas con su trato ¿qué peligrosas no serán las caídas; qué heridas tan mortales no recibirán los hombres mundanos y carnales que espontáneamente se exponen y buscan las tentaciones y se mezclan en la compañía de los perversos á cada día y á cada hora en todo tiempo? Si el mundo es como meretriz que con sus embelesos arrastra á los que le miran; ¿cuánto más arrastrará á los que le tratan y se unen con él?

No creo tener necesidad de muchas reflexiones para convencéros que es necesario huir del mundo, y que todos conoceréis que es indispensable huir de los hombres malos y perversos, de aquellos que se entregan por costumbre á los usos, placeres y vanidades del mundo; y hacen de ellos su ocupacion principal y tienen todo su gusto y su placer en lograrlos. Pero es preciso mas, hermanos míos, para ser amigos de Dios. Es preciso renunciar á las pompas y vanidades del mundo; es preciso despreciarlas; es preciso desnudarse del espíritu y los afectos del mundo, y vestirse del espíritu de Jesucristo. No puede ser el hermanar el ser amigos y servidores de Dios con gozar las comodidades del mundo, con amar el fausto y la opulencia, con asistir á las diversiones y pasatiempos; el que ama Dios todo lo reputa

por estérco! y no quiere otra herencia que la cruz de Jesucristo. Digo mas: para huir del mundo y menospreciar sus pompas y vanidades, para vencerle como le venció Jesucristo y todos tenemos necesidad de hacerlo, no basta no adornarse con lujo, no asistir á los espectáculos y diversiones profanas, no seguir las locuras y desenfrenos del mundo; esto no es mas que una renuncia exterior; es menester renunciar de tal suerte al espíritu del mundo, que se tome el de Jesucristo que le condena absolutamente. Ved como: el mundo apetece y busca los bienes de la tierra, y no debemos aspirar sino á los del cielo; el mundo estima en mucho las riquezas y los honores, y debemos preferir la pobreza y la humildad: el mundo pone toda su felicidad en los placeres de los sentidos, y debemos ponerla en la mortificación y penitencia: el mundo desea brillar y darse á ver al público, y debemos amar el retiro y la vida oculta: el mundo mira á la tierra como á su propia patria, y debemos considerarla como un destierro: el mundo ama la vida y teme la muerte, y debemos emplear santamente la vida y suspirar porque Dios nos lleve despues de ella á su gloria. El mundo está entregado á los vicios, sumergido entre cieno, metido en las tinieblas; no sabe apreciar sino lo que deslumbra los sentidos, no apetece sino lo que los halaga, no vive sino la vida de los sentidos; pero el alma que quiere ser de Dios se eleva en todo sobre los sentidos, vive del espíritu y del espíritu de Jesucristo: espíritu de abnegacion y de desprendimiento, espíritu de penitencia y de mortificación, espíritu de trabajos y de cruz, espíritu de humildad y santo abatimiento, de obediencia, de dulzura, de pacien-

cia, de libertad, de consuelo, de gozo celestial, de amor puro, casto y santificante, lo he dicho ya y nada mas puedo añadir espíritu de Jesucristo. De aquí debemos inferir que no debemos pensar de las cosas del mundo como él piensa, no debemos mirarlas como él las mira; ni apreciarlas como él las aprecia. Debemos tomar por regla para conducirnos en él, lo que nos enseña Jesucristo en su evangelio; juzgar como él juzga y apreciar las cosas del mundo como él las aprecia. Esta es y en esto consiste la verdadera renuncia del espíritu del mundo.

Segun esto, direis todavía, será preciso que abandone-
mos nuestros trabajos, nuestros empleos, nuestros padres y familias. Será preciso renunciar á todas las esperanzas, al servicio y favor de los poderosos, á nuestros negocios indispensables y enterrarnos vivos en el retiro mas riguroso, ó vivir una vida intratable y sin apetecer hablar ni saludar á las gentes, una vida sin amigos. No, hermanos míos, no os repito como al principio, no es necesario ni yo quiero persuadir que sea preciso para salvarse el vivir retirado en la soledad ó en los claustros. No consiste en esto el retiro del mundo como habeis visto. Todos los estados son santos y en cualquiera que Dios os haya colocado podeis tener tranquilidad y seguridad aunque sea en medio del mayor bullicio del mundo. Lo que interesa, y lo que es el alma y la esencia del retiro del mundo es, el que no os dejéis arrastrar del espíritu del mundo y del amor del mundo: que os ocupeis en vuestros oficios y destinos teniendo presente á Dios y velando sobre los peligros que os rodean en todos tiempos. Debeis apartaros sin miramiento ni respeto al mundo de aque-

llas personas cuyas conversaciones y trato puede servir de ruina; de aquellas amistades y compañías que puedan estorbar vuestro bien espiritual; debeis formaros un retiro en vuestro corazón y examinar en él si amais al mundo y sus vanidades mas que á Dios, si estais dispuestos á perder vuestros destinos, vuestro favor y vuestros bienes, antes que perder á Dios, si sereis sufridos en la pobreza y la desgracia, y si bendecireis al Señor, como Job, igualmente cuando os dá y cuando os despoja, cuando os envíe bienes y cuando os envíe males. Debeis usar de este mundo como si no le usáseis como encarga el apóstol. No debeis poner el afecto y el corazón en los bienes del mundo, usarlos como cosas necesarias sin las que no podemos vivir y como medios para conseguir los bienes espirituales y eternos. Ninguno pues se entristezca por la pobreza, ni se liaga insolente y atrevido porque esté rico; el que posee no emplee su abundancia en el lujo y los deleites, use lo que necesita y distribuya á sus hermanos lo demás. Así se vence y huye del mundo; de ese mundo que huye y pasa como una sombra, y cuyos bienes y males duran un momento. Despreciaremos con gusto todos los bienes del mundo, si nos acostumbramos á apreciar y mirar á los eternos, que el Señor nos conceda.

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

Para que J. C. no nos reprenda y amenaze como á los fariseos, debemos huir del amor propio y de la soberbia deseando, no que se haga nuestra voluntad sino que siempre sea cumplida la de nuestro Dios.

Magister, volumus á te signum videre. Maestro, queremos que nos hagas un milagro. Math. c. 12. v. 38.

Los escribas y fariseos del pueblo ingrato orgullosos, arrogantes y soberbios se declararon contra la santidad de Jesucristo. Lo insultaron, lo escarnecieron, blasfemaron de su divinidad, despreciaron sus doctrinas celestiales y puestos á la cabeza de los impíos que habian de escandalizar al mundo entero con sus abominaciones se atrevieron á pedir al Omnipotente razon de sus obras, y á parodiar la conducta de Lucifer cuando en el cielo se reveló contra el Altísimo. Por su hipocresía, por su audacia, por su jactancia, por sus vicios, crímenes y excesos merecieron que Jusus lle-

no de indignacion, aunque era la misma lenidad y dulzura los llamase «sepulcros blanqueados, hipócritas, brillantes en » lo esterior, é interiormente llenos de pudredumbre, y » generacion de vívoras.» Se tenian por mucho mas sábios, santos y perfectos que los demas: calificaban con la nota de pecadores y profanos á los que no pertenecian á su secta; y su afectacion era tan estremada que no querian comer ni beber con ellos. Estos hijos de la mentira acostumbrados «á llevar la paz en la boca estando repleto de males su co- » razon, como lo dice el Salmista (Ps. 27. v. 3.) sabiendo que nuestro Redentor habia curado en sábado á uno que tenia una mano seca, y probado que en todo tiempo es lícito hacer bien al prójimo: que en seguida habia sanado á un ciego y mudo: que con sus obras, ejempls y doctrinas se conciliaba la admiracion, veneracion y respeto de las turbas, y que reprendia su impiedad con tanta razon y justicia, se le acercaron y digeron lo que se expresa en el evangelio que acabais de oír. «Maestro: queremos que nos hagas algun milagro. *Magister, volumus á te signum videre.*»

No suplican, dicen los santos padres; no ruegan ni se humillan, sino que imitando al tentador que dijo á Jesucristo que convirtiese las piedras en pan para satisfacer su propia voluntad infernal manifiestan con orgullo; altivez y soberbia que quieren ver un prodigio de la divina omnipotencia, un milagro de su poder infinito, una maravilla sorprendente como la que pedia á Abran el rico atormentado en los infiernos: (Luc. c. 16.) y esto con la mas dañada intencion dice san Juan Crisóstomo. (Homil. 14, in Math.) Querian que J. C. les hiciese un milagro para argüirlo de

vanagloria, para probar que sus obras eran efectos del pacto que tenía con Belzobu príncipe de los demonios, para traer á la esfera de su limitada capacidad la infinita de la divina omnipotencia y juzgarla en el tribunal de su amor propio creyéndose superiores al escelso, como lo creyó Lucifer su príncipe, su maestro, su doctor y tirano de quien se dejaban inspirar. No es pues extraño que en vista de tan criminal simulacion respondiese y dijese Jesus hijo del Altísimo: Esta generacion mala y adúltera pide señal milagrosa y no se le dará otra que la de Jonás profeta. Porque asi como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, asi estará el hijo del hombre tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. Los Ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra esta generacion y la condenarán: porque hicieron penitencia á la voz de Jonás y aqui tienen al que es mucho mas que aquel profeta. La Reina del Austro se levantará tambien en el dia del juicio y condenará á esta generacion perversa porque vino de los últimos fines de la tierra á oír la sabiduría de Salomon; y estos adúlteros que han abandonado al divino Esposo de sus almas con su infidelidad pasada, y su incredulidad presente están viendo al que es incomparablemente mas que Salomon y ningún caso hacen de su sabiduría eterna.

Ved aquí, amados míos, lo que aconteció entre los fariseos y Jesucristo segun la letra del evangelio. Tenedlo presente y advertid: que esto mismo es lo que sucede hoy dia entre el Redentor de nuestras almas y los que llenos de altíñez y orgullo se atreven á insultarlo negando, despreciando y persiguiendo su s acrosanta religion con el lenguaje

Farisáico de los que se llaman sociales, cultos é ilustrados porque son audaces, altaneros, orgullosos y soberbios. Reflexionadlo: y puesto que os llama el Dios de las misericordias por los caminos saludables que frecuentan los fieles en esta santa cuaresma, preparaos para escuchar con respetuosa docilidad las razones con que os voy á demostrar: «que para que Jesucristo no nos reprenda ni amenace como » á los fariseos debemos huir del amor propio y de la soberbia deseando, no que se haga nuestra voluntad, sino » que siempre sea cumplida la adorable de nuestro Dios.»

El cielo quiera iluminarnos y dar á mis palabras la virtud que tuvieron las de Jonás con los Ninivitas: las de Jesus con la Samaritana, con el Buen-Ladron y con el que viéndolo morir exclamó diciendo: «Verdaderamente era este el hijo de Dios.» Para que así sea, levantemos nuestros corazones hácia el Padre de las luces y Dios de toda consolacion. Recurramos á la Madre de la gracia María Santísima y digámosla con el ángel.

AVE MARIA.

Magister volumus á te signum videre:

Encargado Jesucristo de ponernos en armonía con el cielo, y queriendo hacernos agradables á la divinidad, nos comunicó su espíritu, nos ofreció su gracia, nos señaló los caminos de nuestra justificacion, condenó el amor propio,

principio, origen y causa de todos los pecados, y nos mandó que orásemos al padre celestial diciéndole: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» No contento nuestro divino maestro con enseñarnos de este modo, quiso él mismo practicar esta doctrina capaz por sí sola de convertir la tierra en un cielo delicioso; quiso servirnos de ejemplo; y bien sea que diga por san Juan: «descendí del cielo, no para hacer mi voluntad sino la de aquel que me envió:» (Joan. c. 6, v. 38); ya que ore y diga á su eterno padre: «no como yo lo quiero, sino como vos padre mio lo queréis:» (Math. c. 26, v. 39); ó ya en fin que reprenda y amenace con dureza á los orgullosos fariseos que no querían ver cumplida la voluntad divina sino la suya propia, siempre podremos inferir de las doctrinas y ejemplos de Jesus que el amor propio es el enemigo de toda virtud, que con él sumos terrenos y carnales, que nos precipita en los infiernos y nos hace hijos de Lucifer siendo el sello de nuestra reprobacion eterna. Esta es una verdad manifiesta en los libros santos, inculcada por los santos padres, sabida y practicada por todos los justos, y tan esencial para nuestra salvacion que no hay quien no sepa entre los fieles que nadie puede salvarse sino en el espíritu que Jesus comunicó á su iglesia fuera de la que no hay salud para los hombres. El amor propio, dicen los ascéticos, es el asiento de la soberbia, el funesto origen de los pecados que conmovieron al cielo, llenaron de horrores la tierra y de condenados el infierno. Es la polilla que destruye las vestiduras preciosas de la gracia, el enemigo que tiene entrada franca en los corazones de los mas santos y perfectos, porque se disfraza con

la capa de la virtud, con la piel de la santidad, con las apariencias de la religion que quiere destruir. El amor propio escluye, rechaza, espele y aleja del corazon del hombre el espíritu de Jesus, su gracia, su paz y su gloria: se nutre con los vapores de una soberbia infernal tan fecunda en males que son suyos todos cuantos se han experimentado y se experimentarán en la tierra y en los infiernos. El amor propio contrario al amor celestial y divino con que Jesucristo quiso abrasar nuestras almas para hacernos ángeles en esta vida, ha declarado guerra á muerte al mismo Dios: derrama sobre los hombres todos los vicios, abominaciones, depravacion, malicia y propensiones al pecado; y bien sea que se disfrace con las formas del bien publico, de la comun felicidad, del órden, de la ilustracion y engrandecimiento de las naciones, ó que aparente un celo santo por los intereses de la religion, por el esplendor de su culto y decoro de sus ministros, siempre se observa que su fin no es otro que el de derribar al Omnipotente de su escelso trono, el de hacerlo todo suyo, el de dominar despóticamente á todas las dominaciones, el de vivir engroido bajo el lema que fijó Lucifer en su frente cuando se atrevió á decir con asombro de los cielos á su Criador: *Non serviam, No te serviré.*

Y en vista de esto. Sabiendo por experiencia que somos polvo, escoria y nada: que la corrupcion late en nuestros huesos, en nuestra carne, y en toda la economía de nuestros cuerpos mortales, y que si contamos con algun vigor y fuerza, con alguna virtud y poder, todo nos viene del autor y causa de todo bien para que utilizándonos de los beneficios de nuestro insigne bienhechor, triunfemos con su

gracia del amor propio y vivamos con el celestial y divino que hace la felicidad de los hijos de Dios. Clamando como claman la recta razón y el sentido común: hablándonos con tanta claridad la sabiduría eterna, y oyendo á todas horas los gritos de una voz interior que nos dice: «que Dios es Dios, y nosotros hechuras de sus manos; ghemos de ser tan protervos como los orgullosos fariseos que despreciando los estupendos milagros de Jesucristo se atrevieron á decirle llenos de altivez, de superioridad y altanería, ¿queremos que nos hagas algún milagro ostentoso, sorprendente y maravilloso? Si así lo hiciésemos... Si ciegos para ver los prodigios y maravillas que prueban la divinidad de nuestra santa religión, y sordos para no oír los clamores de nuestro redentor, las exortaciones de su esposa santa y las predicaciones saludables de sus ministros solo vemos y oímos las perspectivas y armoniosas pero fatídicas voces del amor propio, seremos víctimas miserables de nuestro arrojo diabólico. Jesús insultado nos reprenderá con aspereza, nos amenazará con el juicio de los Ninivitas y de la reina del Austro, y nuestra suerte será la desastrosa de los que desdennan el espíritu de humildad, de veneración y respeto con que debemos adorar á nuestro Dios deseando que se haga en todo su santísima voluntad.

En querer y desear que se cumpla la voluntad de Dios y no la nuestra: en repetir con Jesucristo: «no como yo lo quiero, sino como Vos Padre eterno lo quereis:» en despojarnos en una palabra del amor propio para que nos posea el amor de Dios y podamos decir con san Pablo: «No soy yo, sino Jesucristo el que habita en mi corazón:» consisten

nuestra dicha, nuestra felicidad y nuestra gloria. Y no solo esto, sino que procurando por nuestra parte que se cumpla la voluntad de Dios, este divino Señor cumplirá la de los que le temen, aman y sirven; porque espíritu está «que Dios hace siempre la voluntad de los que le temen. *Voluntatem timentium se faciet.* (Ps. 44, v. 19). Si pues despojándonos del amor propio somos poseídos por el Espíritu-Santo, nos hacemos agradables á Dios, vivimos con la vida de los justos, atramos sobre nuestras almas todas las virtudes, anquilamos todos los vicios, relegamos al infierno el genio del pecado, regocijamos á la iglesia inmaculada y hasta merecemos que de nosotros diga el real profeta: «Yo he dicho que sois Dioses, y todos hijos del Excelsio.» *Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes.* Si dedicados á cumplir la voluntad de Dios, Dios se apresura á cumplir la nuestra; á fortalecernos con el escudo de su buen querer, y á defendernos de las astucias, asechanzas y tiros desesperados del amor propio y de la soberbia anidada en nuestros corazones carnales y terrenos. Si el único medio que tenemos para evitar la indignacion del Omnipotente es el de humillarnos ante su Divina Magestad, pedirle misericordia como el publicano, hacer penitencia como los Ninivitas, y oir las palabras de eterna sabiduría que han pronunciado los labios del hijo del Altísimo, con la misma solicitud con que la reina del Austro fué á oir la infusa de Salomon. ¿No será justa, racional, útil y provechosa la resolucion de emanciparnos del infausto imperio del amor propio enemigo de la virtud, contrario de la gracia y opositor perpétuo del espíritu de Jesucristo sin el que nadie puede salvarse? ¿Librarnos de

todos los males; evitar las reprensiones y amenazas de un Dios provocado é insultado con la altivez y arrogancia del hombre rebelde á la ley eterna y á los mandatos del que vino al mundo á salvarlo, redimirlo y glorificarlo: aspirar á la posesion de las delicias que describe el sabio al hablar del alma justa ó de la esposa en los cantares, y vivir alimentados con el amor divino que forma la felicidad de los que tienen la dicha de nutrirse de manjar tan deleitable. ¿No son bienes sobre toda ponderacion estimables? ¿Pudiéramos imaginar otros mejores? Pues todos los que dejo indicados y otros muchos que yo no puedo comprender ni explicar, son los que Dios ha prometido á los humildes y pacíficos que resisten al amor propio y se dedican á que se haga la voluntad divina así en el cielo como en la tierra. Estos forman la deliciosa sociedad que estableció el eterno para tener sus delicias con ella, para vivir eternamente desposado con esta iglesia santa á quien llama su esposa, hermosa, amada y sin mancha, y para llevarla victoriosa y triunfante á la patria de los bienaventurados. Los que con el fuego de la caridad hacen que el amor propio se liquide como la cera en un horno encendido, y desaparezca la soberbia como desaparecen las tinieblas á la presentacion de la luz, son los hijos de la gracia destinados á hacer la corte del gran vencedor del mundo, del pecado y del infierno: son los que han de juzgar á los desacordados que siguieron las rutas de la perdicion en los brazos de su amor propio: son los predestinados á la gloria por haber vivido con el espíritu de Jesucristo, por haber hecho la voluntad del Padre celestial.

Y decidme la verdad, amados míos: ¿no deseais ser

del número de estas dichosas criaturas vivificadas por la gracia, alentadas por la esperanza y encendidas en amor divino por aquella caridad que Dios infunde en los corazones de los que desean, no que se cumpla su voluntad, sino la del Padre que está en los cielos? No quereis que Jesucristo os quiera, os ame, os acaricie y atienda como á sus propias ovejas, y no os reprenda ni amenace como á los altivos y orgullosos fariseos que por dejarse arrebatar de su amor propio y de su soberbia concitaron el furor del hijo del Altísimo del modo que se espresa en el evangelio de este día? Pues si quereis esto, huid del amor propio y de la soberbia deseando que sea cumplida siempre la voluntad de vuestro Dios. Nadie se atreva á escudriñar los secretos investigables del Eterno: nadie avance como Lucifer, hasta querer igualarse con el Altísimo: nadie tenga la osadía de prescribir leyes á Jesucristo como los fariseos que tuvieron la audacia de decirle «queremos que nos hagas algún milagro,» porque los que se lanzan á este extremo serán reprendidos con severidad y amenazados con aspereza, y su suerte será infausta.

«Esta generacion mala y adúltera, dijo Jesus de los » fariseos, pide milagros y no se les dará otro que el de » Jonás profeta.» Es decir, en sentir de san Juan Crisóstomo (Homil. 44, in Math.) Estos hombres fingidos, hipócritas, aduladores, llenos de simulacion y malicia quieren que yo los divierta con prodigios y maravillas sorprendentes para decir en seguida que obro en virtud de Bercebú príncipe de los demonios; y que la ostentacion vanagloriosa forma mi carácter. Pero no verán ya mas que el mi-

lagro figurado por Jonás; mi muerte y resurreccion gloriosa. «Cuando alceis al Hijo del hombre, les dijo en otra ocasión; entonces entenderéis, que yo soy, y que nada hago de mí mismo. (Joan c. 8, v. 28.) Como si digera. El mayor de todos los delitos que comiereis en mi persona haciéndome morir colgado en una cruz os obligará por último á que reconozcais que yo soy el que os he hablado en nombre de mi Padre: Así se verificó cuando crucificando lo confesó el Buen-Ladron por Rey del cielo; cuando el Centurion dijo que era hijo de Dios, y cuando viéndole muerto se volviau muchos á sus casas dándose golpes de pechos, como lo dice san Lucas. *Revertébantur percutientes pectora sua.* (Luc. c. 23; v. 38). Innumerables en fin se convirtieron con el milagro de Jonás anunciado por el Salvador á los fariseos: por que los prodigios de su pasion y muerte; su resurreccion gloriosa, el descenso del Espíritu-Santo, la predicacion, constancia y milagros de los apóstoles; la ruina de Jerusalem y la dispersion y total estérminio de los judíos, ¿no causaron en todo el universo aun mas impresion que la que causó la voz de Jonás en los Nínivitas? Jesucristo desde la cruz ¿no atrae á sí todas las cosas como él mismo lo predijo? Aun reservaba Jesús estos milagros para vencer la dureza y pertinacia de los fariseos: aun se hallaban en los tesoros de su piedad inmensa estos recursos de su omnipotencia para destruir la hipocresía, el orgullo y la soberbia de los que por tentarlo le pedian señales estupendas. «Os conviene, les dijo Caifas, que muera un hombre » del pueblo para que no perezca toda la gente» (Joan c. 18, v. 14). Convino tambien que Jonás fuese arrojado al mar.

para que cesase la tempestad: y esta figura insignie del Salvador entregado á los horrores de la muerte por dar la vida á los hombres fué una verdad realizada cuando Jesus anunció á los fariseos que no se les daría otra señal que la de Jonás profeta. Ella debió bastar para convencerlos de error en los arrebatos de su amor propio y en los furores de su soberbia: para obligarles á deponer los deseos seculares y las obras de la carne y de la sangre, y vestirse de nuevos hombres con la gracia de la resurreccion de Jesus como lo dice san Pablo: y para sacrificarse en las aras de la divina voluntad como conviene á los santos. Todos los hombres debieron rendirse al que por ellos murió y resucitó glorioso y esconder su vida en Jesucristo como el grande apóstol. Pero el amor propio y la soberbia resistiendo con infernal tenacidad la voluntad de Dios despreciaron el milagro de Jonás consumado por nuestro Redentor: ningún caso hicieron de las señales que manifestó el cielo en el nacimiento, en la vida, en la muerte, en la resurreccion y establecimiento de la iglesia del Eterno Pontífice, santo impoluto, segregado de los pecadores y superior á los cielos: tomaron posesion de los corazones perversos, hicieron que para ellos no tuviese significacion importante la virtud, la religion, la gracia, la gloria ni el infierno, y hasta consiguieron que los mulos dijese en su corazon: «no hay Dios que premie el mérito y castigue el crimen.» Estos infelices siempre miraron á Jesus como al hijo de un carpintero, lo tuvieron por criminal y justamente condenado, y si los cielos, la tierra y los infiernos se apresuran á probar con señales prodijosas la divinidad del hijo de Maria, jamás quisieron en-

tender la verdad por no obrar el bien; y á estos, á estos y á cuantos viven bajo las influencias del amor propio y de la soberbia dijo Jesucristo: «los Ninivitas se levantarán en el día del juicio contra estos malvados y los condenarán.»

Esto se entiende con nosotros, católicos: estas terribles palabras del Juez de vivos y muertos fueron dirigidas á todos los hombres del mudo, y muy especialmente á los fieles que viven apartados de la ley santa del Señor: con ellas reconvienen los santos padres á los pecadores, y aquí quisiera yo que principiara mi sermón para poder convencerlos del horrendo crimen que cometen los que dejándose guiar por un amor propio desprecian las amonestaciones de la iglesia, y siendo mucho mas favorecidos que los Ninivitas no se mueven como estos á penitencia. ¡Qué vergüenza! dice Santo Tomás de Villa-Nueva. ¡Que delirio! añade San Ambrosio. Los Ninivitas eran idólatras, estaban entregados á las inmundicias de la carne, á los vicios y apetitos de los sensuales hijos de Belial, y no conocian al Dios verdadero. Pero en cuanto vieron á Jonás que vomitado por una ballena recorrió descalzo pobre y desvalido las calles y plazas de la populosa Nínive predicando penitencia y amenazando con la destruccion de la ciudad si no dejaban sus abominaciones y se convertian al Señor, aquellos bárbaros se vistieron de saco y de ceniza, clamaron á Dios con un corazón contrito, creyeron y obedecieron al profeta, hicieron penitencia, se humillaron al Señor con firme propósito de hacer su santísima voluntad, y el Dios de las misericordias eternas los perdonó, les concedió su gracia, los destinó para acompañar á los apóstoles en el oficio de juzgar á las tribus

de Israel, y los puso en el mundo como modelos y ejemplares de verdadera penitencia. Nosotros emperó, instruidos desde la infancia en la ley santa del Señor, alimentados con el pan de la doctrina sana, criados y nutridos con la gracia de los sacramentos, que mil veces nos hemos sentado á la mesa con el Dios que nos da á comer su cuerpo y á beber su sangre; nosotros que no á un Jonás sino que al mismo Dios; de aquel Profeta hemos oído palabras de vida eterna y hemos visto y palpado los prodijios y maravillas de su religion adorable. Nosotros ¿nos vestimos de saco y ceniza? ¿Clamamos á Dios con corazón contrito? ¿Hacemos penitencia y nos humillamos delante del Señor con firme propósito de hacer siempre su voluntad? ¡Ah! En la semana pasada se sintieron bailes, festines, convites, danzas, algazaras y todos los desórdenes del carnaval. Hemos sido blasfemias hereticas, visto abominaciones horrendas; desacatos impios y escándalos repugnantes. Hemos presenciado esas escenas de licencia y libertinaje con qué públicamente se insulta y provoca al Dios que ha obrado multitud de milagros mas estupendos que el de Jonás para llamarnos á su santo servicio, y no hay quien no confiese que nuestra sociedad está entregada á la disipacion mas espantosa; y que es mas culpable que la de los Nínivitas. La iglesia santa llena de celo por la salud de sus hijos, nos impuso la ceniza en la cabeza recordándonos aquella verdad tremenda de que somos polvo y en polvo nos convertiremos: nos ha prescrito el ayuno saludable de la santa cuaresma: nos ha precisado á entrar en los ejercicios penitenciales que pueden desarmar la cólera del Dios irritado contra los pecadores, y ha puesto en movi-

miento á sus ministros para que no cesen de predicar penitencia como Jonás bajo las penas eternas del infierno á los que desprecien las doctrinas del que dijo, que siendo mucho mas que aquel profeta no mereció ser escuchado y obedecido como aquel lo fué de los ninivitas. Nada mas se ha podido hacer para que nos convirtamos y justifiquemos. ¿Pero estamos convertidos y justificados? ¿Hémos pensado seriamente en deshacernos del amor propio que nos arrastra y de la soberbia que nos domina para hacer que en todo se haga la voluntad de nuestro Dios?

Reflexionemos sobre esto, y entendamos: que si seguimos á los fariseos orgullosos que tuvieron la altivez de pedir milagros al que no cesaba de hacerlos, solo por satisfacer su propia voluntad, seremos reprendidos como ellos lo fueron por Jesucristo indignado contra los que no quiere su divino espíritu. No perdamos de vista que el milagro que ofreció nuestro divino Redentor á los fariseos, se realizó en su muerte y resurreccion gloriosa figuradas por Jonás arrojado al mar, tragado por la ballena, y vomitado por ella en las playas de la antigua Ninive. Tengamos presente que habiéndose convertido con este milagro, compendio de todos los milagros de nuestro Salvador, muchos fariseos, para todos los pecadores que vivan y mueran con los fueros infernales del amor propio y de la soberbia dijo la sabiduría eterna: «Los Ninivitas se levantarán en el dia del juicio con estos malvados y los condenarán.»

¿Y qué han de hacer sino condenar á los que empeñándose en vivir viciosa y criminalmente no quieren hacer la voluntad de Dios como la hicieron los Ninivitas en cuanto

oyeroll á Jonás? ¿Cómo no han de condenarnos los Ninivitas habiendo hecho penitencia á la voz de un profeta, y viendo que nosotros nos burlamos del Dios de los profetas sin querer sujetarnos á sus leyes sacrosantas; sin pensar en reformar nuestras costumbres; sin decidarnos á dejar las ilusiones con que nos engaña el amor propio proponiendonos á su modo las cosas del mundo; del demonio y de la carne, y sin acabar de creer que solo el espíritu de Jesus puede salvarnos, y que en que la voluntad de Dios sea cumplida, consiste nuestra felicidad? Como no nos han de condenar los Ninivitas...

Pero Dios mio: derramad un destello de esa luz inaccesible que habe santos á cuantos ilumina sobre nuestras almas, y todos seremos salvos. Conviértenos y nos convertiremos. Relegad el amor propio y la soberbia que nos tiranizan á los abismos infernales: Llenadnos de vuestro espíritu para que procurando con nuestras obras, palabras y pensamientos, que siempre sea cumplida vuestra santa y adorable voluntad seamos dignos de habitar eternamente con Vos en los tabernáculos de la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMÍNICA PRIMERA
DE CUARESMA.

De la confesion sacramental.

¿Vis sanus fieri? ¿Quieres sanar? Joan. cap. 5 v. 6.

Acabais de oir, hermanos mios, el milagro que obró nuestro Señor Jesucristo con un hombre que llevaba treinta y ocho años en su enfermedad y estaba aguardando recuperar su salud en la Piscina de Jerusalem lavándose el primero en ella despues del movimiento de las aguas, que de tiempo en tiempo hacia el ángel del Señor, como nos dice el evangelio de este día. La Piscina de Jerusalem era una figura del sacramento de la penitencia que Jesucristo ha dejado instituido en su iglesia: es esta un baño mas escelente que aquella Piscina antigua porque no se compone de aguas de una fuente comun y terrena, sino de la misma sangre de Jesucristo derramada en la cruz por los pecadores, y de las

aguas celestiales de su divina gracia destinadas á la remisión de nuestros pecados y á blanquear y purificar nuestras almas. La sangre de Jesucristo es tan poderosa para limpiarnos, que no solamente en el sacramento del bautismo, sino tambien en el de la penitencia nos limpia y lava, nos borra y purifica de nuestros pecados sin que se agote jamas su infinita virtud. La Piscina antigua estaba solamente en Jerusalem, pero el sacramento de la penitencia está en la iglesia católica difundida por todo el mundo. En esta Piscina saludable se curan los enfermos de todo género. La multitud grande de débiles, ciegos, cojos y tullidos; los pecados de flaqueza y debilidad, los de ignorancia, los de malicia, todos se perdonan. En esta Piscina se lavan y purifican las ovejas de Jesucristo para poder ofrecerse á Dios con el cordero sin mancha y ser participantes de su sacrificio. «La-
» vaos, estad limpios, quitad de mis ojos el mal de vuestros
» pensamientos, cesad de obrar la iniquidad y aprended á
» obrar el bien. Aunque vuestros pecados os ennegrezcan
» como un paño manchado, quedareis tan blancos como la
» nieve. En aquel dia habré una fuente patente á la casa
» de David y á todos los habitantes de Jerusalem para la-
» varse en ella de sus pecados,» segun anunciaron los profetas (1).

La Piscina de Jerusalem tenía virtud para sanar á los enfermos en ciertos tiempos solamente; cuando el ángel del Señor bajaba y movia las aguas: la Piscina de la peniten-

(1) Isai. cap. 4, Zach. cap. 22.

cia en todo tiempo sana y purifica á los pecadores, porque en todo tiempo mueve sus aguas *el ángel del gran consejo* y las dá una virtud constante emanada del agua y la sangre que salió de sus llagas. En la Piscina de Jerusalem sumaba solamente uno, el que primero se lavaba en sus aguas despues de movidas por el ángel, pero en la Piscina de la penitencia sanan todos los que se llegan á ella con las debidas disposiciones, y por grandes que sean los pecados y las impiedades cometidas no nos sirven de estorbo en el día que queramos convertirnos, el Señor no aguarda sino que nosotros queramos y á cada uno nos dice como al enfermo del evangelio, *¿vis sanus fieri? ¿Quieres sanar?* No solamente nos llama y nos convida, sino que nos asegura la salud y el premio, nos jura por su palabra que no se acordará mas de nuestras iniquidades y nos manda que nos lavemos y purifiquemos. ¡Miserables de nosotros si no creemos al Señor! Somos paralíticos, ciegos, débiles y enfermos en nuestras almas, ¿en qué consiste que no queramos sanar? ¿Diremos que somos débiles, que nuestra enfermedad es demasiado inveterada y grave, que carecemos de fuerzas y que no tenemos hombre que nos ayude y encamine á la penitencia? Pero Jesucristo Dios y Hombre está continuamente dispuesto á ayudarnos por medio de sus sacerdotes á quienes constituyó ministros suyos para que nos laven en la Piscina de la penitencia: los encargó el ministerio de la reconciliación, los dió su potestad para perdonar los pecados en la tierra y los que nos perdonaren aquí, nos serán perdonados en el cielo, porque uno mismo es el que perdona, Jesucristo por medio de su ministro y valiéndose de su ministro. Todas

las veces que pequemos y nos arrepintamos de todas veras, seremos justificados.

Pero se nos exige una condicion demasiado humillante y que repugna á las inclinaciones naturales, se nos impone un yugo intolerable y se nos sujeta á una tiranía horrible, ¡qué mayor humillacion y tiranía que obligar al hombre á manifestar los horrores de su conducta, á declararse á otro hombre y á hacerse mas miserable aun que lo que es! ¿Cómo es posible ponderar la perplejidad cruel, las agitaciones horribles, la violencia que sufre el hombre condenado á referir sus flaquezas á otro hombre! Los tiranos piden la vida y la hacienda, pero en la penitencia se nos exige el sacrificio de la honra y la reputacion y es contra la idea de un Dios misericordioso el creer que sea mas inhumano y cruel que los tiranos. Dios sabe y penetra nuestro corazon, le están patentes todos nuestros secretos, ¿á qué manifestarlos á un hombre? Dejo de referir otras impiedades con que se declama contra la confesion sacramental y que por desgracia son frecuentes en nuestros dias de depravacion é indignas de decirse desde este lugar santo. Al paso que el Señor quiere perdonarnos y limpiarnos de todos nuestros pecados, y lavarnos y purificarnos en las agnas saludables de la penitencia cuantas veces queramos salir del cieno de nuestras culpas y sanar de nuestras enfermedades, quiere tambien que nosotros las lloremos, las detestemos, que abracemos los medios propios y establecidos por el mismo Señor para espisar y reparar nuestros pecados. Por grande que sea su misericordia no nos perdona sin que nosotros le pidamos el perdon, sin que busquemos la salud, sin que prestemos

nuestra voluntad á los remedios que nos ofrece, *quis sanus fieri?* ¿*Quieres sanar?* El Señor no nos perdona sin que nosotros nos preparemos con las disposiciones necesarias para recibir el sacramento de la penitencia.

Vosotros hermanos míos, lo sabeis muy bien, y sabeis tambien cuales son todas estas disposiciones necesarias. No voy á ocuparme en explicaroslas ni á hablar detenidamente de cada una de ellas; pero al oír el horror y desprecio con que se habla de la confesion sacramental; las mofas y dicté-rios que se dejan decir muchos malos cristianos, y lo que es peor, lo que se escribe públicamente en algunos libros inmorales, es un deber mio hablaros de la necesidad de esta misma confesion sacramental; deciros que no es una práctica introducida por el fanatismo y la tiranía, que no es verdad que basta confesarse á Dios, que es una impiedad el mofarse y querer desterrar de los fieles este alivio y consuelo de las almas, deciros.... Nada necesito decir para vosotros hermanos míos. Vuestra fé está profundamente arraigada y esta fé tranquiliza vuestro espíritu: pero la fé mas pura, dice san Agustín, tiene necesidad de ser animada y escitada y mucho mas cuando el hombre enemigo siembra la cizaña. Necesito decir mucho para preservaros del espíritu del mal que con tantos artificios quiere derrocar este muro de nuestra religion y de nuestra moral. Dispensadme si no sigo mi discurso con aquella moderacion y templanza propia de un ministro del Dios de paz; hoy me dirijo contra la impiedad y falta de fé y no es posible dejar de irritarse con un celo santo tratando con gentes que para sofocar la fé han tenido que ahogar antes la razon. Asistidme,

Señor, con vuestra divina gracia. Pidámosla por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA..

¿Vis sanus fieri...?

El yugo de la confesion es demasiado duro y humillantó para que Jesucristo nos le haya impuesto, dice el impío, que sin tomarse el trabajo de estudiar nuestra religion y menos el de vivir conforme á su doctrina se cree autorizado para hablar en tono decisivo en materias religiosas, y para pervertir y contaminar á los demas envolviéndolos en sus errores. Basta confesarse con Dios que vé los corazones y no pasar por la vergüenza de manifestar las propias flaquezas á otro hombre, dice el que parece menos licencioso; y todos convienen en que es una tiranía, una invencion del fanatismo del clero, una supersticion porque es vergonzoso pasar y que debe eliminarse de entre las gentes de razon y que sepan sacudir el yugo de que se dejaron oprimir los hombres en los siglos de la ignorancia y la barbarie. Pues bien, diré yo á estos ciegos y guías de otros ciegos; el orgullo humano ha respetado por muchos siglos una práctica que tanto humilla la vanidad del hombre, que tanto se opone al amor propio, nosotros la hemos recibido de nuestros padres, nuestros padres la recibieron de los suyos y subiéndolo á su origen llegamos á que fué práctica instituída por el mismo Jesucristo. El espíritu humano obscurece y confunde fácilmente las ver-

dades de que quiere desentenderse; pero las hay en nuestra religión tan claras, tan palpables y tan luminosas; que á pesar de todas sus sutilezas y artificios se vé obligado á reconocerlas y confesarse vencido, y esta es una de ellas. Hablad cuanto querais, exajerad el horror y agotad vuestros ingenios para pintar con toda la viveza posible el yugo intolerable y la espantosa tiranía de obligar á un hombre á confesarse á otro hombre, yo os diré con Tertuliano: que cuando habla Dios, al hombre solo le toca callar y obedecer. Yo reconoceré vuestra superioridad de talentos, vuestra elocuencia, todo cuanto querais; pero jamás confesaré que sois mas que Dios, ni autepondré vuestros juicios y disposiciones á las suyas; y habiéndolo ordenado el mismo Dios la confesion sacramental, juzgad vosotros si convendrá mas obedecer á Dios que á los hombres.

Cuanto mas trabajais para ponderar la triste, lo gravoso, lo humillante de la confesion, cuanto mas os empeñais en manifestar su repugnancia con las inclinaciones naturales del hombre, demostráis todo lo contrario de lo que pretendéis; hacéis ver que una práctica tan odiosa y repugnante no ha podido imponerse á los hombres por otros hombres y que jamás hubiera sido admitida si no hubiera sido ordenada por el mismo Dios. Demostrais bien que el estar admitida por todos los pueblos, por todos los siglos hasta llevar á nosotros á pesar de su dureza y repugnancia no puede ser sin ser sostenida por el mismo Dios que la instituyó.

Si Jesucristo no nos ha impuesto esta carga, que en sentir del incrédulo es demasiado dura, luego habrá habido algun tiempo despues de Jesucristo, le digo yo, habrá habi-

do algun siglo en que no estuviese admitida ni establecida esta práctica en la iglesia; algun tiempo en que la confesion sacramental era ignorada en la iglesia, algun tiempo en que no se creia ni se enseñaba en la iglesia que la confesion era necesaria. De modo que empezó un dia á creer necesario y exigir lo que antes ni creia ser de necesidad ni habia exigido á sus hijos: ¿y el comun de los cristianos no reclamó contra esta odiosa novedad? ¿Y el mundo entero se dejó imponer un yugo que antes no tenia? ¿Y quién fué el que instituyó y sancionó esta nueva ley? ¿Cuándo? ¿Y cómo hace hoy la iglesia todo lo contrario y piensa y cree lo contrario de lo que antes hacía y creia? ¿Tan fácil es que el mundo entero reciba de nuevo una ley tan contraria á las pasiones sin razon y sin autoridad alguna? Quanto mas dura y penosa es esta ley, tanto mas nos demuestra que no ha podido ser impuesta por los hombres, que está ordenada por el mismo Jesucristo, y que solo Jesucristo ha podido imponer esta carga á los hombres, y así solo se entiende el que los hombres la hayan aceptado.

Pero es una ley demasiado dura y humillante, y no es creible que el Dios de misericordia la impusiese. Repito, que si así no es, es imposible que se haya introducido y esto basta para que el hombre la respete; pero digo que por mas que nos parezca un yugo pesado, es necesaria segun la disposicion de Jesucristo, y es una práctica útil y conveniente al pecador que quiere conseguir el pardon de sus culpas. Jesucristo dejó á sus apóstoles y de estos pasa y pasará á los sacerdotes la facultad de perdonar los pecados de los hombres. *Los pecados que perdonáreis serán perdonados,*

y los que retuviéreis serán retenidos. No á todos pueden perdonar y desatar, sino solo á aquellos que viniesen verdaderamente dispuestos. Luego el pecador tiene que manifestar al sacerdote sus disposiciones, tiene que aplicarse á conocer sus pecados y darlos á conocer por medio de su confesion. El sacerdote tiene que distinguir entre pecador y pecador, entre pecado y pecado, y esto no puede hacerla por otro medio que por la confesion del penitente. La confesion, dice el concilio de Trento es un tribunal, un juicio en que el penitente es el acusador y testigo, y el sacerdote es le juez. Precisa es que el juez conozca, y por consiguiente que el pecador se acuse. El sacerdote es el dispensador de la gracia, y debe examinar á quién, cómo y cuando la da sin abusar de su ministerio. Es además un maestro que debe dar la instruccion y los consejos oportunos. Es un médico que debe aplicar los remedios y los preservativos convenientes al estado, al carácter y demás circunstancias del pecador, y para todo esto es necesario que el pecador le manifieste sus pecados, su número, su enormidad, sus circunstancias, sus recaídas, sus peligros y ocasiones y todo cuanto contribuya á poner de manifiesto al confesor el estado de su conciencia.

Tomemos otro camino si no, y veamos ¿qué es el pecado? ¿No es una ofensa contra el mismo Dios? ¿no quita el pecador la gloria á Dios en cuanto está de su parte? ¿no está obligado para reconciliarse con Dios á reparar la gloria que le ha quitado? Pues justo es que pase por las humillaciones y se abata á declarar sus faltas á otro hombre. Pecando se olvidó que era hombre y que Dios es Dios, y ya que se

atrevió á insultar y despreciar á Dios, es preciso que le venera y respete en otro hombre; que humillado y abatido delante de otro hombre, polvo y ceniza como él, le abra su corazón lo mismo que está abierto á Dios; es preciso que le escuche, que le obedezca y cumpla sus preceptos, así como debe cumplir los de Dios. Así es como tributa á su Dios el debido homenaje, así resaree el pecador á su Dios en cuanto es posible, la gloria que le ha quitado, y como sus humillaciones y abatimientos vienen á ser una satisfacción de su audacia y menosprecio. En la confesion y por la confesion un hombre viene á ser el Dios del penitente y hacer con él las veces de Dios, y como por el pecado fué despreciado y ultrajado Dios en sí mismo, por la confesion es Dios respetado y temido en el hombre que le representa, de modo que la confesion viene á ser una reparacion del pecado; la humillacion mas á propósito para vengar la gloria de Dios, una satisfaccion y desagravio por el pecado.

La confesion es tambien una medida muy eficaz para cortar el pecado en su raiz, que es el orgullo y la soberbia; para aminorar el dolor y pesar de haberle cometido, para preveniros y evitar las recaidas, tanto por el temor de esponernos de nuevo á la vergüenza de confesar nuestras faltas, cuanto por la impresion que hacen en nosotros las amonestaciones saludables del confesor; para conferirnos gracias abundantes y hacernos gustar las dulzuras de una conciencia tranquila que se descarga de un peso que le abruma y molesta.

Hombres vanos y temerarios ¿os atreviereis, despues de esto á decir que Dios ve los corazones y que hasta confesar-

¿se con Dios? ¿No veis que quitando la confesión sacramental destruis un dique y arruináis un muro fuerte que contiene el torrente de las pasiones y vicios? ¿que quitada la confesión desaparecerán pronto las pocas virtudes que quedan en el mundo cristiano? ¡Miserables! ¿No servís vosotros mismos de un triste ejemplo corriendo precipitados de error en error y de vicio en vicio desde que separados del sentir de la iglesia y cumplimiento del precepto de la confesión vivís sin freno ni dique alguno que contenga vuestros excesos? ¡Desgraciados pueblos si llegasen á ser contagiados con semejante error! ¡Desgraciados pueblos si se dejan arrastrar de semejantes máximas de impiedad, ó si tienen por maestros directores demasiado ríjidos y severos que por un camino opuesto van al mismo fin de apartar á los fieles de los santos sacramentos y en especial del de la penitencia! ¡Infelices de nosotros si quisiésemos ser mas ríjidos ó menos austeros que la iglesia!

Pero Dios es padre de misericordia, y no es creíble que impusiese á los hombres un yugo tan pesado. Reparad, digid otra vez, reparad si podeis comprender la malicia del pecado, la grandeza del Dios ofendido, la penas destinadas para castigar al pecado.... Venid si no, venid todos los que intentais y os esforzais á sacudir el yugo de la confesión, venid á instruirnos al Calvario y mirad á Jesus Salvador de los pecados y modelo de los penitentes; vedle entregado en manos de una multitud furiosa y llena de desesperación y rabia, envilecido, degradado, infamado con las imposturas mas odiosas; insultado con las mas amargas irrisiones, deshonrado con ultrajes sangrientos; renunciado, detesta-

do, y reprobado con las mas horribles blasfemias, vendido por uno de sus apóstoles, negado por su pueblo, desconocido y abandonado al parecer por su mismo padre y hecho el objeto de los rigores del cielo y de los anatemas de la tierra. Y lo que el hombre Dios ha hecho y sufrido para espiar los pecados ajenos ¿no es justo que lo sufra, á lo menos en cuanto sea posible, el hombre pecador por sus pecados propios? ¿No es justo que pruebe el cáliz del oprobio y la ignominia que Jesucristo apuró hasta las heces? ¿Será mucho pasar por la humillacion de manifestar los pecados al confesor para espiarlos y que Dios os los perdone? ¿Se daría por satisfecho con tan poco otro hombre, vosotros mismos, de los agravios de vuestros enemigos?

El Señor vendrá en un trono de majestad y gloria en el dia de los premios y castigos, y vengará de un modo público y solemne su autoridad despreciada, su gloria abatida, su honor vilipendiado. ¿Sabéis cuál será la primera de las venganzas? Para abatir y llenar de confusion al pecador, hará públicas y verán todos los hombres todas las iniquidades y pecados de cada hombre; y llenará al pecador de la ignominia de un oprobio eterno. Pues ¿qué cosa mas propia y conveniente que desarmar la justicia del Señor en el tiempo de las misericordias, espiar los pecados declarándolos al confesor, acusándonos nosotros mismos para que el Señor no nos acuse? ¿Qué cosa mas conveniente que hacer voluntariamente lo que hará Dios para castigar al pecador en el dia de las venganzas?

Pero la confesion es un oprobio del hombre, es una humillacion demasiado vergonzosa, es un sacrificio repug-

nante y ageno de la razón, es una crueldad y tiranía, la afrenta y castigo mayor que han podido admitir los hombres. Digan enhorabuena cuanto quieran los sectarios del error y propagandistas del libertinaje, los amadores del mundo y enemigos de Dios. Yo diré solamente á estos hombres profanos y terrenos que ignoran los misterios de la gracia y que se cumple en ellos el oráculo santo de que el espíritu del hombre no puede penetrar las profundidades del espíritu de Dios. ¡Si pudiérais sentaros en nuestro lugar en estos tribunales que llamais del suplicio y el infierno de un alma cristiana! ¡Si pudiérais ver las lágrimas de mi verdadero penitente y la impresión saludable que hacen en su alma, el placer y alegría interior que recibe y que no es comparable con los placeres y alegrías del mundo! ¡Si viérais á un pecador que se postra á vuestros pies, que abre senellamente su corazón; que rompe el vélo que cubre sus pecados y busca en lo íntimo de su conciencia sus iniquidades aun las más ocultas, que pide fervorosamente luces á su Dios para suplir su ignorancia, que lejos de disculparse y disminuir ó excusar sus pecados, pone toda su atención en manifestar todas sus circunstancias; y que lo que no puede explicar con palabras lo explica con lágrimas y suspiros; que conmovido y penetrado de dolor y compunción; ya no se vé á sí mismo sino solo al Dios que ha ofendido, que solo teme ignorarse á sí mismo y no conocerse suficientemente á sí mismo; que humillado y confundido descubre sus pecados, y que al paso que descubre su iniquidad se llena su corazón de una paz y alegría santa, de consuelo y confianza; de un gozo espiritual...! Decidnos ahora apoyados en discursos

brillantes; pero que desmiente la esperiencia, decídnos que la gracia de Jesucristo no tiene suficiente virtud para animar á un alma cristiana á sufrir la humillacion saludable de la confesion, que no tiene uncion con que suavizar las humillaciones de la confesion. No hay yugo que no sea ligero cuando la gracia de Jesucristo ayuda á llevarle, ni carga pesada para un verdadero penitente, sino la de sus pecados. Ponderadnos la tortura y opresion en que pone á un alma la necesidad de confesarse; nosotros palpamos cada dia que hay una confusion saludable que lleva consigo la gracia y la gloria como dice el Espiritu-Santo. El que se halla oprimido de un pesar, busca un desahogo en la confianza de un amigo y experimenta un alivio al paso que le cuenta su afliccion. Pues nosotros somos testigos cada dia de estos desahogos del penitente; de estas confianzas que depositan los pecadores en los ministros del Señor; de los consuelos y dulces satisfacciones, del alivio que experimentan las almas en el baño de la penitencia.

Hermanos míos, no os dejéis alucinar de esas declamaciones contra la confesion sacramental; y del horror y desprecio con que se habla del tribunal de la penitencia. Privándoos de este beneficio del Señor, quieren dejaros en el cieno del pecado y quitar el freno que contiene las pasiones; quieren que los hombres vivan abandonados á los vicios y que mueran en la desesperacion. Por grandes que sean vuestros crímenes; por envejecidos que esteis en el pecado, en la confesion recobrais la salud y la gracia; el pecado es un veneno que solo daña mientras se le tiene oculto en el pecho, pero que deja de hacer mal luego que se ar-

roja humildemente por la boca; no temais pasar por una confusión que os dá la salud y os reconcilia con Dios; acer- caos á la piscina de la penitencia y cualquiera que sean vues- tras llagas, los males y miserias de vuestras almas de todas sanaréis. ¡Qué medio tan fácil, hermanos míos, qué medio tan fácil nos ha dejado el Señor para perdonarnos despues del bautismo! ¡Y despreciarémós este beneficio de nuestro Redentor! ¡Tomaremos ocasión para nuestro mayor daño de la misma medicina! ¡Reusarémós bañarnos en esta fuente que está abierta para todos los hijos del Señor! ¡Volvere- mos la espalda al Señor y preferiremos continuar en nues- tras dolencias cuando nos dice como al enfermo del evange- lio ¿Quiéres sanar? No podemos decir que no tenemos hombre que nos ayude, porque abiertos están siempre los tribunales de la penitencia y corrientes las fuentes de la gracia. Apartémonos de los consejos de los impíos; acuda- mos á la confesion, dejémonos conducir por los caminos que nos ha señalado nuestro Dios, oigamos la voz de Dios que nos habla por sus ministros, que nos consuela, nos per- dona, nos llena de un gozo y dulzura comparable solo con la paz de la inocencia, y nos inspira una confianza de que conseguiremos ser admitidos en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA II DE CUARENTENA.

Sobre la gloria que Dios tiene prometida á los que llaman y sirven en esta vida cumpliendo con sus divinos preceptos.

Et replevit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve. Math. c. 17. v. 2.

Católicos:

Las aflicciones; los pesares; las angustias; las mortificaciones; contratiempos y adversidades de esta vida son en sí mismas amargas y desagradables. Pero tambien lo eran las aguas de MARA antes que Moises arrojase en ellas el madero misterioso que las convirtió en dulces y deliciosas para beber, como se dice en los libros santos. (Exod. c. 15): «Maldito todo el hombre que es clavado en una cruz,» se decia antes de la muerte de Jesucristo: pero despues que nuestro Redentor fué crucificado quedamos libres de aquella

maldicion, y al árbol afrentoso se le dió la virtud maravillosa de endulzar nuestra propia corrupcion, segun san Agustin; recibió con el contacto del autor de la naturaleza y de la gracia la virtud de convertir en bienes los males que nos allijen, de hacer deliciosos nuestros padecimientos, agradables nuestras mortificaciones, deleitables nuestros trabajos, dulces nuestros dolores y gozosas todas nuestras tribulaciones. «Es una milicia la vida del hombre sobre la tierra» decia el santo Job, al contemplar ese diluvio de calamidades á que estan espuestos los mortales. Todos los hombres están condenados á comer el pan con el sudor de su rostro, y las mugeres á parir sus hijos en el dolor. Pudiera decirse, y se dice efectivamente entre los cristianos, que esta vida es un valle de lágrimas destinado á la espiacion de grandes crímenes, de culpas horribles, de delitos enormes, de pecados semejantes á los que ocasionaron en el cielo la gran batalla de que nos habla san Juan en su apocalipsi (Apocalip. c. 12).

Pero en el evangelio de este dia: ¿no se nos revela el secreto de sacar bienes inmensos de nuestras tribulaciones, torrentes de delicias de nuestros sufrimientos, y la felicidad mas completa de la fé viva que perfecciona y diviniza á los que creen en las verdades infalibles de nuestra santa y adorable religion? Jesucristo al demostrar su divinidad en el monte santo: ¿no nos ilustró para que poniendo nuestros deseos en el cielo dirijamos nuestras obras, palabras y pensamientos hácia la gloria prometida á los hijos de la gracia? Sí amables oyentes. Nuestro divino Salvador llamando á san Pedro, á Santiago y á san Juan, y subiendo con ellos á la

cumbre del Tabor para ser transfigurado, manifestó á los hombres todos el destino de los que fieles á la gracia observan en espíritu y en verdad los preceptos de la ley santa. Comunicó á su cuerpo un destello de la gloria que gozaba su bendita alma, dicen los santos padres: hizo que los tres apóstoles mas distinguidos viesen en su Pastor divino la felicidad de que habian de participar los justos en premio de sus virtudes; resplandeció su rostro como el sol; y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, dice san Mateo, *Resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.*

Y si la vista de Jesus radiante de gloria arrebató el alma de los discípulos que la vieron, manifestando san Pedro su deseo de permanecer en la montaña en que fué transfigurado su divino Maestro.... Si los santos al contemplar el manantial inagotable de placeres de que serán dueños los justos en la mansion de la gloria, tuvieron por dulces y deliciosas las penalidades de esta vida y resplandecieron en el mundo con la corona de justicia y el brillo de las virtudes heroicas que celebra la iglesia santa.... Nosotros, á la vista de los bienes eternos que nos manifiesta nuestro Redentor en la cima del monte iluminado con un rayo de su gloria, ¿no hemos de suspirar por la dicha de ser eternamente felices con él en el reino de los cielos? Siendo natural el deseo de la felicidad, y tan seguros los caminos que nos conducen á ella, ¿podremos dejar de entrar en ellos y seguirlos siendo fieles á la gracia que nos concede el Pastor eterno de nuestras almas? Para que jamás dejemos las sendas de la virtud, y experimentemos aquí en la tierra el placer inenar-

able que disfrutan los que de virtud en virtud caminan hacia la perfeccion cristiana á que nos conduce nuestra Madre la Iglesia, y os convenzais de que los trabajos de esta vida son las fuentes del gozo verdadero y el origen de nuestra felicidad, os voy á hablar en este breve rato «de la gloria que Dios tiene preparada para premiar á los que lo aman y sirven cumpliendo con sus divinos preceptos.»

Dios inmortal, que os habeis encargado de hacer la dicha de vuestros escogidos en el cielo, y quereis que todos los hombres reinen con Vos en la Jerusalem triunfante: inspiradme para que hable con dignidad de aquel palacio de luz donde habita la corte celestial con una gloria superior á la que se manifestó en el Tabor. Hablad, Señor por vuestro siervo á estas gentes de aquella felicidad que oscurece cuanto puede verse, para que convencidos todos de que es mucho mejor un día en los átrios de la ciudad eterna que el pasar mil en las delicias de los mundanos nos decidamos á servirlos siendo justos, santos y perfectos. Os lo pedimos por medio de la introductora de los fieles en el cielo: por la fuente de las gracias que derramais sobre vuestros hijos: por vuestra Madre y Señora nuestra María Santísima á quien decimos con emocion santa.

AVE MARIA.

Et resplenduit facies ejus sicut sol etc.

«Vuestros Santos Señor, decia el Salmista, se embriagarán con la abundancia de vuestros bienes, los bañareis

» en un torrente de delicias y los iluminaréis con vuestra
 » propia luz.» (Ps. 33, v. 9). «En el cielo, añade San
 » Juan, seremos semejantes á Dios porque lo veremos tal
 » como es.» (Joan. e. 3, v. 2). Allí desaparecerá la obs-
 curidad de los misterios que asombran á nuestra razon; se
 desenvolverá toda la estension del amor que Dios nos tiene,
 y veremos la multitud de sus beneficios: se encenderá en
 nuestras almas un amor inmenso que siendo nuestro alimen-
 to eterno jamis se extinguirá. «Veremos, amaremos, y ala-
 baremos á Dios eternamente,» dice San Agustín; *Videbi-
 mus, amabimus, laudabimus*. Participaremos de su gozo,
 seremos inmortales como el mismo Dios, tendremos parte
 en su misma gloria, nos alegraremos de los honores que
 recibe y le felicitaremos por su felicidad y la nuestra; son-
 dearemos los abismos de su grandeza, admiraremos sus
 infinitas perfecciones, le amaremos con el mismo amor con
 que nos ama, nuestra dicha durará tanto como la suya, y
 engolfados en el seno de la divinidad experimentaremos
 aquellas dulzuras celestiales que ni el ojo vió, ni el oído es-
 cuchó, ni el corazón del hombre puede comprender en esta
 vida como lo dice el apóstol. (1.^a Corint. c. 2, v. 9).

La gloria eterna que Dios prepara á los justos que le
 aman, aprecian sus beneficios, están sometidos á su volun-
 tad, trabajan en agradarle y esperan la recompensa pro-
 metida á la virtud, no puede comprenderla ni explicarla el
 hombre debidamente. Somos los mortales demasiado dé-
 biles para hablar dignamente de aquella mansion de rique-
 zas y de magnificencia, de paz y tranquilidad, de gloria y
 de triunfo, de alegría y de delicias, de concordia y de

union, de inocencia y de virtudes, de vida y de inmortalidad, de dicha y de ventura en que reinarán perpetuamente los que aman, sirven y obedecen al Dios hombre pobre en el pesebro, penitente en el desierto, y glorioso en el Tabor como nos lo presenta el evangelio de este día. Pero aunque no sea posible explicar lo inesplicable, comprender lo incomprendible y hablar congruentemente de lo que está sobre nuestra capacidad, podemos sin embargo venir en conocimiento de las cosas invisibles por las que perciben nuestros sentidos según San Pablo, y discurrir de este modo.

Esos astros centellantes en la bóveda celeste : esa altura que asombra y confunde á la razón, y la inmensidad en que se pierde la vista : el oriente engalanado con los vivos colores de la aurora, y esos torrentes de luz resplandeciente que vivifican toda la naturaleza : esas alfonbras de yerbas y de flores que adornan la tierra en la primavera, y los tesoros que ofrece la tierra al hombre con una fecundidad sorprendente : los elementos ; las estaciones, los seres que enriquecen los reinos mineral, vegetal, animal y racional, con todos los prodijios y maravillas de la naturaleza. El Universo en fin ; ¡cuántas bellezas y encantos encierra! Ellos nos deslumbran y embelesan : nos llenan de asombro y de admiración ; nos arrebatan, nos extravían, nos obligan á reconocer la omnipotencia y la bondad de aquel de quien dicen todas las cosas. *Ipse fecit nos: et non ipso nos. El nos ha hecho, y no nosotras á nosotras mismas.* Pero si la hermosura de estos seres imperfectos, perecederos y limitados tanto nos agrada y sorprende ; si todo lo bello, armonioso, dulce y deleitable que perciben nuestros sentidos y

comprende nuestra razón, tanto nos satisface y deleita: ¡qué raptos de encanto no causará la belleza suprema é infinita considerada en sí misma de cerca y sin velo! Si bajo un punto de vista se nos presentaran todas las maravillas y riquezas del Universo y nuestro entendimiento pudiera conocer y calcular la profundidad y subiduría de las causas que producen tan variados y sorprendentes efectos: ¡qué enagenamiento causaría la reunión de tantos prodigios! Sin embargo, todas estas grandes maravillas no son más que una gota derramada del Océano de las perfecciones infinitas de un Dios encargado de hacer la dicha y felicidad de los justos en la gloria. Un solo rayo de esta impreso en la frente de Moisés deslumbró á todo el pueblo de Israel. David veía eclipsado todo el brillo de la régia diadema al considerar la gloria que Dios le mostraba á lo lejos entre la obscuridad de enigmas y misterios. La misma gloria que vieron los apóstoles en el Tabor no fué más que la manifestación del dote de claridad comunicado al Santísimo cuerpo de Jesucristo en su transfiguración, siendo esto bastante para que resplandeciese su rostro como el sol, y para que sus vestiduras quedasen blancas como la nieve. Un destello de la gloria que penetró en el seno de los mártires, los hizo invencibles en los tormentos mas crueles. El deseo de esta gloria produjo todos los prodigios de la gracia en los patriarcas; en los profetas, en los apóstoles, en los mártires, en los confesores, en las sagradas vírgenes y en todos los justos que se han dejado ver desde el joven Abel hasta el último que murió en el Señor. Y con todo esto, aun no hacemos más que indicar un rasgo débil é imperfecto de la felicidad que

gozan los santos en la corte celestial; en la ciudad admirable cuyo arquitecto y autor es el Altísimo, en el templo que la majestad santa llena de su esplendor, en las rejiones iluminadas con el sol de justicia en que la gloria obscurece cuanto puede verse, en que los conciertos hacen olvidar cuanto se puede oír, en que se goza de una dicha superior á cuanto se puede experimentar. Los prodijios, las maravillas, las riquezas, grandeza, magnificencia y majestad que admiramos en la naturaleza sensible é intelectual, en el órden de la gracia y en los rasgos de la divina providencia; ser aun poca cosa para formar una idea exacta de los bienes que prepara el Omnipotente á sus escogidos! ¡Ser las glorias que Dios ha manifestado á los hombres unas sombras imperfectas de la gloria inmensa que ha de hacer dichosos, felices y eternamente bienaventurados á los santos! ¿Quién no pierde su imaginación al contemplar estas verdades? ¡Qué será Dios mío! ¡Qué será lo que teneis guardado para nuestros escogidos si todo lo que ven nuestros ojos, oyen nuestros oídos, perciben nuestros sentidos, entienden nuestras almas y experimentan nuestros corazones, debe tenerse por nada en su comparación! Reveladlo, Señor, á los fieles que confiesan, alaban y bendicen vuestro santo nombre, para que suspirando por vos y por los gozos eternos que produce vuestra vista, os amen y sirvan en esta vida cumpliendo con vuestros divinos preceptos, y sean gloriosos trofeos de vuestra transfiguración acompañándoos en vuestra gloria por eternidad de eternidades.

Y vosotros amables oyentes: aglomerad bienes, grandezas, delicias, satisfacciones, placeres y gustos: fingid dichas

y felicidades superiores á las que fingieron los poetas, y reunid todo lo bello y grandioso que puede apetecer vuestro corazón. Figuraos un lugar infinitamente superior al de Tabor inaccesible á las borrascas de la vida humana, en que libres de todas las miserias que nos asedian en este mundo no respiraremos mas que virtud, inocencia y gracia: en que no habrá ya suspiros, quejas ni murmuracion; enfermedades ni dolor, temores ni inquietudes, sacrificios ni privaciones, trabajos ni fatigas, celos ni disensiones, intrigas ni cábelas, ambicion ni deseos porque los nuestros se verán completamente satisfechos. Dad ensanches á vuestra imaginacion, y atendiendo á la comparacion que hace nuestra religion de los escogidos suponedlos como reyes sentados en sus tronos coronados con la corona de justicia, cubiertos de un vestido de luz con las palmas de la victoria en la mano, con el cetro de la dominacion, asociados á la gloria de la humanidad santa de nuestro Salvador tanto mas pura y radiante cuanto mas cubierta se ha visto de oprobio y de ignominia; á la de aquella MARIA DIVINA, siempre superior á toda alabanza, con quien será dado conversar y manifestarle el amor y gratitud á sus innumerables beneficios; con la de los ángeles y santos que hacen la corte al Eterno, al inmenso, al infinito, al omnipotente que tomará los corazones de los justos en sus manos; en aquella mano divina que beatifica á todo lo que toca y hace sentir una alegría que ninguna lengua humana puede describir, de que ningun sentimiento puede dar idea, de que no es lícito hablar á los hombres por su incapacidad y pequeñez, por su carnalidad y miserias. Elevaos sobre vosotros mis-

mos para copiar y decir con los santos mas esclarecidos los dichos gloriosos de aquella ciudad rutilante del cielo en que se dá nueva vida á los que entran en ella, en donde todos los corazones animados del mismo espíritu, llevados de la misma inclinacion, prendados de las mismas gracias y confundidos por la caridad celestial, arden en el mismo fuego divino que el Espíritu-Santo nutre y acrecienta con nuevos gozos y deleites de un modo propio del Ser infinito y eterno que ninguna criatura puede comprender. Purificados de todas las reliquias del pecado; confirmados en la gracia, imposibilitados felizmente de ofender á Dios; semejantes á él; dominados de una caridad santa de que no pueden darnos idea los piadosos transportes de los santos, y de que no son mas que una pálida imágen los movimientos mas impetuosos del amor profano; vivir con la vida de Dios: mezclarse la Santísima Trinidad en las almas de los bienaventurados, y producir torrentes de gloria inmensa; dirigir ella misma todos los pensamientos del entendimiento, todos los afectos del corazon y todos los actos de la voluntad y hacer que todo cuanto hay en los santos lleve el carácter de la divinidad que hace eternos sus gozos, infinitas sus delicias, inefable su gloria, su vida llena de Dios...

Yo no sé, ni puedo deciros mas de la multitud de dulzuras que Dios prepara en su gloria para premiar á los que lo temen, aman y sirven en esta vida cumpliendo con sus divinos preceptos. Supera la inteligencia y comprension humana el cúmulo de bienes que forman la felicidad de los santos en el cielo. Se trata, amados míos, de la gloria del mismo Dios en que entrarán sus escogidos: y si de ella pu-

diéramos los hombres formar cabal idea, si pudiéramos explicarla y dirla á conocer no sería tan inmensa; tan infinita, tan eterna, tan deliciosa; tan agradable, tan supereminente y deseable como lo es. A ella quiere llevarnos nuestro Jesús adorable; y aunque vino al mundo para redimirnos y enseñarnos los caminos de las virtudes que conducen á la patria celestial, y toda su vida la pasó entre nosotros haciendo bien, enseñando á los hombres los preceptos de su ley santa y estimulándonos con su ejemplo á ser mortificados, humildes y virtuosos; quiso sin embargo ser transfigurado en el Tabor para que movidos de la gloria que gozan los bienaventurados en el cielo, seamos justos en esta vida y no pensemos mas que en atesorar virtudes y méritos en la tierra para ser eternamente felices en la gloria. Bienaventurados, llama Jesucristo, á los mansos, á los que lloran, á los que han hambre y sed de justicia; á los misericordiosos, á los limpios de corazón, á los pacíficos y á los que padecen persecucion por la justicia. Procuremos nosotros ser del número de los que merecen los elogios del Salvador, siendo dignos discípulos de su divina Magestad en el cumplimiento de los deberes propios de nuestro respectivo estado y esperemos en él que nos indicó un raso de la felicidad gloriosa de su alma cuando transfigurado en el Tabor resplandeció su rostro como el sol y quedaron sus vestiduras blancas como la nieve. *Et resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.*

A la gloria, hijos míos: á la gloria por los ejemplos penitenciales de la santa enarcesma. A la gloria por las mortificaciones y privaciones santificadas con los ejemplos del

nuestro divino Salvador y Maestro: A la gloria eterna por los caminos de las virtudes, por la paciencia en los trabajos, adversidades y contradicciones de esta vida, por la humildad propia de los hijos de la gracia: A la gloria por el arrepentimiento de nuestras culpas y pecados, por una confesión bien hecha de todos ellos y por un firme propósito de no pecar jamás; de servir y amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos: A la gloria en fin siendo buenos cristianos, teniendo aquella ardiente caridad que hace ángeles de los hombres; y es el principio de la felicidad eterna que Dios tiene preparada á los que le aman y sirven cumpliendo con sus divinos preceptos, y á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA II. DE CUARESMA.

De la excelencia de la ley evangélica y la obligación de obedecerla.

Hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui, ipsum audite. Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias, oidle. Matt. cap. 17.

Quiso Jesucristo transfigurarse y dejarse ver lleno de majestad y de gloria en lo alto de un monte donde condujo á tres de sus discípulos, con un semblante mas resplandeciente que el sol y unas vestiduras mas blancas que la nieve, rodeado de Moisés y de Elías y cubierto de una nube del cielo, honrado con la voz que dijo: Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias segun nos refiere el evangelio de este dia, para manifestarnos su divinidad y su gloria oculta bajo nuestra mortalidad, escondida por su voluntad en su alma bienaventurada sin permitir que refluyese en el cuerpo mortal y pasible que quiso tomar para redi-

firmos; para indicarnos cuál será el poder y majestad con que ha de venir á juzgar á todos los hombres; para consolar á sus discípulos á quienes con tanta frecuencia habia hablado de sus persecuciones, tormentos y muerte en una cruz; y que no se escandalizasen de verle reducido á la ignominia y el dolor; para confirmarlos y robustecerlos en los trabajos y persecuciones que tantas veces los habia anunciado que habrian de sufrir manifestándoles el premio y recompensa con que habian de ser premiadas las tribulaciones momentáneas sufridas por su causa; para que se animasen á dar su vida por el que habia de dar la suya por ellos en el calvario; y para animarnos á todos á seguir la virtud con la vista de las consolaciones y alegrías sólidas que dá el Señor á los que le siguen, y del premio eterno de que han de participar los que siendo miembros vivos de Jesucristo se conservan unidos á su cabeza.

Sobre estas consideraciones en que pudiera estenderme con utilidad y provecho de las almas, hallamos en la transfiguracion del Señor el testimonio del cielo que confirma la divinidad de Jesucristo, y le publica y declara por el hijo amado del eterno Padre. El Salvador del mundo habia sido anunciado por muchos siglos. Estaban predichas las obras y milagros del que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente: las naciones y los pueblos esperaban un Profeta, un Rey y Redentor que librando á los hombres de la esclavitud hiciese de todos un solo pueblo. Jesucristo habia dado testimonio de que él era el suspirado de las gentes y el enviado del cielo, habia dado á los hombres pruebas de su divinidad en la doctrina que anunciaba y los milagros que hacia: pero

en su transfiguración da testimonio de él el mismo padre que le envió. La gloria y majestad con que se deja ver: la ley y los profetas representado todo en Moisés y Elías que se presentan y hablan con Jesus; los apóstoles testigos de estas maravillas, todo da testimonio de la divinidad de Jesucristo; pero sobre todo la voz del padre que se hace oír entre la nube resplandeciente y dice: *Este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias: oídlé.* Y despues de conocer que Jesus es el hijo del eterno Padre, el hijo amado del Padre; el enviado para abrir á los hombres la entrada en el reino del Padre; ¿qué nos queda que hacer sino oírle, someternos á su doctrina, abrazar su ley y cumplirla como una ley dada por el mismo hijo de Dios? ¡Dichosos aquellos que tienen á su Dios por su maestro y su Señor! ¡Dichosos los que han recibido la ley dada por su Dios! ¡Y dichosos mucho mas los que la observan, porque serán tambien transformados y rodeados de gloria y resplandor en el monte santo en que habita por los siglos de los siglos su Dios! Nosotros tenemos esta dicha, hermanos míos; nosotros profesamos la ley del evangelio que anunció Jesucristo. ¿Nos hemos detenido alguna vez á contemplar esta verdad y este inmenso beneficio?

Voy á ocupar este rato en recordaros la excelencia de la ley evangélica y como una consecuencia forzosa, la obligación que tenemos todos de cumplirla y vivir segun ella. Nos habla el mismo Dios en la ley del evangelio. *Hic est filius meus dilectus*; debemos oír á un Dios que nos enseña, nos ilustra y nos dirige; *Ipsium audite*. Si nuestra alma llegase á persuadirse de estas verdades tan obvias, tan inte-

resantes, tan consoladoras y tan perceptibles, nada mas necesitaríamos para ser ejemplares de virtud, para caminar con paso firme hasta la cumbre del monte santo, y para lograr la entrada en la bienaventuranza y gozar para siempre las dulzuras de la gloria; para aspirar incesante á los bienes eternos, y mirar con el desprecio que se merecen á los temporales; para no ver sino á Jesus y no tener otra regla que la del mismo Jesus.

¡Ácierte yo, Dios mio, á hablar de vuestra ley, de la obra de vuestra infinita sabiduría, no digo con aquella dignidad que se merece por no ser dado á los mortales, pero de un modo que conozca este pueblo que me escucha, el respeto, la estimacion, el aprecio que deben hacer de ella, y no solo la obligacion, sino tambien el sumo placer, y los esfuerzos que deben emplear para cumplirla. Os pedimos para ello los auxilios de la gracia por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Hic est filius...

No pienso, hermanos míos, no pienso entrar en un exámen de la ley, los preceptos y consejos del evangelio para haceros ver en su santidad, en su armonia, en su virtud para convertir á las almas, en la profundidad de su doctrina y la utilidad que su cumplimiento reporta al género humano, la excelencia y dignidad de la ley que nos dejó Jesucristo. No intento abrir la historia de los siglos, recorrer la mila-

grosa propagacion de la ley que se encargan de promulgar unos pobres pescadores, comparar las costumbres de los pueblos que la abrazan con las de los mismos pueblos antes de abrazarla y despues que la han abandonado; me basta llamar vuestra atencion al evangelio de este dia y considerar á esta ley santa en su mismo autor, fundador y maestro. ¿Quién es este? El mismo hijo de Dios. *Hic est filius meus dilectus*. El Verbo eterno, igual y consustancial con el padre, Dios como el padre, sabio, infinito; Omnipotente... Este es el que da una nueva ley á los hombres; el maestro, el legislador, el doctor, el rey encargado de mandar segun su voluntad á los hombres. Luego esta ley está esenta de todo error y de toda imperfeccion porque no cabe ignorancia en su autor y están escondidos en él todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Luego sus preceptos y consejos son santos porque son obra del Dios de la sabiduría y santidad. Luego esta ley no es otra cosa que la voluntad del mismo Dios anunciada por el mismo Dios á los hombres, revelada por el mismo Dios, entregada á los hombres por el mismo Dios; no en tablas de piedra sino conversando con ellos y enseñándolos á cumplirla en sí mismo. Dios que se hizo hombre y habitó entre los hombres; es el legislador de la nueva ley. ¿Qué queda que decir, hermanos míos? ¿Queremos saber quien es Dios? Es el ser inmutable é inmortal delante de quien pasan los siglos sin que esperimiente sus injurias. *Tu autem diem ipse est, et anni tui non deficient*. El que ve el principio y fin de todas las cosas. El que crió el mundo y todo cuanto hay en él. El que dijo, y todo fue hecho; el que conserva y gobierna el mundo, todo lo vé,

todo lo oye, en todo interviene : el que pone límites al mar y tiene contados los cabellos de nuestra cabeza ; el que señala á los imperios su principio y el dia de su caída ; es el dueño del mundo, el que puede aniquilarlo todo, así como lo crió, es el rey de los reyes y de los reinos, el que levanta y derriba los tronos, es el Dios terrible ante quien se postran los montes y collados para allanarle el camino. Es el Dios justo, protector de la virtud y enemigo del vicio, que ha de tomar venganza de nuestras ingratitudes y ultrajes, y congregará á los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones para descargar su cólera en el pecador á la vista de todo el mundo. Es el Dios de bondad, de amor, de misericordia, de sabiduría, de providencia, de gloria, de magestad, de poder.... diria cuanto puede decirse para engrandecer y elojiar una cosa, y despues de todo, nada habria dicho digno de Dios, ni capaz de daros á conocer á Dios, porque es un abismo incomprensible de magestad, de grandeza, y de todas las perfecciones ; porque solo Dios puede conocerse á sí mismo y en manera alguna el entendimiento del hombre que es como un insecto en su presencia. El solo es el santo, el altísimo y digno de honor y alabanza por los siglos de los siglos.

Siendo este Señor el que se dignó hablar á los hombres, manifestar su ley y su voluntad á los hombres, ¿qué ley podremos buscar mas escelente, mas justa, mas sábia, ni mas acomodada para los hombres? El apóstol san Pedro para persuadir la escelencia y obligacion de abrazar el evangelio, se valia de la escelencia y divinidad de su autor como de la razon mas poderosa y convincente. No, decia, no nos hemos

dejado seducir de cuentos y discursos brillantes para saber y daros á conocer la virtud de Jesucristo Señor nuestro. Nosotros mismos hemos visto el honor y gloria que le ha dado el Padre y hemos oído estando con él en el monte Santo la voz del cielo que dijo: este es mi hijo amado en quien tengo mis complacencias; oidle. Si pues el hijo amado de Dios, el que es Dios con el Padre y el Espíritu Santo es el Maestro, el Doctor, el Rey encargada de dar la ley á los hombres, de enseñarlos su doctrina y anunciarlos su voluntad, su ley es la más excelente, la más justa, santa, sabia y digna de respeto así como su autor es infinitamente sabio, santo, justo y poderoso.

¿Qué nos queda que hacer, amados míos, sino oír á Jesucristo que nos enseña y predica su nueva ley? *Ipsam audite*. Diremos despues de esto, ¿quién es Jesucristo para que yo le sirva, ni su ley para que yo la obedezca? Digamos mas bien ¿quién soy para no obedecer á Dios cuando me habla y me manda? ¿Quién soy yo para contradecir su voluntad tan respetable, para oponerme á una autoridad tan absoluta, para sublevarme contra una majestad tan infinita, para provocar una justicia tan rigurosa y para irritar una cólera tan terrible? Ved, hermanos míos, un misterio, que en cierto sentido puede decirse que es tan incomprendible como el misterio de la grandeza de Dios; nuestra rebeldía contra Dios. Mirad su relijion santa entregada entre los hombres á la curiosidad y discusion de tantos entendimientos soberbios que blasfeman lo que ignoran: sus verdades mas augustas tratadas de delirio y escándalo; quebrantadas sus leyes mas santas; despreciado su culto, profanadas

sus fiestas; ved á los hombres resistir á la voluntad de Dios, despreciar su autoridad; dejarse arrastrar sin remordimiento y sin vergüenza de todos los deseos de una concupiscencia desenfrenada; despreciar sus amenazas, renunciar sus promesas, provocar sus venganzas, desconocerlas, negarlas, avergonzarse de ser suyos, y hasta tener á gloria el levantar la bandera contra él y trabajar para destruir su ley de la tierra; y decidme si podeis comprender este misterio de iniquidad sin embargo de palparle cada dia.

¿Qué género de locura puede comunicar al hombre tanto atrevimiento? ¿Acaso la prosperidad de nuestra fortuna, lo ilustre del nacimiento, ó lo elevado del puesto que ocupamos en el mundo? Pero esos hombres que son tenidos por dioses de la tierra, no son mas que hombres destinados á podrirse en un sepulcro. No hay otra diferencia delante de Dios, entre el monarca y el último esclavo que la de que sufrirá mayores tormentos el primero si abusa de su poder. ¡Hombres en contra de su Dios! ¿Y qué hombres? Aquellos mismos que se echan por el suelo delante de otros hombres, que se postran delante de hombres perecederos, adulan sus pasiones, celebran sus vicios, se sacrifican al deseo de agradarlos, temen darlos algun disgusto y se tienen por muy satisfechos si reciben alguna atencion. Ved aqui lo que llena de indignacion á un Dios celoso y lo que debe atraer sobre nosotros las maldiciones y castigos de un Dios que tanto conoce lo que éles y lo que son los hombres.

¡Hombres en contra de su Dios! Con esto se dice todo y se dá á conocer la locura de los hombres. Porque ¿qué es el hombre comparado con Dios? ¿un hombre frágil y flaco

comparado con Dios fuerte y omnipotente: un hombre abatido y envuelto en miseria con el Dios de gloria y majestad? ¿Qué es el hombre de error y de tinieblas comparado con el Dios de luz y de verdad: el hombre sujeto á tantas pasiones y vicios, con el Dios de las virtudes y la santidad; el hombre de un momento, con el Dios de la eternidad? Y si tal es el abismo de la miseria del hombre comparado con Dios, ¿qué delirio, qué temeridad ó qué locura agita prodijiosamente al hombre cuando se opone y rebela contra Dios, cuando no quiere obedecer ni oír á su Dios? Pasmaos y estremeceos cielos y tierra exclamaba el real profeta, de ver al hombre lleno de orgullo y presuncion ocupado sacrilegamente en examinar los caminos de Dios, en poner á su critica la religion de Dios, en abolir la autoridad de su revelacion, en sacudir el terror de sus juicios, en disputar contra Dios acerca de lo que quiere Dios del hombre y sobre lo que el hombre debe á Dios.

Ved ahora por donde debemos juzgar de nuestras faltas de cumplimiento y observancia de la ley de Jesucristo: Ved por donde juzgará Dios de nuestras transgresiones de su ley: vez porque esos pecados que nada, ó casi nada importan puestos en la balanza del mundo y de las pasiones, hacen tanto peso en la balanza de Dios: Ved por qué ha sido necesaria la sangre de un Dios para borrar nuestras culpas. Verdad que meditada dignamente nos llenaría de un respeto santo, de una obediencia sumisa, y contendría nuestras desenfrenadas pasiones. No digamos ya contra el Señor y contra su Cristo (1).

(1) Salm. 2.

Rompamos sus duras cadenas y sacudamos de nosotros este insufrible yugo, estas leyes con que nos quieren sujetar, porque el que habita en los cielos se reirá y burlará de nosotros y hará inútiles todos nuestros esfuerzos. Lleno de indignación, cuando llegue el tiempo que tiene establecido, nos hará sentir su terrible enojo y deshaciendo nuestras inicuas tramas, nos pondrá en la mayor consternación y vergüenza. Vosotros nos dirá entonces el unjido, vosotros que habeis rehusado el sujetaros á mí, tened entendido que yo soy aquel á quien Dios mi padre estableció rey sobre su santo monte de Sion, para anunciar su eterno decreto por el que me fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Porque Dios mi padre dijo: Tú eres mi hijo unigénito; yo te he enjendrado hoy, pídemelo que quisieres que yo lo concederé: todas las naciones que hay desde el un cabo hasta el otro del mundo serán herencia y posesión propia tuya. A los que rehusaren tu imperio los gobernarás con un cetro de hierro; y á los que fueren rebeldes, como basos de barro los quebrantarás y reducirás á polvo. En vista de esto, valved sobre vosotros reyes; y los que estais puestos para gobernar la tierra escarmentad y aprended como debéis juzgarla. Servid al Señor con temor de no ofenderle; poned en él toda vuestro contento, pero sin perder de vista su terrible magestad. Abrazad y respetad las leyes y enseñanza del Mesias: no deis lugar á que excitando su ira contra vosotros os niegue los medios de seguir el camino derecho de la justicia, y perezcais.

No digamos ya ¿quién es el Señor Omnipotente para que yo le obedezca? ¿quién es Jesus, para que yo siga su ley? Digamos mas bien como Abram reconociendo la gran

deza del Señor y nuestra propia baja:za: *¿Loquar qđ Domi-
num meum cum sim pulvis et cinis?* ¿Há de tener el atre-
vimiento de hablar á mi Señor, no siendo mas que polvo y
ceniza? Siendo polvo y ceniza nosotros ¿nos atreverémos no
digo á hablar á Dios, sino á hablar contra Dios, á resistir á
Dios, á sublevarnos contra Dios? Y ¿con qué pretextos pre-
tenderemos disculpar nuestra rebelion? ¿Acaso con lo diñ il
y doloroso de los sacrificios que Dios nos pide? pero hablán-
dome y mandándome Dios, es inútl dar oídos á la voz de mi
corazon y de mis apetitos; ¿qué me pedirá que no sea con jus-
ticia? ¿qué le daré que no sea suyo? ¿cómo me libraré de sus
venganzas si po le sirvo? Rindámosle pues una sumision per-
fecta, una obediencia ciega, reconozcámosle por nuestro
Señor y nuestro maestro, *Ipsū audite*. Obedezcamos, vo-
neremos y adoremos á Jesucristo como á nuestro Dios y
Señor; démosle gracias sin cesar porque nos ha librado de
la esclavitud del demonio, nos ha traído á la libertad de
hijos de Dios y nos ha unido á los que forman su iglesia,
y ha destinado para que le siryan y adoren en la tierra y
despues le alaben en el cielo.

Seamos siervos de Jesucristo, oigámos á Jesucristo no
por el temor de los castigos sino movidos de la caridad y el
amor. ¿Qué es ser siervo de Jesucristo? Es serlo de la sa-
biduría, de la justicia, de la verdad y de todas las virtu-
des. El que es siervo de Jesucristo ya no debe servir á la
carne ni á la sangre, á la vanagloria ni la lascivia, á la ava-
ricia, á la ira, ni á la envidia sino solamente á Jesucristo,
es decir, á todas las virtudes. Debemos decir todos á Jesu-
cristo con un ánimo sincero: *Tuus sum ego, salvum me fac.*

Tuyo soy Señor, sálvame. El que sirve á sus apetitos mal puede decir á Jesucristo *tuyo soy*. Tiene muchos señores, y no puede serlo Jesucristo. Viene la soberbia y vanagloria y dice: *eres mio*, porque sirves á las cosas de la tierra y te glorias y congratulas en los bienes de la tierra. Viene la avaricia y dice: *eres mio*, porque lo sacrificas todo al oro y la plata que deseas atesorar. Viene la lascivia y dice: *eres mio*, porque lo abandonas todo por satisfacer mis sucios deleites. La gula dice: son tus placeres pasar la vida en las comidas y bebidas, *eres mio*. Viene la ambicion y dice: si consiento en que mandes á los demás, es á condicion de que me sirvas á mí porque no te daría yo las grandezas del mundo si no te postrarás primero y me adoraras. *Eres mio*. Todos los vicios vienen y dicen. *Mio eres* porque haces lo que nosotros queremos. ¡Qué esclavitud tan vil y tan pesada! ¿Cómo hemos de poder decir á Jesus, *tuyo soy Señor*? El Señor nos dirá: no todo el que me llama Señor entrará en el reino de los cielos. Serás mio si á tus palabras no contradicen tu conciencia y tus obras; si no te mientes y engañas á tí mismo. Yo no quiero tener un siervo que pretende servir á muchos señores. No quiero tener un siervo que me dice con la boca *tuyo soy*, y con el corazon y las obras está sirviendo á Satanás. No es mio el que está encendido en la impureza porque mio es la castidad; no es mio aquel á quien inquieta la ira, porque mio es la mansedumbre. En una palabra hermanos míos, no es de Jesucristo sino el que está esento de todo crimen, sino aquel que puede presentarse siempre como siervo fiel de Jesucristo.

Los apóstoles que subieron con Jesucristo al monte des-

pues que oyeron la voz del cielo y desapareció la gloria y magestad que se les habia presentado, á nadie vieron sino solo á Jesus. *Neminem viderunt nisi solum Jesum.* Hermanos míos, despues que nosotros hemos oido la voz del cielo que nos dice que Jesus es el hijo unigénito de Dios, que nuestro rey, nuestro Señor, nuestro maestro es el hijo de Dios y que debemos oirle como á nuestro Dios. Convencidos de la excelencia y santidad de nuestra religion obra del hijo de Dios, ya nada debemos ver sino solo á Jesus. No debemos atender á nada de cuanto se oponga á Jesus. Pasiones, amigos, riquezas, apetitos, todo debe ceder á Jesus. Debemos cerrar los ojos y los oidos á todo lo que no sea Jesus. ¿Y qué podrán darnos los señores temporales? ¿qué sacaremos del servicio del mundo y de los demás enemigos de Jesus? ¿Qué aprenderemos en otra escuela, que no podamos estudiar con mas confianza en la escuela de Jesus, en la divina religion de Jesus? *Bueno es estar aquí,* digamos con San Pedro, *Bueno es que vivamos oyendo y sirviendo al hijo amado del eterno padre,* quien en recompensa de servirle nos ofrece un premio incomparable, transfigurarnos y llenarnos de felicidad y gozo en la gloria.

F. L. G.

SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA II SEMANA DE CUARESMA.

Los trabajos de la cruz santificarlos por nuestro Redentor, son necesarios segun la ordenacion divina para entrar en el reino de los cielos.

Ecce ascendimus Jerosolimam et filius homini tradetur principibus sacerdotum, et scribis, et condemnabunt eum morte. Ved que subimos á Jerusalem y el hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y lo condenarán á muerte. Math. c. 20 v. 18.

Por tercera vez, Católicos: por tercera vez anuncia hoy Jesucristo á sus Apóstoles la pasión y muerte que voluntariamente aceptaba para salvar y dar la vida eterna á los mismos que lo habían de atormentar y hacer morir en una cruz afrentosa. «Ved, les dice, que subimos á Jerusalem y el hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y lo condenarán á muerte entregándolo antes á los gentiles para que lo escarnezan, azoten y cru-

ciflqñen: pero al tercero dia resucitará triunfante y glorioso dejando vencida la muerte, destruido el pecado, confundido el infierno y abiertas las puertas del cielo á los hijos de la gracia.» Por mas aflictiva que fuese la primera parte de esta prediccion; era sin embargo necesaria para prevenir el escándalo que podrian caustr la pasion y muerte de nuestro Redentor en los Apóstoles que llenos de las ideas de gloria, de poder y grandeza bajo las que se representaban los Judios al Mesías no comprendieron por entonces las palabras del Salvador á quien tuvieron en esta ocasion por enigmático y misterioso. Fue necesario que Jesucristo repitiese á sus Apóstoles el anuncio de los sangrientos sucesos que en su persona habian de tener lugar en Jerusalem con asombro de todo el mundo, para que al verlos y presenciarlos respetasen los designios de la sabiduria eterna y admirasen en su divino Maestro el espiritu profético con que no solo les anunciaba su futura pasion y muerte sino hasta las circunstancias mas particulares que habian de acompañarlas. Fue necesario en fin que el Salvador de los hombres hablase á sus Apóstoles de los oprobios, afrentas, ignominias, tormentos dolores y lástimas de que habria de ser objeto para radicar en sus almas la máxima importante en que consiste el cristianismo á saber; que no puede arribarse á la gloria de la resurreccion sino por el camino escabroso de la Cruz; que la Cruz y sola la Cruz es la que puede abrirnos las puertas del cielo; que segun lo que de Jesus se habia escrito en los Salmos y en los Profetas convenia que sufriese, padeciese y muriese en una cruz afrentosa en medio de dos ladrones para entrar en su santa gloria como espresamente lo dijo á los discipulos

de Emaus reprendiéndolos por tardar tanto en creer sus doctrinas y vaticinios confirmados con milagros y el exacto cumplimiento de ellos. Por todas estas razones, dicen los santos Padres y Expositores sagrados, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: «Subimos á Jerusalem y el hijo del hombre será entregado á los principes de los sacerdotes y á los Escribas y lo condenarán á muerte. *Eccē ascendimus in Jerosolimam, et filius hominis tradetūr principibus sacerdotum et scribis et condemnabunt eum monte.*»

Yo secundando los esfuerzos de nuestra santa madre la Iglesia solícita siempre por la salud de sus hijos, y deseando contribuir por mi parte á que logreis la gloria eterna que Dios tiene preparada á los que lo aman y sirven en esta vida os voy á manifestar en este breve rato: «que los trabajos de la cruz santificados por nuestro redentor son necesarios segun la ordenacion divina para entrar en el reino de los cielos.»

Pidamos á Dios las gracias que necesitamos por el medio acostumbrado. Dirijámonos con devota confianza á la Madre de piedad María santísima y digámosla con el Angel.

AVE MARIA.

Eccē ascendimus Jerosolimam. . .

Isaias hablando de Jesucristo decía — Lo hemos visto despreciado, hecho un varon de dolores, como el último de los hombres, como un leproso herido por la mano de Dios y

humillado será conducido á la muerte como una oveja que es llevada al matadero, y ni aun abrirá su boca para quejarse: (Isai. c. 53) Sufrió nuestro Redentor paciente y designado los mas atroces tormentos: bebió hasta las heces del amargo caliz de los trabajos á que estan sujetos los descendientes del primer prevaricador acabó su vida á la violencia de los mayores padecimientos en una cruz afrentosa. Nos enseña desde ella dicen los santos Padres, á ser humildes; sufridos y mortificados. Llama elevado sobre la tierra á todos los hombres para que suban con El y por El á la gloria. La fe nos hace percibir un grito celestial, enérgico, y misterioso que dirige el redentor del mundo desde el árbol afrentoso á todos los mortales diciéndolos. — La Cruz: La Cruz es la puerta de los cielos. Venid á ella todos los que querais ser eternamente felices conmigo en la gloria prometida á los que lloran, padecen y sufren como Yo.

Debemos pues mirar los trabajos, las aflicciones y penalidades de esta vida como medios seguros para conseguir la gloria eterna. Debemos tener gusto, placer y satisfaccion en sufrir y padecer por Jesus, en satisfacer con la penitencia y la mortificacion á la divina justicia, en espiar, como David, con las lágrimas, la afliccion y el llanto nuestras culpas y pecados: debemos en fin desear y pedir á Dios todo lo que puede contribuir á nuestra santificacion, y decirle como los anacoretas que asombraron al mundo con sus penitencias. *Hic ure, hic seca, ut in æternum parcas.* «Señor: quema, saja y corta en esta vida, con tal que nos perdenes en la eterna. Yo me complazco, decia San Pablo, en mis enfermedades, en las adversidades, en las persecuciones y en

los estremos disgustos que sufro por vos; Solvador mio Jesús sucristo. (2: Corint. c: 12) Ningun cristiano debe ignorar que la sangre de nuestro Redentor ha quitado la amargura de la cruz; que ésta ha sido convertida en el árbol de la vida: que sus frutos son de inefable consuelo; de eternas delicias, de bienes infinitos y de gloria inmensa: Todos debemos saber que aquellos á quienes no agradan las espinas de los padecimientos que para nuestro ejercicio y mayor corona nos prepara la bondad de nuestro Dios, se hallan en muy mala disposicion, y pertenecen á un siglo con quien nos dice el apóstol que no queramos conformarnos. En una palabra; el Evangelista nos dice que Jesus debe ser nuestro principio y nuestro fin, y san Pedro, que no hay otro nombre en que podamos ser salvos (Act: Apost. c: 4. v: 12.) Siendo esto así: diciéndonos la sabiduría eterna que ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su propia gloria: sabiendo como sabemos que sin la cruz estaría cerrado el cielo para nosotros, y que con ella es segura nuestra bienaventuranza, ¿no está en nuestros propios intereses el acercarnos á ella con alegría, saludarla regocijados como san Andres, abrazarla y seguir áttidos á ella hasta llegar al puerto feliz de la gloria adonde nos conduce guiada por la virtud infinita del que murió en sus brazos? Podremos ser cristianos sin ser amigos de la cruz, sin amar las mortificaciones y penitencias, sin hallar placer en las aflicciones y penalidades, sin llevar en nuestros cuerpos las señales ó marcas de Jesus como san Pablo; y sin ser imitadores de este santo apóstol así como él lo era de su divino Maestro, segun lo dice él mismo á los de Corinto? (1.^a Corint. c: 4. v: 16.)

No señores: no son verdaderos cristianos los que no viven segun la religion cristiana, los que no tienen una vida penitente y mortificada, los que despreciando los preceptos de nuestra Madre la Iglesia aborrecen la cruz y sus trabajos. No son ni pueden llamarse cristianos los que se avergüenzan del evangelio, los que en la práctica huyen de la doctrina de Jesucristo y de sus ejemplos, los que se dejan llevar de la sensualidad sabiendo que los deshonestos no entrarán en el reino de los cielos, los que dejándose arrastrar de sus vicios y pasiones son partidarios del mundo reprobado por el Hijo del Altísimo, ni los que queriendo vivir en las delicias, en los placeres, en el fausto, opulencia y regalos, como el epulon del evangelio caminan á pasos de gigante á los fuegos sempiternos en que si piden consuelo al Abrazo celestial, les dirá este para agravar mas sus tormentos: ya habeis recibido el premio con la gloria mundana y los bienes terrenos en que pusisteis vuestra felicidad: ahora justo es que seais atormentados en las llamas eternas. Yo no he ofrecido el reino de los cielos mas que á los que en el valle de lágrimas, lugar de trabajos, de penitencia y de cruz se purifican y adquieren con la gracia la santidad propia de los discípulos del evangelio. Vosotros despreciasteis los caminos de la mortificacion, os negasteis á seguir al Maestro de las virtudes, aborrecisteis la cruz y los trabajos: ¿con qué derecho pedis consuelo no habiéndolo mas que en las aflicciones y penalidades de la vida cristiana...? Estos infelices no pudiendo resistir tan justas reconvenciones se desesperarán; una rabia infernal los despechará; conocerán para su mayor tormento que en los gustos y placeres de esta vida

late un veneno ponzoñoso destinado á convertir en un infierno eterno las glorias de los mundanos y que en la cruz y en las adversidades que simboliza se halla el germen de la vida eterna y de la verdadera felicidad, y no pudiéndose sufrir, ellos mismos serán los verdugos de sus cuerpos y de sus almas. ¿Y será cuerdo, justo, útil y conveniente el esponerse al furor de la divina venganza concitada contra los que no aman, abrazan y siguen los trabajos de la cruz por dejarse ilusionar de esos fuegos fatuos de las delicias y pasatiempos mundanos origen y manantial fecundo de desdichas aun en esta vida? Sed juiciosos, sed racionales y reflexionad sobre vuestro porvenir temporal y eterno.

Es verdad que si consultamos á los sentidos, á la pobre razon humana y al amor propio, se nos presentan las adversidades, los trabajos, las mortificaciones y penitencias como objetos de horror; la imaginacion los mira llenos de amargura, los aborrece, los detesta, los rechaza, no puede comprender que sea grato el padecer, dulce el sufrir, delicioso el vivir crucificados, y dichosos y felices en medio de las desdichas y tristezas. Las gentes del mundo entregadas á sus deseos, esclavas de sus pasiones, comprometidas con los vicios, cuya conducta es el escándalo de la Iglesia siendo sus costumbres el oprobio de la religion, y esos hijos de Epicuro que ponen su felicidad en los deleites y goces brutales de los apetitos, se rien y mofan de la filosofía evangélica que enseña la moderacion y la virtud, y prescribe reglas para sacar bienes de los males, dulzura de las amarguras, gozo de los padecimientos y gloria del llanto y del dolor. Pero porque la carne y la sangre se revelen contra el espíritu, y el hombre

animal se entrometa á hablar de las cosas que no entiende; ¿hemos de dar crédito á sus instintos extraviados, y seguirlos como si fueran reglas infalibles del bien obrar? ¿Pueden ser jueces en estas materias los sensuales, los avaros, los crapulosos, iracundos, soberbios y cínicos que han convertido al mundo en una sentina de vicios, y en un lugar de depravacion semejante á la que atrajo el fuego del cielo sobre Sodomá, Gomorra y demas ciudades nefandas? No hijos míos: no son los pecadores jueces competentes en materias propias de la relijion divina que trajo Jesus del cielo para hacer la felicidad de los hombres. El evangelio santo, la fé divina, la voz de Dios, y la iglesia dirigida por el Espiritu-Santo; se han encargado de establecer el reinado de la gracia entre los hombres; y en estas bases eternas debemos buscar los principios de la ciencia de nuestra salvacion para que sean ciertas, seguras é infalibles las reglas de nuestra conducta. Fuera de esto todo es error, mentira, confusion é infierno; y sino, consultad las máximas del mundo y las de la relijion, las costumbres de los malvados y las de los justos, los horrores de los unos, y el gozo espiritual de los otros:

El mundo no quiere cruces ni trabajos; llama desgracias á las tribulaciones, y se afana por buscar la alegría y el contento en el tumultuoso laberinto de los bulliciosos hijos de la carne que no piensan mas que en comer, en beber, en divertirse, en pasar días alegres alhagando á sus pasiones, y en asemejarse á los brutos que no tienen inteligencia. Los mundanos tienen una quiebra en sus bienes, un pleito perdido, é un revés de fortuna por un mal irremediable de

desastrosas consecuencias; no pocas veces murmuran de la divina providencia; la insultan, la provocan y blasfeman furiosos contra la mano omnipotente que dirige el Universo y todas las cosas con orden, peso y medida. Pero los cristianos ilustrados con las luces de la fé, educados en la escuela de Jesucristo, instruidos en sus doctrinas celestiales, alentados con sus promesas y fortalecidos con su gracia, saben que los contratiempos, adversidades, mortificaciones y penitencias ennoblecidas y santificadas por el autor de la santidad, son como las arras de la bienaventuranza; que las cruces son el contrapeso de las pasiones, el remedio eficaz contra la hinchazon del corazon y las enfermedades del espíritu, y que las aflicciones presentes, como lo dice san Pablo, producen una gloria de tanta escelencia, que es necesario colocarla mas allá de toda medida, de todo conocimiento y de toda comprension. Los cristianos despreciando los gritos de la carne y de la sangre; los malos ejemplos de los pecadores, sus máximas y doctrinas; y escuchando la voz del cielo que los llama por los caminos de la cruz que han de conducirlos á la gloria, saben que la felicidad eterna es el premio seguro de las aflicciones y padecimientos sufridos con un corazon recto y puro: que el mismo Dios quiere ser su recompensa; que no hay otras rutas ni sendas para ir al cielo: que los trabajos y las cruces son el patrimonio de los escogidos, y que de aquí han nacido los ardientes deseos de padecer y sufrir que se admiran en todos los santos; el clamar los justos que las rosas de las virtudes solo se crían entre las espinas de la cruz. De aquí el asegurar los santos padres y varones esclarecidos en sabiduría y piedad, que de

los trabajos y contradicciones sufridas con paciencia, proceden torrentes de consolaciones superiores á todo sentido; que de ellas salen unas inundaciones de delicias interiores de que solo tienen idea los que las experimentan: que después de padecer y sufrir en union con Jesucristo, ven sus almas purificadas y bañadas con el nectar divino de una voz celestial que los asegura de que poseerán sus almas en la paciencia, que á su cruz se sigue infaliblemente la gloria inconmensurable que Dios tiene prometida á los que imitan y siguen á Jesús en sus padecimientos.

Ved aquí la ciencia de los santos sacada de las fuentes de la verdad eterna: lo que el Salvador del mundo nos propone como un objeto digno de nuestra estimacion y de nuestro amor: lo que los hombres mas sabios y virtuosos que se han dejado ver sobre la tierra han buscado con empeño, y lo que Jesucristo se propuso radicar en nuestros corazones cuando dijo á sus apóstoles. Ved que subimos á Jerusalem; y el hijo del hombre será entregado á los principes de los sacerdotes y á los escribas, y lo condenarán á muerte. *Ecce ascendimus Jerosolimam, et filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis et condemnabunt eum morte.*

Con que, amados de mi alma: fijémonos en estas verdades eternas, y no nos dejemos alucinar de los alicientes y bella perspectiva de las pasiones. Hemos pecado y ofendido á nuestro Dios entregándonos á los gustos, placeres y deleites ilegítimos del mundo: y ¿nos han satisfecho y hecho felices? ¿No los hemos hallado emponzoñados con un veneno que filtrado en nuestras almas las ha llenado de amargura con

el fatal presentimiento de que éramos conducidos á los suplicios eternos de los fuegos infernales nutridos con todo lo carnal y terreno que llevan allá los pecadores? Sin ser dominados de un vértigo infernal, de un delirio, ó de una malicia diabólica ¿podremos decir que son felices los que nadan en bienes, riquezas y delicias mundanas? Apelo en este momento á vuestras propias conciencias, y concluyo con exhortaros á que busqueis la paz, la felicidad, los gozos y verdaderos placeres en la paciencia y sufrimiento de las adversidades de esta vida; porque los trabajos de la Cruz santificados por nuestro Redentor son necesarios segun la ordenacion divina para entrar en el reino de los cielos: que á todos deseo.

A. M.

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA II DE
CUARESMA.

*Del abuso de la gracia y los castigos terribles de este
peccado.*

*Cum ergo venerit Dominus vineæ quid faciet agricolis
illis? Cuando venga el Señor de la viña ¿qué hará con
aquellos colonos? Math. cap. 21.*

El hombre vé con claridad en otros los defectos que no advierte en sí mismo. Tanto como abre los ojos el amor propio para ver las culpas ajenas los cierra para que no se vean las propias, y el medio mas acertado para que el delincuente se sentencie á sí mismo sin pasión, es presentarle sus mismos delitos en una persona estraña. De esto traza, de que usaron con frecuencia los profetas, se valió Jesucristo como vemos en el evangelio de este dia, para poner delante de los ojos de los escribas y fariseos los muchísimos beneficios que habian recibido de Dios; la ingratitude, abuso y mala correspondencia, los crímenes horrendos que habian cometido con-

tra el mismo Dios, y toda la odiosidad de su conducta para que ellos mismos dieran la justa sentencia y señalarán el castigo merecido. Un Padre de familias, los dijo, plantó una viña y despues de haberla cercado perfectamente, haber construido una casa y una torre para su defensa, un lagar y todo lo que era menester, la arrendó á unos colonos y se ausentó. Al llegar el tiempo de los frutos envió á sus criados para que cobrasen la renta de los arrendatarios, pero estos apedrearón á unos, hirieron á otros, y quitaron la vida á otros; envió el padre de familias nuevos criados y aumentó su número para que los respetasen y los pagasen la renta, pero estos tuvieron igual suerte en manos de los colonos. Dispuso el padre de familias enviar á su mismo hijo con la esperanza de que al menos á éste le respetarian, pero viéndole los arrendatarios dijeron entre sí. Este es el heredero, matémosle y será la viña nuestra, y echándose sobre él le sacaron fuera de la viña y le quitaron la vida. Cuando venga el Señor de la viña, ¿qué os parece que hará con aquellos colonos? *Cum erga venerit Dominus vineæ quid faciet agricolis illis?* Nada mas exacto para dar á conocer la malicia de un pueblo escogido y protegido del Señor, á quien dió su ley, sus ministros, su templo, sus ceremonias y sacrificios, á quien envió sus profetas y los persiguió, los encarceló y los puso á cuchillo; y á quien por último envió á su hijo para que recogiese los frutos de obediencia, de obras de justicia, y del culto debido, y que conociéndole le quitó la vida. El Señor los hizo pronunciar la sentencia contra sí mismos al darla contra los labradores ingratos y homicidas. «Hará con ellos» un castigo ejemplar y los perderá para siempre,» dijeron

los fariseos; y haciéndolos entender Jesucristo que ellos mismos eran estos colonos ingratos; que sus padres eran los que habian quitado la vida á los profetas enviados del Señor y que ellos intentaban quitarla á su hijo enviado á requerirles el fruto de la viña que tenían en renta, moderó la sentencia y los dijo: dará el Señor su viña á otros colonos que paguen la renta á su debido tiempo, y yo os digo que por esto se os quitará el reino de Dios y se dará á otras naciones que obren frutos dignos de él, á los que hagan frutos de bondad y de justicia.

Hermanos míos, en el pueblo judío vemos el cumplimiento de la sentencia del Señor. Ha quedado sin templo, sin sacerdocio, y ha recibido el justo castigo de unos colonos ingratos, homicidas, y malditos que crucificaron al mismo hijo del Eterno Padre. Nosotros somos también colonos y arrendatarios de la viña de Dios, y si no pagamos la renta que el Señor nos exige; si no le contribuimos con los frutos que nos pide; si despreciamos, insultamos y perseguimos de muerte á los criados que nos envía; á sus ministros y sacerdotes y al mismo Jesucristo Hijo de Dios que por tantos modos nos instruye y amonesta para que demos frutos de justicia y santidad: Cuando venga el Señor de la viña y nos tome cuenta del cultivo que hemos hecho y el fruto que hemos pagado, ¿qué hará con nosotros? El Señor nos ha entregado su viña. El Señor nos ha de castigar por no pagarle el fruto correspondiente.

Ved hermanos míos, lo que pienso poner á vuestra consideración en este rato. Mas claro y sencillamente: voy á manifestaros el abuso que hacemos de la gracia y los bene-

ficios del Señor; y los terribles castigos con que venga el Señor este pecado. Hoy Dios mio, soy uno de vuestros siervos enviado á requerir el fruto que os deben las almas que me escuchan; no sufra yo vuestras reconvenciones por haber callado, ni me arguyais de pusilánime ni condescendiente; y vosotros, hermanos míos, no seáis insolentes y homicidas contra el que os anuncia y recuerda las deudas que debeis á vuestro Dios, porque al fin vendrá él en persona y en castigo de vuestros atrevimientos os perderá para siempre y dará su reino á otros. Favorecednos, Señor, con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre,

AVE MARIA.

Cum ergo venerit...

Todos somos colonos y hemos recibido á renta y bajo la cuenta que nos ha de pedir el mismo Dios los bienes de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia. Hemos recibido el ser de alma y cuerpo porque todo lo debemos á Dios en cuya mano está el criar á no á los demas seres, y porque en él vivimos, nos movemos y somos. La vida, la razon, la memoria, el entendimiento, la voluntad y el uso de las potencias y sentidos son deudas y beneficios, que debemos agradecer á Dios tanto mas, quanto palpamos la desgracia de los infelices ciegos, tullidos, mancos, dementes y demas, de que el Señor nos ha preservado. La robustez, la salud, las fuerzas, los cielos, la luz, la tierra, los elementos, los

animales, las aves, los peces, todo nos lo dá Dios y nos lo dá con mas ventaja que á otros muchos que acaso son mas justos que nosotros. El nos dá tambien las riquezas, los honores, los destinos, el buen nombre y reputacion y todo lo que en el mundo llamamos bienes de fortuna. Y sobre estos, hermanos míos, nos ha dado y nos dá incesantemente los bienes de la gracia. Bienes generales á todos los que nos ha hecho su pueblo y heredad, el habernos criado en el seno de su iglesia, habernos redimido y admitido á la participacion de sus sacramentos, el perdonarnos los pecados por la penitencia, el alimentarnos con el manjar de vida eterna en la Santísima Eucaristia, y tantas misericordias particulares, tantas mercedes que el Señor nos dispensa á cada uno sobre quien vela continuamente con una providencia particular.

La viña es nuestra alma y cada uno es un labrador y colono de esta viña de Dios. Dios la plantó porque Dios nos dió el ser y sin él nada seríamos. Jesucristo la regó con su sangre, y el espíritu Santo con sus dones y gracias la dá el incremento y las fuerzas y el jugo para producir frutos sazonados y dignos de Dios. ¿Qué mas ha debido hacer el Señor en beneficio de su viña que no haya hecho? Nos ha cercado del seto de la fe para que no nos acometan las bestias de la irreligion y la impiedad: del vallado de los Santos, doctores, maestros y predicadores que nos dirijan, amonesten, enseñen con su ejemplo y mitiguen la ira del Señor intercediendo por nosotros: ha puesto un muro de bronce entre nuestros enemigos y nosotros en tantos Jeremias que como varones fortísimos de Israel guardan la cama del verdadero Salomon y nos dan la voz de alerta cuando los ene-

migos se nos acercan; nos ampara y nos protege por si mismo que quiere ser nuestra salud y refugio; y por medio de sus ángeles deputándolos para nuestra custodia: ha puesto dentro de nosotros el torcedor de nuestra conciencia para que con sus reprensiones y reinordimiento nos esprima todo el humor de nuestros vicios; nos ha dejado en su iglesia sus sacramentos, su sacrificio, su presencia hasta la consumación de los siglos, la virtud poderosa de su santísimo nombre contra la que no pueden prevalecer todas las potestades del infierno... ¿Qué mas ha debido hacer? Nos ha dejado encargado el cultivo de nuestra alma y se ha ausentado lejos: *et peregrinatus profectus est*. No se ha mudado de lugar el que lo ocupa enteramente todo; ha suspendido las obras y prodigios que nos manifestaban su presencia porque ya no son necesarias; quiere dejarnos á la anchura de nuestra libertad para obrar como dice San Jerónimo. No es de aquellos señores que continuamente están sobre sus criados zahiriendo sus desnudos y demasiado molestos é importunos en pedir; es compasivo, misericordioso, benigno, nos sufre, nos tolera, deja pasar los días y al tiempo de los frutos nos llama y recuerda con sus criados que somos sus colonos y que no debemos olvidar el pago que le debemos. Ocasiones hay en que la conciencia, las inspiraciones de la gracia, las voces de los ministros de Dios, la razón, los ejemplos, todo nos pide los frutos de nuestra alma. Tiempo hay en que la iglesia nos insta con sus preceptos, nos dispone con los ayunos y mortificaciones, nos hace presentes los sagrados misterios de nuestra fé. El Señor nos pide la cuenta de nuestra alma, los frutos de esta viña encomendada á nues-

tro cultivo, en una enfermedad que nos sorprende en lo mas fogoso de la carrera del crimen, en la juventud con el ejemplo de una muerte repentina: en todo tiempo por medio de sus ministros que nos recuerdan los deberes santos; un año y otro; en la juventud; en la mocedad; en la vejez; nos sufre; nos espera; en todo pensamos menos en Dios... Haced lo que os mando, dijo el Señor á su Profeta Oseas (1). Hallareis una mujer de una vida perdida y escandalosa en sus tratos: servidla; paseadla la calle y casaos con ella; poned en ella vuestro amor; porque quiero que representeis lo que yo hago, que siendo esta gente adúltera y alevosa, la busco; la solicito, la ruego que me quiera, y cuanto mas me aborrece la muestro mas mi amor y la dispense mas favores.

¿No es esto lo que hace el Señor con nosotros? ¿no hemos recibido cada uno favores y distinciones sin cuento? ¿no hemos despreciado y vuelto la espalda á nuestro Dios continuamente? ¿no nos ha enviado en todo tiempo sus ministros que nos avisen; que nos reprendan, que á nombre suyo nos recuerden su ley, sus promesas, sus castigos, su bondad y su justicia? ¿Cuál ha sido nuestra respuesta?

Tantos profetas perseguidos, tantos patibulos empapados en la sangre de los enviados del Señor, tantos justos pasados á cuchillo, en los destierros, en las cárceles, sufriendo las irrisiones y las burlas, las amenazas y los golpes de unos hombres á quienes requerian en nombre de Dios

el fruto de los bienes que habían recibido de su mano; son la demostracion mas palpable de las multiplicadas misericordias de Dios y de la insolencia de los hombres. No volvamos la vista á la historia del pueblo judío que quitó la vida á todos sus profetas; no nos detengamos en las horribles y crueles persecuciones de la iglesia en que fueron sacrificadas innumerables víctimas; no salgamos de lo que pasa entre nosotros y con nosotros. ¿Cuál ha sido la suerte de los que en nuestros dias han tenido valor para decir como el Bautista á Herodes: *Non licet*. No te es lícito ni permitido lo que quieres y lo que obras? ¿Cuál es el patrimonio de los sacerdotes y ministros del Señor; sin otro motivo que ser ministros de Dios? Ese mundo libertino y descreído ¿no los ha hecho el objeto de sus burlas; de sus declamaciones; de sus risas y desprecios; de su ira y encono? La sangre de las víctimas sacrificadas ¿no está clamando al cielo y pidiendo venganza como la del justo Abel? Esos hombres nacidos en la cristiandad; educados en la religion, favorecidos de Dios; ¿oyen á los sacerdotes que los piden el fruto de su alma, siguen á Dios que los habla por sus ministros; ó atienden á su ambicion, á su codicia; á su arrogancia y soberbia, á la gula y sus desenfrenados apetitos? Lejos de obedecerlos y pagar el fruto debido correspondiendo á las gracias y favores del Señor con una sumision humilde á su voluntad, los desconocen, los desprecian, los sacrifican á sus burlas y calumnias, y deseosos de no reconocer dueño alguno, de ser enteramente independientes y no tener otro Dios que sus antojos, de ser los dueños de su alma desprecian y desalojan de esta viña que Dios los ha dado en renta al mismo Dios que los

habla. Si, los habla con sus inspiraciones, con los remordimientos de su conciencia, con los ejemplos de muertes trágicas y castigos ejemplares que pone á su vista, con la privación de la salud, de los bienes de fortuna, y sin embargo duros de cerviz no quieren recibir el yugo suave del Señor, *non serviam*. Se atormentan y mortifican para ahogar su razon y destruir la torre firme de su fé. *Hic est haeres, venite occidamus eum*. Quedemos sin fé, sin esas creencias fanáticas, sin esos misterios que tanto nos molestan, sin esas prácticas que tanto nos inquietan, y vivamos tranquilos en los deleites de este mundo que pasa y no vuelve, porque todo lo demas es una invencion de los que quieren tiranizar nuestros corazones.

Hay cristianos todavía que saben que lo son, y que estiman el serlo. Pero aun estos ¿qué fruto dan al Señor ó qué respuesta dan á sus ministros cuando en nombre de Dios los encargan el cultivo de su alma y el pogo de los frutos, las obras de justicia y santidad? Mas tarde, dicen los jóvenes. Dejemos que pasen los años de las diversiones y placeres; tiempo nos queda de rezar cuando lleguemos á la vejez, cuando nos hayamos de morir. Mas tarde, dicen los ancianos, cuando seamos mas viejos, cuando nos llegue la enfermedad ó nos falten las fuerzas, y todos por lo comun desoyen y se desentienden de los llamamientos de los sacerdotes, de los gritos de su conciencia, de los ejemplos y lecturas saludables, y corren sin freno en pos de sus locos apetitos. El avaro no satisface jamás su codicia, el ambicioso siempre procura elevarse y distinguirse mas, el blasfemo y jurador va con su maldito vicio al sepulcro, el lascivo no deja la

compañía que le lleva á su ruina.... ¿Quién se reconcilia con sus enemigos y perdona de corazon sus injurias? ¿Quién restituye las haciendas mal adquiridas? ¿Quién resarce el honor y la fama que ha quitado a sus prójimos? ¿Quién huye de las ocasiones; se aparta de los peligros, teme sus caídas y procura conservarse firme? ¿Quién hace penitencia siendo tan crecido el número de los pecadores? ¿Quién oye y cree á los ministros del Señor? *¿Quis credidit auditui nostro?* De aquí es que si no se vive en un desprecio de Dios; en una contradicción y guerra abierta con Dios, se vive en una indiferencia criminal, se vive como si no hubiera Dios; de aquí es esa irreligion y falta de fé, esa inmoralidad y esas costumbres de abominacion y de escándalo; ese abandono de nuestros templos, ese desprecio y poco respeto á los ministros del santuario, esa locura con que se siguen las vanidades del mundo, ese descuido de los bienes eternos, y el mirar las cosas de la religion como asuntos de poco interés, ó como necesidades de la política para contener algun tanto á la multitud que no discurre y se deja conducir de quien la dirige.

Hermanos míos ¿no es esta y mucho mas espantosa la pintura de las costumbres de nuestro siglo? ¿No es así como vemos que se vive, se piensa y se obra por el comun de las gentes? ¿No es verdad que los dones de Dios, la vida, la hermosura, la salud, la fortuna, todo se emplea en obsequio del pecado, que se desprecian las gracias del Señor, se sofocan sus inspiraciones, y que á trueque de vivir en el vicio se quieren ignorar las leyes de Dios? *Recede á nobis, scientiam viarum tuarum nollumus.* Si entramos en nuestro

corazon ¿no hallarémos inspiraciones sin numero de la gracia de Dios que hemos resistido, llamamientos que hemos despreciado, sacramentos de que hemos abusado, prácticas religiosas, oraciones, ayunos, mortificaciones que nos impone la iglesia, que si no hemos tenido la audacia de poner en ridículo; hemos sabido apartarlas de nosotros con escusas y pretextos los mas débiles: no hallarémos en fin, que no tenemos virtud alguna, que no hemos dado fruto alguno de bondad y justicia, y que estamos dominados de los vicios?

Si tal es el cultivo que damos á la viña de nuestra alma; si así correspondemos á las gracias y beneficios de nuestro Dios; si así abusamos de tantas misericordias con que nos favorece; ¿qué esperamos que haga con nosotros cuando el mismo Señor nos tome cuentas? *Malos male perdet*, respondieron á Jesus los escribas y fariseos. Hará perecer á unos colonos tan delincuentes y malvados ejecutando en ellos un castigo ejemplar; y el Señor, mas bondadoso, mas benigno y compasivo que los hombres, señaló el castigo preparado en sus justas venganzas. *Ló* quitará la viña y la arrendará á otros colonos que la cultiven y paguen los frutos á su tiempo. Este castigo le vemos cumplido en el pueblo hebreo, han sido destruidos y dispersos sus hijos por todas las naciones del mundo, y el reino de Dios, sus promesas y su culto se ha trasladado á las naciones que no le conocian. El Señor se ha formado su iglesia de los despojos de los judios y los gentiles que se han convertido á la fé, y estos quiere que sean sus colonos y le rindan los frutos que le negaron los judios. Naciones enteras han abrazado la fé

de Jesucristo, y el Señor las ha abandonado en castigo del abuso que han hecho de sus gracias.

Si con nuestra mala vida imitamos la infidelidad de los judíos; si arrojamos de nuestra alma al mismo Jesucristo después de injuriarle; si con una alevosía mas detestable que la de los escribas y fariseos, perseguimos á Jesucristo y le crucificamos con nuestros pecados, será mayor nuestra condenacion, mayores los castigos, porque son mayores las gracias que hemos recibido. El Señor por un juicio lleno de su justicia nos privará de sus dones y los entregará á otros para que mas agradecidos que nosotros hagan con ellos frutos abundantes de buenas obras. *Vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis.* Nos quitará el Señor su viña, no seremos mas su pueblo, las escrituras santas, la doctrina del evangelio, la palabra de Dios, sus templos, sus ministros, todo nos lo quitará el Señor y lo trasladará á otras gentes que no abusen de sus gracias. Hé aquí, hermanos míos, el castigo terrible dispuesto por el Señor: hé aquí como castiga á los que desprecian, abandonan y persiguen á su religion. ¿Aborrecéis á sus ministros y sus templos? Pues quedaréis sin templos y sin ministros porque no sois dignos de ellos. Voy á manifestaros, dice el Señor por el profeta Isaías (1), lo que haré con mi viña de que no he cogido otro fruto que malezas; la quitaré el vallado, destruiré la casa y la torre que la defiende, dejaré que pasen las bestias por ella, la abandonaré, no la ca-

(1) Cap. 5.

baré ni la podaré mas, se llenará de zarzas y espinas, mandaré á las nubes que no lluevan mas sobre ella. El abandono de Dios, la privacion de sus ausilios, de su divina palabra y de sus sacramentos cuando mas los necesitemos; dejarnos en manos de nuestros enemigos mundo, demonio y carne, es un castigo muy temible y muy próximo á la eterna condenacion. El fin del pecador abandonado de este modo de su Dios; por mas que se gloríe entre los placeres, no puede ser otro que la muerte y el fuego del infierno. La tierra que despues de recibir la lluvia del cielo no produce sino espinas y abrojos; es una tierra reprobada y maldita que no sirve sino para el fuego (1). Es decir, como explica san Gerónimo: que el Señor retira sus beneficios de los que son indignos; y que ya que no sientan y confiesen á Dios por los favores, le sentirán por los castigos. Desengañémonos con la terrible sentencia del Señor á los fariseos, y conozcamos que Jesus es la piedra angular y sólida del edificio de Dios, y que sea que tropezemos en esta piedra ó que la piedra caiga sobre nosotros, siempre seremos nosotros los que nos hagamos pedazos sin que la piedra firme sufra la mas pequeña lesion. Es decir: que si resistimos á Jesucristo, si no creemos en él, si le injuriamos y ofendemos, nuestros tiros no hieren á Jesucristo sino que se vuelven contra nosotros; y si Jesucristo viene contra nosotros, si aguardamos á que el día de sus venganzas venga sobre nosotros con todo el peso de su ira é indignacion nos arruinará y hará ceniza

(1) Heb. cap. 6:

como á unos vasos de barro frágil sin que nos quede esperanza alguna de repararnos. Si pues no podemos obrar contra Dios sin ir contra nosotros mismos, ya que nos ha ilustrado con su fé, que nos ha provisto de tantos auxilios, que nos ha enriquecido de tantos dones, cultivemos con su ayuda la viña de nuestra alma, no abusemos de sus gracias, cuidemos de producir frutos de virtud en todo tiempo.

¡Señor! No nos abandoneis ni huyais de nosotros por grandes que sean nuestras iniquidades. Castigadnos, pero castigadnos como padre que no abandona á sus hijos. No permitais que nos falte la fé, que perezca de entre nosotros la santa religion de nuestros padres, y que veamos unos tras otros desaparecer de nuestro suelo vuestros templos y vuestros ministros. Miradnos con misericordia y haced con vuestra gracia que florezca y se aumente vuestro culto y que todos produzcamos frutos de bendicion que nos hagan dignos de vuestra gloria.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

Para agradar á Dios y asegurar nuestra salvacion no hay medio mas infalible que el de contar con su Santisima Madre.

Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti. Bien-aventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Luc. c. 11, v. 27.

¡Qué amable es nuestro buen Jesus, católicos! ¡Cuánto nos ama, y qué grandes son sus misericordias! Ni los ángeles ni los hombres son capaces de comprender los beneficios con que ha favorecido á los miserables hijos del primer criminal que trastornó al mundo con su pecado. El nació pobre, humillado y abatido para destruir el reinado de la soberbia y establecer entre nosotros el de la paz, el de la concordia, el de la amistad mas pura, el de la caridad mas acendrada, como se vió en los primeros cristianos y se vé en los fieles que aman á su Redentor y siguen sus doctrinas celestiales. Vivió en el mundo haciendo bien á todos, per-

donando á los pecadores, enseñándonos á ser justos, santos y perfectos, trazándonos los caminos que conducen á la bienaventuranza, y dejándonos ejemplos que imitar para ser dignos hijos de la gracia. Padeció y sufrió los mas atroces tormentos, murió en el árbol ignominioso y resucitó verdaderamente por salvarnos y redimirnos, por hacernos hijos predilectos del Padre celestial, por abrirnos la puerta de los cielos y hacernos eternamente felices en la gloria. Aun hizo mas por nosotros. Su amor ingenioso y omnipotente halló el medio de permanecer con los hombres hasta la consumacion de los siglos, de darnos á comer su mismo cuerpo y á beber su misma sangre, de que en el Santísimo sacrificio de la misa renovásemos el del calvario y pudiésemos hacer de la tierra un nuevo cielo. Nuestro Jesus divino es la causa de que la iglesia santa dirigida por su virtud omnipotente haya dispuesto que en la misma misa se publique una parte de su evangelio encargando á sus ministros que lo espongan y expliquen á los fieles para su instruccion y aprovechamiento, de que en el que acabais de oír se halle un manantial fecundo de gracias y consuelos, y de que él solo sea capaz de llenaros de ciencia y de virtud, de un gozo inefable y de una seguridad completa de que sereis eternamente dichosos y felices si os dejais llevar de sus inspiraciones.

Porque, amados míos, Hoy nos presenta el evangelio á Jesus curando á un mudo, sordo y ciego, poseido del demonio, rebatiendo las calumnias de los fariseos, dando lecciones de santidad á las turbas, y obligando con su elocuencia celestial á que una muger prorrumpiese en gritos y dijese confundiendo á los sábios y prudentes del siglo: «Bienave-

turado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.»
Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti.

¡Qué sé la de esta muger, católicos! ¡Qué celo por la honra y gloria de su Dios, y qué sabiduría, tino y prudencia en defender á su Redentor; alabando, bendiciendo y elogiando á la que tuvo la dicha de llevarlo en su vientre y alimentarlo con la leche virginal de sus pechos! Yo os la propongo como ejemplo y modelo de la conducta que exige de vosotros la religion que profesais, y al efecto os voy á probar en este discurso; «que para agradar á Dios y asegurar» nuestra salvacion, no hay medio mas infalible que el de»
«contar con su Santísima Madre;» sin la que, en sentir de mi melitino padre san Bernardo, no hay salud, gracia ni gloria para los hombres.

Y pues que se trata de María Santísima Madre dichosa de nuestro Dios, objeto prodilecto de la devocion de los fieles, y escudo invencible contra los enemigos de su divino Hijo, pidámosla la gracia que todos necesitamos y digámosla con el ángel,

AVE MARIA.

Beatus venter qui te portavit....

«Bienaventurado el vientre que llevó á Jesus,» dijo la muger del evangelio. Pero Jesucristo para hacer mas completo y cabal el elogio de su Santísima Madre añade y dice: así es: bienaventurada por cierto es mi tierna Madre: pero

mas por haberme tenido en su corazon, que por haberme llevado en su vientre virginal. Dichosa y feliz tan santa criatura; pero no tanto por haberme alimentado; como por oir la palabra de Dios y guardar exactamente los divinos preceptos.» De manera, dicen los santos padres, que la grandeza de María Santísima no pende precisamente de haber tenido en su vientre á Jesus, sino de su fé y de sus virtudes incomprensibles, como ella misma lo espresó cuando en el éstasis de su humildad, segun san Ambrosio, dijo llena de reconocimiento: «Oíró en mí cosas grandes el Todo-Poderoso; pero fué porque se dignó mirar á la humildad de su sierva.» De aquí el asegurar los padres y doctores de la iglesia, que supuesta la voluntad de Dios de nacer de la mas santa y pura de todas las mugeres, María Santísima mereció por sus méritos y virtudes el que fuese escogida para la altísima é incomprensible dignidad de Madre de Dios. Aquella pureza sin ejemplo, aquella bondad sin tacha, aquella humildad sin límites, aquella caridad y amor de Dios que sobrepujaba al de los serafines, aquella santidad, en suma, que es la mayor que puede concebirse despues de la de Dios, es a que atrajo á su seno al que no pueden contener los cielos y la tierra, la que la hizo dueña del que es dueño del Universo, Criador y Conservador de todos los seres, Redentor y Glorificador de los justos. Razon pues tenia la muger de nuestro evangelio para exclamar y decir: «Dichosas las entrañas que te han llevado, y felices los pechos que te han dado de mamar. «Bienaventurado el vientre que llevó á Jesus» porque la Madre de un Dios no puede dejar de ser superior á todas las grandezas que pueden decirse é imagi-

narse despues de la que es la misma divinidad. Solo el artifice de esta obra prodigiosa es superior á ella, dice san Pedro Damiano, añadiendo; que todo quanto se puede imaginar de grande, de sublime, de excelente, de esclarecido, de santo, de puro, y perfecto entre las criaturas es muy inferior á lo que es la Madre de un Dios como la que se elogia en el evangelio. Ella es la Reina de los hombres y de los ángeles, la estrella del firmamento, la palma de las virtudes y la puerta de los cielos. Es la depositaria de los tesoros del Omnipotente en orden á los decretos eternos sobre nuestra salvacion, nuestra salud está en su mano, y ningun bien descende del cielo sobre la tierra que no pase por la que llevó en su vientre á Jesus. Ved pues si esta Santísima Virgen no es el medio mas seguro para agradar á Dios y conseguir la gloria eterna.

La mujer que glorificó á Jesus bendiciendo á su santísima madre, mereció que el Señor confirmase su bendicion, y se estendiese á formar el elojio mas grande de la que lo habia tenido en su vientre, y alimentado. Dió ocasion á que el Salvador del mundo explicase la causa de la verdadera grandeza y excelencia de su bendita madre, dejando consignada una verdad importantísima, y en alto grado honrosa y favorable á la reina de las vírgenes qual es, que no por la carne ó por la sangre, por la nobleza ó prosapia esclarecida, por los talentos de su espíritu ó por las perfecciones de su persona era bienaventurada, dichoso y feliz su digna madre, sino por oir la divina palabra y practicar lo que la ley manda: dándonos á entender con esto que la santísima Virgen es mas distinguida y considerada por su fidelidad á todos los

deberes de la religión que por la prerrogativa de Madre de Dios. Esta es la causa, la fuente y el origen del poder y grandeza de la madre de nuestro Dios. Por eso dicen los santos padres : que aunque es cierto que solo Dios es eterno, infinito, inmenso y omnipotente por esencia, hay sin embargo una hechura de sus manos tan superior á las demas que para explicar su excelencia y elevacion es necesario llamarla *infinita* en sus incomprensibles perfecciones: *inmensa* en la prodigiosa estension de su gracia : y *omnipotente* hasta hacerla depositaria de todo el poder divino en orden á los decretos eternos sobre los hijos de los hombres. Esta singular criatura es María Santísima, tan llena de méritos y virtudes, que en sus angustias é infortunios fué un vivo retrato de Jesucristo á quien imitó perfectísimamente en la obediencia, en la fortaleza, en la constancia, en la conformidad con la voluntad divina, y en la ardientísima caridad con que amó á Dios y á los hombres. De aquí el haber sido esperada de los patriarcas, anunciada por los profetas, representada en un infinito número de figuras, pedida en el espacio de cuatro mil años con sacrificios y oraciones, y hecha la ocupacion de todos los siglos como lo dice mi melillón padre San Bernardo. De la santidad y virtudes de la que llevó en su vientre á Jesús el llamarla todos los cristianos el prodigio de la gracia, la obra mas perfecta del Omnipotente, la gloria de la celestial Jerusalem, la reina del universo, la estrella de la mañana, el arca de la alianza, la puerta del cielo; la fuente de la gracia, el árbol de la vida, el refugio de los pecadores, el consuelo de los aflijidos, el declado de los justos, todo lo que los demonios mas temen, lo que los

hombres reverencian, lo que los ángeles admiran y todo lo que la Santísima Trinidad mas ama. Todo esto, y mucho mas que no puede decirse ni imaginarse, es la Virgen de quien dijo la muger del evangelio á Jesus. «Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.» *Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti.*

Felices mil veces los que imitan á esta célebre muger en la confesion con que glorificó á Jesucristo bendiciendo y alabando á su bendita madre, porque lograrán agradar á Dios y asegurar su salvacion. No entendia aquella sencilla muger de ciencias, de artes ni de esas falsas elocuencias con que se envanece los mundanos. Era idiota, é iliterata; ignoraba el lenguaje altisonante de los sabios fariseos, y mal podria tratar de medir las fuerzas de su discurso y raciocinio con ellos: pero la inspiró el cielo; la poseyó el Espíritu-Santo, y admirada de las doctrinas y milagros de Jesucristo, levantó la voz entre las turbas y exclamó diciéndole: «Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.» ¿Pudiera mejor defender á Jesus contra las blasfemias, impiedades y sacrilegios de los orgullosos fariseos, que ya que no podian negar los milagros que veian, se obstinaron en decir que todo lo hacia en virtud de Bercebtá príncipe de los demonios? Alabando y bendiciendo á la madre ¿no confiesa, engrandece, preconiza y ensalza la divinidad del hijo fruto bendito de su vientre? Ella elogiando la dicha, grandeza y excelencia de la madre, hizo la defensa de su santísimo hijo contra los que lo ofendian é injuriaban, confesó la divinidad del Salvador haciendo que las turbas la reconociesen y venerasen, y movió á la misma sabiduría

eterna á hacer las aclaraciones mas importantes acerca de la grandeza de la que es reconocida por hija del eterno Padre, por madre del divino Verbo y por esposa del Espíritu Santo. Es de creer que Jesucristo no se hubiera dado por entendido si los elogios de esta muger se hubieran dirigido expresa y directamente á su sagrada persona, atendida la conducta siempre humilde que observó su divina magestad: pues que queriendo las turbas alimentadas milagrosamente en el desierto de Betsaida hacerlo rey, huyó de ellas y se subió solo al monte; transfigurado encargó á sus apóstoles que á nadie hablasen de aquella vision admirable hasta que resucitase glorioso. La gloria humana jamás halagó á Jesus; vino al mundo á infundir en los corazones de los hombres los mas ardientes deseos de la felicidad eterna, y escuchando con gusto los elogios que una muger sencilla, pero llena de fe, prodigaba á su santísima madre, tomó ocasion de esto para decir: «bienaventurados aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.» La primacia en esto la tuvo la santísima vírgen, y á esta parece que quiso proponer como modelo y ejemplar de todas las virtudes á los fieles.

Imitemos nosotros á la muger que se valió de los elogios de la madre para alabar, bendecir, y glorificar á su santísimo hijo. Si los sábios y prudentes del siglo apoyados en la fuerza de sus discursos enchidos de elocuencia profana, desfienden errores, propagan falsedades, se esfuerzan en hacer la apolojía de los vicios y pasiones, y con sus ejemplos y doctrinas tratan de ensalzar las máximas perniciosas de un mundo reprobado por Jesucristo y puesto en malignidad como lo hacian los fariseos, no disputemos con ellos; re-

enrramos á María Santísima que es el asiento de la verdadera sabiduría y ella triunfará en sus siervos, nos dirigirá en los caminos de nuestra salvacion, y si la elojiamos, alabamos y engrandecemos como la muger de que os voy hablando, imposible será que no salgamos victoriosos y triunfantes; porque es muy sabido entre los fieles que el medio mas infalible de agradar á Dios y asegurar nuestra salvacion, es el de valernos de la que siendo la causa de nuestra alegria y el vaso de la mas insigne devocion da salud á los enfermos, consuelo á los aflijidos, alivio á los necesitados, perdon á los pecadores, gracia y los justos y gloria á todos sus devotos.

Si, señores: María Santísima da la gloria á todos los que son sus devotos, puesto que dicen san Anselmo, san Buenaventura y san Antonino; que es imposible que se condenen los devotos de esta vírgen admirable. Imposible: porque si somos pecadores y con nuestros delitos provocamos las venganzas de un Dios justo aumentando los pecados como las arenas del mar, con tal que invoquemos á María Santísima y seamos sus devotos, ella alcanzará de su santísimo hijo la gracia de conversion y penitencia que necesitamos para purificarnos, ella confundirá al infernal Dragon que ruge por devorarnos, ella triunfará en sus devotos, estos se salvarán á pesar de los pesares; y despues de esto ¿habrá quien no confiese que para agradar á Dios y asegurar nuestra salvacion, el medio mas infalible es el contar con aquella dichosa criatura de quien dijo la muger del evangelio á Jesus, bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste?

Esta es una de las verdades más consoladoras que piadosamente creemos los fieles, la que tanto recomiendan los santos padres á los justos y pecadores, la que ha llenado de confianza á los mayores criminales, apartándolos del borde de la desesperación; la que yo quisiera radicar en vuestras almas para que convencidos de que en la reina de los ángeles está vuestra salvación eterna, contéis siempre con su auxilio y protección, seguros de que para llegar á Jesús no hay senda más recta que la que siguió la mujer del evangelio; la de elogiar; alabar y bendecir á la que llevó en su vientre á Jesús. Hacedlo todos así, y vereis como después de los trabajos de esta vida teneis la dicha de ir en los brazos de la virgen á la triunfante Jerusalem de la gloria que á todos deseo. Amen:

A. M

HOMILIA

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

De la guerra interior del pecador y la paz del justo.

Omne regnum in seipsum divisum desolabitur. Todo reino que esté dividido entre sí se destruirá y quedará aniquilado. Luc. cap. 11.

De los muchísimos milagros obrados por Jesucristo Señor nuestro, hoy nos refiere el evangelio el que hizo con un sordo, ciego y mudo que estaba poseído del demonio. Rodeado Jesus de la muchedumbre de gentes que de todas partes le seguían le presentaron un hombre tal; como acabais de oír. Jesucristo le libró al momento de todos sus males, el hombre comenzó á hablar con toda perfección, y las turbas quedaron admiradas. No podían los escribas y fariseos enemigos declarados de Jesus ocultar ni negar unos hechos tan públicos, tan superiores á las fuerzas del hombre, tan repetidos y tan constantes con los que comprobaba de un modo irresistible Jesucristo su divina misión, y que él era el Mesías prometido. Pero el demonio que había llena-

do de envidia sus corazones y ocupado sus almas mas estrechamente que el cuerpo del sordo, ciego y mudo, les sugirió que digesen: que este y todos los milagros que hacia Jesus los obraba en nombre y virtud del demonio. Asi satisfacian á su envidia estorbando la gloria y los aplausos que le daban las gentes, y echaban á la vez por tierra su doctrina y la moral de su evangelio, porque confirmándose esta con los milagros, si estos eran obrados por virtud del demonio, no podia ser divina ni su mision ni su evangelio. En vano era, ni podian repararse estos daños con hacer nuevos milagros; todos tendrian igual origen y de todos dirian lo mismo. Era preciso convencer con razones y hacer enmudecer á unos enemigos tan implacables y sagaces, y Jesucristo lo hizo de un modo que si no logró convertir á los fariseos y arrojar de sus almas al demonio que las tiranizaba, logró dejarlos confusos, avergonzados y corridos sin tener que responder. Esta demostracion, las sólidas y concluyentes razones de Jesucristo en defensa del poder divino con que obraba y refutando la impia blasfemia de los fariseos las hallamos en el evangelio de este dia y basta leerlas ú oirlas para convencerse de su fuerza irresistible.

No voy á esponerlas y esplicarlas para convenceros, como Jesus á sus enemigos, de la divinidad de Jesucristo, de sus milagros y su doctrina que como cristianos creéis y confesáis. No voy á detenerme á llamar vuestra atencion sobre las blasfemias y conducta execrable de los fariseos, que ojalá no la viéramos tan frecuentemente reproducida en los enemigos de Jesucristo y sus ministros, cuyas obras se atribuyen por hombres que tienen entregada su alma á los de-

monios de los vicios, á miras de interés, de política, de egoismo, de...! No voy á hablaros del demonio mudo, ciego y sordo que entrando en las almas hace que el hombre no quiera oír lo que le conviene, no quiera ver y entender lo que le conviene, y rehuse hablar y manifestar los pecados que ha cometido, por medio del sacramento de la penitencia para quedar limpio de ellos. Voy á velarme de las palabras y doctrina de Jesucristo en el evangelio de hoy, de la guerra, ruina y destruccion de que nos habla, para haceros ver la suerte del pecador y del justo en esta vida; la guerra interior y continua del uno, y el sosiego y la paz del otro.

Entrando en el corazon y el alma digámoslo así, y examinando á las claras el horror y las inquietudes del pecador, y el gozo y profunda tranquilidad del justo, ¿dejaremos de huir del vicio y de apresurarnos á ponernos en manos de la virtud? Tal es Señor, el fin que me propongo y que es obra de vuestra gracia, que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Omne regnum.

«Todo reino dividido entre si mismo se destruirá necesariamente, y la desolacion y la ruina sepultará sus edificios. Si Satanás está dividido en sus mismas sujestiones, ¿cómo podrá subsistir su tirano imperio? Vosotros sin

» embargo afirmas que yo lanzo los espíritus infernales en
» nombre de su príncipe; pero si así es, ¿en nombre de
» quién los arrojan vuestros hijos? Sean ellos mismos vues-
» tros propios jueces. Mas si es por el Omnipotente dedo del
» Señor por el que los espele mi virtud, necesariamente
» debéis creer que el reino del Mesias ha venido á vosotros.
» Cuando el hombre fuerte y bien armado guarda con viji-
» lancia su casa, goza pacíficamente cuanto posee, pero si
» se deja sorprender de otro mas fuerte, se verá despojado
» de las armas en que fundaba su confianza y su casa será
» robada.»

Ved, hermanos míos, en estas palabras del evangelio los estragos lastimosos que el desórden de las pasiones introduce en el alma, y el reposo feliz que experimenta el justo dentro de sí mismo. Los deseos y apetitos continuos del pecador que rompe el freno de la ley al mismo tiempo que dividen en bandos el corazon, destruyen su tranquilidad y reposo. «Todo reino dividido entre sí mismo, se destruirá.» Al paso que el justo sometiendo sus sentidos y toda su voluntad al dictámen de la razon, vijilante á todas horas contra los enemigos que le combaten, no teniendo deseos que le inquieten, disfruta con contento la dulce paz de su alma. «Cuando el
» hombre fuerte y bien armado guarda con vijilancia su ca-
» sa, goza pacíficamente todo cuanto posee.»

Al elejir con preferencia el rey David la peste desoladora en la funesta eleccion que le permitió la bondad del Señor para purgar el exceso de su loca vanidad, dió bien claramente á conocer que la guerra es el azote mas terrible de que se vale Dios para castigar los pecados de los hombres:

pero cuando esta es civil é intestina, es indudablemente el colmo de la desgracia, porque cuanto mas estrechamente están enlazados entre sí los enemigos, los mismos progresos y victorias de los unos ocasionan la destruccion y ruina de todos. ¿Qué trastorno no lleva consigo una guerra civil? ¿Qué confusion, qué horrores, qué mortandad no se vé por todas partes? Con la division de los ánimos, se une la division de los intereses, y la entera desolacion es el fruto de la una y de la otra. «Todo reino dividido entre sí mismo, se destruirá.»

Tal es el desórden que la contrariedad de afectos produce en la república interior y natural del hombre. La razon y las pasiones son los dos aspirantes al dominio del corazon con pretensiones y exigencias enteramente opuestas. La razon, esta luz emanada de la misma divinidad no puede dictar otras máximas que las que son conformes al eterno principio de donde procede, y pretende levantarle hácia el cielo para el que fué criado; y las pasiones atropellando las reglas de la equidad y justicia le encorban y abaten á los bienes de la tierra, y le inspiran una multitud de deseos que como una furiosa borrasca le están ajitando sin cesar. Desde el instante funesto en que el hombre quiere condescender con este cruel y revoltoso enemigo, ¿qué desconcierto no entra en sus potencias? ¿Qué ruido en sus pensamientos? ¿Qué turbacion en su espíritu? ¿Cómo, dice san Juan Crisóstomo, cómo ha de haber tranquilidad en un alma que al querer dar gusto á sus pasiones oye los gritos de la conciencia que la manifiesta los juicios terribles de Dios, la eternidad de otra vida, su propia inmortalidad y los castigos

preparados para los libertinos y licenciosos? ¿Qué es el hombre en este estado de agitacion é inquietud sino un Saul, á quien no puede tranquilizar la música del harpa de David; un Faraon á quien molestan hasta en su mismo trono insectos que no puede arrojar de sí; un Judas que sin detestar su pecado, conoce todo el horror que le acompaña?

Hay mas: como de cuantos placeres desea no hay uno que satisfaga su corazon; como todos quieren predominar y todos tienen distinta tendencia; como no pueden gozarse unos sin renunciar á otros; las riquezas no son los honores; los honores no son los aplausos; los aplausos no son los deleites; partido el corazon entre los deseos de adquirir lo que no tiene, y los temores de perder lo que posee, una fiebre continua, mezclada con un frio mortal le devora interiormente. ¿Cómo, pues, podrá conservar un ánimo tranquilo en medio de esta guerra interior? «Si Satanás está dividido » ¿cómo ha de poder permanecer su imperio?» Si es ambicioso, jime porque *no* puede hacerse dueño de todo el mundo; si es vengativo se abrasa porque no puede destruir á la persona que le ha ofendido; si es lascivo se atormenta porque hay en su imaginacion objetos que no puede lograr. Desde el momento, en fin, en que con cualquiera de sus pasiones rompe el hombre el enlace y subordinacion que los sentidos y apetitos deben tener á la regla de la recta razon, bebe las amargas heces del caliz que está en las manos de Dios y que tiene destinado para que beban todos los pecadores de la tierra, como dice el Real Profeta. Su mismo amor propio es su mayor y mas implacable enemigo, porque cuanto mas ciegamente se ama mas le confunde un pro-

yecto desconcertado; mas le allije un deseo en que halla oposicion; mas siente su vanidad una preferencia y su soberbia una injuria. Le sirve de muy poco á Aman verse en el centro de la privanza y opulencia; un solo Mardoqueo que no le dobla la rodilla introduce en su alma la guerra mas furiosa. Le satisface muy poco á Joab verse respetado y temido de las numerosas tropas de Judá; un Abner estimado de su rey le abisma en los horrores de una envidia mortal. Saul se vé elevado desde la clase de particular de la mas infima Tribu á la altura del trono de Israel; y un David mas aplaudido le inspira una impaciencia infernal.

¡Almas justas y dichosas! ¿Qué contraria es vuestra suerte desde que el misericordioso dedo de Dios arrojó de vosotros el espíritu del amor propio que os tenia aprisionadas? Reducidos ya todos vuestros deseos al cumplimiento exacto de la ley de nuestro Dios, nada os queda que apetecer dice san Leon, sino la posesion imperturbable y eterna del bien que adorais; porque si la justicia, la paz, el gozo en el Espíritu-Santo forma el reino de Dios, segun san Pablo, ya habeis empezado á gozar sus delicias en esta vida mortal. *El reino de Dios ha venido á vosotros.*

Y usi es, hermanos míos. El hombre virtuoso, contento con su suerte, no tiene mas ambicion que de virtud; no aborrece sino á los enemigos invisibles de su salvacion; desprendido de los falsos bienes del mundo mira con igual indiferencia el buen ó mal semblante de la fortuna. Y ¿qué puede apetecer desde que la gracia de Dios ilustró su entendimiento y empezó á mirar todas las cosas y acontecimientos á las luces de la fé? ¿Riquezas? El Señor mismo le dice que

no son mas que un engaño y unas espinas que punzan. ¿Honores? La fé le dice que no son mas que apariencias y vanidad. ¿Placeres y deleites? La religion le enseña que no son mas que sueños lisongeros y Salomon le asegura por experiencia propia que la nobleza, las dignidades, los tesoros y deleites, no son otra cosa que vanidad y afliccion de espíritu. Armado de estas santas máximas no permite á sus pasiones y sentidos usurpar el dominio de la razon, sujeta á esta todos sus apetitos y con una continua vijilancia guarda y defiende el tesoro de la virtud de los enemigos seductores y violentos que intentan despojarle de ella. *Custodit atrium suum. Guarda con vijilancia su casa.*

Bien sé que los mundanos miran esta continua mortificacion como incompatible con el contento y tranquilidad; que creen que la tristeza es el patrimonio de la virtud, y que su carácter austero no puede menos de hacer sombríos y desapacibles los ánimos. Hé aquí un error grosero, hermanos míos, de que no quiere desengañarse el pecador. El justo al tiempo que refrena la vivacidad de sus pasiones, mantiene en medio de sus resistencias el testimonio consolador de su propia conciencia, la aniquilacion de los vanos deseos que turban la tranquilidad del corazon, la dulce esperanza del premio de sus afanes y los inefables consuelos de la gracia: *in pace sunt ea quæ possidet. Goza pacíficamente cuanto posee.* ¿Qué deleites tan sólidos y tan puros no le hace experimentar la idea consoladora de la segura correspondencia del Dios á quien ama. En tanto que yo no piense agradar á otro dueño, se dice á sí mismo, el Señor me asegura que no me desampará; de su bondad debo

esperar cuantos consuelos basten á dilatar mi corazon; cuantos alivios sean necesarios á mis penas, cuantos socorros exija mi flaqueza y mi debilidad. Aunque se ofrecieran á mi vista montañas de dificultades; aunque hubiera de caminar por medio de las sombras de la muerte, nada tendria que temer sirviendo y agradando yo á mi Dios,

En medio de estas ideas de tanto consuelo, es preciso confesar que le es tanto mas necesaria la vijilancia, cuanto que al tiempo que descubre dentro de sí mismo un fondo de flaqueza y debilidad, una propension violenta hácia el mal, y la inconstancia de un corazon voluble, advierte que cuanto le rodea, como observa san Agustín, está lleo de escollos y peligros, y prevee que una vez vencido de nuevo por sus pasiones, ellas mismas le han de despojar de las armas que ahora emplea para resistir sus ataques, que le harán olvidar las verdades mas terribles de la religion, que amortiguarán y apagarán su fervor, que desaparecerán las santas precauciones de que ahora se vale para no caer en el pecado: *Universa arma auferet in quibus confidebat. Se verá despojado de las armas en que fundaba su confianza:* y que roto el freno de la ley, entregado el corazon á los excesos del apetito, la misma posesion de los deleites aumentará su turbacion, y hará mas inquieta y desgraciada su suerte. Asi nos lo dice Jesucristo en las siguientes palabras de su evangelio.

«Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por
» lugares áridos buscando descanso y no hallándole, dice:
» volveré á la habitacion de donde salí; pero encontrándola
» ya limpia y adornada toma consigo otros siete espíritus

» aun peores que él, y apoderándose de ella establece allí
» su mansion y hace que este último estado del hombre sea
» peor y mas turbulento que el primero. A! acabar de de-
» cir Jesucristo estas verdades, continua el evangelio, levan-
» tó la voz una muger diciendo: bendito sea el vientre que
» te ha traído y los pechos que te alimentaron. A lo que
» respondió el Salvador: mas bien felices son los que oyen
» y cumplen la palabra de Dios.»

Sí, hermanos míos, la verdad eterna nos dice y la experiencia acredita, que desde el momento en que se apoderan del corazon las pasiones y el hombre, se entrega á satisfacer y dar gusto á sus criminales deseos, se hace mas fuerte y mas terrible la guerra del alma: ya no hay en ella tranquilidad ni reposo, y su suerte es mas desgraciada é inquieta que lo era antes de derramarse en los bienes y deleites terrenos, porque los placeres del mundo jamás pueden dar la tranquilidad que prometen. *Quærens requiem et non inveniens*. Porque el asío, el disgusto, el pesar, que van con el goce de los deleites, se apoderan del corazon y atormentan el alma: *ingressi habitant ibi*. He dicho que no pueden dar los placeres del mundo la tranquilidad que prometen, porque como explica mi doctor Santo Tomás, los bienes para satisfacer deben estar y tener proporcion con la naturaleza de quien los posee, y siendo nuestra alma espiritual, no teniendo límites su capacidad, solo un bien infinitamente perfecto podrá producir en ella una satisfaccion y tranquilidad durable.

Pecador, que engañado de las promesas lisonjeras del mundo te entregas á la satisfaccion de tus pasiones, y rom-

piendo los vínculos mas preciosos de tu razon y tu fé, no eres sino una abeja errante que se aleja del aprisco para correr por las sendas enmarañadas del vicio, por mas que formes alrededor de tí un círculo de placeres ¿hallas alguno, pregunta san Gerónimo, que te satisfaga y tranquilice? Bien podrás correr de charco en charco bebiendo las aguas cenagosas del deleite, *ambulans per loca inaquosa*: pero su misma infeccion aumentará el ardor de tu sed. Semejante á Jonatás, esa poca dulzura que percibes en los placeres, dará con su corta duracion el golpe mortal á tu sosiego: *querens requiem et non inueniens*. Para huir de tí mismo y del horror que te causan tus propios excesos, para acallar por algunos instantes tu interior turbacion y zozobra, buscas tu contento en esas concurrencias de tinieblas y obscuridad: *buscas descanso*: pero en vez de la tranquilidad que te prometiste no hallas sino la ruina de tu razon, la pérdida de tus intereses y tu honor, las enemistades, los odios, las disensiones con tus prójimos. *No le encuentras*.

Descuadémonos, amados míos, la alegría de los mundanos es tan rápida como una exhalacion que apenas nace cuando desaparece, y nada tiene de durable sino el pesar amargo que dejan los crímenes. Dadme un mortal que nada niegue á sus pasiones y que disfrute cuantos placeres puede dar un mundo licencioso, el disgusto que acompaña á la posesion aun de aquello que mas habia deseado, es un gusano secreto que siempre le está royendo. En el estado de mayor opulencia hallan fácil entrada y se apoderan de su corazon las pesadumbres, los sobresaltos y temores; *ingressi habitant ibi*. Penetrad las casas de la abundancia y el

placer, registrad el interior de esos hombres que poseen cuanto desean, en quienes es ley el antojo, y para cuya libertad no hay rienda alguna, y vosotros oireis los gemidos dolorosos que arrancan de su pecho las agitaciones crueles para aliviarle de la rabiosa opresion de sus angustias. Vereis á un Neron aturdido y dar vueltas espantado por los soberbios salones de su palacio: á un Tiberio confesando al senado los tormentos crueles de su alma: á un Domiciano.... Pero ¿no es esto demasiado frecuente y comun? *Ingressi habitant ibi.*

Y ¿qué podremos decir de las esperanzas que le quedan al hombre vicioso para lo venidero? Esto es lo que echa el sello y hace intolerable su turbacion y sus temores: *fiunt novissima hominis peiora prioribus.* ¿Hay cosa mas allictiva que saber que hay eternidad dichosa, y no hallar en sí mérito alguno para llegar á ella? ¿Cuántas veces en medio de los placeres le asalta la idea espantosa de la muerte que ha de separarle para siempre del mundo y sus deleites, que le ha de despojar de las riquezas, de los honores y de las personas á quienes mas tierna y acaso mas delinquentemente amaba? ¿Cuántas veces se presenta á su vista el horror del sepulcro? ¿Cuántas se presenta á su memoria un Holofernes degollado en el mismo lecho que quiso fuese el teatro de sus culpas: un Baltasar lleno de espanto en medio de un banquete: un Zambrí inmolado en las tiendas de las hijas de Madian: una Jezabel hecha presa de la muerte en el mismo dia de su triunfo? ¿Hay cosa comparable á semejantes turbaciones y temores? *Fiunt novissima hominis peiora prioribus.* *El último estado del hombre es mucho peor que el primero.*

No diré que el justo no tema al pensar en aquel dia ter-

rible en que apenas se salvarán los mas virtuosos si no son tratados con misericordia; que no esperimente amarguras al recordar sus antiguas prevaricaciones; pero al leer la historia de su vida se encuentra con las piedades infinitas del Señor que le inspiró el horror á sus pecados y el arrepentimiento de ellos. Y ¿qué satisfaccion no goza con la memoria de las pasiones que ha vencido, de los trabajos que ha tolerado, de los combates en que ha triunfado desde el instante en que rompió las cadenas de sus pasiones que le esclavizaban y atormentaban su alma? ¿Qué consuelo no siente al volver ahora los ojos á su alma y hallarla por las misericordias del Señor y los esfuerzos de su penitencia limpia de las feas manchas del pecado? *Invenit domum scopis mundatam.* Limpia de los afectos mundanos, de los deseos terrenos, y solamente ocupada de la majestad del mismo Dios y adornada con los preciosos atavíos de la gracia. *Mundatam et ornatam.*

Si, hermanos míos, Dios habita en esta alma, dice san Agustín, como en su propio santuario; ella le escucha dentro de su corazón, y su voz omnipotente y consoladora la inunda de tranquilidad y la llena de un reposo bienaventurado, *Beati qui audiunt verbum Dei.* Allí tiene Dios sus complacencias, allí la enriquece con sus bienes, allí la hace participante de sus tesoros inestimables, allí oye la voz de su Dios cuando le invoca, cuando pelea, cuando suspira; allí oye la voz de su Dios cuando la consuela, cuando la alienta, cuando como fiel amante, como esposo querido, como Dios y Señor la da el premio y la corona. *Beati qui audiunt verbum Dei.*

Menester era, hermanos míos, que tuviéramos un co-

razon tan puro y encendido en el amor divino, como los fariseos, los Felipes, las Teresas; y yo una lengua de un ángel para poder formar una idea de las soberanas delicias, dulzuras y consuelos que experimenta el alma justa desprendida del mundo y unida íntimamente á su Dios. Verdad es que no piensa así de la virtud la mayor parte de los hombres que la miran como triste, violenta, sin quietud y sin deleite; pero es porque no la conocen, porque no han experimentado sus inefables dulzuras. Venid mortales, nos dice el real profeta, desengañaos por vosotros mismos lo suave y amable que es el Señor para los que le sirven. Ya que una experiencia lastimosa os ha acreditado que la tranquilidad no se halla en los deleites, que la multitud de deseos opuestos es un tormento del alma, que los placeres mundanos jamás han podido por su insuficiencia y momentánea duracion darla el contento y descanso que prometen, que por mas que los pasiones varíen de objeto jamás hay uno que satisfaga y llene el corazon, que la memoria espantosa de una muerte imprevista y de los castigos eternos aumenta los sustos y temores, venid y probad por vosotros mismos los consuelos de la virtud y hallareis que la paz del espíritu es fruto solamente de la inocencia, que el justo halla dentro de sí mismo la fuente de su tranquilidad, porque conoce que es objeto de las misericordias y las complacencias de su Dios; porque este Dios de paz interiormente le anima, muda sus temores en una suave esperanza, tranquiliza su conciencia, y derrama sobre él los consuelos y dichosas alegrías vinculadas á la exacta observancia de su santa palabra. *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

¡Gracias infinitas sean dadas á nuestro Dios y Señor! Nosotros , hermanos míos, hemos oído por la divina misericordia esta palabra de Dios. ¿Dejarémos de observarla? ¿Quedarémos todavía sordos , ciegos y mudos? ¿No entraremos en deseos de que llegue á nosotros el reino de Dios? ¿No abriremos los ojos de nuestra alma para conocer la guerra interior que devora , aun en este mundo al hombre inmoral y desenfrenado; y la paz y los consuelos que Vos Dios mío os complacéis en dar á vuestros amigos? El eco de mi voz es demasiado débil y muy insuficientes mis reflexiones para que nos resolvamos á tomar el partido de la virtud y á ponernos en paz con nosotros mismos. Tocadnos, Señor, con el dedo poderoso de vuestra mano y empezaremos á hablar. A hablar de la gracia que abunde en nuestro corazón, á hablar en vuestro obsequio, honor y alabanza; á hablar sin temor de que conozcan todos que somos vuestros y sin avergonzarnos de perteneceros, para que nos conozcáis también como á hijos, y después de las dulzuras y consuelos en esta vida nos deis los eternos en la gloria.

F. L. G.

SERMON

PÁRA EL MIÉRCOLES DE LA III SEMANA DE CUARESMA.

Sobre la obligacion de honrar á los padres.

Honora patrem et matrem. Honra á tu padre y á tu madre. Math c. 15. v. 4.^o

Católicos:

Los fariseos, siempre furiosos contra Jesucristo porque con sus doctrinas celestiales, con su santísima vida y sus milagros destruía el imperio de la impiedad que ellos defendían puestos á su cabeza, haciendo un esfuerzo maligno para desacreditar al Maestro de la verdad y Redentor de los hombres se le acercaron un día y tuvieron la osadía de decirle «¿por qué tus discípulos quebrantan la tradicion de los ancianos? ¿Por qué no se lavan las manos cuando se ponen á comer?» Pero el Señor les respondió. «Y ¿por qué vosotros quebrantais el precepto de Dios en favor de vuestra tradi-

cion? Dios ha dicho: «Honra á tu padre y á tu madre. Y el que maldigere á su padre y á su madre sea castigado con la muerte.» Mas vosotros decís: todo el que haya ofrecido á Dios sus bienes depositándolos en el santuario, de que disponeis, tiene derecho para decir á su padre y su madre: ya no tengo obligacion de honrarlos, de servirlos, de ayudarlos en vuestras necesidades ni de hacer sacrificios por vosotros, porque habiéndolo ofrecido todo á Dios, esto os será provechoso y en nada mas debeis pensar. De este modo aniquilais la ley santa del Señor so pretexto de guardar una tradicion impia inventada por la codicia y sostenida por la ambicion mas abominable. Hipócritas, bien ha hablado de vosotros Isaías cuando dijo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está muy lejos de mí....» Del corazon salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios y las blasfemias. Estas son las cosas, dijo Jesus á sus discípulos, que manchan y ensucian á los hombres que con ellas se hacen criminales, pero no el comer sin lavarse las manos, como lo dicen estos supersticiosos muy pagados de las exterioridades y apariencias, aunque sus almas están depravadas y llenas de iniquidad.

A esto, amados míos, se reduce lo que se dice en el evangelio de este día, segun lo entienden y esplican los santos padres y espositores sagrados. ¿Y qué os parece? ¿No convida todo el contesto evangélico á que se hable de los hipócritas y falsos doctores de la ilustracion ciega y fatídica de las pasiones, presentándolos á la consideracion de los cuerdos y sensatos como rástagos ó discípulos de los fariseos que

atentos á sus intereses materiales cuando aparentan defender los de la religion, son los tipos, modelos y ejemplare de los egoistas ambiciosos que han llenado el mundo de horrores y desastres? Asi es: pero habiendo reprendido el Redentor á los que por su ambicion y codicia habian llegado al extremo de hacer nulo el precepto de honrar al padre y á la madre, siendo de tanta importancia su exacta observancia para el bien de toda la sociedad, he resuelto probar en este breve rato la «obligacion que tienen los hijos de honrar á » sus padres. » Superflua pareceria esta prueba si los derechos de la naturaleza y de la razon fueran reconocidos y respetados de los hombres: pero en la depravacion de nuestro siglo se hará necesaria, y yo os la ofrezco contando con los auxilios de la gracia.

Ayudadme á pedirlos al cielo por medio de la que tuvo la dicha de que el ángel la dijese.

AVE MARIA.

Honora patrē et matrē.

Nuestros padres nos han dado la vida, nos han alimentado y educado á costa de mil trabajos, gastos, afanes y desvelos. Parece que no han vivido en este mundo sino para hacer crecer á sus hijos en bienes de naturaleza, de gracia y de fortuna; para verlos nadar en dichas y prosperidades; para honrarse y gloriarse con su honor y gloria. Abran go-

zandose en su hijo Isaac, Jacob amando con predileccion á José, David despedazado de dolor por la muerte de Absalon, los esfuerzos de la madre de aquel niño que quiso degollar Salomon, los lamentos de la muger del anciano Tobías, los desconsuelos de Raquel, la solicitud de la Sunamitis, y sobre estos ejemplares de amor paterno y materno, lo que vosotros mismos experimentais con respecto á vuestros hijos, padres y madres que me escuchais ¿no prueban que los padres y madres aman y quieren á sus hijos tanto ó mas que á sí mismos? ¿Se conoce entre los hombres amor superior al del padre y de la madre? Si pues debemos á los padres la vida, el alimento y cuidados que la conservan, la educacion que la ilustra y ennoblece, y un amor el mas tierno y sensible que se conoce, justo es que los honremos estimándolos, obsequiándolos, obedeciéndolos y dándoles el honor que se merecen. Ellos son, segun el lenguaje de los filósofos y doctores cristianos, «los Dioses visibles y terrenos; los criadores secundarios, ó imágenes del criador puestos por él en la tierra en su lugar,» para que veamos en ellos mas sensiblemente los beneficios del primer artífice supremo del que tiene nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra, como lo dice el apóstol. (Efes. c. 3, v. 15). De aquí es ver juntos en la sagrada escritura el respeto debido á Dios, y el que debemos á nuestros padres. «El que teme á Dios, se dice en el Eclesiásto, honra á sus padres, á quienes siempre servirá como á señores.» (Eccl. c. 3, v. 8). «Honra á tu padre, sigue diciendo el sábio, hóralo en obras, en palabras y en toda paciencia, para que caiga sobre tí su bendicion, y vivas honrado con ella todos los dias de tu vida.» (Ibid.)

El precepto de honrar al padre y á la madre, se pone en primer lugar despues de los que pertenecen al honor de Dios: porque no hay cosa mas natural que despues de amar, servir y obedecer al padre de todas las cosas, amemos, sirvamos y obedezcamos al padre y á la madre que nos han engendrado, como lo dice san Gerónimo. (In Ezech. c. 44). Sin nuestros padres no estaríamos en el mundo, no seríamos hijos de Dios, no tendríamos la dicha de pertenecer al gremio de la iglesia, ni nuestro destino sería el de ser eternamente felices con Dios en la gloria. A ellos despues de Dios debemos estos beneficios de valor inmenso para los cristianos, á quienes para corresponder del modo posible, se nos manda que los honremos con las obras, defendiéndolos, amparándolos, sustentándolos y haciendo por ellos lo que ellos han hecho por nosotros. Pagad al padre y á la madre, dice el apóstol, correspondiendo á la vida recibida con el obsequio; á los alimentos con el sustento; á las instrucciones de la educacion con la obediencia. (I. Tim. c. 5, v. 4). Imitad á los brutos de las selvas, dicen san Ambrosio y san Basilio, y no desecheis los ejemplos de las aves del cielo que obedeciendo las leyes de la naturaleza, defienden, amparan y sustentan á sus padres aun á costa de su misma vida. «Hijo, dice el Señor, recibe la senectud de tu padre, y no lo contristes en su vida.» (Eccl. c. 3, v. 14). Házte como un baston para rejir y sustentar á tu padre que se cae y necesita de tu auxilio: guárdate de molestarlo en todos los dias de su vida: acuérdate de los llantos, de los alborotos y alaridos, de las inoportunidades y molestias que te ha sufrido, y trata de hacer con los que te han dado el ser y cria-

do lo que ellos han hecho contigo. *Retribue illis, quomodo et illi tibi.* (Eccl. c. 7, v. 30). Ama tiernamente á tu madre, porque te llevó en su seno, te parió en dolor, y no perdonó fatigas ni trabajos por criarte y ponerte en el estado de vigor en que te encuentras. «No olvides jamás los gemidos de tu madre, nos dice el Espíritu-Santo. *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* No emprendas viajes, ni tomes resoluciones de importancia: no te comprometas gravemente con contratos y negociaciones, no te cases ni hagas cosas de grande consecuencia por toda tu vida sin consultar con tus padres, no sea que te suceda lo que al hijo pródigo. No sigas el ejemplo de Esau que sin consultar mas que con su capricho, fundó casa á su antojo y fué padre de los Idumcos pueblo maldito de Dios. «Oye hijo, el parecer de tu padre y no dejes la ley de tu madre para que se añada gracia á tu cabeza, dijo el sábio.» (Prov. c. 1, v. 8). «Oid, hijos, el parecer de vuestro padre, y ejecutadlo para salvaros, se dice en el Eclesiástico. (Eccl. c. 3, v. 2). Hijos, dice san Pablo, obedeced á vuestros padres en todas las cosas, porque esto es agradable en el Señor. (Colos. c. 3, v. 20). En toda la sagrada escritura se halla terminantemente espresada la obligación que tenemos de honrar á nuestros padres: pero preguntó ya á los que no creen en las verdades eternas que nos ha revelado el mismo Dios: Aun cuando nada se dijese en los libros santos del amor y respeto con que debemos honrar á nuestros padres, las luces de esa filosofía que tanto se ensalzan y preconizan ¿no nos demuestran la obligación que tienen los hijos de honrar á sus padres? Es tan manifiesta la obligación que contraemos con nuestros padres

al nacer, dice Aristóteles, que tengo por un necio al que quiera ponerlo en cuestion: por tan necio, como lo seria el que disputase si la nieve es blanca. Piaton establece en sus leyes, que si alguno socorre mas á sus propios hijos que al padre pobre, sea llamado á juicio como reo, y castigado ásperamente para escarmiento de los demas. La razon, el mismo sentido comun, ¿no nos dice que con el ser que recibimos de nuestros padres viene envuelta la esencial obligacion de honrarlos y respetarlos en la vida y en la muerte? No está escrito en vuestros corazones con caracteres indelebiles que despues de pagar á Dios el tributo de amor y respeto que le debemos, aun nos queda que cumplir con el deber sagrado de amar, honrar y respetar á nuestros padres? Asombrosa ceguedad la de los fariseos: prodigiosa la fuerza de la ambicion que los indujo á desvirtuar el precepto de honrar al padre y á la madre, y diabólico é infernal el pretesto de que se valieron para hacer creer á los hijos, que ofreciendo sus bienes al santuario, estaban desobligados de asistir, alimentar, y cuidar á sus padres necesitados.

Jesucristo deshizo este error pernicioso demostrando la obligacion de cumplir el precepto divino en que, no obstante el natural, se nos manda honrar al padre y á la madre. El mismo le observó para enseñarnos con su ejemplo; pues que vivió sujeto á sus padres, como se dice en el evangelio. El primer milagro que hizo convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná lo obró por complacer á su madre. Su madre fué atendida por él en el árbol de la cruz desde donde la encomendó á los cuidados y asistencia de su discípulo amado. Su madre fué la primera á quien se apareció resu-

citado; su madre fué la única conducida por su santísimo hijo en cuerpo y alma á los cielos; la que recibió del mismo todo el poder divino en orden á la salvacion de los hombres; la que fué sublimada por su bondad sobre los coros angélicos y la que obtiene el principado sobre todas las criaturas. Todo esto y muchísimo mas que no puede comprenderse ni explicarse, hizo el divino Jesus en favor de su santísima madre. ¿No servirá este ejemplo para que nosotros imitándolo honremos á nuestros padres y les seamos agradecidos obsequiándolos, atendiendo en sus necesidades, y haciendo por ellos lo que ellos hicieron por nosotros, en el caso de que por su ancianidad, decrepitud, ó enfermedades reclamen de nuestra filial piedad los consuelos que estamos obligados á prestarles? Habria de llegar nuestra crueldad hasta ser con nuestros padres mas fieros y degenerados que las mismas fieras de los montes? Enseñados y doctrinados por nuestro redentor; halagados con las bendiciones del cielo y amenazados con castigos horribles en esta y en la otra vida: ¿hemos de ser con nuestros padres tan duros é inhumanos como lo eran con los suyos los hipócritas fariseos tan severamente reprendidos por Jesucristo? No lo permita Dios. Su bondad inmensa aleje de nuestra sociedad unos crímenes que estando prohibidos por las leyes natural, divinas y humanas, son el escándalo de la razon y el oprobio de los malvados que los cometen. Pidámoselo así con súplicas fervorosas, y no dejemos de orar hasta conseguir, que convencidos todos de la obligacion que tienen los hijos de honrar á sus padres, cumplan con este deber y se hagan dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Para que vosotros experimenteis el placer ofrecido á los buenos hijos, y no seáis objeto de las maldiciones que el cielo ha fulminado contra los que imitando á los desapiadados fariseos ofenden, contristan, afligen y maltratan á sus padres oidme un poco mas. «Honra á tu padre y á tu madre para que te vaya bien á tí,» dice el apóstol. (Efes. c. 6. v. 2.) Hónralos para que experimentes bien en el alma, bien en el cuerpo, bien en tí, y bien en los que nazcan de tí: bien en este mundo, bien en el otro, bien en la tierra, bien en el cielo y bien en todas partes. La piedad es útil para todas las cosas, añade el mismo apóstol, porque tiene la promesa de la vida presente y de la futura. (I. Timoth. c. 4, v. 8.) Honra á tus padres, se dice en el Eclesiástico, porque el que los honra tendrá una larga vida: porque el que los honra se regocijará en sus hijos: porque el que los honra afirmará su hacienda y será estimado y exaltado. Hónralos: porque la gloria del hombre nace de la honra de su padre: porque como se deshace la escarcha en el tiempo sereno, así se desharán tus pecados: porque honrándolos vendrá sobre tí su bendición, quedará contigo hasta el fin de tu vida y despues de tu muerte serás feliz eternamente. Estas, amados míos, son las bendiciones prometidas en los libros santos al que honra á su padre y á su madre pagándoles lo que se les debe por derecho de naturaleza, de piedad y de agradecimiento: Hacedos dignos de ellas honrando á vuestros padres; y por si el temor de los castigos con que amenaza Dios á los que no cumplen con la obligación de honrar á sus padres os retrae de cometer los crímenes mas horrorosos despreciando de cualquier modo á

los que os dieron la vida, oid las maldiciones que fulmina el cielo sobre los ingratos que se niegan á pagar á sus padres lo que por tan sagrados títulos se les debe. La vida del protervo que ofende á sus padros será abreviada, porque no es justo que goce la finca el que no paga la renta. La luz del que maldice á su padre ó á su madre se apagará en medio de las tinieblas: quedará infame en el nombre, y en su hacienda no verá mas que sucesos lamentables. La maldición de la madre arranca de raíz los fundamentos de las casas de los hijos, estos no tendrán consuelo en los suyos, vivirán con ellos en perpetua desazon. Como malditos de Dios los que son ingratos á sus padres no conseguirán el perdon de sus pecados, en la hora de su muerte vendrán los demonios á arrebatár sus almas para atormentarlos en los infiernos, y su desesperación será eterna. Estas en compendio son las maldiciones que he encontrado en el libro de los provervios y en el Eclesiástico contra los que quebrantan el precepto de honrar al padre y á la madre. Las bendiciones de un lado, y las maldiciones de otro forman como dos escuadrones poderosos que deben obligarnos á honrar á nuestros padres. A vosotros toca elegir; y á mí, el concluir diciéndoos con el sábio, «Honrad al padre y á la madre para que os vaya bien » en esta vida y seais eternamente felices en la gloria.

Amen.

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA III DE
CUARESMA.

*Lo que obra la gracia de Dios en nosotros , y lo que
nosotros debemos obrar con la gracia.*

*Respondit Jesus et dixit ei: ¡Si scires donum Dei! Respon-
dió Jesus y la dijo: ¡Si conocieras el don de Dios! Joan.
cap 4.*

Jesucristo convierte á una mujer de Samaria: pero en esta célebre conversion que nos refiere el evangelio no se oyen las voces, ni la porfía llena de fé de la Cananea; no se ven las lágrimas de la Magdalena; ni el silencio y confusion de la adúltera; ni el dolor y arrepentimiento de Pedro; ni la obediencia y sumision de Pablo, ni la discrecion y prudencia del Buen Ladrón; la misericordia lo hace todo. Nada habia en esta mujer que llamase la atencion de Jesus ni mereciese su gracia; no se descubrian en ella sino impedimentos para su conversion. Grandes errores en su entendimiento, depravacion espantosa en

su voluntad. Vivía en la religión de los samaritanos que era una confusión y mezcla de errores y verdades, de idolatría y de judaísmo: era mujer viciosa y perdida que después de cinco hombres de quienes había sido concubina vivía escandalosamente con otro; y Jesucristo la busca y la previene con su misericordia, se fatiga por ella, sufre el peso del día y del calor para hallar esta oveja perdida, la espera sentada al lado del pozo de Jacob, la enseña los misterios de la verdadera religión, deja por ella la comida, y la inspira el deseo de convertirse y abandonar con un cántaro y una saga sus errores y su vida mundana y viciosa. La historia de esta conversión, dice san Pedro Crisólogo, es un pozo tan profundo, que la vista del hombre no alcanza á penetrar por entre su oscuridad; y el Evangelista san Juan escribiendo todas sus circunstancias quiso manifestarnos lo mucho que pone Dios en la justificación de un alma; sus ansias y deseos, pues por una parte se cansa y fatiga hasta arrojarle á las inmediaciones de un pozo; y por otra ofrece fuentes de agua viva á una mujer tan desatenta, que regatea al darle un poco de agua del cántaro. Nos descubre los juicios de Dios que revelando los tesoros de su sabiduría á una mujer despreciable y estraña, deja ciegos á los sábios de Jerusalem. Nos hace ver la providencia y disposiciones admirables del Señor que sale huyendo de Judea por evitar el encuentro con los fariseos y enfrenar con su ausencia el encono, y la rabia de sus envidias, y á su paso á Galilea atravesando por Samaria, como si no tuviera que pensar en sí mismo se ocupa en convertir á una mujer, en manifestar su virtud y la fuerza poderosa de su gracia. Esta gracia que convierte y santifica á

las almas, que hace hijos de Abrahá de las mismas piedras, que ablanda los corazones mas obstinados, este don de Dios superior á todos los bienes de la tierra. ¡Si supiésemos lo que es este don de Dios! *¡Si scires donum Dei!* ¡Si conociésemos, hermanos míos, lo que es este ser divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo! Pero la gracia sola contiene innumerables misterios. No es posible entrar á sondear este inmenso piélago de la divinidad aun con la mejor intencion y con las luces mas puras sin correr peligro de tropezar, y en materia alguna nos vemos mas obligados á esclamar con el apóstol que son investigables los caminos del Señor; que las operaciones de la gracia son un misterio incomprensible á los entendimientos mas perspicaces; que el poderoso influjo y los triunfos admirables de la gracia están cubiertos de una oscuridad impenetrable, que el mismo pecador ignora lo que es lo que le impele y determina á convertirse. Adoremos vosotros y yo lo que no podemos comprender y contentémonos con saber: que sin la gracia de Dios no nos podemos salvar, y que la gracia sola jamás nos salvará sin nuestra cooperacion. Contentémonos con saber que en la conversion del pecador obra Dios y obra tambien el hombre; y que si Dios nos crió sin nosotros y sin nuestro consentimiento, no nos salva sin nosotros y sin que nosotros sigamos libremente las inspiraciones de su gracia: contentémonos con saber que no nos faltará la gracia, que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, y confesemos que somos nosotros los que por lo comun faltamos y nos desentendemos de los llamamientos de la gracia.

Sin entrar á escudriñar los misterios de Dios y sus juicios incompresibles, sin que yo tenga el atrevimiento de querer aclarar el dogma de la gracia, quiero daros á conocer este don de Dios. *¡Si scires donum Dei!* Este don de Dios que se deja conocer y sentir de las almas dóciles y sumisas á su Dios, de aquellas almas puras y santas que sin tomarse la molestia impropia de examinar la doctrina de los doctores y de las escuelas la aprenden humillados en la oración á los pies de Jesús y sin hablar de ella la experimentan en su corazón. Gobernándome por lo que nos refiere el evangelio en la admirable conversión de la muger Samaritana, voy á esponeros: lo que obra la gracia de Dios en nosotros, y lo que nosotros debemos obrar con la gracia.

Sin vuestra gracia, Señor, no podemos empezar, ni continuar ni concluir cosa alguna buena. Sin vuestra gracia serán inútiles mis palabras y después de haber hablado mucho de la gracia quedarán vacías de ella nuestras almas. Vos Señor la dais á quien es de vuestro agrado, porque ninguno la merecemos, pero no la negais á los que do veras os la piden: asistidnos con ella como os lo pedimos por la intercesión poderosa de la Madre llena de gracia á quien decimos.

AVE MARIA.

Respondit Jesus et dixit ei...

Todo lo debe el hombre á la gracia y la misericordia de su Dios. Por ella recibió el ser, y si salió de la miseria y

esclavitud del demonio, del estado de condenacion en que quedó sumerjido por el pecado, de la ignominia y degradacion á que se redujo por su soberbia y desobediencia de Dios, fué porque el Dios que le crió no quiso abandonar la obra de sus manos, porque no permitió que se perdiese para siempre, porque él mismo quiso ser su redentor y se fatigó por él corriendo hasta la cruz para dejarle las fuentes de agna viva que dan la salud eterna al que se alimenta de ella. Gracias de la creacion, gracias de la salvacion y redencion, he aquí hermanos míos, las obras de la misericordia de Dios para con los hombres, y sin las que ni existiríamos, ni podríamos prometernos una eternidad dichosa. Pero sobre estas misericordias comunes á todos los hombres las dispensa el Señor muy particulares á cada uno. Veamos lo que obra Jesucristo en la conversion de la Samaritana y hallaremos lo que obra la divina gracia en la conversion del pecador.

Vino Jesus, y fatigado del camino estaba sentado junto al pozo de Jacob sufriendo el calor del mediodia. Hé aquí la gracia que espera la conversion del pecador; que no quiere la muerte del pecador, que proporciona al pecador el tiempo y la ocasion de convertirse. La paciencia de Dios que sufre y aguarda al pecador, el silencio de Dios y de un Dios ofendido y poderoso. ¡Qué seria de nosotros, Dios mio, si vengáseis vuestros ultrajes y persiguiéseis á vuestros enemigos con aquel odio y crueldad que comunmente domina á los hombres! ¡Si vengáseis vuestros ultrajes en el momento que el hombre tiene la osadía de cometerlos! Y ¿qué son los ultrajes y ofensas que el hombre comete contra

su Dios? Preciso era, amados míos, conocer toda la miseria y bajeza del hombre y toda la grandeza de Dios: toda la injuria que el pecado hace á Dios y todo lo que Dios aborrece al pecado para saber estimar este silencio y paciencia de Dios, esa quietud con que aguarda al pecador y suspende sus castigos, este beneficio grande de la intercesion de Jesucristo que obliga al hombre arrepentido á confesarse deudor y á tener la mayor gratitud; á confesar que nada sería si no fuera por la gracia. ¡Cuál sería nuestra infelicidad si después de haber ofendido al mismo Dios, el mismo Dios injuriado con su poder irresistible, vengase en el momento y castigase sus ofensas! He aquí una gracia que ni sentimos ni la echamos de ver, y que sin embargo es uno de los mayores beneficios de Dios, es la primera de las gracias que concede Dios al pecador. La grandeza de Dios vilipendiada, ultrajada su santidad, su justicia, su misericordia, escandalizada su iglesia, mofada su religion y mal correspondida su gracia, ¿no clamaba todo pidiendo tu condenacion? Pero el Señor te concede tiempo, te sufre, no porque no tenga poder para castigarte, sino porque su benignidad quiere sacarte del cieno de tus pecados y traerte á verdadera penitencia.

Jesucristo fatigado del camino y el cansancio se detiene y espera junto al pozo de Jacob. ¿A quién? A una muger extranjera y enemiga del pueblo de Dios, á una muger envuelta en los errores y esclavizada por los vicios; que á los desvarios de su religion añadia los delitos propios y personales, á una muger pecadora, desenvuelta, indócil que ni conoce á Dios, ni quiere conocerle, que hace muchos años

que le está ofendiendo y que quiere seguir ofendiéndole. Y si nos examinamos á nosotros mismos ¿no nos hallamos peores que la Samaritana? ¿Hemos ofendido menos á Dios, ó ha hecho Dios menos por nosotros? ¿Le hemos respetado mas, ó nos sufre con menos paciencia? No conocia aquella muger á Jesucristo, y nosotros le hemos conocido y confesado, y sin embargo no tememos ofenderle, despreciar su ley, disputar temerariamente de su religion y ser cristianos solamente en el nombre, y sin obras ni virtud alguna de cristianos. Era pecadora antes de que Jesucristo la llamase y convitiese; y nosotros despues de haber recibido la gracia del bautismo, despues de habernos reconciliado con Dios por la penitencia, cometemos innumerables pecados. Una passion dominaba á esta muger, y nosotros estamos envueltos en el odio y la lascivia, en la ambicion y la sensualidad, en el orgullo y soberbia; y acaso en los pecados de todas las pasiones: en pecados de muchos dias y de muchos años; en pecados contra la religion y contra la provida; en pecados contra el cielo y contra la tierra; en pecados cometidos sin vergüenza y sin remordimiento; repetidos con tranquilidad inalterable, en pecados de que hemos hecho ostentacion y cometido con escándalo y desenvoltura, de modo que siendo mucho mas pecadores que la Samaritana, no solamente ha usado el Señor de misericordia con nosotros, sino que ha sido mas benigño. No se ha fatigado una sola vez por nosotros, sino que nos ha buscado mil veces y otras tantas hemos huido de él, nos ha llamado y no le hemos respondido; nos hemos hecho sordos á sus llamamientos y nos ha despertado con el trueno de su ira y sus castigos; no solo nos

ofrece una fuente de agua viva , sino raudales copiosos de su sangre preciosa para que lavemos con ella nuestras culpas, y nosotros lo rehusamos.

Sin embargo, de nada hubiera aprovechado á la Samaritana que nuestro divino Salvador hubiese sufrido con paciencia su vida desconcertada usando de su infinita misericordia , si á la paciencia con que la espera y la providencia con que la gobierna , no hubiese añadido la luz que la ilumina , la voz interior que la llama y la inspiracion con que la atrae. Sin esto hubiera tenido delante de su presencia á Jesus, pero Jesus estaria muy ausente de su corazon; ella le veria, pero ni hubiera llegado á conocerle ni amarle. Por eso Jesus se adelanta y es el primero en hablar. ¡Tal es, hermanos míos, el misterio y prodijio de la gracia! Ella es siempre la que nos previene; no podemos querer ni desear el bien sin ser escitados por Dios. Nosotros mismos no podemos ir á Dios, es preciso que Dios venga á nosotros por una gracia suya anterior á todo mérito, á toda disposicion y á todo consentimiento de nuestra parte. Sin un llamamiento de la gracia de Dios no podemos desear; ni implorar la gracia de nuestra conversion. Verdad fundamental de nuestra religion que vemos demostrada en el evangelio de este dia. Ve la Samaritana á Jesus y le desprecia, pero Jesus es quien la prepara, quien la habla, quien dá principio á aquella conversacion de que se sigue su conversion pronta y verdadera. ¿Y de qué medios se vale el Señor para hablarnos é intimarnos las inspiraciones de su gracia? Llegará un dia en que desaparezca el velo de nuestra ignorancia y conozcamos en el orden de la sabia providencia del Señor que

hasta la mas pequeña circunstancia está encaminada á sus altos y adorables fines. Viene una muger de Samaria á por agua á un pozo, y aquel dia, aquella hora, aquel pozo ha de ser para ella una fuente de vida y de justicia: Esta gracia preveniente no solo nos sale al encuentro cuando no la buscamos; sino muchas veces al tiempo mismo que huimos de ella. Por los mismos medios de que nos valemos para apartarnos de la gracia, viene muchas veces y nos atrae así. Se vale del mundo, de sus desaires, de su ingratitud; de sus trniciones, de los réveses de la fortuna, de nuestro desasosiego y desabrimiento; la mas pequeña circunstancia suele ser la entrada mas favorable para introducirse y dejarse sentir en nosotros la gracia. Cuando menos lo pensamos se nos presenta Jesus y nos dice en el fondo del corazon. *Damihí bibere. Dame de beber.* Dame hombre ese corazon que te pido y que tantos años hace que me niegas, ese corazon redimido con mi sangre y que yo solo merezco, ese corazon á quien yo solo puedo hacer feliz. Dame ese corazon despedazado con tantos desabrimientos y pesares, victima de tantas pasiones, corrompido con tantos escesos. ¡Oh hombre sin juicio! Ni tú sabes lo que buscas ni de quien huyes *Si scires donum Dei!* ¡Si conocieras al fin que nada te llenará, que no hallarás felicidad ni descanso en el mundo y sus placeres, y que solo tu Dios puede acallar tus deseos y ocupar toda la inmensa capacidad de tu corazon! Un suspiro nacido de lo íntimo de tu alma limpiará tus iniquidades y tus lágrimas apagarán el fuego encendido para castigar tus crímenes.

Asi obra la gracia de Dios que nos llama y nos previe-

ne, que nos busca cuando somos pecadores y enemigos de Dios, aquella primera gracia que es toda obra de Dios y en que no hay cosa alguna del hombre. La gracia por fin nos atrae, nos determina y nos resuelve á tomar el partido de la virtud. ¿Cómo? Hé aquí los caminos investigables del Señor; lo que siente el pecador arrepentido y no sabe explicar; de un modo fuerte y eficaz y suave al mismo tiempo; dejándonos obrar el Señor libremente y ayudándonos con su gracia; obrándolo todo nosotros con Dios, y obrándolo Dios todo con nosotros, ¿para qué me empeño en explicar lo que no es dado al entendimiento humano conocer? ¿Qué es lo que por fin determina y resuelve al pecador? Una verdad que estaba cansado de oír y que nunca le habia hecho impresion; un llamamiento que habia sentido muchas veces y á que nunca se rindió. Una mirada es bastante para que Pedro se deshaga en lágrimas; la voz terrible del Señor postra á Saulo. Unas veces triunfa el Señor valiéndose de la severidad y el terror, otras del cariño y de la dulzura; se atempera á todos los genios y condiciones. Examinemos la conversion de la Samaritana. El Señor la sufre, la espera, la pregunta, oye sus respuestas, la instruye, la ofrece una agua que apaga la sed para siempre, despierta en ella deseos de gozar esta agua que salta hasta la vida eterna, pero la hace entender que estos bienes están reservados para las almas puras, la descubre sus vicios con blandura, la habla de religion y la dice que ha llegado el tiempo en que adoren todos en espíritu y verdad á su Dios. Conmovido su corazon interiormente se franquea al deseo y la esperanza del Mesias y parece que solo espera conocerle

para creer en él, y entonces Jesús la dice *Yo soy*. La mujer cede, se rinde, se convierte abandonando sus errores, las preocupaciones de su crianza y religion, sus pasiones y sus vicios, se sacrifica á sí misma y se hace toda de su Dios. Tal es el medio de que se vale la gracia para convertir al alma pecadora é infiel. La manifiesta sus escesos, la instruye, la convence, la reduce de los caminos de su ceguedad y la lleva felizmente al término feliz de su conversion.

Que ¿no es Dios poderoso? ¿No está en su mano el corazon de todos los hombres? ¿No habla y las olas mas em bravecidas obedecen? Sí hermanos míos, pero Dios como santificador no obra como Dios Criador sin dejar de ser siempre Omnipotente. Dios es soberano, pero ha criado libre al hombre, Dios no toma nada por fuerza, granjea su voluntad y se conduce libremente con él hasta que logra que libremente le haga dueño de su corazon.

Aguardar al hombre y darle tiempo para que se arrepienta, prevenirle con las luces é inspiraciones necesarias para que conozca su estado y se vuelva á su Dios, persuadir é ilustrar el entendimiento, y mover el afecto; inclinar el corazon, lograr el consentimiento y el amor libre y suavemente, esto es lo que la gracia de Dios obra en nosotros.

Veamos lo que debemos nosotros obrar con la gracia. Resistimos á la gracia y pasamos muchos años en combatir y sofocar los llamamientos de la gracia, en poner estorbos á la gracia, en alegar dilaciones, excusas y pretextos y nuevos pecados. Sé, decia la Samaritana, sé que ha de venir el Mesias; cuando él llegare nos anunciará todas las cosas.

Así pretendia contemporizar y dilatar su conversion, y así es como se conduce la mayor parte de los cristianos. Se habla de convertirse y dejar la mala vida y aunque no se renuncia á esta idea indispensable, se dilata de dia en dia y se cuenta con que tendremos siempre tiempo, gracia que nos dé el obrarla y voluntad de hacer penitencia. Funesta confianza con que se deja pasar el tiempo y llega la muerte sin habernos dejado comenzar nuestra conversion. Créeme, dice Jesus á la Samaritana, ha llegado la hora de tu conversion y es este mismo instante en que te hablo: teme si le dejas pasar que no volverás á tener otra ocasión mas favorable. *Crede mihi, quia venit hora.* Muchos años hace que te sufro, dice el Señor á cada uno de nosotros, tiempo ha que te estoy esperando. ¿Quién te ha dicho si te esperaré mas, ó si será hoy el dia último de tu vida? Créeme, es mas corto el plazo que lo que tú piensas y esta es la hora mas á propósito y el instante precioso que acaso no volveremos á tener. Hé aquí, amados míos, lo que debemos hacer con la gracia: no resistirla con la vana esperanza del tiempo que nos queda, no dilatar obrar el bien, no abusar de la paciencia y misericordia del Señor y amontonar para nosotros un tesoro de ira y de indignacion, no aguardar á llamar á las puertas de su piedad cuando nos responda: *ya es tarde, no os conozco.* ¿Diremos que esparamos la gracia? Pero ¿qué ha sido toda nuestra vida sino una cadena de gracias y dones del cielo? Pecador: tu nacimiento, tu educacion, los ejemplos de virtud, las enfermedades y muerte de tus amigos, esos movimientos pios de tu corazon, esas inspiraciones para el bien, esos

disgustos y remordimientos despues del mal que has obrado, ¿qué son sino gracias del Señor que te dice: *Créde mihi: Créeme, esta es la hora mas á propósito?* ¿Buscas y esperas la gracia? Pero la gracia á fuerza de llamarte y persuadirte ha llegado á serte molesta y enojosa. Esperas la gracia ¿pero dónde? En las diversiones, en los placeres, en las turbaciones y tumultos del mundo, entre los vicios, amontonando iniquidad sobre iniquidad, injusticia sobre injusticia, recaída sobre recaída, abandonando el ejercicio de la oracion, despreciando el ayuno, viviendo sin hacer obra alguna buena.... Bien puede el Señor convertirtte por sumerjido que estés en los vicios, pero créeme, no es ese el orden comun y natural de la gracia. ¿Esperas la gracia? ¿Pero qué entiendes por gracia ó qué género de gracia deseas? ¿Una gracia que lo haga todo, que te violente y te convierta aunque tú no quieras, en que nada tengas que sacrificar ni Dios exija nada de ti? Pero no hay gracia alguna de este género en los tesoros de la divina misericordia. Aprovechemos los momentos presentes y rompamos toda dilacion.

Pretestos y excusas de política, de costumbre, de delicadeza, de imposibilidad, todo lo hace valer el pecador para resistirse y negarse á la gracia. Así lo vemos en la muger de Samaria. Trata de evitar la conversacion y torcerla á cada paso fuera del asunto. Siendo judío y yo samaritana ¿cómo me pides de beber? Si nuestras dos naciones son enemigas solo por el bien parecer debieras escusarte de hablarne. Mueve disputas sobre religion y sobre el lugar donde ha de adorarse á Dios, presenta la dificultad de sacar el agua del

pozo y es preciso que el Señor vaya descubriéndola los secretos de su corazón, que le conozca como profeta, que le ilustre y muestre su voluntad, que al fin se de á conocer como el verdadero Mesías que esperan las naciones. *Ego sum.* Respetos humanos, razones de política, porque el mundo no diga; hé aquí por que se desatiende á la gracia, no se asiste al templo, no se trata con personas religiosas y cristianas, no se dejan las concurrencias perjudiciales, no se abandona la amistad deshonesta, no se modera un lujo y ostentacion ruinosa é insostenible. Decid al pecador que ayune y se mortifique, que es preciso que se retire de la ocasion y el escándalo, y moverá disputas sobre religion, querrá persuadir que no es necesario nada de esto para salvarse, que su trato es compatible con la moral evangélica, él se formará una religion á su antojo y traerá en su apoyo el testimonio y los ejemplos de infinitos que hacen lo mismo, como si por esto dejaran todos de ser criminales. *Patres nostri adoraverunt in templo hoc.* Amonestad que es preciso contener y refrenar las pasiones, sugetarse á entrar por el camino estrecho de la observancia de la ley, y tomar la cruz de la mortificacion y penitencia, y hallareis montes de dificultades y embarazos. *Puteus altus est.* La delicadeza, la complexion, la necesidad de vivir con tal compañía, el susto que causa una vida modesta, mortificada y penitente, todo se hará valer.... Vosotros sabéis, hermanos míos, que esto es lo que comunmente se obra con la gracia, que esta es la lucha continua que tiene el hombre con la gracia y en lo que cansa y debilita sus fuerzas. ¿Qué es pues lo que deberemos obrar con la gracia? Aprovechar los momentos en

que el Señor nos la concede, no dejar pasar las ocasiones favorables ni desatender las inspiraciones que advertimos en nuestro entendimiento y los afectos que sentimos en nuestra voluntad, pedirla con fervor al Señor en la oración. *Da mihi hanc aquam.* Dadnos Señor esta agua que apaga la sed para siempre; desearla sin intermision, dejar de oponer los obstáculos de nuestros vicios, de nuestras concurrencias peligrosas; apartarnos de las compañías y lugares en que se ofende á Dios, meditar lo que es la gracia. *¿Scires donum Dei?* Y todo se nos hará fácil, llevadero y gustoso, todo lo sacrificaremos y abandonaremos por conseguirla y tomar posesion de este don de Dios. Moviendo en Señor nuestras voluntades con tanta suavidad y dulzura, debemos responder y cooperar fielmente á la gracia teniendo un sumo cuidado en no faltar á la gracia de Dios como nos encarga el apóstol. Ayudados de la gracia, obrando con la gracia, viviendo de la vida de la gracia, no hallaremos carga que sea pesada ni yugo que sea molesto, serán insípidos y desabridos los gustos y placeres del mundo. No hallaremos en ellos sitio fastidio, y lejos de detenernos los respetos y miramientos humanos, convidaremos á todos con nuestras palabras y nuestros ejemplos, á que vengán á reconocer, á honrar, á adorar y servir á Dios y probar que suave y dulce es para todos los que le hallan. Venid, diremos como la muger dichosa de Samaria, venid á ver al que escudriña y conoce lo que pasa en el fondo de nuestro corazon, al que nos descubrió amigablemente nuestros vicios, se compadeció de ellos y los sana, al que ilumina nuestros entendimientos y enciende en nues-

tras voluntades el amor divino, ¿puede ser otro que el mismo Jesucristo? A él sea dado el honor y gloria por los siglos de los siglos, Amen.

F. L. G.

Nota. Habiendo incluido en este tomo algunos sermones mas de los que habíamos dispuesto al empezarle, no han cabido en él los restantes hasta la Dominica V y se continuará desde la Dominica IV en el tomo siguiente.

INDICE

	Páj.
Sermon para la Dominica de septuagésima.	
Debemos seguir la voz que nos llama si hemos de ser de los elejidos.	7
Homilia para la misma Dominica.	
El que procure su salvacion no debe desconfiar de conseguirla.	18
Sermon para la Dominica de Sexagésima sobre la divina palabra.	33
Homilia para la misma.	
El origen del bien ó mal obrar es la disposicion con que se oye la palabra de Dios.	46
Sermon para la dominica de quincuagésima.	
Obligacion que tenemos de implorar la misericordia de Dios.	64
Homilia para la misma.	
De la malicia de la ceguedad de nuestra alma y de su remedio.	75

Sermones para los tres dias de carnaval. Primero	
Los que se entregan á los desórdenes del carnaval son idólatras de sus pasiones, traidores á J. C. y agentes de Satanás.	92
Sermon II.	
En la escuela de Jesus se encuentra la felicidad. .	104
Sermon III.	
Los pecadores, ó tienen que confesar para su dicha y ventura sus pecados en esta vida; ó los confe- sarán en la eterna para su mayor tormento y condenacion.	115
Otros tres sermones para los mismos dias. Primero,	
Insensatez de los cristianos que se entregan á las diversiones del carnaval.	128
Sermon II.	
En el carnaval tienen los cristianos mayor obli- gacion de velar sobre sí mismos, de mortificar- se, huir de los peligros y dedicarse á las prác- ticas de la religion,	147
Sermon III.	
Las costumbres mundanas del carnaval están en oposicion con la fé que profesan los cristianos. .	165
Sermon para el miércoles de ceniza.	
La ceremonia religiosa de la ceniza debe escitar- nos á hacer penitencia.	182
Otro para el mismo dia.	
Sobre la muerte del que teme á Dios.	197
Otro para el mismo dia.	
De la obligacion de ayunar.	209

Homilia para el viernes despues de ceniza.	
Del precepto de amar á los enemigos.	223
Sermon para la Dominica I de cuaresma.	
Imitando á Jesucristo en las tentaciones de que nos habla el evangelio de este día, venceremos al demonio de la gula, al del amor propio y al de la avaricia.	235
Otro para la misma Dominica.	
Del retiro del mundo.	247
Sermon para el miércoles de la primera semana de cuaresma.	
Para que J. C. no nos reprenda y amenaze como á los fariseos debemos huir del amor propio y la soberbia deseando; no que se haga nuestra voluntad, sino que sea cumplida siempre la de nuestro Dios.	260
Sermon para el viernes despues de la Dominica I.	
De la confesion sacramental.	276
Sermon para la Dominica II de cuaresma.	
Sobre la gloria que Dios tiene prometida á los que le aman y sirven en esta vida.	291
Otro sermon para la misma Dominica.	
De la excelencia de la ley evangélica y obligacion de cumplirla.	303
Sermon para el miércoles de la II semana de cuaresma.	
Los trabajos de la cruz santificados por nuestro Redentor son necesarios segun la ordenacion divina para entrar en el reino de los cielos.	316

Sermon para el viernes de la II semana de cuaresma.	
Del abuso de la gracia y los castigos terribles de este pecado.	327
Sermon para la Dominica III de cuaresma,	
Para agradecer á Dios y asegurar nuestra salvacion no hay medio mas infalible que el de contar con su Santísima Madre.	341
Homilía para la misma.	
De la guerra interior del pecador y la paz del justo.	351
Sermon para el miércoles de la semana III de cuaresma.	
Sobre la obligacion de honrar á los padres. . . .	366
Sermon para al viernes de la semana III de cuaresma.	
Lo que obra la gracia de Dios en nosotros y lo que nosotros debemos obrar con la gracia. . .	376

FE DE ERRATAS.

<u>Paj.</u>	<u>Lineas:</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe.</u>
17	1	ardor	arder
49	13	podiera	podiera
72	27	alucinarlos	alucinarnos
80	19	las	los
130	23	aprobamos	aprobemos
135	22	comunicarlos	comunicarnos
198	3	sesenta	setenta
208	4	sacrifican	santifican
273	15	sido	oido
296	23	estravian	estarian
301	27	egemplos	egercicios
319	3	designado	resignado
352	18	peder	poder
364	primera	fariseos	franciscos
369	25	Eclesiasto	Eclesiástico